

· Isabella Marín ·

Firjamos que me amas



FINJAMOS QUE ME AMAS

ISABELLA MARÍN

© Todos los derechos reservados

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Título: *Finjamos que me amas*

© *Isabella Marín*

Edición publicada en mayo del 2023

Diseño de portada y contraportada: *Adyma Design*

Corrección: *Correctivia*



*Finjamos que
me amas*

Isabella Marín

~ Índice ~

[¿Qué probabilidades había?](#)

[Lottie Jones, ¡bien hecho!](#)

[¡Abajo la brecha orgásmica!](#)

[Abrázame fuerte, muy fuerte, más fuerte que nunca...](#)

[El mejor día de tu vida](#)

[Fiesta de empresa](#)

[En contra de todo pronóstico](#)

[El especial navideño de Lottie Jones](#)

[Nuevos comienzos, la misma mierda de siempre](#)

[Primeros rayos de sol](#)

[¿Houston? ¡Exijo explicaciones!](#)

[El rugir de la Bestia](#)

[Las cláusulas de nuestro romance](#)

[Primera cita con el Amor](#)

[Pros y contras](#)

[La pareja más *chic* de Londres](#)

[Tú, yo, Piccadilly Circus...](#)

[Aves londinenses](#)

[Hombres por catálogo](#)

[Una mujer nada paciente](#)

[Érase una vez en Londres](#)

[Sol, calor y... Enzo Bassi](#)

[Versión 2.0 de nuestro amor](#)

[Solo tú y yo](#)

[Siete contra diez](#)

[Habitación con vistas](#)

[Querida Beatriz](#)

[Un fantasma del pasado](#)

[¿Puedes sentir mi amor?](#)

[*Dolce far niente*](#)

[Una gran familia italiana](#)

[Grítalo a los cuatro vientos](#)

[Nunca seré tu Sirenita](#)

[Los mellizos golpean dos veces](#)

[El príncipe y su corcel](#)

[Epílogo](#)

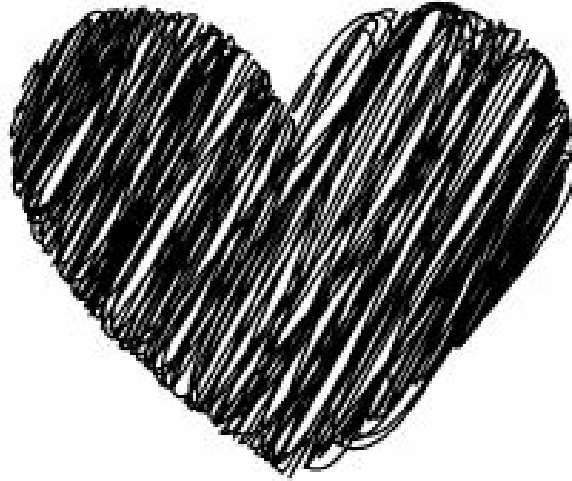
[Libros recomendados](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

¿Qué probabilidades había?



Llevo dos años enamorada de mi jefe, Enzo Bassi. Lo sé, es horrible, porque:

A) Él es un asno.

B) No se daría cuenta de que soy una mujer ni aunque le mandara un *selfie* guarro.

Siempre me llama señorita Jones o, simplemente, Jones.

Lo cual hace que me sienta como Bridget Jones, si bien yo me llamo Lottie.

Neah, no tiene nada que ver.

Solo vivo en la misma ciudad que ella y, para colmo de la estupidez, me he pillado por el ser más inalcanzable de todo Londres que, por si fuera poco, es mi jefe y...

Mier-da. ¡Sí que soy como Bridget Jones!

Y él debe de ser mi Daniel Cleaver, irresistible, fuera de mi alcance, estúpidamente guapo, que no encantador, como el jefe de Bridget, sino más bien de personalidad borde y mandona, imposible, como Edward Grey, el de la película *Secretary*.

Estoy a un paso de que me haga doblarme sobre su escritorio, me obligue a leer en voz alta algún *e-mail* que redacté para él y me azote cada vez que encuentre algún fallo ortográfico.

Grrrr.

Admito que la escena estaría bien si tuviera alguna connotación sexual.

Por desgracia, el señor Bassi solo me azotaría porque es un capullo sádico obsesionado con la perfección laboral. En serio. No tiene ningún interés amoroso hacia mi persona. Nunca, jamás de los jamases, se fijaría en mí.

Y eso solo hace que lo desee todavía más.

Mis amigos han dedicado horas enteras al estudio.

¿Por qué Enzo Bassi fascina tanto a nuestra pequeña Lottie?

Las mentes más sesudas del siglo XXI serían incapaces de hallar la respuesta. Yo creo que es genético. ¿Por qué te gusta el queso? ¿O el chocolate? ¿O esa serie de Netflix que todos describen como tediosa?

¿Qué determina que nos guste una cosa u otra? Para mí que tiene algo que ver con el ADN. Hoy en día todo tiene algo que ver con el ADN. O con los microchips. Uy, los microchips.

Pero esa ya es otra historia.

—Es bueno en la cama —resuelve mi amiga Shannon el misterio. La llamaron Shannon por la ciudad irlandesa en la que nació.

La verdad es que Shannon parece muy irlandesa. Piel blanca como la leche, pelo rubio, casi tirando a rojizo, ojos claros, facciones delicadas. Muy agradable de ver.

Aunque totalmente equivocada en sus afirmaciones.

—¡Y yo qué sé! Ni siquiera nos hemos dado la mano, mucho menos acostarnos.

—Pues ya estás tardando.

Traslado la mirada hacia Maisie, otra amiga, para ponerle mala cara. Ella nació en Escocia.

Mi vida es como un congreso del G20: una amiga irlandesa, una escocesa, he aquí a Stefan, mi mejor amigo polaco, y ¿qué se me escapa? Ah, sí, que estoy enamorada de un italiano. Es evidente que no creo en las fronteras del corazón.

—¡Como si fuera tan fácil! El señor Bassi no sabe ni que existo.

—¡Eres su asistente!

De acuerdo, Stefan tiene algo de razón al insinuar que soy un pelín exagerada.

En el sentido más literal del concepto, Enzo *sabe* que existo porque le llevo el café todas las mañanas y acato todas sus peticiones sin rechistar.

Lo que aún no sabe es que soy una mujer. A veces creo que me confunde con un ente. Soy su Siri con acento británico. ¿No es horrible?

—¿Hay algo peor que ser la asistente del tío que te obsesiona? ¿Verlo a diario, guapo e inaccesible, con su traje de marca y su camisa almidonada, ladrando órdenes a diestro y siniestro y, sobre todo, a ti, su leal e infatigable ayudante? Lo dudo. Tal vez encerrarse voluntariamente en un convento de clausura pueda equipararsele.

—Estás siendo dramática otra vez —indica Shannon, aburrida.

—¿Dramática? ¿Acaso sabes tú lo que sentía la pobre Holly Golightly cada vez que se paraba delante del escaparate de Tiffany's? ¿O Pepper Potts cuando Iron Man pasaba de su culo? Es duro. Muy duro. ¡No estoy siendo dramática!

Le pido a Tom otra pinta, y luego me acodo sobre la mesa llena de arañosos y me deshago en un suspiro trágico.

Vale, estoy siendo dramática. Menos mal que tengo a mis amigos para que me arrojen con su... ¿calidez?

Los jueves, la panda y yo nos reunimos en nuestro pub favorito para ponernos al día.

Los únicos cuatro miembros de la panda que aún vivimos en Londres, quiero decir, porque después de los treinta, no solo pierdes neuronas, también se van los amigos. Unos, porque se han casado y buscan sitios con cero emisiones de CO₂ para criar a su progenie. Otros, porque han triunfado y sus jefes los han mandado a dirigir la filial de Qatar. Algunos vuelven a sus países de origen. Y con dos o tres ya no te hablas porque las personas cambian.

ODIO los cambios. El bienestar reside en los rituales. Este lugar, por ejemplo, no ha cambiado nada desde que lo descubrimos, en el primer año de universidad, y me encanta; me

encanta porque siempre está vacío. Creo que es el único pub de Londres en el que aún se puede charlar con tranquilidad.

—Vosotros no lo entendéis —retomo el tema después de beber un poco de cerveza—. No puedo evitarlo. Enzo Bassi tiene ese rollo de protagonista de novela contemporánea, ya sabéis, alto, bien parecido, emocionalmente distante, un pelo impresionante teniendo en cuenta que se acerca cada vez más deprisa a los confines de la treintena... Ay. ¿Por qué no me encuentra atractiva?! Es tan injusto...

—¿Cómo sabes que no te encuentra atractiva?

—¡Pues porque nunca me mira, Stefan! Debo de parecerle un decorado de oficina. El ficus, Lottie... No ve ninguna diferencia.

—Cariño, tú no eres un decorado de oficina —me regaña Maisie con su habitual tonito condescendiente—. Solo... vas un poco desastrada.

—¿Desastrada?

—A ver, si llevaras lentillas en vez de gafas...

—Entonces tendría los ojos tan rojos que parecería una rata de laboratorio enganchada a los tranquilizantes —rechazo de inmediato la sugerencia de Stefan—. No, gracias.

—¡Olvida las gafas! —ordena Shannon, siempre muy segura de sí misma y de todas sus afirmaciones. Es agente inmobiliaria de alto *standing*, al fin y al cabo—. El problema es el pelo.

—¿Mi pelo? —repongo, toqueteándomelo confusa. A ver, es marrón y sin ninguna gracia, pero los he visto peores. Además, yo siempre le pongo lacitos de colores chillones, clips de *Hello Kitty*...

—¿Por qué lo llevas siempre tan encrespado?

Pues vaya pregunta, Shannon.

—Vivo en Londres.

—No es una excusa. Y tu ropa...

—Oh, sí, la ropa —aquí coinciden todos.

—¿Qué pasa con mi ropa? —repongo, tan escandalizada que me echo hacia atrás en mi asiento para poder escrutar sus rostros de uno en uno en busca de una respuesta razonable.

—¿Tiene que ser siempre tan colorida?

Le dedico un gesto huraño a Maisie. Soy muy buena frunciendo las cejas. Lo aprendí de Enzo. A él le sale de maravilla la expresión de *no me toques los cojones*. Yo solo soy una humilde aprendiz.

—Me gustan los colores. Vivimos en una ciudad gris. ¿Qué tienen de malo los colores?

—Nada, si una sabe cómo combinarlos.

—¡Shannon!

La fustigo con la mirada.

—¿Qué? Yo solo recalco lo evidente. Si quieres que tu jefe te empotre contra la fotocopidora, tendrás que hacer algunos ajustes de vestuario.

—Como vuelvas a emplear el verbo *empotrar*, haré algunos ajustes de amigos —aseguro, muy digna.

—Lottie quiere que la empotren, Lottie quiere que la empotren —canturrea solo para cabrearme.

—¡Deja de decir eso! —me pico como una niña pequeña.

Estoy a un paso de llamar a mi mamá. ¡Shannon mala!

—Ay, Lottie. Si te ruborizas solo de pensarlo, ¿qué harás cuando ocurra?

—Nada. ¡Porque no va a ocurrir nunca! Según la Nasa, la probabilidad de que nos caiga un meteorito encima es de una entre doscientas cincuenta mil.

—Ya estamos con las probabilidades —refunfuña Stefan, hastiado.

Sé que me llama *Miss Estadísticas* a mis espaldas, pero que te empeñes en conocer las cifras de los acontecimientos que podrían o no ocurrir no tiene nada de malo. A mí me gusta estar informada.

—¿Sabíais que la probabilidad de encontrar a vuestra media naranja es de una en cada diez mil vidas? Deprimente, ¿verdad?

—Pero ¿qué tiene eso que ver con Enzo Bassi? —se impacienta mi agitado amigo.

—Qué tiene que ver, qué tiene que ver. ¡Si no dejaras de interrumpirme todo el rato, lo sabrías! Adonde quiero ir a parar es a que la probabilidad de que Lottie Jones y Enzo Bassi hagan el amor alguna vez es NU-LA.

—A ver, *Charlotte* —Maisie sabe que odio que me llamen Charlotte, pero le da igual—. Tampoco es imposible. Imagina que os encontráis por ahí, en algún pub de la ciudad. Este, por ejemplo. Los dos habéis bebido de más y...

Me veo obligada a intervenir.

—Dado que solo el cero coma siete por ciento de la población mundial se encuentra a la vez ebria, la probabilidad de tropezar en este pub estando los dos borrachos es casi nula.

—Será mejor que te compres un vibrador —zanja Shannon que, después de acabarse la pinta, deposita el vaso sobre la mesa con un golpe seco y me enfrenta con su expresión más hosca—. Confía en mí, cielo, nadie te pondrá un dedo encima como sigas hablando de probabilidades. ¡Tom! ¡Cerveza! ¡No aguanto más esta realidad!

Compongo mi sonrisa más cáustica.

—¿Y qué es de tu vida amorosa? —la pincho con dulzura.

Me pone mala cara, pero sé que se muere por contárnoslo todo. Es la única soltera mayor de treinta de mi círculo de amistades que está satisfecha con su estado civil. Me encantaría ser como Shannon.

A ver, que no es que yo esté obsesionada con casarme, fantasee con una declaración de amor estilo *Love Actually* o quiera ser como esa gata de internet que amamanta a cinco cachorros a la vez mientras el padre de los adorables retoños le amasa la espalda para relajarla y mimarla.

No estoy obsesionada con el matrimonio ni con... amamantar.

Yo solo fantaseo con Lorenzo Bassi.

Descamisado.

Acercándose a mí como en un anuncio de *Dolce&Gabbana*.

Separando sus perfectos labios para...

El chasquido de Shannon hace añicos mi fantasía.

—Tierra llamando a Lottie.

—¿Qué? —me sobresalto con un fuerte parpadeo.

—Estabas babeando.

—¡No estaba babeando! —rebato, escandalizada, la afirmación de Maisie.

—Sí que estabas babeando —se une Stefan al complot—. ¿En qué estabas pensando?

—En nada...

Mis amigos intercambian una mirada cómplice y exclaman a la vez: ¡en Enzo Bassi!

Tengo que aguantar sus risas y sus mofas una vez más.

Sí, riámonos. Lottie está enamorada de su jefe el buenorro que no le hace ni caso. Ja ja ja. Me

parto y me mondo.

—Cariño, deberías tirártelo de una vez y luego pasar página.

—Debería hacer tantas cosas, Maisie... ¡Mierda! —exclamo de pronto, al caer en la cuenta de que *realmente* debería estar haciendo cosas ahora mismo—. ¡Tendría que haber recogido su esmoquin del tinte! ¡Ay, no! Tiene que asistir a una entrega de premios en... ¿Qué hora es? —Agarro como una desquiciada la muñeca de Stefan y compruebo su reloj—. ¡Jo-der! ¡En cuarenta y cinco minutos! ¡Va a matarme como no llegue a tiempo!

—Tranquila, Charlotte —me despide Shannon con un teatral gesto de la mano—. Ya pagamos nosotros la cuenta.

—¡Lo siento! ¡Os lo compensaré si sigo viva después de esta noche! ¡Puede que eso no ocurra! —grito a lo lejos.

—Llega tarde —tiene la bondad de informarme el insufrible señor Bassi nada más abrirme la puerta de su mazmorra.

Como si yo no me hubiese dado cuenta ya de que llego tarde. Qué tío.

—Lo siento. Había tráfico —miento, con mi cara más convincente. Parezco buena y todo. La gente que lleva un enorme lazo amarillo en el pelo siempre parece buena. Sobre todo, si sabe sonreír como si lo tuviera todo bajo control.

—¿Tráfico? ¿A estas horas?

Sus ojos verdes, aparte de chispas de exasperación causadas por mi falta de profesionalidad, también destilan sospecha.

Ay, sus ojos...

Enzo es la clase de tío que sería capaz de dejarte preñada con una sola mirada. En serio. No me lo invento.

—*Mucho* tráfico —aseguro con contundencia porque, como diría el odioso Goebbels, una mentira repetida mil veces se convierte en verdad. Cuando deje de mentir, me preocuparé por estar citando a Goebbels. Grrr. Qué grima.

—¿Y por qué le huele el aliento a alcohol, señorita Jones?

Mierda. Me acaba de pillar. Esto me pasa por llegar aquí jadeando como un perro de caza.

—No es el aliento, señor. Es la blusa. Un capullo me tiró la cerveza encima.

—Eso es habitual en usted, interponerse en el camino de la gente —refunfuña antes de darme con la puerta en las narices.

Abro y cierro la boca como un pez que se está quedando sin oxígeno. ¿Insinúa acaso que la culpa fue mía? ¡Yo no me interpose en su camino! Yo estaba ahí como cualquier otro ciudadano modélico, esperando mi apetecible *Pumpkin Spice Latte*, cuando aquel impresentable chocó contra mi blusa blanca y me la jodió enterita.

Para una vez que llevaba algo de color neutro.

Fui al baño para lavarme la mancha, pero no hice más que empeorarlo todo, así que salí corriendo de la cafetería (sin mi *Pumpkin Spice Latte*, por cierto), entré en la primera tienda que vi y me compré otra blusa, escandalosamente cara, porque estábamos en un barrio cojonudo.

Era mi primer día de trabajo. No necesitaba tanto ajeteo. ¡Ya estaba lo bastante alterada antes de que se cargaran mi impecable aspecto de chica que triunfa en la gran ciudad!

No tenía ninguna necesidad de andar arrancando las etiquetas de una blusa de doscientas

libras en mitad de una tienda pija o de cambiarme de atuendo ahí mismo, para deleite de la gente que pasaba por delante del escaparate y podía verme perfectamente *en sujetador*.

(Ya no había tiempo para tragarse, encima, la cola de los probadores. ¿No es increíble que se formen colas en tiendas que venden blusas a doscientas libras cada una? ¿Adónde vamos a ir a parar?)

Y, por si fuera poco, nada más llegar a mi nuevo empleo, irrumpí en el despacho del jefe como una desquiciada y exclamé:

—¡Siento llegar tarde en mi primer día, señor! Un imbécil me tiró el café encima y tuve que cambiarme de ropa.

Y, cuando levanté la mirada del suelo, ¿a quién vi? Exacto. Al imbécil, tensando su esculpida mandíbula y fulminándome con los ojos verdes más increíbles que había visto en toda mi vida.

¿Qué probabilidades había? Calculo que una entre cien millones. No obstante, sucedió. Un milagro de la ciencia. La Madre Naturaleza haciendo de las suyas. La suerte o la mala suerte, a saber quién tuvo la culpa de la maldita colisión.

Una cosa me quedó clara: yo estaba jodida si aquel humano genéticamente modificado para alcanzar la perfección física iba a ser mi jefe.

La puerta se abre tan de golpe que noto cómo se me agita el pelo alrededor de la cara. Me pongo firme otra vez, imitando a los soldados que hacen guardia en el palacio de Buckingham.

—Me dejo el esmoquin. —Enzo, el del presente, me arranca la percha de la mano. No me da tiempo a replicar. Vuelve a darme con la puerta en mis narices.

Ni gracias ni buenas noches.

Le dedico dos peinetas furiosas, que me salen del alma, y respiro hondo.

Diosssss. Qué fatiga de tío.

Echo la cabeza hacia atrás y de repente mis ojos azules ven la cámara que me enfoca. Oh, mierda. Espero que esto solo lo vea el portero.

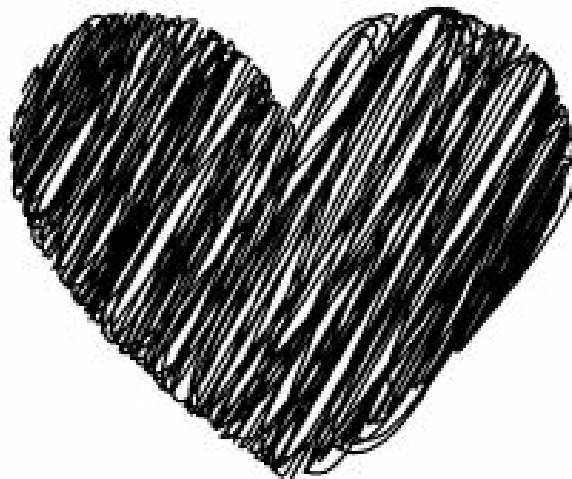
Vengaaaa, hasta luegooo.

«Tú disimula, Lottie. Tú como si nada. La cabeza alta, ¿eh?»

Joder. Necesito otra pinta. O un Martini con vodka.

Sí, mejor un Martini con vodka. He tenido una semana muy larga y aún me queda el viernes.

Lottie Jones, ¡bien hecho!



Me gustan tanto las historias que me encantaría vivir dentro de una novela.

Eso sí, espero que tenga final feliz porque soy una romántica empedernida y no admito otra cosa que no sea un *vivieron felices y comieron perdices*.

¿Qué puedo decir? Me pierden los finales felices. Me gustan tanto que, si yo fuera James Cameron, hubiera hecho que Jack subiera a la puñetera tabla porque TODOS SABEMOS QUE HABÍA SITIO PARA LOS DOS.

Hum. A lo mejor debería reescribir las grandes tragedias literarias y darles el final que se merecen. Nunca había pensado en dedicarme a la reescritura, pero podría... ¡resucitar a Catherine Earnshaw!

Sí, ¡qué buena idea!

¿Y qué más haría?

Ah, ¡lo tengo! Agarrar a Anna por el corsé justo antes de caerse a las vías del tren. Ven aquí, insensata. Zas, zas. ¡Cómo se te ocurre! Anda que no habrá tíos en el imperio. Tira, anda, tira, si no quieres que te abofetee otra vez.

Si yo fuese escritora, haría que Troya le ganara la guerra a Esparta y de paso ejecutaba a Menelao por mal perdedor. ¿Qué? Soy un ser romántico, no gilipollas. Si le dejara libre, volvería con un ejército mucho más poderoso y se cepillaría a Paris por bribón roba-esposas. Todo el mundo lo sabe.

La repentina llegada de mi jefe pone fin al desarrollo de mis argumentos. Pego un salto de la silla, agarro el vaso de café para llevar que me encargo de comprar todas las mañanas en su cafetería favorita (aquella en la que nos conocimos *accidentalmente*) y corro tras él por el pasillo.

—Buenos días, señor Bassi. Su café.

Gruñendo malhumorado, me lo arranca de entre los dedos, le da un sorbo y me lo devuelve.

—Está frío.

«Capullo».

—Lo siento. Usted suele llegar media hora antes.

Frena en seco y me dedica tal mirada de basilisco que recito tres avemarías hacia mis adentros.

—¿Me está pegando la bronca por llegar tarde, señorita Jones?

—No, señor. Jamás se me ocurriría tal atrevimiento.

—Bien, porque no estoy de humor para despedirla esta mañana.

Qué majo.

—Estupendo, señor.

Juraría que él pilla estos sarcasmos, pero siempre hace oídos sordos.

—Repasemos la agenda de hoy, ¿quiere?

—Por supuesto, señor. —A Grey, Christian o Edward, da igual a cuál de ellos, le encantaría verme tan sumisa: señor esto, señor aquello. Soy el sueño de todo amo prepotente—. A las nueve treinta, reunión con el departamento creativo. A las once, junta directiva. No se olvide de que hoy come en el club con...

—Alto, alto, alto. ¿Qué tengo entre la junta directiva y la hora de la comida?

Seguro que lo hace para pillarme desprevenida, el cabronazo.

Repaso de memoria su agenda.

—Nada.

—Bien. Pídame hora en la peluquería.

—No le toca corte de pelo hasta dentro de una semana, señor.

Es escalofriante todo lo que sé sobre este hombre.

Toma cinco cafés al día. Siete, si ha salido de fiesta la noche anterior.

Le encantan las camisas y los trajes de marca. El que lleva hoy ha costado cinco mil quinientas libras. Fui a recogerlo a la tienda y puede que ojeara un poco la factura.

Debe de tener al menos doscientas corbatas. Aún no le he visto repetir.

Usa condones extra finos (los guarda en el cajón superior de su escritorio) y masca chicles de nicotina cuando está estresado.

Le gusta el...

—Haga lo que le he pedido, Jones —interrumpe mi cháchara mental—. Y consígame un café que esté caliente, por el amor de Dios.

Doy media vuelta y lo imito como hago siempre que me saca de quicio.

«Y consígame un café que esté caliente, por el amor de Dios. Mimimimi». No puedo con este cabronazo.

—Ah, ¿y señorita Jones?

Mierda. Espero que no me haya visto menear la cabeza como esos muñecos que pone la gente en el salpicadero del coche. Siempre meneo la cabeza cuando le hago burla. También pongo cara de conejo, por algún motivo.

Me vuelvo hacia él con absoluta normalidad. Soy una profesional.

—¿Señor?

Felicítadme por mi aplomo y por lo bien que finjo. Aunque soy inglesa. No debería sorprenderos mi maestría a la hora de ocultar mis sentimientos. Cuando quiero, puedo ser tan inexpressiva como se esperaría del mayordomo de *Downton Abbey*.

—No haga peinetas a mis espaldas.

¡Al cuerno la maestría! No podría parecer más pasmada ni aunque tuviera delante a Chris Evans desnudo, agitando la colita. ¡Se me ha desencajado la mandíbula por completo! Puede que

me haga falta una ortodoncia después de esto.

—¿Qué?

—Si vuelve a hacerlo, la despediré.

Esta semana ya van dos amenazas de despido fulminante. Estoy que me salgo. Aunque es evidente que a quien tendrían que despedir es a ese portero chivato.

—Entendido, señor.

—Y no se olvide de mi café.

—Cómo olvidarlo.

Por supuesto que le dedico dos pasionales peinetas hacia mis adentros, antes de enfilar hacia la cocina.

Otra curiosidad más sobre mi infame superior: el primer café del día prefiere tomarlo de Starbucks. Los demás, se los preparo aquí, en una cafetera que ha hecho que nos trajeran desde Italia.

Una vez usé una de sus capsulas para saber por qué le gustan tanto y me pasé toda la noche con taquicardia, convencida de que no volvería a ver un amanecer.

Curiosamente, sobreviví.

A las nueve y media y con tres chutes de cafeína en su torrente sanguíneo, Enzo preside la mesa de la sala de reuniones. Yo estoy sentada a su derecha, con mi portátil delante, lista para resumir la reunión en un documento que luego Enzo presentará a don Enrico Bassi, su abuelo y fundador del imperio mediático Bassi, para que nos dé su aprobación.

Hay quienes dicen que Enrico, el quinto hijo de una familia de campesinos de Nápoles, llegó a la cima con ayuda de la mafia. Otros, que vendió su alma como Fausto.

Si queréis saber mi opinión, creo que lo logró gracias a su ingenio, su ambición y su increíble inteligencia. Es la persona más lista que conozco. Con una mirada ya te ha calado, ya sabe qué esperar de ti. Es la auténtica definición de un hombre hecho a sí mismo.

Aunque da mucho miedo. Yo intento evitarlo siempre que puedo.

—¿Empezamos? —propone Enzo cuando ya se han sentado todos.

Dejo de mordisquear un boli fuscia y de observar atontada con qué elegancia se ajusta los puños de la camisa y me centro en mi labor.

The Gentlemen es la revista masculina más popular de Inglaterra. Mi jefe es el director creativo. Hoy nos estamos reuniendo para decidir los temas que se abordarán en el número de diciembre.

Comienza Luke, de *Nutrición*. Siempre comienza Luke, de *Nutrición*. Enzo es un animal de costumbres. Tanto, que todos los días va al gimnasio a la misma hora.

Y no solo eso. Todas las semanas dedica siete horas exactas al entrenamiento físico. (Por lo visto, con una hora diaria basta para mantener en forma el cuerpazo y los abdominales que a veces se intuyen a través de sus camisas blancas, los días que va sin chaqueta)

«No empecemos, Lot».

Me pongo a teclear más deprisa para recuperar el ritmo. En las reuniones apunto solo el título de cada uno de los artículos y algunas palabras clave para recordar la idea en líneas generales. Luego le doy forma al documento, lo reviso y se lo entrego a Enzo.

—He entrevistado a un entrenador personal que me ha recomendado las diez mejores barritas

de proteínas del país. Creo que...

Mi jefe no parece impresionado.

—Repetitivo —interrumpe a Luke, que vuelve a sentarse, azorado—. Ya hay sobre la mesa un artículo llamado dietas para ganar masa muscular. ¿También vamos a publicar uno sobre barritas de proteínas que te hacen ganar masa muscular? ¿Es que en *Nutrición* no se os ocurre nada mejor?

Luke parece estar en un aprieto. Es evidente que todas las ideas que ha preparado incluyen *masa muscular* en el título. Es indignante. Estamos creando una generación de ciborgs musculados llenos de esteroides. ¡No me extraña que la mayoría de mis amigas sigan solteras! ¿Quién querría salir con un narcisista de manual?

—El otro día leí algo sobre alimentos que propician erecciones fuertes —comento sin venir a cuento, porque mi trabajo aquí no consiste en aportar ideas al equipo creativo. Tampoco me he propuesto destacar para ganarme ningún ascenso. De hecho, es que no tengo ningún interés en convertirme en columnista de una revista de tíos obsesionados con la masturbación compulsiva y con ganar masa muscular. Lo que pasa es que a veces mi boca y mi cerebro se niegan a cooperar. Son departamentos independientes cuyos responsables no se llevan demasiado bien—. Lo... lo siento. No pretendía interrumpir.

—No, deme más detalles, Jones. Me interesa el tema.

Arqueo las cejas. Creo que es la primera vez en estos dos años que he captado por completo la atención de mi jefe. Se ha vuelto con la silla y me observa como si por fin se hubiera dado cuenta de que existo, soy una persona, no un ente invisible que le entrega el café y satisface todos sus requerimientos.

Y no es solo que sepa que existo. Esto es... ¡la le-che!

No pretendo sonar como una desequilibrada ni admitir que estoy para que me ingresen, pero sus ojos penetran los cristales ligeramente empañados de mis gafas con tanta intensidad que me siento como si estuviéramos haciendo el amor a nivel metafísico. «Oh, sí...»

—¿Cuáles son esos alimentos?

¿Qué?

Ah, los alimentos.

«Céntrate, Jones».

Carraspeo antes de hablar. Tengo que desprenderme de la lascivia. Hablar sobre erecciones fuertes con el tío que te obsesiona es duro. Muy duro. Casi tan duro como esperarías que...

¡Se acabó!

Reiniciar sistema.

Actualizando datos.

No apague el ordenador.

Mejor. Apague el ordenador y vuelva a encenderlo. ¡Vamos, deprisa, joder!

—Pues... las fresas, el chocolate, el pescado azul...

Gracias a Dios. Mi ingenio me salva una vez más.

—¿Por qué no estáis tomando notas? —les ruje a los demás, sin retirar los ojos de los míos—. Quiero un artículo detallado sobre el papel de la alimentación en nuestro rendimiento sexual.

Hala. Y ha sido todo idea mía. Me siento como una triunfadora.

—¿Lo incluimos en *Nutrición* o en *Sexo y Relaciones*? —pregunta alguien, no sé quién, porque he caído presa de la mirada de Enzo y para mí el mundo se resume solo a nuestro inquebrantable contacto visual.

Oh, my love, my darling...

¿No lo oís?

—¿Señorita Jones? —me pregunta con una ceja en alto.

Unchained Melody deja de sonar de golpe en mi cabeza, como si se hubiera rayado el disco, y vuelvo al mundo real, donde todos me observan y no creo que se deba a que soy la única mujer de esta reunión o que haya combinado una blusa de volantes amarilla con una falda de tubo de color turquesa y unos pendientes de plástico de un llamativo rosa fucsia que compré en las rebajas de Amazon.

Lo hacen porque es la primera vez en la historia que el gran Enzo Bassi le pide la opinión a alguien.

—En *Nutrición* —respondo, acalorada; la blusa me agobia, la falda me aprieta y los pendientes me tiran de las orejas—. Ya que todo gira en torno a los hábitos... alimenticios.

Por la sonrisa contenida de Enzo, diría que está de acuerdo conmigo.

—Ya la habéis oído. *Nutrición*. ¿Alguna idea sobre las columnas *Sexo y Relaciones*, *Moda y Belleza* o *Actualidad*?

A juzgar por la cara de estupor que pone todo el mundo, esto es completamente inaudito, casi una falta de respeto que Enzo se moleste en conocer la opinión de alguien que está en la sala solo para tomar apuntes o servir más café.

—Es una revista masculina —nos recuerda Harold, una de las voces más fuertes de *The Gentlemen*—. No creo que sus opiniones...

—Pero a nosotros nos obsesionan las mujeres —lo frena Enzo de inmediato y sin molestarse en mirarle porque está muy ocupado haciéndome el amor a nivel metafísico—. Y a nuestros lectores heterosexuales, también. Quiero conocer el punto de vista femenino. ¿Señorita Jones? ¿Me ilustra?

Madre mía. Esto es muy intenso. Voy a cortocircuitar en breve como no pongamos fin a esta conversación.

Pero a la vez quiero seguir, impresionarle, ganármelo. «Piensa, Jones. O, mejor, no pienses en absoluto. Tus mejores ideas provienen de los impulsos».

—Pues no lo sé. Como mujer, me gustaría saber... ¿por qué los tíos de mi generación están tan obsesionados con el sexo anal? —se me ocurre de repente.

A Enzo parece interesarle el tema.

—Una buena pregunta. ¿Puede darme el enfoque femenino?

Me empujo las gafas por la nariz con aire intelectual y la listilla que llevo dentro asoma las garritas. En la universidad se me daban bien los debates. Solo tengo que borrar de mis retinas la imagen de un Enzo descamisado acercándose a mí como en un anuncio de *Dolce&Gabbana* y ya podré concentrarme. Será mejor que mire a Harold. Es tan poco atractivo que el animal lujurioso que llevo dentro se somete voluntariamente a la hibernación.

—Aún no he conocido a ninguna mujer a quien le resultara agradable. Algunas lo han practicado, para cumplir las fantasías de sus novios, pero ninguna ha llegado a disfrutar de la experiencia, lo cual no me sorprende. No puede ser un aquí te pillo, aquí te mato. Es algo que requiere una preparación previa, aparte de una negociación, y eso hace que parezca frío y calculador y... nada espontáneo. El sexo debería ser impulsivo, imprevisible, pasional...

¿Por qué no estás tomando notas, Lorenzo?

—Buen planteamiento —dice el aludido—. Quiero una estadística sobre cuántos hombres heterosexuales lo practican con sus parejas y diez consejos para garantizar una experiencia

inolvidable para la mujer. ¿Qué más, señorita Jones?

—¡Fantasías ocultas de los hombres! —le suelto, viniéndome arriba, borracha de triunfo y adrenalina.

Y porque me encantaría conocer las tuyas.

Espero que no sea el sexo anal. No me veo con fuerzas de llegar tan lejos ni siquiera por un dios romano vestido de Cavalli.

—Fantasías ocultas. —Cuando por fin dejo de mirar a Harold y traslado la mirada hacia él, a Enzo le brillan los ojos de satisfacción—. Me gusta. Idea. Apuntad: ¿qué no te atreves a pedirle a tu pareja en el dormitorio? Solicita opiniones anónimas de nuestros lectores e inclúyelas en el artículo.

Por algo es el puto director creativo, cabrones.

¿Qué? ¿Pensabais que la buena de Lottie era solo dulzura y pestañeo nervioso? ¡Ja!

—¿Y si abordamos mejor el tema de las muñecas sexuales? —le propone Harold—. Qué le harías a una muñeca sexual. Será más fácil que la gente se suelte.

Enzo lo estudia durante unos segundos.

—Bien —concede, con cierto fastidio—. Pero no quiero que incluyáis ningún comentario psicótico que inste a la violencia contra la mujer. ¿Alguna otra idea, señorita Jones?

«Venga, Lottie. Un último esfuerzo. Hoy estás que te sales».

—De moda masculina no sé demasiado —me veo obligada a admitir, muy a mi pesar—. Me gustan los hombres que llevan traje. O uniforme. Es todo lo que puedo deciros al respecto. En *Actualidad* incluiría algún cotilleo sobre Henry Cavill.

El jefe frunce el ceño de esa forma suya tan sexy.

—¿Por qué Henry Cavill?

¿En serio? Creía que era evidente, señor Bassi.

—Los británicos no nos ponemos de acuerdo sobre nada. Unos quieren el *brexit*, los otros proclaman la alianza de una Europa fuerte y sin fronteras. Hay quienes idolatran a la familia real y quienes montarían una revolución bolchevique mañana antes de la *happy hour*. Pero si en algo coincidimos los habitantes de esta maravillosa isla es en que todos, y lo recalco, *todos*, adoramos a Superman. Personalmente quisiera saber más sobre él. ¿Cómo son las escenas de sexo en sus películas? No sé, parece todo tan real... ¿Cómo se contiene uno para no tener una erección inoportuna cuando su compañera de reparto está desnuda y se le frota encima?

Enzo suelta una carcajada. Llamadme loca, pero creo que es la primera vez que le oigo reír. Madre mía, está monísimo. Voy a cortocircuitar en tres, dos, uno...

—Es una gran pregunta. Averiguadlo. A mí también me interesa saberlo. *Aprende a controlar las erecciones siguiendo los consejos de Henry Cavill*.

¿Qué? ¿Esto va en serio? Dios mío, me está entrando taquicardia y juro que no he vuelto a probar el café asesino de Enzo.

El resto de la reunión es menos intenso. La moda masculina y los artículos relacionados con el deporte pasan casi desapercibidos. Todo el mundo sabe que la gente nos compra por el morbo que dan las columnas de sexo y por las tías en bolas que salen en la página siete.

—Pues si ya lo tenemos, a trabajar —zanja Bassi, antes de abandonar la silla con aire enérgico. Es un *millennial* dinámico. La gente como él vale lo mismo para dirigir una empresa que para construir un pozo de agua en el tercer mundo.

Cuando vuelvo en mí después del cortocircuito, se han ido todos y estoy sola en la sala. Será mejor que recoja y termine de redactar el documento.

—¿Jones? —Doy un respingo al ver a mi jefe asomar la cabeza por el hueco de la puerta—. Bien hecho.

Se va y yo me reclino en el asiento y sonrío como una gilipollas. *Bien hecho*. Llevo dos años esperando este momento. Bien hecho. ¿No es una frase lapidaria preciosa? Lottie Jones, ¡*bien hecho!*

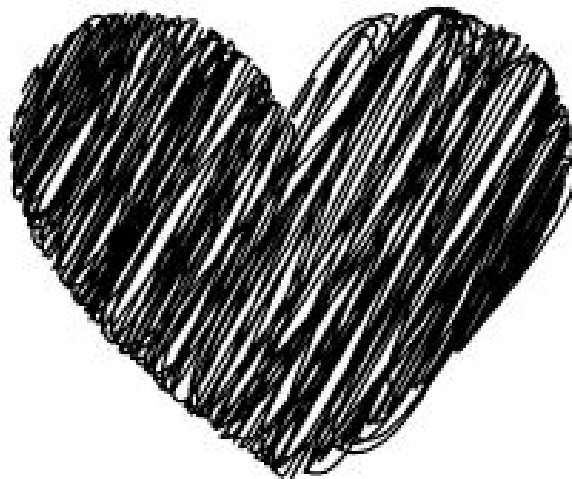
(Espero que a quienes me sobrevivan no se les ocurra poner Charlotte, porque lo odio y los atormentaría desde el Más Allá).

Será mejor que deje constancia de mis deseos antes de palmarla. Me lo apuntaré ahora, que tengo el portátil delante.

Dejar constancia de mis últimos deseos antes de palmarla.

Ya está. Lo he añadido al calendario del Outlook, así no se me pasa.

¡Abajo la brecha orgásmica!



—Jones, a mi despacho.

Pongo los ojos en blanco antes de abandonar mi confortable silla a fin de obedecer la orden que acabo de recibir por la línea interna.

Lo de ponerle los ojos en blanco a Enzo es mi forma pueril de rebelarme. Vale, haré lo que tú digas, pero que conste que no quiero hacerlo. Tengo mis principios.

—¿Señor?

—Pase. Siéntese.

Entro, cohibida, y me instalo en una silla blanca al otro lado de su mesa.

Ahora que Enzo sabe que existo, que no soy un colorido decorado de esta oficina, me mira a los ojos, y eso dispara mi nerviosismo.

Además, huele tan bien que mis feromonas están abanicándose acaloradas. Es difícil concentrarse cuando estás cara a cara con un hombre cuyo rostro es más artístico que una obra de Miguel Ángel.

(Si nadie me corta el rollo, estaré soltando gilipolleces hasta mañana. Compararé sus ojos y sus labios con vete a saber qué fenómenos de la naturaleza, describiré el latido de mi intrépido corazón, que siempre se desboca cuando estamos juntos, etc., etc., etc. Sin falsa modestia, Byron era un humilde aprendiz a mi lado).

—Señorita Jones, si tuviera que cambiar algo de la revista, ¿qué sería?

Dejo de alabar su belleza masculina con poemas baratos y presto atención a lo que me está diciendo.

Mierda. Estoy en un aprieto. Su planteamiento es como una de esas preguntas de dónde te ves dentro de cinco años. Nunca sabes qué contestar. Además, da igual lo que contestes. La vas a cagar.

¿En el mismo puesto de trabajo? El candidato no tiene ambición.

¿En un puesto de la hostia que no tiene nada que ver con la mierda esta por la que me está

entrevistando usted, señor? El candidato es inestable y nos dejará con el culo al aire cuando menos nos lo esperaremos.

¡Odio la pregunta de los cinco años!

—No lo sé.

—Pues piénselo. Si usted fuera la directora creativa, ¿qué cambios implantaría?

Me lo pienso.

Frunzo el ceño.

Me distraigo por unos momentos con lo perfecto que es el rostro de Enzo, con su barba sexy de dos días y esos labios suaves, tan apetecibles...

Me chasqueo los dedos a mí misma para concentrarme, vuelvo a la carga y dejo las chorradas lujuriosas para otro momento.

Frunzo otra vez el ceño.

—Incluiría una rúbrica de educación sexual.

Ya está. Me he lanzado a la piscina.

O al Atlántico, a juzgar por la cara que pone mi jefe y la forma en la que arquea las cejas.

—¿Educación sexual? Explíquese.

—Bueno, nuestros artículos van encaminados hacia el placer masculino que, como todo el mundo sabe, es fácil de conseguir.

—¿Usted diría que el placer masculino es fácil de conseguir?

Es coña, ¿verdad?

—No lo digo yo. Lo dicen los expertos. Según los estudios más recientes, un noventa y cinco por ciento de los varones llegan siempre al orgasmo, frente a un sesenta y cinco por ciento de las mujeres. Yo ahí veo una clarísima brecha orgásmica.

—¿Solo un sesenta y cinco por ciento? Hum. A mí eso nunca me ha pasado —rumia, pensativo.

—Estarían fingiendo —farfullo para mí, con un bufido socarrón.

Enzo levanta la mirada de golpe. Me encojo en la silla. Espero que no me haya oído poner en entredicho sus habilidades de alcoba.

—¿Cómo dice?

—Usted es la excepción —lo felicito en un tono de lo más animado—. Pero ¿y qué pasa con nuestros lectores? ¿Cuántos de ellos conocen el mecanismo de placer femenino? La mayoría se han informado a través del porno y, seamos honestos, eso no tiene nada o tiene muy poco que ver con la realidad. El noventa y nueve por ciento de las películas para adultos terminan después del orgasmo masculino. Lo demás, a nadie le importa. ¿Sabía que hay una categoría llamada *porno para chicas*? Para que veamos a mujeres disfrutar del sexo hay que hacer una categoría aparte. ¿No le parece escandaloso?

Vale, creo que me he dejado llevar, me he olvidado de con quién estoy hablando y le he soltado la perorata que normalmente soltaría a mis amigos un jueves en el pub. Tierra, trágame.

—Veo que está muy informada.

Me aliso la falda con remilgo, antes de atreverme a mirarlo a la cara.

—Me gustan las estadísticas.

—A mí también. Me flipan las estadísticas.

—Ah, ¿sí?

—Mm-hm.

Lo sabía. Es mi media naranja. Ahora solo falta que él también se dé cuenta.

Hmmm. Puede que tenga que resetear la configuración de su disco duro. Sin duda, el cuerpo de Enzo Bassi se mantiene vivo gracias a un sistema operativo. No creo que tenga corazón.

Me pregunto qué pasaría si me acercara a él ahora mismo y le besara. Seguro que su antivirus me tacharía de programa malicioso y me pondría en cuarentena de inmediato. ¿Podré hackearlo?

—Usted y yo hacemos buen equipo, Jones. Puede que al final no la despidan.

—Es usted muy generoso, señor.

—Pero, como siga usando el sarcasmo, lo haré.

—Lo siento, señor.

—¿Por qué sigue sonándome a sarcasmo?

«¿Porque lo es?».

—Ni idea. ¿Puedo irme? Todavía no he acabado de redactar el acta de la reunión y tiene que presentarla en media hora.

—Está bien. Puede retirarse. Pero siga dándole una vuelta a lo que hemos hablado. ¡Y tráigame un café!

Pero ¿qué les pasa a los italianos con el café?

¿Y qué bicho me ha picado a mí para hablar de la brecha orgásmica con el dios del sexo? Me iría a la azotea a gritar, pero la última vez que lo hice lo supo toda la oficina. Me dejé la puerta cortafuegos abierta y el eco de mi rugido llegó hasta el despacho de don Bassi. Al pobre casi le dio un patatús. Y ya no tiene edad para esas cosas.

A eso de las tres, me llama mi madre por Skype.

A mí madre le encanta que nos veamos las caras mientras hablamos porque odia las conversaciones telefónicas.

Mis padres viven en la campiña, pero pasan unos seis meses al año en el piso que se compraron en Benidorm con la herencia que recibieron tras la muerte de mi abuelo.

—Hola, mamá.

—¡Lottie, querida! ¿Te pillo mal?

—Me pillas en el trabajo, mamá.

«Como siempre a estas horas, pero aun así te empeñas en llamar».

—Deberías salir más. Así nunca vas a darnos nietos.

Como me tuvieron bastante mayores, a mis padres les preocupa la posibilidad de morir sin conocer a sus descendientes. Dado que yo cumpliré los treinta y dos el próximo año y ni siquiera tengo pareja, hay una muy alta probabilidad de que eso ocurra.

—Lo siento, mamá, pero tengo que trabajar para pagar el alquiler.

—Londres es muy una ciudad muy cara, hija. Deberías mudarte a Benidorm.

—No hablo español.

—Pues te apuntas a alguna academia. O conoces a un hombre guapo en la playa y ya se encargará él de enseñarte su lengua —dice, estallando en carcajadas—. ¿Lo pillas?

—¡Ay, mamá! ¿Ya estás borracha?

—¡Claro que no! —se indigna, aunque nos conocemos y sé cuánto le gusta la *happy hour*. Ella dice que es por el clima, pero todos sabemos que se fueron a España porque ahí el alcohol es más barato—. Aún no son las cinco, cariño.

—Está bien que tengas un horario para empinar el codo —farfallo mientras tecleo.

—Soy una mujer organizada. ¿Y qué hay de nuevo en tu vida?
—La mismo que ayer.
—Ay, Lottie. Me preocupas.
—Me llamaste Charlotte. ¿Qué esperabas? ¿Una triunfadora?
—Señorita Jones, necesito ocho fotocopias de esto —me sobresalta la voz de mi jefe, al que creía fuera de la oficina todavía.
—Claro, señor.
—¿Quién es ese hombre tan guapo que tienes a tus espaldas? ¿Está soltero?
—¡Mamá! Lo siento —me disculpo con Bassi, que sigue aquí de pie, en mangas de camisa, esperando las dichas fotocopias y conteniendo la sonrisa como buenamente puede—. Está borracha.
—No estoy borracha. Te acabo de decir que no son las cinco todavía —me repite, exasperada—. Pregúntale si está soltero.
Esto es demencial.
—Mamá, ¡es mi jefe!
—¿Y eso que tendrá que ver?
Me entra un soponcio cuando Enzo se inclina sobre mi mesa y le dedica a mi madre su sonrisa más encantadora.
—Estoy soltero, señora Jones.
—¿Lo has oído, cariño? Está soltero.
—Mamá, tengo que dejarte.
—Pero, ¡espera, Lottie! Todavía no le he preguntado si...
Consigo colgar y luego le quito el sonido al ordenador porque sé que volverá a llamar de inmediato.
—Lo siento —me disculpo, desbordada—. Sé que ha sido completamente inapropiado. Si quiere usted despedirme...
—Esta vez no, Jones. Gracias por las fotocopias.
Y me dedica la misma sonrisa absurdamente sexy con la que ha encandilado a mi madre.
Mi disco duro se acaba de quedar colapsado. ¿¿¿¿Qué error es este????
Vale, me voy a tener que quitar las gafas porque se me han empañado de la emoción.

—Creo que mi jefe y yo estamos coqueteando.
—Me pillas en una reunión y estás en manos libres.
—Perdón. ¡Buenas tardes a todos!
Sentada en el váter, encerrada en uno de los tres cubículos que hay en el baño de chicas, le cuelgo a Shannon (siempre mi primera opción para los asuntos amorosos) y llamo a Maisie.
Seguro que ella puede atenderme. Trabaja en un banco, con lo cual está todo el día tocándose las narices mientras se hace rica. Es la única persona que conozco que sale del trabajo a las dos y, para colmo, gana el doble que los que no vemos la luz del sol hasta las cinco. Ojalá no hubiese estudiado Literatura Inglesa. ¿De qué me ha servido leer a Jane Austen? Me ha creado expectativas surrealistas respecto a los hombres. Sigo esperando conocer a Darcy...
—¡Creo que mi jefe y yo estamos coqueteando! —le suelto a bocajarro.
—Me alegro por ti. ¿Puedo llamarte en media hora? Estoy haciendo de niñera de mis sobrinos

y creo que uno de ellos se ha tragado las llaves de mi coche porque no las encuentro por ninguna parte. ¿Has sido tú? Confiesa. Sé que has sido tú, cabroncete.

Por Dios.

Nota mental: no darle a mi madre la satisfacción de tener descendientes.

Le cuelgo a Maisie y llamo a Stefan. Qué día tan ajetreado.

—Creo que mi jefe y yo...

—...ponerme, así que deja tu mensaje después de la señal.

Ah. Que es el buzón. Estupendo. Pues ya no tengo a nadie más a quien contárselo. Qué deprimente. Tantos amigos y nadie con quién compartir un chismorreo.

Estoy a punto de salir del baño cuando me llama Shannon.

—Cuéntamelo todo. ¿Ya te ha empotrado contra la fotocopidora?

—¿Qué? No.

—¿Te ha metido la polla en la boca? —me propone, traviesa, justo cuando yo he pulsado la pantalla del móvil con mi enorme pendiente y he activado el altavoz. ¡Mierda!

—¡No! —grito, escandalizada—. ¿¿Cómo se desactiva este trasto?!

—Entonces, no estáis coqueteando. Llámame cuando lo hagáis.

¿Qué?

—¿Shann...?

Me ha colgado. Increíble. Bueno, al menos se ha desactivado el altavoz.

Resoplo y salgo del cubículo azul.

Y me doy de bruces con Margaret, la entrometida secretaria de Carlo Bassi, el hermanastro de Enzo.

Margaret es una mujer de mediana edad que siempre viste de manera muy conservadora, faldas sin forma de color café y chaquetones que nadie sabría afirmar a ciencia cierta qué ocultan debajo, si un cuerpo escultural o unos cuantos michelines.

Tiene el cabello gris recogido en un peinado severo, gafas rectangulares de montura invisible y una nariz prominente, aunque su rasgo más dominante es la mirada, esos ojos azules, inquisitivos, que ahora mismo acosan a los míos.

Ella y yo somos enemigas naturales, enfrentadas por culpa de nuestros respectivos empleos.

Es un secreto a voces la enorme rivalidad que hay entre los dos Bassi. Al principio yo creía que eran hermanos, hasta que un día le dije a Enzo que su hermano quería verle y me gruñó un *hermanastro* que dejó muy claro que a Carlo no quería verlo ni en pintura.

—¿Qué hacías ahí dentro? —me increpa la ayudante del Diablo con suspicacia. (Si Enzo le odia, yo también. Soy muy leal).

—Vaya pregunta, Margaret. ¿Quieres detalles?

—¿Te acuestas con tu jefe?

—No.

Lamentablemente.

—Te oí. Dijiste que estáis coqueteando y tu amiga te preguntó si ya te ha metido la polla en la boca. ¿Lo ha hecho?

No sé cómo me las apaño, pero de una forma u otra toda la oficina se acaba enterando de mis trapos sucios *siempre*.

Lo del grito en la azotea no fue nada.

Lo de las conversaciones con mi madre en horario laboral, faltas leves como mucho.

Pero lo de la polla en la boca... Oh, eso sí que es un buen motivo para que te despidan.

Llegados al punto en el que estamos, mi única opción es negarlo todo. Porque, como diría el jefe de propaganda del Tercer Reich...

No empecemos.

—Me temo que lo has entendido todo mal. Mi amiga Shannon es extranjera. No pronuncia nada bien las palabras.

Como Shannon se entere de que he dicho que los irlandeses son extranjeros...

—Pues a mí me pareció que tenía un inglés impecable.

—Será por la acústica que hay en este baño. Bueno, me ha alegrado verte, Margaret. Saludos a la familia.

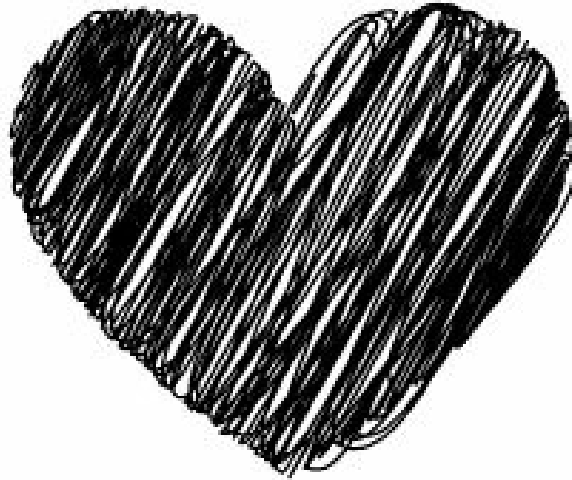
—Están todos muertos —masculla, resentida, a mis espaldas.

Me detengo en la puerta y arrugo muchísimo la cara. Por supuesto que están todos muertos. Qué día de mierda. Con lo bien que había empezado.

—Mi más sentido pésame —farfullo, antes de salir pitando.

Dios mío. Menos mal que es viernes.

Abrázame fuerte, muy fuerte, más fuerte que nunca...



—Señorita Jones, ¡a mi despacho! —ruge mi jefe el lunes a primerísima hora.

Ha madrugado y todo. Esto es preocupante. Seguro que la chivata de Margaret se ha ido de la lengua, se lo ha contado todo a Carlo y este se lo ha dicho de inmediato a Enzo. Tal vez en una cena familiar. Seguro que lo ha oído hasta don Enrico, que está bastante sordo.

Suelto el bolso y el abrigo sobre la mesa y, con su café y el mío en la mano, me dirijo a su despacho con todo el aplomo que consigo reunir en tan poco tiempo.

—Buenos días, señor. ¿Quería verme?

Lunes. Un gran día para que te despidan.

—Siéntese, Jones.

Qué incómodo todo. Una cosa es estar obsesionada con un tío y otra muy distinta que el tío en cuestión lo sepa.

—Tenga —farfullo, con la mirada clavada en su mesa. No me atrevo a mirarlo a la cara ahora que, gracias a la bocaza de Shannon, sabe que quiero su, ejem, polla en mi boca—. Su café.

—Gracias. Puede tomarse el suyo. No quiero que se le enfríe.

Con lo considerado que es, seguro que va a despedirme sin indemnización, el cabronazo.

—Señorita Jones —empieza después de quitar la tapa de plástico y sorber un poco de café. Sus labios nunca han tocado la tapa. A lo mejor le preocupa el herpes labial—. ¿Sufre acoso laboral?

Ay, Dios mío. ¡El asunto ha llegado a Recursos Humanos!

—No, señor.

—¿Seguro? ¿Nadie de la oficina se mete con usted?

—No que yo sepa, señor. Margaret es un poco entrometida, pero no lo llamaría acoso. Incordio como mucho. Un grano en el culo, si quiere que le sea honesta.

—¿Tiene problemas financieros?

Este es el despido más raro que he visto en mi vida.

—No más que otra gente de mi generación —respondo, enganchándome con nerviosismo un mechón de pelo detrás de la oreja.

—¿Está sola? ¿Es eso, señorita Jones? ¿Se siente... sola?

No aguento más sin mirarlo y levanto los ojos hacia los suyos para intentar averiguar DE QUÉ COJONES VA ESTO.

¿Por qué pone esa cara de empatía? ¿Va a despedirme de una vez o no?

—Soy hija única. Estoy acostumbrada a estar sola. Mi madre solía dejarme berreando en la cunita durante horas para que me acostumbrara a la soledad. No dejaba de repetirme *vas a morir sola, Charlotte*. Nunca supe por qué. Fue su época más dramática.

—Entonces, por el amor de Dios, ¿por qué quiere suicidarse, Jones?! —exclama con una mezcla de frustración e impaciencia.

Me quedo boquiabierta. ¿Qué tiene que ver el suicidio con lo de meterme la polla en la boca?

—¿*Eing?*

—¿Por qué nos ha mandado este mensaje tan raro a todos?

—¿Qué mensaje?

Exasperado, y cuando se exaspera está guapísimo (al igual que cuando no se exaspera), Enzo sacude el ratón y hace *click* en el mensaje de suicidio que supuestamente envié, aunque sin duda se trata de una broma muy pesada.

—*Dejar constancia de mis últimos deseos antes de palmarla*. ¿Por qué nos ha enviado esto? Sarah, de Recursos Humanos, dice que es un desesperado grito de auxilio.

—Ay, Dios mío. ¿Lo ha visto Sarah, de Recursos Humanos?!

—Señorita Jones, lo han visto todos.

—To... ¿*todos?*

—Toda la empresa.

—¿TODA LA EMPRESA? —rujo, plantando las palmas sobre la mesa—. ¡Pero si yo solo lo apunté en el calendario!

—En el calendario de todos. Esta mañana, a las siete en punto, hemos recibido una notificación de Outlook. A las ocho nos estábamos reuniendo de urgencia por *Teams* para poner en marcha el protocolo anti suicidios.

—¡Ay, Dios mío! ¿Lo sabe don Bassi?

—Él está convencido de que deberíamos subirle el sueldo. Su generación cree que todo se soluciona con dinero. *Soldi, soldi, soldi*. La vieja cantinela.

Me pone mucho cuando habla en italiano, pero ahora estoy demasiado horrorizada como para pensar en chorradas. Da igual que haya venido al trabajo sin peinarse y sin afeitarse y que esta mañana no se haya puesto una corbata ni se haya abrochado siquiera el cuello de su camisa blanca; da igual que sus ojos verdes se estén aferrando a los míos de una forma tan intensa que podría quedarme encinta ahora mismo.

Solo puedo pensar en que todos, repito, *todos*, han visto mis putos apuntes de criatura desquiciada.

—¿Por qué quiere hacerlo, señorita Jones? Por qué quiere suicidarse, ¿eh? Si la vida es preciosa.

—¡Que yo no quiero suicidarme, borrico! Quiero decir, señor. *Señor Bassi* —me corrijo algo más apaciguada—. Solo fue una tontería. Un día me dio por pensar en cómo sería mi lapida y creí conveniente dejar constancia de que, si a mis amigos se les ocurriera poner Charlotte en vez de Lottie, los atormentaría desde el Más Allá porque odio que me llamen Charlotte. *Hola, soy*

Charlotte. He muerto de una embolia. ¡No quiero tener que decir eso en el Más Allá!

Enzo suelta una carcajada incrédula.

—Espere un momento. ¿Intenta decir que este follón ha sido solo porque odia que la llamen Charlotte?

Suena de locos, ¿verdad?

—Sí.

—¿Y no piensa suicidarse?

—No.

Se ríe durante al menos medio minuto. Qué bien que me encuentre divertida.

—De acuerdo, señorita Jones —zanja, cuando se le ha pasado el ataque de risa—. Me... alegre de haberlo aclarado.

Y yo.

Me alegro tanto que voy a ir a gritar a la azotea ahora mismo.

—¿Puedo irme? —pregunto, con una voz trémula en la que he dejado colarse una clara nota de ansiedad.

La mirada penetrante de Enzo me retiene en la silla unos momentos más. De nuevo, tengo la sensación de que se fija de verdad en mí. Se está poniendo muy serio, la diversión se ha apagado en su rostro.

—Claro —murmura, frunciendo el ceño, confundido por alguna cosa que yo no sabría identificar.

Me levanto, intentando encubrir mi incomodidad tras una pose aplomada, aunque tengo la sensación de que me tiemblan las piernas de forma visible mientras camino hacia la puerta.

Siento la mirada de mi jefe clavada en mi espalda, lo cual no hace más que echarle gasolina al fuego.

—Jones.

Me detengo antes de salir, aspiro una profunda bocanada de aire y me giro hacia él.

Me invade una brutal punzada de deseo cuando trabo mirada con los ojos verdes que no parecen querer perderse ni un solo detalle de mi rostro.

Y eso que no debo de mostrar una imagen demasiado atrayente ahora mismo.

Odio tomar el sol voluntariamente, vivo en Londres, con lo cual tampoco lo tomo de forma involuntaria y, siempre que intento sacarme un *selfie* en horario laboral para mandárselo a mis amigos acompañado de alguna frasecita estúpida, me doy cuenta de que mi piel se ve traslúcida bajo la fría luz de estos fluorescentes. No me gusta la luz blanca. Nunca me ha gustado. Me recuerda a los quirófanos. ¿Podré quejarme de esto a Recursos Humanos?

«Mira, Sarah, verás, el caso es que no salgo bien en los *selfies* con esta luz tan blanca. ¿Podríaís ponerme una más cálida?»

—¿Está cómoda aquí?

La pregunta me pillá desprevenida.

—Sí, señor —respondo con timidez, tras unos segundos de vacilación.

—Sé que a veces he sido duro con usted. Y no he visto todo su potencial. Quiero que sepa que ahora lo veo.

¿Pretende decir que no va a doblarme sobre la mesa ni azotarme a modo de castigo por mi tremenda falta de profesionalidad? ¡Porque yo quiero que lo haga!

No sé qué contestar. Será mejor que me abstenga de abrir la boca. No me veo capaz de decir nada inteligente.

Me he rendido a sus palabras, a su voz suave y cálida, y no puedo hacer más que mirarlo como si fuera una obra de arte, un cuadro contemporáneo colgado en mi museo favorito. Sus pómulos altos, sus misteriosos ojos verdes que parecen ocultar una historia que él no quiere contarnos... Cada rasgo que catalogo me parece más exquisito que el otro.

Poso la mirada sobre sus labios carnosos y sensuales y dejo escapar un suave suspiro de anhelo.

Me pregunto cómo sería besarlo, qué se sentirá al tocarlo, al ser tocada.

—Lorenzo, vamos, que llegamos tarde —me sobresalta la voz de Carlo, que ha aparecido misteriosamente a mis espaldas y ha hecho añicos la magia que parecía habernos atrapado a mi jefe y a mí.

Incómoda, giro en redondo y me doy prisa por volver a mi mesa, no sin antes cruzar una mirada breve con Carlo que, por la forma en la que observa, también ha recibido el maldito aviso de Outlook. Será mejor que vaya derecha a la azotea y me desahogue a gusto.

Llevo dos horas encerrada en la azotea.

Esta vez me he acordado de cerrar la puerta cortafuegos para que mi rugido no se escuchara en toda la oficina.

Lo malo de estas puertas es que, una vez cerradas, necesitas una llave para abrirlas. Y, como podéis imaginar, yo no llevaba una en el bolsillo de mi vestido lila de lana.

Así que aquí estoy, sentada al lado del pararrayos, a punto de lloriquear porque he agotado todas mis opciones.

Los cabronazos que construyeron el edificio Bassi se tomaron muy en serio la seguridad. Lo más probable es que muera aquí fuera y me encuentren dentro de dos o tres años. Estaré momificada como una reina egipcia. Mi vestido se hará jirones, así que estaré momificada y *desnuda*.

Me entra tal angustia que me precipito hacia la puerta y empiezo a golpearla como una desquiciada.

—¡Auxilio! ¡Por favor! ¿Hay alguien ahí? ¿Hola? ¡Abrid! ¡Socorro! ¡SO-COOOO-ROOOO!

Esto no puede estar pasando. ¿Por qué no me habré traído el móvil? Habría llamado a Shannon, o a Maisie, o a Stefan...

Ahora nadie podrá ayudarme.

Me vuelvo a desplomar al lado del pararrayos y pienso en todas las cosas que voy a perderme: algún que otro decepcionante viaje con Ryan Air en el que me cobrarán incluso el aire que respiro dentro de la cabina; la paella de mi madre, que no tiene nada que ver con la que comimos en Benidorm, pero aun así está rica; el buen sexo, que digo yo que lo habrá, aunque mis polvos hasta la fecha hayan sido para morirse de la vergüenza o de la risa...

La puerta se abre de golpe en mitad de mi discurso melodramático de despedida y a través del hueco asoma él, el príncipe azul vestido de Cavalli. Está aquí para rescatarme, con su perfecto rostro esculpido, sus labios sensuales de emperador romano (¿no estaría guapísimo en una moneda de plata?) y su mirada penetrante que me traslada a otra dimensión.

—Señorita Jones, ¿qué demonios hace aquí? Llevo una hora buscándola.

Su imponente presencia y el aroma masculino que inunda mis fosas nasales me subyugan de tal manera que mis piernas dejan de temblar y mi corazón empieza a latir desacompañado.

—¡Gracias a Dios! —exclamo, abalanzándome sobre él como una loca. El miedo a morir actúa de estimulante—. Creí que me encontrarían dentro de tres años, momificada y con las uñas largas.

Estoy tan aliviada de verle que me pego a él como una lapa. Me niego a soltarle. Necesito un abrazo. ¡He estado a punto de secarme como un dátil aquí arriba!

Enzo, un poco descolocado por mi reacción, me rodea entre sus brazos y me acaricia la espalda con suavidad para tranquilizarme. Noto el calor de su pecho a través de la camisa, la enérgica vitalidad de su cuerpo, y solo sé que no quiero que me suelte nunca.

No hablo español, pero he escuchado la canción de Juan Gabriel con subtítulos y creo que sería perfecta para nosotros.

«Abrázame muy fuerte, amor, mantenme así a tu lado...»

¿Por qué será que todo suena mejor en español o en italiano?

—¿Está bien? —me susurra Enzo con suavidad.

Levanto la mirada hacia la suya y me estremezco al encontrarme con sus ojos verdes, cargados de preocupación, clavados en los míos.

De su boca solo me separan unos míseros centímetros de aire. Ay, Dios. Es tan guapo y huele tan bien que dan ganas de echase a llorar.

Ojalá me besara.

«Bésame. Te ordeno que me beses».

Demonios. ¿Cómo lo haría ese señor que doblaba cucharas con la fuerza de su mente?

—¿Y qué pasó a continuación?! —exclama Shannon, excitadísima.

Es jueves otra vez y he dejado boquiabiertos a mis amigos con el relato del tórrido episodio de la azotea.

—En realidad, eso es todo lo que pasó. —Bebo un poco cerveza y me encojo de hombros—. Después nos pusimos raros, él se apartó incómodo, yo, aún más incómoda, me empecé a arreglar el pelo con los dedos como si fuera una ama de casa de los años cincuenta y... nos hemos estado evitando a saco durante toda la semana.

—¿Tú qué opinas, Stef?

La pregunta de Maisie me libera a mí de toda la atención del grupo y la desvía hacia el único miembro masculino de nuestra pandilla.

Stefan viene de trabajar, hoy le tocaba turno doble en el hospital, así que todavía lleva su uniforme de enfermero y unos círculos oscuros rodean sus ojos grises. Siempre parece cansado. Trabaja mucho. En Polonia tiene una hermana dos años más joven que él y una madre a la que envía dinero todos los meses. Su hermana sufre un autismo severo que la incapacita para trabajar, y su madre casi anciana poco puede hacer para mantener a la familia. La indemnización que reciben del estado solo alcanza para cubrir el alquiler. El resto de los gastos los soporta Stefan.

Yo lo conocí gracias a mi anterior compañera de piso. Salían juntos. Él pasaba bastante tiempo en nuestra casa, hasta que rompieron y ella regresó a Bulgaria. También era enfermera. De hecho, trabajaban en el mismo hospital.

Stefan lo pasó fatal tras la ruptura. La amaba. Jana, no. Por lo visto, tenía un novio en Bulgaria, con el que volvió cuando reunió dinero suficiente para la entrada de un piso en la

capital. Muy mala gente. Como diría la madre de Bridget: una raza muy cruel.

—Yo creo que a él le mola Lottie.

—¿Tú crees? —susurro, esperanzada.

—A ver, Lottie, ¿con la que liaste con lo del suicidio y aún no te ha despedido? Edward Grey lo habría hecho.

—Y Christian se habría sacado el cinturón y no podrías sentarte en toda una semana, nena —apuntilla Shannon con un guiño picaresco.

—Ay, no sé. Si le gusto, ¿por qué no me besó?

—¿Tú estás tonta? ¡Es tu jefe! A nosotros en el banco nos dieron un curso anti acoso laboral. Y, créeme, besar a tu asistente es acoso laboral.

—¿Y si la asistente en cuestión te lo demanda con la mirada y la fuerza de su mente?

—Si no hay un acuerdo por escrito...

Me desplomo sobre la mesa. Qué conversación tan deprimente.

—Muy romántico.

—Asúmelo, Lottie. En nuestro siglo lo que importa es tener un contrato vinculante.

—Tú sigue deprimiéndome, Maisie.

—¿Por qué habrá tantas mujeres que se enamoran de sus jefes? —se pregunta Stefan después de pedir otra ronda de cervezas y más cacahuets para picar.

—La erótica del poder —asegura Shannon, que siempre lo sabe todo.

—Así nunca voy a encontrar novia. No soy el jefe de nadie.

—Deberías salir más —le sugiere Maisie. Ella es la única del grupo que tiene pareja. Conoció a su novio en la boda de su hermana, hace ya cinco años, aunque Maisie dice que están algo estancados. Llevan saliendo mucho tiempo y aún no viven juntos. Para mí que él no quiere comprometerse.

Es curioso que haya tantos tíos en nuestra generación que no quieran comprometerse. Mi madre está convencida de que eso pasa porque ahora reciben sexo sin un anillo de compromiso a cambio. En su época, las mujeres sabían usar mejor la sexualidad a su favor. Me deprime ver el sexo como un mero intercambio comercial.

Me pregunto qué clase de tío será Enzo Bassi. Sin duda, de los que no se comprometen. Tiene treinta y siete años y, que yo sepa, ninguna novia estable. Seguro que, si la tuviera, me habría pedido alguna vez que le enviara flores o joyas.

¿O será la clase de novio que prefiere comprar las flores y las joyas él solito?

Recuerdo cómo me abrazó en la azotea y algo se encoge dentro de mí ante la idea de que tenga novia.

No, Enzo no tiene novia. No puede tenerla. ¡Me niego a que la tenga!

Cuando dejo de desvariar, mis amigos han cambiado de tema. Shannon nos está contando su última experiencia sexual con un cliente, al que se tiró en el baño de un piso que le estaba enseñando.

—¿Eso es legal?

—¡Es divertido! —me contesta con una risita.

Shannon es el alma de este grupo. Los demás no nos comemos una rosca. Quizá Maisie y Don Demasiado Ocupado Para Comprometerme lo hagan, pero ella nunca habla del tema.

—¿Y qué vais a hacer en Navidad? —nos pregunta Stefan cuando el relato de Shannon ha concluido con un *pero yo no quiero saber nada de los tíos*.

Ay, mierda. Navidad. Fiesta de empresa. Los jefes juzgándote hagas lo que hagas. Ahora que

soy la suicida oficial del imperio Bassi, me apetece poco o nada asistir.

—Yo iré a ver a mis padres a Irlanda.

¿Por qué no puedo tener unos padres en Irlanda a los que visitar?

—Yo también pasaré las navidades en casa.

O en Escocia...

—¿Y tú qué, Lot? ¿Qué planes tienes?

Me encojo de hombros.

—Ninguno. Me quedaré en Londres. Mis padres se van de excursión con un grupo de amigos y, como comprenderás, no me resulta nada atrayente acompañarlos. Y ellos tampoco quieren que les acompañe. Me encuentran muy sosa. ¿Y tú?

—Estaré trabajando. En navidades nadie quiere hacerlo y... pagan el doble.

Aprieto los labios en un gesto compasivo y le doy un golpecito en el brazo. Es muy buen tío. Espero que algún día encuentre a una mujer que sepa apreciarlo.

Aunque, si la probabilidad de encontrar a tu media naranja es de una en cada diez mil vidas, no sé yo...

El mejor día de tu vida



Solo falta la foto de la chica en bolas para sacar el número de noviembre y tenemos una crisis porque la modelo nos ha dado plantón.

—¡No vuelvo a trabajar con esa agencia en la puta vida! —rezonga Enzo, que se afloja la corbata con aire furioso mientras recorre la sala como un animal acorralado.

Algo parecido a la esperanza asoma en su rostro cuando me ve cruzar la puerta, pero niego para indicarle que no la he podido localizar y vuelven a fulgurarle los ojos de ira.

—¿Y no pueden mandar a otra persona?! —clama, aún más colérico.

—Mira la hora que es —interviene el fotógrafo—. No podemos esperar más. Necesitamos sacar las fotos ya. Los de imprenta tienen que recibir el formato definitivo antes de las siete.

—Pues como no me despelote yo...

Uf, pagaría por verlo. En serio. Pagaría *mucho* dinero. No tengo mucho dinero, pero lo conseguiría. Se lo pediría prestado a Maisie.

—¿Qué tal...?

Todas las miradas se vuelven de pronto hacia mí. ¿Qué me he perdido?

—No lo estarás diciendo en serio.

Miro a mi jefe sin comprender por qué está tan perplejo.

—¿Se te ocurre a ti algo mejor?

—¿Qué? Venga, tío. No desvariemos.

Tengo la ligera sospecha de que debería sentirme ofendida, aunque no sé muy bien por qué. Todavía no comprendo qué es lo que quieren de mí.

—Tengo una idea. —El fotógrafo se me acerca y me estudia con ojo crítico. Tengo bigote, ¿o por qué me mira así de concentrado?— Señorita Jones, quítese las gafas.

—¿Q... qué?

—Usted confíe en mí.

¡No puedo confiar en alguien que no conozco!

Miro a Enzo en busca de apoyo, pero lo único que recibo es un gesto de *adelante, sígueme el rollo. ¿Qué más dará? Ya sabemos que está loco.*

No resulta demasiado alentador.

Vuelvo la mirada hacia el fotógrafo y le frunzo el ceño.

—Señorita Jones, ¿sería usted tan amable de quitarse las gafas por un momento, por favor?

La suavidad con la que me habla y la sonrisa simpática que se dibuja en sus labios me aportan cierta sensación de seguridad.

Así que suspiro y me las quito. Me siento un poco desnuda sin ellas, pero, bueno, seguro que será un momento.

El fotógrafo me pasa una mano por el pelo y me levanta la cara. Me pide que gire el rostro a la izquierda. Luego a la derecha.

Y después de estudiarme con detenimiento durante casi medio minuto, me suelta un guiño cómplice y se aleja hacia Enzo.

—Créeme, el resultado puede ser espectacular.

Mi jefe le pone los ojos en blanco.

—Sigo sin tenerlo claro.

—Entonces tendrás que confiar en mí. Señorita Jones, ¿le importaría ir a que la maquillen y la vistan para la sesión?

Y, de pronto, lo comprendo.

—Espere. ¿Está insinuando que yo...? ¡¿Que YO salga en la página siete?!

—Creo que usted sería perfecta para convertirse en nuestra nueva Miss Noviembre.

—¡Ni de broma!

—Le prometo que no tardaremos nada y que estará usted guapísima.

Estoy tan perpleja que otra vez busco a Enzo con la mirada de busca de apoyo, pero resopla exasperado y nos dice que hagamos lo que sea, ¡pero ya!

No me lo puedo creer. Esto es un complot. Yo no soy modelo. ¡¿Cómo voy a salir en pelotas en la página siete de la revista masculina más vendida del país?!

Como me he negado a salir en pelotas en una revista de tirada nacional, me han puesto un *body* blanco. La parte de arriba no está mal. Siempre me han sentado bien los escotes palabra de honor. El problema es que ¡voy en bragas!

Y no estoy nada cómoda saliendo en bragas delante de Enzo Bassi. A mí el país me la trae al paio, pero ¿mi jefe? Esa es una historia diferente.

Me dispongo a dar media vuelta para esconderme en alguna parte (¿quizá debajo de alguna estantería polvorienta, o en el archivo?), cuando me intercepta la maquilladora, una criatura rubia y cruel que me obliga a abortar la misión.

—Venga, venga, que estás estupenda. Más quisiera yo estar tan buena en bragas —dice, antes de empujarme dentro de la jaula de los leones.

Enzo está de espaldas cuando entro a trompicones en la sala. Se ha quitado la americana y, por la forma en la que se le tensa la camisa blanca a la altura de los hombros, diría que sigue de muy mal humor. No creo que ese café que se está tomando ayude para calmar los nervios, pero cualquiera se atreve a sugerirle nada.

—Ah, ¡aquí está nuestra salvadora! —celebra Fabrizio con una sonrisa de oreja a oreja.

Mientras me maquillaban, me he enterado de que el fotógrafo se llama Fabrizio y que retrató la boda del príncipe. Nadia, la peluquera, no supo aclararme si la del heredero o la del otro. Estoy intrigada—. Magnífico. Sencillamente, magnífico.

Enzo se vuelve hacia mí y se atraganta con el café.

—¡Estoy ridícula! —me vengo abajo al ver su reacción—. ¡No puedo salir así!

—¿Ridícula? ¡Está perfecta! Parece un ángel. Díselo, Bassi —exhorta a mi jefe, a quien da un golpecito en el pecho para que espabile.

Enzo se queda en silencio, con el café en la mano, el ceño fruncido y los labios un poco entreabiertos.

Si es que no tiene que decir nada, ya sé yo que no doy el pego. Parezco virginal y frágil, comparada con las tías de pechos enormes que salen en la página siete, todas siliconadas y con cara de depredadoras sexuales.

Y es curioso que parezca virginal porque, insisto: ¡voy con el culo al aire!

—¡No puedo hacerlo! ¡Yo no soy modelo! ¡No sé poner morritos de depredadora sexual!

Estoy a punto de echarme a llorar de pura frustración, pero me muerdo el labio con fuerza para contenerme. Miro primero a Enzo y después a Fabrizio. Mis ojillos azules de cervatillo aterrado suplican auxilio.

—Bassi, venga, reacciona, joder. La chica está incómoda.

Mi jefe aprieta los labios.

Sus ojos son indescifrables.

—Le queda bien eso que lleva puesto —masculla, aunque me cuesta entenderlo entre toda la irritación de su voz—. Saca las fotos y acabemos con esto de una vez.

Y así, sin más, mi foto en pelotas inunda los quioscos de todo el país.

Mis amigos están en shock. He tenido que hacer una videoconferencia con ellos desde el retrete porque no podían esperar al jueves. Stefan vio mi careto (y mi culo) en la revista de un paciente y se lo contó a todos nuestros conocidos. La noticia acabó esparciéndose como la pólvora. He recibido veinticinco llamadas telefónicas.

No pasaba tanto tiempo al teléfono desde que trabajaba en un *call center* terciarista, cuyos dueños nunca habían oído hablar de esa cosa “de izquierdas” llamada *derechos laborales*.

Menos mal que mis padres están en Benidorm, huyendo del mal tiempo inglés y de los precios elevados de la ginebra. Qué vergüenza les daría ver a la solterona de su hija, en bragas, en los quioscos.

—Lo sé, estaba ridícula —me quejo, porque desde ayer no hago más que quejarme y fustigarme por haber cedido a una tontería como esta.

—¿Ridícula? Nena, eres el sueño húmedo de todos los hombres de Inglaterra. Díselo, Stefan. ¿A que estaba tremenda?

—Estabas tremenda —respalda Stefan las palabras de Shannon.

—Vosotros no le habéis visto la cara a mi jefe.

—A lo mejor le apretaban los calzoncillos.

—Ay, Shannon, ¡de verdad! No le gustó nada que saliera en la revista, te lo aseguro.

—Encima que les has salvado el culo. ¿Te han pagado algún incentivo?

Le pongo mala cara a Maisie, la de finanzas, que no hace nada sin un buen aliciente.

—No. Y tampoco lo aceptaría.

—Pues deberías.

—Para no querer llamar la atención nunca, no hago más que ser noticia en el trabajo. Primero, grito en la azotea como un ser desquiciado. Luego me meto donde no me llaman y doy consejos al equipo creativo, infinitamente más capacitado que yo para crear contenidos atractivos. Por si fuera poco, les cuento a todos que voy a suicidarme, ¡a las siete de la mañana de un lunes laboral!, y después les enseño el culo.

—Y no te olvides de lo de la polla en la boca o de tu numerito cuando el príncipe y su corcel, o sea miembro erecto, te rescataron de la azotea.

No sé si Shannon pretende animarme o que me hunda por completo.

—¡Esto es un desastre! Debería dimitir. Y el miembro no estaba erecto. Lo habría notado cuando me abalancé sobre él como una loca.

—Pues dimite. Pero... ¿sobrevivirías sin ver sus ojitos verdes a diario?

—No —lloriqueo, porque Maisie tiene razón. No sobreviviría.

—Chicas, tengo que dejaros. Entro en quirófano en cinco minutos.

—Yo también os dejo. He quedado con el cliente que me tiré en el baño. Hoy firmamos el contrato de alquiler. Adivinad. Vendrá con su mujer. ¿Os lo podéis creer? Menudo capullo. Si es que lo que tengo que hacer es pasar de los hombres y centrarme en el vibrador.

—Yo no tengo nada que hacer, pero si os largáis todos, también me largo.

Y, cuando yo me dispongo a decir algo, resulta que me han colgado los tres. Increíble.

Salgo del baño con un soplido y decido que ya es hora de irme a casa.

Al menos hoy he tenido un día tranquilo. Enzo ha estado casi todo el rato fuera de la oficina y por aquí no ha habido mucho que hacer.

Con el abrigo doblado sobre el brazo y el bolso colgado del hombro, llamo el ascensor y me entretengo comprobando notificaciones de Instagram mientras espero.

Un ex me ha etiquetado en una publicación. Qué extraño, ¿no? Llevamos años sin hablarnos.

¿Hashtag tía buena en bragas?

¡¿Será cretino?!

Le voy a decir un par de cosas bien dichas. Para las rupturas soy como Adele. Aunque yo, más que poesía, compongo insultos.

Dejo de teclear y levanto la mirada del móvil al oír el ascensor detenerse. Se abren las puertas y me dispongo a entrar, pero me quedo paralizada al ver a mi jefe apoyado negligentemente contra la barra metálica.

Se me había olvidado que hoy a última hora tenía una reunión con los de la última planta, don Enrico & Company.

—¿Va a entrar, Jones?

No tengo otra opción, así que asiento con la cabeza, tenso los labios en algo parecido a una sonrisa y me coloco en un rincón.

—¿Al aparcamiento?

—Sí —respondo, mirando al suelo—. Gracias.

—De nada.

El ascensor comienza a descender con una suave sacudida. Los segundos parecen eternizarse.

Cuando llegamos a la menos uno, el silencio es tan espeso que me da calambres.

—Buenas noches —farfulto, antes de salir disparada, lejos de esta trampa mortal que huele a él.

En los espacios reducidos me pongo muy nerviosa. Me empieza a latir el corazón demasiado deprisa, se me acelera al pulso y me da miedo que pueda notarlo.

—Señorita Jones —me detiene, con ese tono suave y medio ronco que me enloquece. Me vuelvo para encararlo, inquieta y a la defensiva, y él se acerca con pasos lentos hasta que me alcanza—. No le he dado las gracias por lo de ayer. Sin su... colaboración, no sé cómo lo habríamos resuelto. Una vez más, ha dado la cara por el equipo. Y me parece que ayer no supe expresar lo... lo... ya sabe, lo guapa que estaba.

«¡Muérete!».

¡¿Ha dicho lo que acabo de oír?!

¿El tipo con un sistema operativo en lugar de corazón me acaba de soltar un piropo? ¿El ciborg musculado? ¡Qué alguien me pellizque, joder!

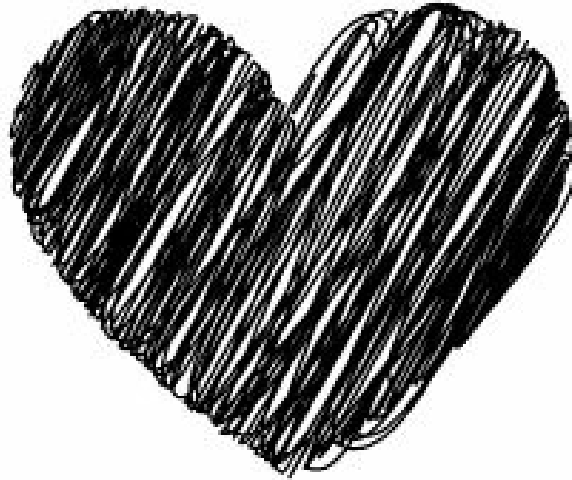
—Eso era todo lo que quería decirle. Yo... no quiero entretenerla. Buenas noches, Lottie.

Cuando vuelvo a parpadear, su Ferrari negro ha desaparecido del aparcamiento y yo sigo aquí, saboreando sus palabras y la expresión descompuesta que desvelaba su rostro mientras las formulaba.

Es el mejor día de mi vida. Sin duda, es el mejor día de mi vida. ¡Me ha llamado Lottie!

Dios mío, ahora somos íntimos.

Fiesta de empresa



Mi jefe y yo tenemos algo.

No sé si llamarlo coqueteo o complicidad, pero es evidente que hay como una especie de atracción mutua entre nosotros desde el polvo visual que nos echamos en aquella reunión.

Ahora me ve cuando me mira, ya no me ruge casi nunca y ha dejado de parecerme un borde insufrible obsesionado con la perfección laboral.

Celebro la nueva actitud.

Si incluso me hace ilusión la fiesta hacia la que me dirijo, fijaos.

Llevo maquillaje bonito y un aspecto completamente diferente a lo que viene siendo mi estilo habitual solo porque sé que él estará ahí.

He tenido que pedir ayuda profesional, lo confieso. Shannon y Maisie han estado en mi casa toda la tarde. Me han maquillado, me han peinado y me han obligado a ponerme un vestido negro de Maisie, tan ajustado que apenas puedo respirar.

Objetaría, si no fuera tan difícil quejarse cuando el espejo te devuelve la imagen de una mujer tan guapa.

Todo en mí parece más interesante de lo que era hace una semana, no sé si es cosa de los ojos ahumados, de las ondas surferas o de las uñas de color negro que hacen juego con mi atuendo casi gótico.

El caso es que mis amigas han acertado al prohibirme llevar el arcoíris encima. El refinado, sombrío y elegante negro me da un qué sé yo que hace que la gente vuelva la cabeza para mirarme dos veces.

Como único toque de color se me ha permitido llevar pintalabios de color burdeos. Incluso Shannon ha tenido que admitir que con el negro me parecía un poco a Morticia.

Con cada paso que doy siento que me acerco a una nueva etapa de mi vida; una etapa en la que podré mostrarle a Enzo que Lottie Jones es algo más que la chica que se traga las colas de la cafetería por él y le reserva mesa en el restaurante más de moda de la ciudad.

Nueva vida, allá voy.

Y sin gafas. Va a ser toda una aventura.

Llego al lugar de la fiesta elegantemente tarde. El año pasado llegué la primera y estuve media hora en la barra, con aire mustio, preguntándome si me había equivocado de local.

En esta ocasión he preferido ser la última en aparecer. Incluso los jefes han llegado antes que yo. Ahí veo a Bassi, con los de la junta directiva. Ahora solo falta que él también me vea a mí y se quede patidifuso por culpa de mi aspecto de chica Bond.

Estoy causando revuelo nada más entrar por la puerta, aunque, como suele pasar en estos casos, el único al que te interesa impresionar no te mira.

—¿Esa es Lottie?

—Joder con Lottie. Ahora que es famosa...

—Chicos —saludo, seductora, a dos tipos de Marketing, que se quedan en la barra, parpadeando histéricos, y me siguen con la mirada.

Les he guiñado el ojo antes de volverles la espalda con desdén. Me siento muy segura de mí misma con este vestido.

Me pregunto si el único hombre del mundo cuya atención pretendo captar notará alguna diferencia. Espero que sí. No me he sometido a toda clase de tratamientos de belleza para pasarle desapercibida.

Espero ansiosa el momento en el que me mire a los ojos y se le dibujen corazoncitos en las pupilas como en los dibujos animados.

«Gírate. Aquí. AQUÍ, mendrugo».

No hay manera.

Tendré que seguir practicando lo del poder mental. Mientras tanto, será mejor que me acerque a saludar si quiero hacerme notar.

Respiro hondo, levanto la barbilla con determinación y... a la mierda. Iré a por todas. Soy una mujer empoderada. Llevo un *Little Black Dress* como el de lady Di y necesito que alguien me lo arranque para recuperar el aliento.

La idea de acabar la noche desnuda, entre los varoniles brazos de Enzo, resta un poco de fuerza al pavor que me produce tener que saludar a los jefes después de las lindezas que he estado protagonizando este año.

Aunque no resta toda la fuerza que debería. Admito que todavía experimento cierto grado de taquicardia mientras me acerco a ellos majestuosa, abriéndome paso entre compañeros que no parecen reconocerme.

Tengo la sensación de que esta noche será diferente a cualquier otra. Quizá Enzo y yo nos besemos. Qué excitante.

Estoy a punto de alcanzarle cuando, de repente, mi tobillo se dobla y mi cinematográfico momento de chica Bond se convierte en la última película de Mister Bean.

No sé cómo es posible tal torpeza, pero pierdo el equilibrio y, sin encontrar nada a lo que agarrarse, aterrizo justo *en medio* de la junta directiva.

A sus pies, mis señores.

Literalmente.

¿Qué probabilidades había? Teniendo en cuenta que no llevo gafas y que las sandalias de Shannon me quedan un número y medio más grandes, además de cinco centímetros más altas de lo que consideraría cómodo, diría que bastantes.

Levanto la cabeza muy despacio. Estoy muerta de vergüenza. Será mejor que actúe con

naturalidad y convierta la humillación en una anécdota.

—Hola. ¿Qué tal? Parecen ustedes más altos de la cuenta.

Los ojos de Enzo, risueños, se posan en los míos.

—Señorita Jones, ¿siempre hace usted entradas tan triunfales?

Le pongo mala cara desde el suelo.

—Solo cuando pretendo llamar la atención, *señor*.

Porque a uno se le puede insultar llamándole señor, ¿sabéis?

Riéndose, me alarga su mano y tira de mí hacia arriba sin ningún esfuerzo, presumiendo delante de todos de la fuerza de su bíceps. Este tío es como Superman.

Ay, y su piel es tan cálida y suave que me calma de inmediato.

O es como me sentía antes de acabar pegada a su pecho y envuelta en chispas...

Ahora el sosiego se ha esfumado y en su lugar experimento un nerviosismo extraño y tormentoso, una fuerte descarga eléctrica en el estómago, que me hace tensarme a su lado.

Su olor me envuelve como una nube, narcótico, peligroso, irresistible.

¿Por qué de repente tengo sus manos en mi cintura? ¿Y por qué arden de esta forma sus palmas?

Al alzar la vista, me encuentro con su elegante rostro inmerso en el mío.

Intentando refrenar la ansiedad, me recreo en los iris de color esmeralda que recorren mi mirada con una fascinación que me resulta tan alentadora como intimidante.

Los músculos de su pecho me rozan al estar prácticamente pegados el uno al otro. Enzo no parece tener prisa por apartarse. Prefiere mirarme como si yo fuera la única persona de este lugar.

Siento que hay una fuerza magnética y desconocida empujando su boca hacia la mía.

—¿Se ha hecho daño? —susurra, casi encima de mis labios.

Niego muy despacio.

—Lo único dañado aquí es mi ego.

Sus labios se curvan, escondiendo una sonrisa.

—Creo que es un buen momento para sacarla a bailar.

Un irresistible cosquilleo de anticipación recorre mi cuerpo de arriba abajo.

—¡Sí! Es decir, bueno... Ejem, ¿por qué no?

«Ay, Lottie. Deja de hacerte la interesante. No te pega nada».

Sin renunciar a esa sonrisa sexy que no hay forma de contener, y sin soltarme la mano, Enzo me aparta de los demás jefes para que no tenga que dar la cara con ellos después de mi *entrada triunfal* y me lleva a la zona de baile, donde nos juntamos con otras parejas que bailan y cantan a grito pelado una canción italiana lenta.

Un poco incómodos, nos miramos a los ojos mientras él me pasa los brazos por la cintura y me acerca de nuevo a su pecho. Por un momento, el mundo entero desaparece. Me ha drogado con su colonia seductora, sin duda. Estoy enganchada a este olor. Será mejor que empiece a hablar. Hace años aprendí que las mujeres como yo tenemos que ligar con el ingenio y la simpatía. La belleza se la quedó Margot Robbie.

—Me gusta esta canción. No la conocía. ¿Cómo se llama?

—*Vivo per lei* —me responde Enzo, cuyos ojos no parecen dispuestos a liberar mi mirada—. Andrea Bocelli.

—Hmm. Suena muy bien.

Sonríe, enseñando los dientes.

—Sí. Suena bien.

Una sensación de amor devastador me inunda de la cabeza a los pies al estar envuelta en su abrazo. Me siento muy feliz ahora mismo. Todo es tal y como se suponía que iba a ser.

Su calor corporal me calienta la sangre, su olor me nubla la cabeza y su respiración acariciándome la mejilla me hace pensar en locuras. Esta es la magia de tenerle cerca; me siento como si todo el mundo se hubiera ido a sus casas. No hay nada que me incomode, nada que me impida disfrutar este momento.

—¿Sabe que el número de noviembre está siendo un éxito en ventas?

—Ah, ¿sí? —me entusiasmo, y él vuelve a lanzarme su sonrisa sexy de medio lado, que hace que me quede ensimismada, mirándole los labios.

—Mm-hm. A nuestros lectores les ha gustado mucho el cambio. La repercusión en las redes sociales es tremenda. Y usted, como modelo, ha triunfado.

—No me diga.

—La describen como *real*.

—Real. Vaya. Me gusta como suena.

—Antes de ver su foto en la página siete, no me había dado cuenta de que nuestras modelos eran algo artificiales. Parecían actrices porno. Usted, en cambio...

—Yo, ¿qué? —insisto, al ver que se calla y frunce el ceño.

Compone una sonrisa incómoda, antes de volver a hundir la mirada en la mía.

—Usted es la clase de chica que uno presentaría a sus padres. Cuando mi abuelo se jubile y me deje a mí al cargo de la revista, la querré a mi lado, señorita Jones. Creo que juntos podremos convertir esto en algo todavía más grande. Usted me inspira.

«¡Muérete!».

¡Yo le inspiro!

—Ah, ¿sí? —musito, esperanzada.

Estamos a un paso de besarnos. Noto las vibraciones de deseo agitar el aire. Sus ojos, dulcificados, no dejan de arrastrarse por mi rostro. Su sonrisa apenas esbozada me transmite confianza.

«Ahora. Bésame ahora».

—Que se divierta esta noche. —Espera. ¿Qué? Puto poder mental—. Gracias por el baile.

Gracias, no. ¡Quiero un beso!

¡¿Por qué se ha ido?!

Maldito cabrón. ¿Qué le habría costado darme un pequeño morreo?

La fiesta ha sido un desastre.

Me he quedado como una sosa en un rincón mientras todo el mundo se estaba divirtiendo. Para colmo, no he probado ni una gota de alcohol porque me he traído el coche. En estas fechas es imposible conseguir un taxi.

Prueba de ello, Lorenzo, que está en la esquina de la calle, maldiciendo bajo la lluvia. Tiene suerte de que yo sea tan bondadosa y no le guarde rencor por negarme los besos que no dejo de exigirle.

Arrimo mi viejo Renault al bordillo y bajo, como la pringada que soy, la ventanilla del copiloto.

—¿Le llevo?

Mi jefe se deshace en un suspiro. Es increíble que siga estando tan bueno incluso mientras se empapa bajo la lúgubre lluvia londinense. Yo en su lugar tendría un aspecto cojonudo.

—Gracias. No hay manera de conseguir un taxi. ¿Seguro que no le importa?

—¡Para nada! Hace una noche horrible para estar ahí fuera.

—Así es. Gracias, Jones.

—De nada, señor.

Para llegar de su casa a la mía tendré que cruzar la ciudad entera, pero me da igual. No tengo nada mejor que hacer. Además, disfruto demasiado de su compañía como para dejar escapar la ocasión de estar juntos.

Desde nuestro apasionado baile no hemos vuelto a coincidir. A lo mejor acabo la noche en su cama. Eso estaría muy bien. Ya podría recompensarme el karma por *rescate de Adonis bajo la lluvia*. Quién fuera pintora.

—Si se incorpora a la autopista, llagaremos antes —me indica el objeto de todas mis obsesiones cuando llevamos unos cinco minutos en silencio—. En vez de cruzar Londres, la bordeamos.

—Ah. Está bien.

Hago lo que me dice y aumento un poco la velocidad, aunque no demasiado. De noche no veo nada a lo lejos, y este tramo no está iluminado. Me he puesto las gafas, pero sigo teniendo astigmatismo y la lluvia dificulta todavía más la visibilidad.

—Señorita Jones, ¿puedo preguntar por qué va tan despacio? Sabe que en las autopistas uno puede rebasar los setenta y cinco kilómetros por hora, ¿no?

—¿Bromea? —Le lanzo una mirada, una muy rápida porque no quiero que nos matemos—. Este tramo está limitado a ochenta. Además, hay viento lateral y mire cómo llueve. Las autoridades recomiendan que extrememos las precauciones. ¿Lo ve? Ahí lo pone.

—Usted siempre hace lo correcto, ¿verdad?

—No pretendo suicidarme, aunque toda la gente del trabajo piense lo contrario.

Sonrío al oírle reír entre dientes.

—¿Qué tal la fiesta, se lo ha pasado bien?

De perlas. Espero ansiosa la del próximo año.

—Ajá.

—No la he visto relacionarse con sus compañeros. Se supone que es para lo que sirven las fiestas corporativas, para estrechar lazos.

—Ya. Eso es difícil.

—¿Por qué?

—La mayoría de ellos son del equipo *Carlo* y, como yo pertenezco al equipo *Enzo*, no les caigo bien.

—No sé si la sigo.

—Pues piense en Harry Potter y el señor Tenebroso. Yo soy Hermione, es evidente, y los demás, unos mortífagos. Relacionarnos en la fiesta de Navidad sería antinatural.

Se echa a reír otra vez. Intento mirarlo de reojo. Me encanta su cara risueña. Es lo más bello que he visto nunca.

Y sé que decirlo es lo más cursi que he dicho nunca.

Y, probablemente, ahora chocaremos contra la mediana porque estoy perdiendo la concentración.

—O sea, que hay dos bandos y la mayoría de la gente se ha posicionado del lado de mi hermanastro.

—Sip.

—¿Por qué?

Creía que era evidente.

—Usted es borde.

—¿Cree que soy borde?

¿Es coña? ¡Claro que creo que es borde!

—Es muy exigente, y cuando la gente no está a la altura de sus estándares de perfección, se pone insufrible.

—¿He sido insufrible con usted alguna vez?

—Todo el rato, pero le perdono. Sé que solo intentaba que diera lo mejor de mí.

—Señorita Jones. —Se gira en el asiento con cara seria y el ceño fruncido y me analiza pensativo. Le echo una mirada rápida e inquieta al ver que se prolonga su silencio—. ¿Usted cree que Carlo tiene posibilidades de...?

—¿Quedarse con el cotarro cuando su abuelo se jubile?

—Sí.

Me lo pienso unos segundos.

—Bueno —respondo, suspirando—, Carlo no es tan listo como usted, pero es muy pelota. Y los pelotas casi siempre consiguen lo que quieren porque saben agradar a los demás. En la vida no importa tanto ser bueno en tu trabajo como tener la capacidad de hacer creer a los demás que lo eres. Carlo sabe venderse a sí mismo.

—Hasta ahora nunca lo había visto como a un rival.

—Ah, ¿no? —Levanto las cejas, sorprendida por la afirmación—. ¿Y por qué no quiere verlo ni en pintura entonces?

Enzo se deshace en un soplido y se pone recto en su asiento. Lo noto cada vez más tenso. No va a contestarme. No me concierte. Está bien. Encenderé la radio. El silencio me incomoda.

—Supongo que estoy castigando al hijo por los errores del padre —dice de repente.

Bajo la música. ¡A la mierda Robbie Williams! Me interesa esta conversación.

—¿Su padre le... abandonó?

Háblame de tu padre, Lorenzo.

—Mi padre me enseñó que lo más importante en la vida es quererse a uno mismo. Que se jodan los demás. Coja esta salida.

Señalizo antes de incorporarme al carril derecho.

—Gracias otra vez por traerme —vuelve a decir, quizá para que yo no siga ahondando en sus miserias personales—. ¿Vive lejos de aquí?

En la otra punta de Londres.

—No, no muy lejos. Y a estas horas no tardo nada.

Ahí está su calle. Qué rápido hemos llegado.

Me pide que lo deje en la esquina, porque, si no, tendré que perder mucho más tiempo dando la vuelta.

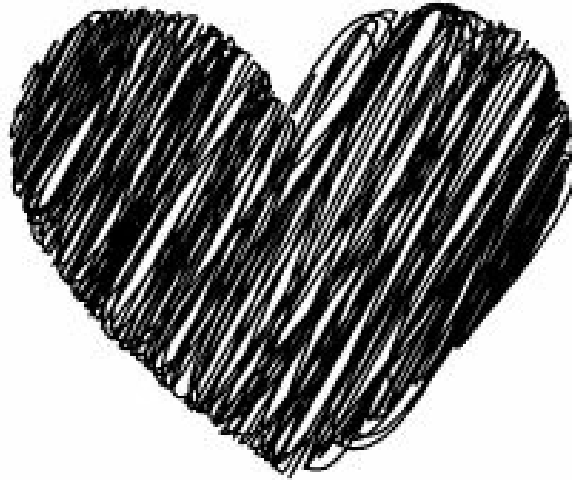
—Gracias otra vez —dice, a punto de bajarse del coche—. La veré el lunes.

El ruido de la puerta que se cierra es como un bofetón en la cara.

Adiós a mis esperanzas de que me invite a tomar la última en su casa. Qué hombre tan escurridizo.

Me deshago en un suspiro y lo despido con la mano y una sonrisa triste.
Cojonudo.

En contra de todo pronóstico



¿Qué probabilidades había de sufrir un corte de luz justo hoy, fecha de cierre editorial? Casi nulas.

Pero, una vez más, las leyes del universo nos sorprenden. Fuerzas que van más allá de cualquier comprensión humana conspiran en nuestra contra.

Lo dijo Murphy, el pesimista más célebre: la Madre Naturaleza es una perra.

Oh, *yeah*.

Nos pasamos todo el día con los ordenadores apagados y nada con lo que entretenernos, hasta que, a las cinco y media de la tarde, los electricistas dan por fin con el dichoso fallo y, como dirían en la Biblia, se hace la luz. La fría iluminación de los fluorescentes inunda nuestros espacios de trabajo y los teléfonos y las impresoras vuelven a cobrar vida.

Ahora todo el mundo trabaja a ritmo frenético para recuperar el tiempo perdido. Mañana es festivo y esta noche sin falta hay que mandar la maqueta a imprenta. Tenemos la redacción hecha, pero aún falta el diseño, y cuando voy a comprobar cuánto queda, percibo el descontento de los trabajadores que han tenido que prolongar su jornada laboral para acatar el plazo.

—Debería estar en el tren de camino a Cornwall —se está quejando Poppy Clarkson mientras teclea rabiosa—, y no he hecho ni la mitad del trabajo todavía. Como no salga de aquí en cuarenta minutos, ya puedo despedirme de pasar la Navidad con mi familia.

—Te quejarás —bufa Ranjit, que se encuentra sentado al otro lado de la mesa, atrapado en su propia tarea—. Las tiendas cierran dentro de media hora y yo todavía no he comprado los regalos de Papá Noel de mis hijos. Puede que mi mujer acabe dejándome. Solo sigue conmigo porque cree que soy un buen padre...

—Creía que en la India no celebrabais la Navidad.

Los de diseño gráfico se vuelven con sus sillones y me ponen mala cara a la vez. Muy aterrador.

—Lottie, ¿tú no puedes hacer nada para que tu jefe deje que nos vayamos? —me suplica Ann,

una señora de rostro muy entrañable, que siempre me ha caído bien porque me recuerda a mi tía favorita, rubia, rolliza y muy achuchable—. ¡Es Nochebuena! Tendría que estar ya con mis nietos a estas horas.

Técnicamente, la culpa no es de Enzo. No se le puede responsabilizar de un corte de luz, ¿no?

Y la revista lleva más de treinta años publicándose el día veintiséis de cada mes. Nadie contempla la posibilidad de retrasar la fecha. Mucho menos mi jefe, que ahora mismo se encuentra en la carrera por el liderazgo.

Aunque es cierto que retener a los de diseño gráfico en contra de su voluntad, en plena Nochebuena, está pasándole factura a su popularidad, de por sí escasa.

No me malinterpretéis, yo le apoyo hasta la muerte, y no solo porque esté pillada por él, sino también porque respaldo su proyecto, comparto su visión y creo de todo corazón que es el mejor candidato para liderar el imperio Bassi, porque tiene una pasión por el trabajo que nunca he visto en nadie.

Eso no quiere decir que esté ciega.

Soy perfectamente capaz de ver que Enzo no cae bien. No derrocha carisma, y tampoco es un pelota. Siempre te dice las cosas a la cara, por muy mal que suenen.

Yo valoro la transparencia y la honestidad. No sirve de nada cosechar sonrisas si van acompañadas de puñales por la espalda. Pero hay mucha gente aquí que ve las cosas de forma diferente.

Me temo que el señor Tenebroso está reuniendo cada vez más apoyos. Y tengo dos opciones: hacer algo de fuerza para enderezar el timón o empezar a buscar trabajo rapidito. No soy estúpida. Soy consciente de que yo trabajo para Enzo. Soy la asistente personal de Enzo. Sin él, no hay nadie a quien asistir.

No me cabe duda de que la primera medida de Carlo como líder supremo será ahogar cualquier chispa de rebelión. Su brillante hermanastro supondría una clara amenaza para un cargo aún sin consolidar, así que lo despedirá.

—Veré lo que puedo hacer. ¿Os queda mucho?

Las muecas avinagradas que me dedican lo aclaran todo.

Regreso a nuestra planta y voy directa al despacho del jefe. Carlo se ha marchado hace horas, sin preocuparse por los efectos del corte de luz. La verdad es que me daría mucha rabia que, aun así, se llevara el puesto.

—Señor Bassi, ¿qué le parece si liberamos a los rehenes?

Enzo deja sobre la mesa los documentos que está revisando y levanta la mirada hacia la mía con una media sonrisa tan seductora que me derrite al menos doscientas neuronas.

—¿Por qué íbamos a hacerlo?

—Porque ahora mismo le odian a muerte y me parece que se han pasado al lado oscuro.

—Lo siento, Jones, pero no hay nada que pueda hacer al respecto. Que los de imprenta no reciban esta noche la maqueta tendría unas consecuencias catastróficas que no me he parado a catalogar.

—¿Y si hubiera otra solución?

Se arrellana en su sillón y me estudia pensativo, con esa arruga sexy que le asoma entre las cejas cuando se toma algo muy en serio.

Hoy me siento especialmente bonita. Llevo un jersey de color índigo, y el índigo siempre ha sido uno de los colores que más me favorecen, después del fucsia. Así que, si en algún momento va a quedarse embobado, mejor que sea hoy. Me he puesto colorete para disimular mi palidez

post mortem.

—Si tiene alguna sugerencia, la escucho.

—Propongo que nos quedemos nosotros dos y acabemos el trabajo.

Y lo que surja.

Sus labios se curvan en una pequeña sonrisa.

—¿Qué sabe usted de maquetar revistas, señorita Jones?

—Llevaba el periódico de la universidad. Nadie lo leía, era tedioso y carecía de interés para los estudiantes, pura propaganda corporativa, pero yo me encargaba del diseño y me divertía bastante haciéndolo. Le aseguro que durante mi mandato ese periodicocho se publicó todas las semanas, con suscriptores o sin ellos.

—Ah, ¿sí? —Me estudia otra vez, con los ojos entornados—. ¿Y cómo es que nunca lo ha mencionado?

Pues no lo sé, teniendo en cuenta que nos hemos estado contando intimidades el uno al otro todo el rato durante los últimos dos años... Qué preguntas hace este hombre.

Y sí, ¡era sarcasmo!

—Lo hice, señor. Lo apunté en mi *curriculum*, justo al lado de: *fui elegida Miss Elfo 2005*.

Enzo se cubre la boca con el puño para intentar disimular la risa, pero me temo que su discreta tos no engaña a nadie.

—Señor Bassi —insisto, al ver que todavía se lo está pensando—, la gente ha hecho planes para esta noche, algunos tienen que coger un tren, otros se tienen que divorciar... ¡Es Nochebuena! Usted y yo somos los únicos de por aquí a los que no nos importa quedarnos. Somos como Mister Scrooge y su psicodélico ayudante. Que conste que no le estoy llamando tacaño. Solo... poco navideño.

Me examina pensativo unos segundos más.

—Está bien, Miss Elfo. Sus argumentos me han convencido. Libere a los rehenes y espéreme abajo. Tardaré unos quince minutos.

¿Tanto? A lo mejor tiene que llamar a su novia para cancelar la cena de Nochebuena en casa de sus padres. Admito que la perspectiva escuece un poco.

A ver, no soy una ingenua. Sospecho que alguien como él no se mantiene célibe. Es solo que la idea de que tenga una relación tan seria que implique cenas de Nochebuena con los padres de ella me saca de mis casillas.

Sé que estoy siendo ridícula. Lo sé. La probabilidad de que él y yo acabemos juntos es de una entre un millón. Como mucho. Y con la Madre Naturaleza siempre en contra...

—De acuerdo. Iré a dar las buenas noticias.

—Señorita Jones —me detiene cuando estoy a punto de marcharme. Se produce una pausa, y de nuevo le asoma esa arruga sexy entre las cejas. Ay—. Gracias por seguir aquí.

Sus palabras me confunden. O puede que no sean las palabras, sino la expresión que capto en su rostro.

—Es mi trabajo, señor —me encojo de hombros.

Sus ojos encuentran mi mirada y la sostienen, y siento que el aire se agita y se espesa, que se me dispara el pulso y el calor me cosquillea en las mejillas.

—En realidad, no, no lo es. Su jornada acabó hace horas. Podría haberse marchado, Lottie.

A veces, cuando me habla con tanta cercanía y suavidad, cuando se permite a sí mismo formular mi nombre con ese tono tan cálido y rasposo, tengo la sensación de que nos conocemos de toda la vida; de que hemos compartido un sinnúmero de cosas y obstáculos; de que somos

inmunes al paso del tiempo.

Puede que la Madre Naturaleza no sea tan mala, después de todo.

Las ventanas reciben una ráfaga de lluvia que me arranca de mi abstracción.

Sí, sí que es una perra. Me acaba de dar un bofetón celestial para que deje de babear por mi jefe.

—Le espero abajo —farfullo, avergonzada por haberme quedado tanto tiempo embebida en él.

Tras un último cruce de miradas, doy media vuelta y salgo disparada hacia el ascensor.

—Ya estoy aquí.

Saco la cabeza de detrás de la enorme pantalla de Poppy y sonrío como una tonta al ver a Enzo entrar en la sala con dos bolsas de comida para llevar. Y yo que pensaba que había ido a llamar a su novia... ¿Seré imbécil? Es un ciborg. ¡Claro que no tiene novia! Tendré que hackear su disco duro para que su sistema operativo permita esa actualización.

—¿Qué es eso?

—Comida india paquistaní. Si vamos a quedarnos a trabajar hasta tarde, mejor que cenemos algo. No me he querido arriesgar a que cerraran los restaurantes, así que espero que tenga hambre, aunque solo sean las seis y media de la tarde.

—Yo siempre tengo hambre.

Sonríe de medio lado y camina hacia mí, esquivando mesas y sillas. Qué andares. Porque es un gran ejecutivo que, si no, este triunfaba como modelo en las pasarelas.

—¿Qué prefiere? —me pregunta después de disponer las cajas de comida para llevar encima de la mesa—, ¿el pollo tikka masala o el cordero achari? El cordero lleva mango verde. El pollo, crema y yogur.

—Hum. Me lo pone difícil.

—¿Compartimos?

—Por favor. Mi madre dice que sigo soltera porque soy incapaz de tomar decisiones.

Enzo se sienta en la mesa, de cara a mí, y me ofrece un tenedor. Distingo la sombra de una sonrisa en las comisuras de sus labios.

—Yo creo que es selectiva. Sabe lo que quiere y no se conforma con menos.

«Sí, por favor, seamos amigos».

—Señor, ¿cuándo puede llamar a mi madre para decirle lo que me acaba de decir a mí?

Se echa a reír y meneas la cabeza. Me gusta esta faceta de tío agradable.

Alzo los ojos hacia los suyos y le sonrío antes de llevarme a la boca un trozo de cordero. Se me dilatan las pupilas cuando empiezo a masticarlo.

—¡Madre mía! —exclamo después de tragar—. ¿Dónde ha comprado esto? ¡Está riquísimo!

—Si no vuelve a hacer peinetas a mis espaldas, quizá comparta mis secretos con usted.

Hago una mueca sin poder evitarlo.

—Ese portero podría habérselo ahorrado.

—La vi por la mirilla.

—Demonios... —maldigo por lo bajo.

Su risa ronca parece vibrar por todo mi cuerpo.

—¿Pollo? —me ofrece, con un brillo de humor en la mirada.

—Sí, gracias. Hum. Qué mezcla de sabores. No me sabe a yogur.

—Gracias a Dios.

—¿No le gusta el yogur? —pregunto, antes de robarle otro trocito.

Se encoge de hombros.

—No especialmente.

Añado la información a mi lista. A veces soy tan siniestra como Joe Goldberg^[1].

Aunque sin el trastorno antisocial de la personalidad. Yo soy la reina de las fiestas.

Excepto cuando se trata de la fiesta de empresa. Ahí siempre adopto un comportamiento antisocial y fantaseo con cargarme a la mayoría de los asistentes.

—¿Quiere probar el cordero? —le pregunto al darme cuenta de que me he apropiado de la caja y estoy empezando a parecerme a Gollum.

—Claro. El cordero es mi favorito.

—Ah, ¿sí?

Joe ataca de nuevo.

—Mm-hm. ¿Y cómo es que no tiene planes esta Nochebuena, Jones? ¿Ninguna fiesta a la que asistir?

Me encojo de hombros y me trago el trozo de cordero que estaba masticando.

—Mis padres no están, mis amigos tampoco, así que nada de fiestas.

La arruga sexy que me vuelve loca vuelve a asomarle entre las cejas mientras analiza mi rostro en silencio.

—¿Y qué iba a hacer esta noche de no haber sido por el corte de luz?

—¿Ver *Love Actually* y cenar un bocadillo de sardinas enlatadas? —le propongo, restando importancia con un gesto de desdén.

—Es el plan más deprimente que he oído en mi vida.

Lo censuro con la mirada.

—¿Qué iba a hacer usted?

Una sonrisa traviesa se expande por todo su rostro.

—Algo muy navideño: cenar bacalao al horno y ver un documental sobre la repercusión del fascismo en la Europa interbélica.

Se me escapa una carcajada.

—Me toma el pelo, ¿verdad?

—No.

No puedo evitar reírme de él, aunque no parece molestarle, ya que sonrío divertido.

—¿Y por qué cree que su plan es mejor que el mío?

—Si tiene que preguntarlo, no está preparada para conocer la respuesta.

Le robo un trozo más de pollo y mis ojos viajan sin permiso hacia su apuesto rostro.

—¿Iba a cenar solo?

Me clava la mirada con tanta intensidad que me descubro aguantando la respiración.

—Sí —me contesta después de un largo silencio.

Sé que debería parar. Lo sé. Pero no puedo. Soy una insensata. Mis manos se encaminan hacia el extremo del hilo que sé que no debería estar toqueteando y, zas, tiran de él con fuerza.

—¿Por qué?

Los iris que analizan los míos adquieren de pronto un aire confuso y medio hostil.

—Mi padre cena con su otra familia. Y mi madre está en Grecia.

—Entiendo.

Se produce una pausa tensa, que Enzo finaliza al palmearse las rodillas con aire enérgico.

—Bueno, ya basta de cháchara. Tenemos mucho que hacer. ¿Cuál es mi ordenador, este?

—Sí —respondo tras un suave carraspeo—. Ranjit se quedó en la página cinco.

Enzo se sienta al otro lado de la mesa, enciende la pantalla y mueve el ratón.

—De acuerdo. Página cinco. La tengo.

—Tiene que insertar las imágenes en cada plantilla que yo le envíe. ¿Sabe cómo hacerlo?

—Tranquila, Jones. Hice las prácticas en un periódico financiero. Me tocó hacer de todo, desde corrección de textos hasta maquetar.

—¿Cómo es que no hizo sus prácticas aquí?

Sé que me estoy tomando muchas libertades. La forma en la que tensa la mandíbula me dice que estoy empezando a tocarle las narices.

—Mi padre aún trabajaba en la revista en esa época y preferí ir por libre. ¿Qué tal si nos concentramos en lo que estamos haciendo? —me sugiere, echándome un pulso visual que me invita a meterme las siguientes preguntas por donde me quepan.

Está claro que su padre y él no se llevan nada bien. ¿Qué les habrá pasado para que se odien tanto? No creo que sea buena idea preguntárselo *nunca*. Mejor dejarlo estar.

—A diferencia de usted, señor, puedo hacer las dos cosas a la vez. Soy una mujer.

Juraría que está intentando contener la risa. Capullo. «¿*Qué tal si nos concentramos en lo que estamos haciendo? Mimimimi*».

Empiezo a teclear tan furiosamente como Poppy. Puede que sea este lugar. Hay malas vibraciones.

—Me lleva algo de ventaja, pero ya empiezo con la página siete —me informa Enzo al cabo de unos cinco minutos. No despega los ojos de la pantalla al hablarme porque es así de irritante—. Esto es pan comido.

—Claro que sí —replico, también concentrada en la pantalla, porque a ver si voy a ser yo menos que él—. En una hora o así habremos terminado.

—Qué ingenua es —le oigo decirse a sí mismo.

Me muerdo el labio para contener la sonrisa y tecleo con más ímpetu. Yo me ocupo del texto y él de las representaciones gráficas. ¿Es cosa mía o hacemos muy buen equipo?

Llevamos unas dos horas aquí, trabajando sin cesar.

Con el paso de los minutos, Enzo se ha ido quitando la chaqueta, se ha doblado las mangas de la camisa, se ha revuelto el pelo unas setecientas veces y ha soltado más palabrotas en italiano de las que podría contar o entender.

Así que no todo era pan comido, ¿no?

—Eh... —dice de pronto, y por su tono de alarma diría que no se avecina algo bueno—. ¿Jones? Tengo un problema. ¿Me echa una mano?

Llevo dos horas esperando este momento.

Me levanto de la silla muy digna, rodeo la mesa que nos separa y me inclino sobre su hombro. Dios, qué bien huele el cabronazo. ¿Qué colonia será? Joder, es irresistible. Me dan ganas de lamerle el cuello y la mandíbula.

Vale, creo que estoy hiperventilando. «Concéntrate, Jones».

—¿Qué ha pasado aquí?

—No lo sé. He insertado una imagen y el ordenador se ha vuelto loco.

No me extraña. Con lo sugerente que es la imagen de este tío casi desnudo, yo también cortocircuitaría.

—Tranquilo. Sé cómo arreglarlo. Si hace clic aquí, puede cambiar el formato de la imagen a su antojo.

Le hago una demostración práctica, pero noto que Enzo, en vez de prestarle atención a la pantalla, se entretiene arrastrando la mirada por mi perfil. Espero no tener granos, porque desde esta distancia tiene una gran visión sobre cada uno de mis defectos.

Vale, ¡no aguanto por más tiempo este repaso visual!

Vuelvo la cara hacia la suya, rozando sin querer su antebrazo con los nudillos. Me quedo sin aliento al encontrarse nuestras miradas. La suya arde casi tanto como su piel y siento que ese fuego también me envuelve a mí.

Nuestros rostros quedan tan cerca el uno del otro que su cálido aliento me acaricia la mejilla.

—Sus ojos parecen más verdes de cerca —le suelto de pronto, a saber por qué. Me he puesto nerviosa.

Él arquea las cejas, impresionado por el cumplido.

—Gracias, señorita Jones. Los suyos también parecen más azules.

Me quedo colgada. Ay, mi madre. No he tenido bastante con vomitar mis pensamientos delante de él. Encima, me estoy quedando embobada.

Parpadeo con rapidez para recomponerme y me aparto de su campo magnético de inmediato.

—Si ya lo tiene, sigamos trabajando.

Contiene la sonrisa al verme correr como una desquiciada para ocultarme detrás de la pantalla de Poppy. Menos mal que los de diseño gráfico tienen unas pantallas gigantescas.

No sé cómo, pero he conseguido ponerme las pilas y concentrarme en mi labor, a pesar de que estar cerca de Enzo me haya hecho experimentar fluctuaciones de temperatura, subidas de tensión bruscas (seguidas de descensos aún más bruscos) y taquicardia.

Más o menos los mismos síntomas que afrontó mi madre con la menopausia, aunque ella lo llamaba patatús.

¡Me está dando un patatús!

—¿La menos uno?

Parpadeo para dejar de pensar en tonterías y levanto la mirada hacia Enzo.

Vaya, ya estamos en el ascensor. La última vez que presté atención a lo que estaba haciendo aún caminábamos por el pasillo. A ver si voy a ser sonámbula. Aunque estoy despierta.

Porque estoy despierta, ¿no?

Esperad a que me pellizque. Ay. ¡Sí, estoy despierta!

—¿Señorita Jones?

—Perdón. ¿Cuál era la pregunta?

Le veo contener la sonrisa.

—Va a la menos uno, ¿no? ¿O tiene que subir a recoger algo de su mesa?

—En realidad voy a la planta baja.

Me frunce el ceño.

—¿No trae coche hoy?

—Se ha negado a arrancar esta mañana. Hacía mucho frío y la batería no andaba muy allá. Estaba esperando a la paga de Navidad para cambiarla.

Enzo clava el pulgar en el botón de la menos uno.

—¿Ha oído algo de lo que le he dicho?

—Sí.

—¿Y...?

—La llevo.

—No hace falta. Puedo ir en metro.

—Son las diez de la noche. Lo mínimo que puedo hacer es acercarla a su casa.

Bueno, si insiste...

Los dos estamos de cara a las puertas, pensando en a saber qué. Enzo, en el fascismo, a juzgar por la expresión seria que exterioriza su rostro.

—Nunca me he montado en un Ferrari —le suelto a bocajarro, porque mi cerebro y mi boca, una vez más, se niegan a cooperar.

Me lanza una mirada de reojo, desde arriba, dado que me saca una cabeza.

La sombra de una sonrisa empieza a intuirse poco a poco en la comisura derecha de su boca.

—Creo que es un buen momento para decirle que hoy me he traído el Lamborghini porque el Ferrari está en el taller.

¿Ahora nos andamos con bromitas?

Mi cara se abre lentamente en una sonrisa que soy incapaz de frenar a tiempo. Lo miro (desde abajo, insisto) y él me guiña un ojo.

Oh...Dios... mío. ¡Es la mejor Nochebuena de mi vida!

La última vez que fuimos juntos en coche no me resultó tan excitante. Quizá porque intentaba no chocar contra la mediana.

Pero ahora, con Enzo a mi lado, trazando con precisión las curvas de la carretera, tengo corazones en los ojos como la mofeta amorosa.

Le echa una mirada al GPS para asegurarse de que tiene que coger esta salida.

—Me dijo que no vivía muy lejos de mi casa.

—De madrugada se tarda tan poco que es como si las distancias disminuyeran.

Sonríe y niega para sí.

—¿Vive sola?

—Con *George*.

—Ya. Su... novio, claro.

—¡Mi tortuga!

—¡Ah! No sabía que tuviera una tortuga.

Me lanza una mirada rápida y juraría que parece aliviado.

—La heredé.

—¿Un familiar cercano?

—Un ex que se mudó a Qatar.

—Vaya.

—Sip.

Se produce una pausa. Enzo comprueba el retrovisor antes de cambiarse de carril.

—Odiaría vivir en Qatar —me suelta de pronto.

Me vuelvo en la silla.

—¡Lo sé! Es horrible, ¿verdad?

—Muy árido para mi gusto.

—Muy machista para el mío.

—Hmm. Si viviéramos en Qatar, yo no podría llevarla a casa en coche. Ni estar cerca de usted de ningún modo.

—¡Bendita Europa!

Se echa a reír y me mira con expresión divertida.

—¿Alguna vez ha pensado en mudarse a otro país, Jones?

—Mi madre siempre me dice que me mude a España.

—¿Por qué a España? ¿Por el clima?

—Que le den al clima. Por los hombres guapos.

Su carcajada me arranca una sonrisa.

—En Italia también hay muchos hombres guapos.

—Eso es evidente. —Abro los ojos de golpe al darme cuenta de las implicaciones de mi verborrea—. Lo decía por Carlo y... don Enrico.

Se ríe entre dientes.

—¿Y por mí no? —repone, mirándome con sus eléctricos ojos que tanto me cuesta eludir.

«¿Estamos coqueteando, Enzo?»

—Claro, usted también es...

—¿Soy...?

Otra mirada que no puedo resistir, y otra vez el aire se me atasca en los pulmones y el corazón venga a latir...

—Muy...

—¿Mm-hm?

—A... tractivo —farfullo, atragantándome con la palabra.

—¿Cómo?

¿Será capullo? ¿Va a hacerme repetirlo?

—Atractivo.

—No la oigo, Jones. La autopista es un lugar muy ruidoso.

—ATRACTIVO. ¡He dicho que es *atractivo*! ¿Contento?

Suelta una risita rasposa al verme gritar como una desquiciada.

Trato de ignorar el calor que sube por mi cuello y la vergüenza que siento ahora mismo. Me devuelve la mirada con una sonrisa maliciosa. Me ruborizo tanto que desvío la vista hacia el parabrisas para ocultarme de su incómodo escudriño.

—¿Tanto le costaba?

Asno.

—Anda, ya estamos en mi barrio. Puede dejarme aquí. Vivo al lado.

—Según el GPS, faltan tres kilómetros.

—Me gusta caminar.

—No quiero que la atraquen.

—¡No van a atracarme! —repongo, censurándolo con mi expresión más encrespada.

—No me arriesgo. Si está incómoda, puedo poner música.

—¿Por qué iba a estar incómoda?

—Usted sabrá.

—Estoy bien —refunfuño, cruzada de brazos en una actitud agria que deja muy claro que estoy mosqueada e irritable como un niño que no se ha echado la siesta.

Y, para colmo, ¡los semáforos se ponen todos en rojo! Tardamos ocho minutazos en llegar a mi calle. Se me han hecho eternos.

—Gracias por traerme. Buenas noches.

—Lottie. —Suelto la manilla de la puerta y vuelvo la cara hacia la suya porque esto es superior a mí—. Feliz Navidad —murmura al cruzarse nuestras miradas.

Sí, sí, sí, sí, sí.

«Bésame. Ahora mismo».

¿No?

Había que intentarlo. Algún día averiguaré cómo se hace.

—Feliz Navidad a usted también, señor.

Asiente con una pequeña sonrisa.

Ay, no va a besarme. Pues será mejor que me dé el pirro.

El especial navideño de Lottie Jones



—Espero no molestar.

—¡Lottie! —se sorprende Stefan al encontrarme en recepción, con dos bolsas de comida para llevar y la capucha del abrigo chorreando agua por todo el suelo. No me han dejado pasar, así que he tenido que esperar a que le llamaran por megafonía. *Señor Kovalski, acuda a recepción. Señor Kovalski...*— ¿Qué haces aquí?

—Como llevas encerrado desde ayer, te traigo provisiones. Toma. Una buena comida tradicional inglesa, preparada por unos encantadores marroquíes que han abierto un restaurante en la esquina de mi calle, y unas galletas recién horneadas de nuestra pastelería favorita. ¡Feliz Navidad! No llego tarde, ¿no? ¿A qué hora coméis en la cárcel?

Mi amigo se echa a reír y niega divertido.

—Llegas justo a tiempo. Oye... —Sonríe y se encoge de hombros—. ¿Quieres quedarte a comer conmigo? Ya que no puedo ir a ninguna parte...

Sonrío de oreja a oreja y me acerco para abrazarlo. Los abrazos no le terminan de convencer. Se pone tenso y raro. Aun así, me los devuelve porque sabe lo mucho que me gusta abrazar a mis amigos. Soy como un oso amoroso.

—¡Por supuesto que me quedo! Pero que no se enteren las de recepción. La morena del flequillo raro ha dicho que alguien tan loco como para andar paseando bajo este diluvio podría pegarles cualquier cosa a los pacientes.

—¿Mayte? Pero si es un amor.

—Pues a mí me ha enseñado los colmillos como las hienas. A ver si va a estar enamorada de ti, ¿eh, grandullón?

Stefan le echa una mirada confundida a la tal Mayte.

—¿Tú crees?

—¡Así que no te desagrada la idea! —exclamo, empujándolo con el hombro y riéndome—. ¿Serás pillín? ¿Por qué no le dices algo?

—Algo como ¿qué?

—Pregúntale si quiere salir contigo.

Stefan la mira otra vez. Parece indeciso, aunque pesco un brillo de emoción en su mirada que me dice que la idea de salir con esa chica le atrae más de lo que quiere admitir.

—No sé, Lottie.

Tíos... ¿Por qué se empeñan en complicar algo que es simple?

—¿No sabes el qué? Ella te gusta, ¿no?

Hace un gesto de impotencia con las manos.

—Sí, pero trabajamos juntos. La última vez no salió bien.

—Olvídate de Jana. Los búlgaros son una raza cruel. Tú céntrate en Mayte. Parece maja. Y, en cuanto le crezca el flequillo, será una monada.

Los ojos grises de Stefan se vuelven hacia los míos con una mezcla de censura y desconcierto.

—Pero si acabas de decir que es una hiena.

—¡Pero una hiena encantadora! ¿Comemos?

—Tira, anda —me dice, empujándome risueño hacia la zona restringida.

La comida con Stefan ha estado bien. Nos hemos reído como locos, hemos contado anécdotas de los viejos tiempos y me he negado a abandonar el hospital sin antes arrancarle la promesa de que le pediría salir a Mayte antes de que ella se líe con algún doctor buenorro.

Creo que harían una pareja monísima. Los veo cogidos de la mano o coqueteando obscenamente en la cafetería del hospital. ¿Se nota mucho que yo era fan de *Anatomía de Grey*?

Me encanta pensar que la vida real es como la televisión, que todo se arregla con un beso.

Ya os lo he dicho, soy una romántica. Veo finales felices por todos lados. Me encanta soñar e inventarme historias de amor donde todo acaba bien.

Creo que hay que vivir la vida con optimismo y alegría y buscar la felicidad en las pequeñas cosas.

Por ejemplo, quedarse delante de la ventana con una taza de té caliente entre las manos y observar la lluvia que emborrona el paisaje. Seguro que a mucha gente le parecería un plan de Navidad de lo más patético, pero a mí me hace muy feliz.

Podría pasarme horas aquí, sin hacer nada, absorta en las gotas de agua que se deslizan por el cristal.

Vivo alejada del centro, en un barrio residencial, un lugar tranquilo y seguro, de casas adosadas y jardines de rosas.

En verano, el sol, en su bajada sobre los tejados rojos, crea la ilusión óptica de un cielo dorado con destellos anaranjados.

En invierno, nada más arrancar el último mes del año, la gente adorna los arbustos de los jardines con luces de colores y a veces también ponen leds en las ventanas de los pisos superiores. Las casas son todas iguales: altas y estrechas, con los dormitorios siempre arriba.

Me encanta vivir aquí, aunque no podría permitírmelo si la casa no fuera de mi tía Maeve. Lo que pago de alquiler es casi una miseria comparado con los precios actuales. Gracias a Dios, mi tía prefiere ganar menos y saber que sus cosas están en buenas manos.

Todo el mundo debería tener una tía Maeve.

El timbre de la puerta me hace fruncir el ceño. Me sorprende que alguien me visite a estas horas. Me pregunto quién podría ser.

Abro, intrigada, y arqueo las cejas al descubrir que hay un mensajero con un pequeño regalo envuelto en papel rojo mate.

—¿Lottie Jones?

—La mismísima.

—Firme aquí.

Firmo, y él me entrega el paquete.

—Gracias. ¡Feliz Navidad! —grito a sus espaldas antes de cerrar la puerta con el pie. Tenía que haberme deshecho del té.

Lo dejo sobre la mesita del vestíbulo y abro el regalo con entusiasmo. Primero leo la tarjetita que trae dentro.

Hay vida más allá de Love Actually.

Me echo a reír como una loca. Nadie firma la entrega. Tampoco hace falta. Solo conozco a un hombre lo bastante chalado como para creer que una película en blanco y negro llamada *¡Qué bello es vivir!* podría competir con la extraordinaria, conmovedora e insuperable *Love Actually*. Por favor.

Y eso que es mi alma gemela. ¿Cómo podemos ser tan distintos?

Lo retiro. ¡Lo retiro todo!

La película es maravillosa, sublime, emotiva... ¿Cómo es que no la había visto antes? ¿Dónde ha estado este tesoro durante toda mi vida?

Aunque me preocupa que Enzo me la haya mandado por lo del mensaje de suicidio.

Frunzo el ceño y decido preguntárselo.

Lottie Jones: *¿Por qué me ha mandado la película?*

Ah, estupendo. Está en línea.

¡Escribiendo! ¿No es emocionante? Estamos a un paso de intercambiar mensajes subditos de tono. ¡Pellizcadme!

¿Muñeco guiñando el ojo?

¡¿Qué significa muñeco guiñando el ojo?!

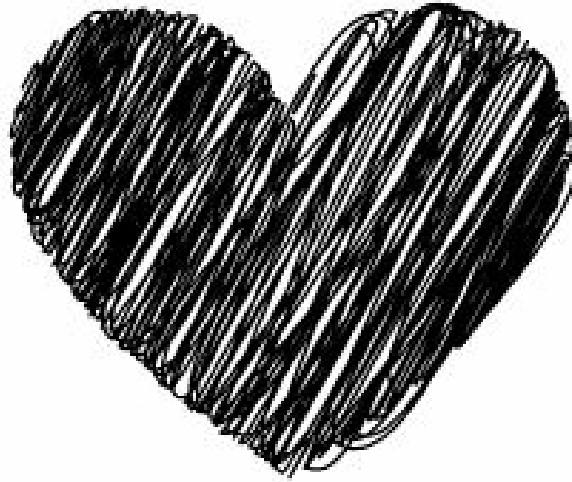
Este hombre me frustra.

Lottie Jones: *No estoy segura de comprender su respuesta, señor.*

¿¿Tres muñecos guiñando el ojo?? ¿Y ya está?

¿Por qué me lo pone tan difícil?

Nuevos comienzos, la misma mierda de siempre



Llevo toda la vida preguntándome por qué los días de vacaciones pasan el doble de rápido que los laborables.

Cuando me quiero dar cuenta, solo me falta uno y, por desgracia, en vez de pasármelo en la cama, en pijama y sobreviviendo a base de bombones de Navidad y comida para llevar, me he tenido que poner guapa y salir a cenar con un tío porque entre los propósitos de Año Nuevo de mi madre se incluye *ser abuela*.

No sé cómo me he dejado arrastrar a esta locura. ¡Odio las citas a ciegas! Además, mi travieso corazón, como todo el mundo sabe, no está libre.

Pero aquí estamos, compartiendo los entrantes.

—Es curioso que nuestras madres sean tan amigas y que tú y yo no hayamos coincidido nunca. Lo más gracioso es que, nada más sentarte al otro lado de la mesa, no me ha pasado desapercibida la conexión que hay entre nosotros —dice mi cita entre bocado y bocado.

Intento reírme para enmascarar mi incomodidad. No me gustan los temas sentimentales en las primeras citas. Será mejor que cambie de conversación.

Por no decir que yo no he notado ninguna conexión. Estoy demasiado intoxicada por el recuerdo de Enzo como para poder prestarle atención a otro tío. En serio, ese hombre produce drogadicción. Una vez se te mete en las venas, ya no hay forma de dejar de pensar en él. Siempre quieres una dosis mayor.

—¿Y a qué te dedicas tú, Ian?

—Trabajo en una empresa de informática —responde tras limpiarse la boca con la servilleta—. Soy analista de sistemas. Me gusta porque soy un friki. Además, puedo trabajar desde casa, así que tengo mucha flexibilidad.

—Suenas muy bien.

—¿Y tú? No me lo digas. Eres profesora.

—Me parece que no.

—Florista.

—No.

—¡Trabajas en una cafetería!

—Igual si dejas que te lo cuente...

—¿Haces pasteles?

Ay, Dios.

—Trabajo en una revista.

—¡Era mi siguiente opción!

—¿De verdad?

—No. Es que estoy nervioso —se viene abajo después de beber un poco de vino blanco—. No tengo una cita desde hace dos años. No... no salgo mucho.

Su sinceridad me entenece. Yo tampoco salgo mucho. A ver, sí, pero con amigos, porque desde que conozco a Enzo, no me ha interesado ningún tío. Y sé lo que pensáis. ¿Cuánto tiempo lleva esta mujer sin practicar el coito? Por favor. Soy una señora. No puedo contaros intimidades. Solo os diré que Shannon me ha asegurado que mi himen vuelve a estar intacto.

Una idea aterradora.

—Oye, tranquilo. No es para tanto. Yo también estoy nerviosa.

Ian me sonrío y relaja la expresión.

—Ah, ¿sí?

—Mm-hm.

—No se te nota nada.

—Eso es porque llevo maquillaje.

Se ríe aliviado y bebe un poco más de vino.

—¿Sabes? Me alegro de que esta cita sea contigo. Pensé que mi madre intentaría emparejarme con alguien con collar de perlas llamada Miss Dorothy. Tú pareces normal.

Suelto una carcajada.

—Tú también pareces normal. Menos cuando te quedas mirándome sin parpadear con esos ojos oscuros que te hipnotizan.

—Dios, lo siento. Y mira que intento no ser siniestro.

—¡Es una broma! —exclamo, riéndome—. Relájate.

—¿Qué? ¿Serás malvada?

Nuestras risitas se escuchan por todo el restaurante. Es un sitio silencioso. Ian ha querido impresionarme al elegir uno de esos locales con más cubiertos de los que necesitas. Me pregunto si podría emparejarlo con alguna de mis amigas. ¿Qué tal Maisie? Shannon se lo comería vivo, pero Maisie es guapa, con un punto friki que me hace sospechar que harían buena pareja.

—Perdona, Ian. ¿Te gusta *Notting Hill*?

—¡Me encanta *Notting Hill*!

Es la película favorita de Maisie. Y también de Stefan. Bueno, y la mía. Y creo que la de todo el mundo. Tendré que pensar en algo más concreto, algo que le guste solo a Maisie, para ver si son compatibles.

—¿Jones?

Levantar la mirada y encontrarme a Enzo y a un tío que no conozco de pie delante de nuestra mesa me deja helada.

Parecen fuera de lugar, ambos guapos y misteriosos, seres de otro planeta en medio de un

restaurante lleno de tipos de clase media alta, con comienzo de calvicie y ligera flacidez facial, que cenan con sus parejas y contestan a todo con un sumiso *sí, querida*.

—Señor Bassi —farfullo, sin abandonar mi asombro.

Enzo, con el ceño fruncido, me mira primero a mí, y luego registra las dos copas de vino con la mirada y analiza a Ian que, en camisa de rayas y muy peinadito, nos observa a los dos sin saber qué clase de relación mantenemos.

Será mejor que diga algo.

—Él —empiezo, señalando a Ian— es un...

—Estamos teniendo una cita a ciegas. Nuestras madres juegan juntas al *bridge*.

¡Maldito Ian y su verborrea nerviosa! ¿No podría haber dicho que somos primos lejanos? Si los dos estamos aquí para que nuestras madres dejen de darnos la matraca.

—Ah. Pues... disfrutad de la cena. Buenas noches.

Mierda. Creo que esto no le ha gustado. A lo mejor estábamos a un paso de liarnos, a saber.

Porque, a ver, digo yo que por algo me mandaría un regalo de Navidad, ¿no?

—¿Quién era ese? —se inclina Ian sobre la mesa nada más salir Enzo del restaurante. Miro por encima del hombro y lo veo a él y a su amigo parados en la puerta, fumándose un cigarrillo. Creía que había dejado de fumar.

—Mi jefe —mascullo entre dientes.

—Parece majo.

—No. Qué va.

Magnético, más bien. Es el único adjetivo que se me viene a la cabeza cuando pienso en él.

Cada vez que entra en un sitio, el ambiente se transforma en cuestión de segundos. Todos los ojos le siguen. No hay forma de decirle que no o de no prestarle atención cuando está cerca.

A veces me pregunto si es que posee algún tipo de poder hipnótico; un don que le ayuda a conseguir lo que quiere, cuando lo quiere.

Es como si lo envolviera una energía extraña, una fuerza irresistible que te empuja a quedarte a su lado y a desear que el tiempo se detenga para poder disfrutar de su presencia un rato más.

No sé cómo es capaz de desencadenar en mí todos estos sentimientos. La mayor parte del tiempo lo consigue con una sola mirada.

—¿Querías acompañarme a la boda de mi hermana? —me suelta Ian a bocajarro.

Vuelvo la cara hacia la suya *muy* despacio, olvidándome por un segundo de Enzo Bassi y del abismo que hay entre nosotros.

—Perdona, ¿qué?

—Es que mi ex es la dama de honor y no puedo ir solo.

Ay, Dios mío. Voy a matar a mamá.

—¿La querías mucho? —me compadezco, porque soy así de buena.

—Aún sueño con ella.

—Pobrecillo.

—Siempre sueño que la estoy estrangulando con la corbata que me regaló en nuestro primer aniversario, lo cual es imposible, porque tiré esa corbata hace años. Era horrorosa.

En una realidad alternativa, me estoy dando cabezazos contra la mesa. *Violentos* cabezazos.

En el mundo real, sonrío y asiento como si lo comprendiera todo.

—Es un sueño muy común.

—¿Sí? Me dejas más tranquilo. Ya empezaba a preocuparme. Porque yo no soy un tío violento.

¿Os acordáis de esos cuentos de hadas que nos ilusionaban de pequeñas? Pues esta princesa no tiene ni puta idea de cuándo se ha torcido el suyo.

Y así, sin más, llega el primer lunes laborable del año y yo regreso a las mismas rutinas de siempre, cola en la cafetería, correr para no llegar tarde al trabajo, esperar a Enzo con el corazón bombeando enloquecido...

Se me abre un hueco en el estómago cuando escucho el ascensor pararse en nuestra planta.

Me arreglo nerviosa la coleta, que he adornado con un enorme lazo fucsia a juego con mi jersey, y respiro hondo para calmarme.

Se abren las puertas metálicas y ahí está mi príncipe, haciendo su entrada triunfal como si fuera uno de los Vulturi. Ay.

Me levanto de un brinco y me acerco a él con el café y mi mejor sonrisa.

—Buenos días, señor. Feliz Año Nuevo.

Me gruñe algo ininteligible.

—Su café —insisto, sin perder mi alegría habitual.

Enzo lo coge sin mirarme, le quita la tapa y le da un sorbo.

—Está frío —me ladra, antes de devolvérmelo.

Me quedo petrificada en mitad del pasillo. Estoy boquiabierta, indignada y muy confusa. Seguro que hay más adjetivos con los que poder identificarse, pero ahora mismo no se me ocurre ninguno.

¿Qué me he perdido? ¿La semana pasada me mandaba regalos y ahora hemos vuelto, sin mi consentimiento, al *statu quo* de siempre?

Le doy un sorbo a su café y me indigno todavía más.

—¡Está templado, tirando a caliente! —rujo a sus espaldas.

La única respuesta que me concede es el atronador sonido de su puerta cerrándose. ¿Qué es esto, un castigo divino por desear a mi prójimo?

—¿Te acuerdas de cómo se comportó el primer ministro con Natalie después de sorprenderla con el presidente de los Estados Unidos?

Sé que estoy mirando a Maisie como si le estuviera contando las pecas de la cara, pero en realidad estoy muy pendiente de esta conversación, y cuando algo me interesa tanto tiendo a acercarme más de la cuenta y a poner cara de Gollum.

—La despide —respondo sin dudar porque he visto *Love Actually* todas las navidades de la última década. Hasta me sé los diálogos de memoria. ¿Con quién tiene uno que acostarse para conseguir una taza de té? Ojalá Enzo dijera eso alguna vez.

—Exacto.

—¿Estás diciendo que va a despedirme?

—Está diciendo que tu jefe se ha puesto celoso.

Traslado la mirada hacia Shannon. Solo estamos nosotras tres. Stefan está con gripe. Es la primera vez que uno de los miembros de la panda falta a nuestra cita semanal. Este año está empezando muy mal. Demasiados cambios, y ya sabéis qué opino de los cambios.

—¿Y no debería preguntarme si hay algo entre ese tío y yo?

—Claro, porque a los hombres se les conoce precisamente por hablar de sentimientos.

No estoy segura de comprender a Shannon.

—¿Eso es sarcasmo?

—Claro que es sarcasmo. Aterriza, Charlotte.

—No me llames Charlotte. Sabes que lo odio.

Shannon hace una mueca.

—Así que nadie tiene buenas noticias este año —suspira Maisie—. Tu jefe vuelve a ser el mismo cretino de siempre, Harry y yo hemos roto, Shannon tiene que cambiarse de piso...

—Espera. ¡¿Habéis roto otra vez?! —exclamo, abriendo los ojos de par en par.

Me responde con un gesto de impotencia.

—¿Por qué?

—Eso. ¿Por qué? —me respalda Shannon.

Maisie se deshace en un suspiro.

—Le propuse que viviéramos juntos.

—¿Y?

Nos mira con los párpados entornados.

—Y me dijo que esto avanzaba muy deprisa.

—¿Muy deprisa? —me escandalizo—. ¡Pero si lleváis cinco años saliendo!

—Para él son pocos.

Shannon resopla disgustada, se acaba la pinta y pide otra ronda.

—A la mierda los tíos —brinda cuando ya tenemos nuestras bebidas en la mano—. No te ofendas, Tom.

—No me ofendo, cielo. A mí ya nada me ofende.

Suelto una risita y vuelvo a prestarle atención a Shannon.

—¿Sabéis lo que os digo, tías? Los hombres vienen y se van, pero las amigas se quedan para siempre. Así que este va a ser el año de la amistad, joder.

—¡Brindo por eso! —exclamo, comprometida con la causa.

—Y yo.

—Hablando de tíos —vuelvo a decir después de catar la cerveza—. Ian, el de la cita a ciegas que me organizó mi madre, haría muy buenas migas con Maisie.

—*Lottie* —me gruñe Shannon en tono de advertencia.

—Lo siento.

Simulo cerrarme la boca con la cremallera y tomo otro sorbo de cerveza.

—¿Cómo es? —se interesa Maisie, que me ofrece una servilleta para que me limpie porque siempre se me queda bigote después de beber.

Me dispongo a responderle cuando me frena el bufido nada entusiasmado de Shannon.

—Increíble. Hemos mandado a los tíos a la mierda hace medio minuto y ya estamos hablando de ellos otra vez.

—Es que somos animales sociables.

—¿Y no podemos socializar con nuestras amigas y olvidarnos del género opuesto durante un rato?

—Puede que este sea el definitivo —se justifica Maisie.

—Puede que lo sea —la apoyo yo—. Es guapete.

—¿Lo es?

—Mm-hm. Moreno, ojos oscuros, sin barriga. Es informático y tiene flexibilidad horaria porque teletrabaja.

—Me gusta lo que oigo.

—Voy a potar.

—Pero es un poco raro.

—¡Todos lo son! —nos recuerda Shannon, la reina de hielo, inmune al encanto masculino.

—¿En qué sentido? —se interesa Maisie con una línea de preocupación entre las cejas.

—Sueña con su ex.

—Buah.

—Yo también sueño con mi ex —defiende Maisie a un tío al que todavía no conoce, porque las mujeres somos así de buenas y empáticas. No sé por qué no estamos dominando el mundo. Ah, sí, sí lo sé: ¡porque somos buenas y empáticas!

—Él sueña que la estrangula con una corbata que le regaló ella hace años. —Mi aclaración hace que mis dos amigas arruguen la cara a la vez—. Por lo demás, es encantador. Hasta tiene gato. La gente que tiene gato no puede ser psicópata.

—Ay. ¡Tom! ¡Cerveza! ¡No puedo con estas dos sin estar borracha!

—Marchando, cielo.

Enzo tiene un humor de perros.

Ha gritado ya a tres personas y les ha dicho que, si tienen más ideas estúpidas, se las aguanten.

Percibo un clima muy tenso en la sala de reuniones. ¿Qué mosca le habrá picado? ¿Es que no ha aprendido nada de los políticos? La gente que está en campaña electoral ha de ser encantadora, tomarse fotos con los terneros, prometer el cielo para luego desatar el infierno... ¡Todo el mundo lo sabe!

Mi jefe, en cambio, se comporta como un cretino despótico y, con su popularidad por los suelos, no es de las mejores estrategias. A lo mejor deberíamos contratarle un asesor político.

—¿Alguien más tiene alguna sugerencia?

Grrr. Como si alguien se atreviera a sugerir más cosas después de las broncas que se han comido los últimos tres insensatos.

A pesar de todo, levanto mi boli de color fucsia (con pompón) porque nunca se me ha conocido por mi sensatez.

—A mí se me ocurre que...

—Usted no, Jones. Me refería al equipo creativo. Usted está aquí para tomar notas y servir café. Límitese a ello.

Abro la boca en un gesto indignado. ¿Será cabronazo? Me acabo de llevar un zasca monumental delante de todos estos tíos que, desde que me he despelotado para la revista masculina más famosa del país, intentan verme las tetas a través de mis holgados jerséis de colores chillones.

Pero eso no es lo que me enfurece. Lo que realmente me saca de mis casillas es el dios de piedra que me mira desafiante.

Ahora mismo soy como una olla a presión. Me falta muy poco para hacer bum.

Irrumpo en su despacho nada más volver de la reunión.

Vale, antes he pasado por el baño para echarme polvos bronceadores y rímel porque no me sentía cómoda gritándole con esa cara paliducha.

—¿Hay algo que quiera decirme?

Enzo separa los ojos de la pantalla de su ordenador con irritante parsimonia.

—No.

—¿Seguro?

—Se lo acabo de decir, Jones.

—Pues no me lo creo.

Hace un gesto de indiferencia con los labios. Ay, esos labios... Por qué tanto castigo, ¿eh? ¿Tanto hielo, cuando podríamos arder juntos?

—Eso es problema suyo.

—Si he hecho algo que le haya molestado...

—Usted no ha hecho nada.

Joder. Putos ciborgs musculados. A este no le voy a sonsacar nada. Es imposible que se ponga nervioso y hable más de la cuenta. Es muy bueno en el juego de las miradas. Creo que no se vendría abajo ni aunque lo interrogara el teniente Aldo Raine, líder de los Bastardos en la película de Tarantino.

Mucho menos una inglesa bajita y delgaducha que lleva un jersey naranja chillón y de peinado, dos moños (en mi caso, dos cuernecillos, porque tengo poco pelo). Mejor que cambie de estrategia.

—Creo que no le he dado las gracias por su regalo de Navidad. Me gustó mucho.

—Hmm. Si no le importa, Jones, tengo mucho trabajo atrasado.

Lo miro dolida, pero, si percibe el aire lastimado que arde en mi mirada, le da igual. Sus ojos se desprenden de los míos y vuelven a concentrarse en la estúpida pantalla como si yo ya no estuviera aquí.

No puedo hacer nada, así que me limito a asentir como una muñeca de trapo sin voz. Tengo el corazón destrozado, y no estoy siendo nada melodramática.

Vuelvo a mi sitio con la cabeza gacha.

En diciembre cometí el error de pensar que entre nosotros dos había algo especial.

Pero enero, gris, desapacible y cruel, se ha encargado de hacerme comprender lo equivocada que estaba.

En su despacho, con sus ojos de granito clavados en el monitor, me he dado cuenta de que nada nunca será suficiente para conquistar su corazón. Me siento como una idiota por haber imaginado un final feliz para nosotros. Mejor me voy antes de que me vea lloriquear encima del cactus. Ya bastante ahogado está el pobre por culpa del constante riego al que lo someto.

—¿Adónde va, Jones?

¿Es que ahora tiene cámaras?

Cierro los ojos, exasperada, y me detengo en mitad de la sala de recepción.

—A prepararme un café, *señor*.

¿No es curioso que puedas insultar a alguien con una palabra tan respetuosa como señor?

—Tráigame otro. Y no se pase con el azúcar.

Respiro hondo. Me encantaría soñar esta noche que lo estrangulo con su corbata azul. Qué

satisfacción sentiría. Cuando llegue a casa, me pondré a ver *American Psycho*, parte uno y parte dos. Y, después, *Psicosis*, si no me he quedado dormida para entonces.

Primeros rayos de sol



Enzo y yo entramos en una rutina deprimente, un círculo vicioso que no hay forma de quebrantar. Casi siempre coincidimos en el ascensor a última hora. Parece que lo haga aposta.

¡Y siempre igual!

—¿La menos uno?

—Sí, gracias.

—De nada.

Silencio tenso y absoluto. Los dos con los ojos clavados en las puertas. Pitido del ascensor y apertura de las puertas. Yo corriendo como si estuviera fugándome de la cárcel.

—Bueno, hasta mañana, señor. —Una despedida a lo lejos, por encima del hombro. No vaya a ser que tenga que mirarlo los ojos.

—Que descanse, Jones.

¿CÓMO voy a descansar así? ¿Es que está tonto? Estoy a un paso de caer en el tabaquismo o en las garras de alguna secta.

Hasta mis padres, cuando voy a visitarlos durante la Semana Santa católica, empiezan a preocuparse.

—Estás muy delgada. Díselo, Arthur.

—Tu madre dice que estás muy delgada, cielo.

—Gracias, papá. Tú también estás estupendo.

—No te lo tomes a broma, Charlotte. Me preocupas.

—Tú te preocupas por todo, mamá —mascullo, empeñada en seguir un buque a lo lejos.

Estamos comiendo en una terraza con vistas al mar. Mi madre ha pedido arroz a banda con alioli y una jarra de sangría que me estoy bebiendo yo solita.

Hace un día fantástico, solazo y la temperatura ideal para estar aquí sentada sin hacer nada hasta el atardecer, pero, como de costumbre, no lo estoy disfrutando todo lo que debería por culpa de mis lúgubres pensamientos.

—¿Esto tiene algo que ver con Ian? Me han dicho que ahora sale con una amiga tuya.

Entorno los parpados por debajo de las gafas de sol.

—Los presenté yo, ¿recuerdas que te lo dije?

—Pues no es una amiga si te ha quitado el novio. Díselo, Arthur.

—Tu madre dice que no es una amiga, cielo —repite papá, exasperado. Creo que preferiría estar en silencio y disfrutar del sonido de las gaviotas, en lugar de hablar sobre mi deprimente y escasa vida amorosa.

Vuelvo la mirada hacia ellos para ponerles mala cara. Sin embargo, al mirarlos, algo me hace tragarme la réplica sarcástica.

No me había dado cuenta de lo mucho que han envejecido mis padres estos últimos años. En mi cabeza siempre son jóvenes y enérgicos como lo eran en mi infancia, pero lo que tengo delante ahora mismo es a un par de ancianos con la cara roja por culpa del sol y camisas enormes de estampado tropical.

Mierda. Me siento mal por no ser mejor hija. Siempre soy borde, me exaspero todo el rato y nada de lo que me digan me encaja nunca. Es como si no hubiese superado la adolescencia.

—Mamá, no te preocupes. Mi príncipe aún anda por ahí, cabalgando. Te prometo que lo encontraré. ¿Qué tal si esta noche me lleváis de copas? Estamos aquí para pasarlo bien, ¿no? Y he oído que los españoles saben divertirse.

Mamá da palmaditas, entusiasmada.

—Cariño, creí que, al tenerte tan mayor, nunca iríamos de copas juntas.

—Ay, mamá, de verdad. No te pongas rara.

—¿Puedo abrazarte, Lottie, por favor?

—Si insistes...

Soy lo peor. Lo sé. Incluso cuando me esfuerzo, sigo siendo la peor hija del universo. No hago más que darles disgustos. Estoy atascada en un trabajo sin futuro, no hay ninguna perspectiva de tener descendientes... ¿Qué habrán hecho estos dos encantadores ancianos en su otra vida para que el karma les castigara con una hija como yo?

Algo harían. Seguro que la culpa es suya. Mía no va a ser.

Vuelvo de mis vacaciones de primavera un poco más animada, aunque, al coincidir con Enzo en el ascensor a primerísima hora, una extraña inquietud empieza a latirme en el estómago.

Yo vengo de la calle. Él sube del sótano. Prefiero dejar el coche y luego salir a por su café, porque en la cafetería sería imposible aparcar a estas horas de un martes no festivo.

Los Bassi, como buenos católicos, cierran la empresa durante los festivos de Pascua, con lo cual desde el miércoles santo a la hora de comer y hasta el siguiente martes por la mañana tenemos vacaciones.

Hablando de los Bassi.

—Buenos días, señor.

—Buenos días, señorita Jones.

—Tenga. Su café.

—Gracias. ¿Dónde está el suyo? —se sorprende mientras quita la tapa del vaso de cartón que le ofrezco. Es curioso que haya notado que he ido a la cafetería *solo* por él.

—Lo he dejado.

—¿Y eso?

Ah, ¿es que volvemos a ser amigos?

—Me pone histérica.

—Yo no podría sobrevivir sin café. ¿Qué tal la Semana Santa?

—He ido a España.

—No me diga. ¿De procesión?

—De copas con mis ancianos padres por todo Benidorm.

—Eso suena encantador.

Le sonrío y, de manera extraordinaria, me sonrío de vuelta. Oh, Dios mío. ¡Me ha sonreído! Ahora mismo soy como un niño en una tienda de golosinas. Esto sí que es felicidad.

—Le veo contento, señor.

Arquea las cejas, sorbe un poco más de café y luego vuelve a bajar la mirada hacia la mía.

—Me siento contento. Creo que necesitaba vacaciones. No sé, un poco de sol para volver a cargar las pilas. Veo que usted ha hecho lo mismo. Está muy bronceada.

—Mm-hm. He hecho *topless* en la playa.

Enzo se atraganta con el café y empieza a toser como un descosido.

El ascensor se detiene en la planta trece. Entra Carlo.

No sé si los motores de este trasto podrán con su descomunal ego o nos quedaremos atrapados entre plantas.

Carlo nos sonrío antes de apretar un botón.

—Buenos días, pareja. Señorita Jones, la veo muy bronceada.

—No le digas lo que me acabas de decir a mí, Lottie —me susurra Enzo al oído, rozándome la espalda con su musculoso pecho. Ay, Dios. ¿Qué es esto? Si lo sé, me voy antes a Benidorm.

—Gracias, señor. He hecho... —Mi jefe me fulmina con la mirada; yo le guiño el ojo—... actividades al aire libre.

—Ah. Qué interesante.

—Mucho. No lo había hecho antes. Ha sido liberador —Enzo me pone mala cara; yo le sonrío con dulzura—. ¿Y usted? ¿Qué tal sus vacaciones?

—Muy católicas.

—Me... alegre de oírlo.

Se abren las puertas otra vez.

—Adiós, pareja.

—¡Que tenga un buen día, señor!

—Adiós —refunfuña Enzo, disgustado.

Dejamos a Carlo en la dieciséis y seguimos subiendo. Nos faltan tres plantas para llegar a la nuestra. Tiempo más que de sobra.

—¿Por qué no quería que le contara lo del *topless*? —increpo al acusado en cuanto nos quedamos solos otra vez. A ver si va a ser un moralista de esos.

Está tenso, y le oigo soltar un suspiro de frustración.

—Porque los hombres tenemos mucha imaginación y cuando nos dais esos detalles, os... vemos. La imagen de alguna manera se materializa en nuestro primitivo cerebro e imaginamos cosas que... no deberíamos.

—¿Intenta decir que usted me imagina desnuda ahora mismo?

—¡No! —asegura con contundencia. Sondeo su cara con las pupilas encogidas de sospecha y al final entorna los párpados y niega derrotado—. Sí.

Me echo a reír a carcajadas.

—¡Qué fuerte! ¿Y estoy buena? —añado con aire conspirativo.

Enzo se afloja la corbata, todo agobiado, y se aleja de mí todo lo que puede. Me he acercado como el Gollum y creo que lo he hecho sentirse acorralado.

—Señorita Jones...

—Oh, por Dios. Llámeme Lottie. Llevamos dos años trabajando juntos. Estoy hasta el moño de los formalismos. Además, ya me ha visto desnuda. Aunque solo haya sido en su imaginación.

Me lanza otra de esas miradas que te encogen el estómago. Creo que está a punto de decir que me quiere. Desnuda. En su mesa. Preparada.

Por desgracia, lo que oigo es:

—Usted primero.

Después de parpadear, me doy cuenta de que ha extendido el brazo para invitarme a salir.

Ugh. Puto ascensor. Nunca hay un corte de luz cuando una lo necesita. La Madre Naturaleza lo hace aposta.

Exhalo un suspiro de resignación, agarro las correas del bolso con más fuerza de la necesaria y abandono la cabina con actitud ligeramente beligerante.

—No me pase llamadas —me gruñe Enzo al adelantarme por el pasillo—. No estoy para nadie.

—Pero...

No llego a terminar la protesta. El portazo que da me hace cerrar la boca.

—Muy bien. Nada de llamadas. Hogar, dulce hogar.

—Las aguas han vuelto a su cauce.

—Nunca te entiendo cuando me hablas en clave. ¿Y por qué susurras? ¿Estás en el retrete otra vez?

—Sí. Y Enzo me imagina desnuda.

Shannon suelta un gritito al otro lado de la línea.

—¡Cuéntamelo todo!

Se lo cuento de inmediato.

—¡Qué alucine! —exclama cuando termino mi relato—. Está a un paso de empotrarte contra la fotocopidora.

—¿Tú crees? Porque me vendría muy bien. Estoy hasta las narices de la ley seca. Este año se me está haciendo duro.

—No entiendo por qué te mantienes tan pura e inocente.

—¿Qué tal porque estoy enamorada?

—¿Qué tendrá que ver el sexo con el amor?

—En mi mundo, todo.

—En el mío, nada.

—A veces desearía vivir en tu mundo.

—Pues a mí no me gustaría vivir en el tuyo. Estás desperdiciando tus mejores años sexuales, nena. En nada se irá el deseo.

—¿Tú crees? —repongo, preocupada.

—Pues claro. Pregúntales a tus padres cuántas veces mojan al año.

—Grrrr. Esa es una estadística que no necesito conocer.
—Los míos llevan sin hacerlo desde el dos mil diez.
—¿Se lo has preguntado?!

—Desde luego. Las familias irlandesas lo compartimos todo.
—Me alegro de que nosotros seamos ingleses puritanos.
—Te dejo. Tío bueno acaba de entrar por la puerta. Iré a atenderle antes de que me lo sople Elisabeth. Es una devoradora de tíos buenos.

Cuelgo con un suspiro, tiro de la cadena y salgo.
Y me doy de bruces con Margaret, que estaba con la oreja puesta como siempre.
—¿Qué hacías ahí dentro?
Voy hasta el lavabo con tranquilidad y me echo un poco de jabón en la palma.
—Un día le sacaré una foto y te lo enseñaré.
—¡No seas marrana!
—Pues no preguntes estupideces.

Noto la frialdad de sus ojos azules taladrándome la espalda, pero nada, yo a lo mío, me sigo lavando las manos con calma.

—¿Estabas cuchicheando con tus amigas otra vez?
—Búscate una vida, Margaret —la aconsejo mientras me peino con los dedos.
—Sé que te tiras a tu jefe.
«Dios te oiga».

Me vuelvo hacia ella y la arrincono contra la puerta del retrete.
—Así es.
—Ah, ¿sí? —se sorprende, porque una cosa es que albergues sospechas y otra muy distinta que te lo confirmen.

—Follamos todos los días en el trabajo —prosigo, con ojos de loca—. Me empotra contra la fotocopidora, me levanta la falda y... jo-der. Es un alucine lo bueno que es haciéndomelo. Lento, pasional, intenso, probando varias posturas... Maggie, ¿puedo llamarte Maggie?, ¿no sabes el juego de caderas que tiene ese hombre! Y está completamente salido a todas horas.

Cuando me aparto de ella, la pobre Margaret está ruborizada hasta las cejas e hiperventilando.
—Que tengas un buen día.

Salgo del baño sin renunciar a mi sonrisa satisfecha y... choco contra el musculoso pecho de Enzo. ¡Ay!

—Lottie —farfulla, asomándole la arruga sexy entre las cejas.
Oh, my love, my daaaaaarling...

¿En serio que no lo oís? Suena en el Cosmos cada vez que él y yo chocamos en alguna parte.
—Enzo —lo tuteo por primera vez, tan dueña de la situación que hasta inclino la cabeza con elegancia, como si intimar con tu jefe fuera lo más natural del mundo.

Justo entonces sale del baño Margaret, que suelta un gritito, se persigna y se aleja, corriendo, por el pasillo. La arruga de Enzo se vuelve más pronunciada. *Unchained Melody* deja de sonar de golpe.

—¿Y a esta qué le pasa?
Me encojo de hombros con desdén.
—Asustas a la gente. No te sorprendas si mañana la ves con un collar de ajos y dos crucifijos.
—¿Qué? Échame el aliento. ¿Has bebido ahí dentro? Dime la verdad. ¿Has cambiado el café por la ginebra? Eso es muy típico de los ingleses.

—Esteretipos, señor Bassi. Eso solo son estereotipos.

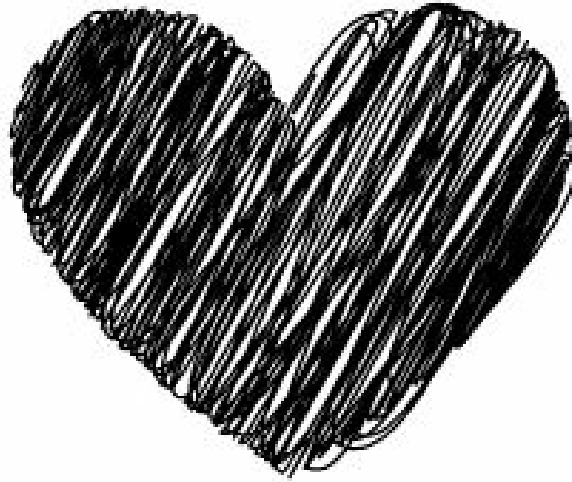
Y, toda digna, me alejo por el pasillo, consciente de que tengo la sartén por el mango esta vez.

Estoy convencida de que Enzo se ha quedado embobado en la puerta del baño, observando mi contoneo sexy.

¿Quién es esta chica tan segura de sí misma y dónde ha estado toda mi vida? Estoy a un paso de renunciar a mis jerséis fucsia llenos de pelusas para embutirme en un *little black dress*.

Miaaaaauuuu. Soy como el meme de esa gata negra que se lima las garras con parsimonia.

¿Houston? ¡Exijo explicaciones!



Pocas veces se ve a todos los empleados de *The Gentlemen* apiñados en la sala de reuniones.

Hoy nos han convocado a los cincuenta y cinco a la vez, y no ha sido Enzo con intención de echarnos alguna bronca por... pffff, cualquier cosa.

La orden llega de arriba: el mismísimo don Enrico ha mandado un correo electrónico masivo.

Lo cual me hace sospechar que el amo del cotarro tiene algo muy importante que anunciar. Algo como que... ¿mi jefe está a un paso de convertirse en el nuevo mandamás?

(En ese caso, yo sería la vicepresidenta en funciones, así que más vale que empiece a ensayar mi discurso de investidura).

En navidades tenía mis dudas. La popularidad de Enzo se había desplomado en las encuestas. La gente no le veía como a un líder, sino como a un tirano obsesionado con la perfección laboral, pero desde entonces han pasado cosas: hemos ganado un premio muy importante, se han disparado las ventas de la revista (tanto que nos han subido el sueldo para agradecernos nuestro compromiso), Enzo apenas ruge por los pasillos...

No es por presumir, pero el bloque que represento ha mejorado tanto sus expectativas de mayoría absoluta que hasta Carlo debe de saberlo, a juzgar por lo tenso que se mantiene en su asiento y por los golpecitos que le da al suelo con la punta de su zapato.

(Los que han llegado los primeros han pillado asiento. Los que nos hemos entretenido pintándonos los labios nos hemos tenido que quedar de pie junto a la puerta).

Enzo también está de pie. Le tengo justo al lado. Tenía una reunión fuera de la oficina y acaba de llegar. Solo falta...

Ah, por ahí llegan. El distinguido don Enrico y su ayudante, Chiara. Todos en pie.

Evidentemente, solo se levanta Carlo, que es un pelota.

—Buenos días. Siéntate, Carlo, que esto no es un juzgado. Gracias a todos por venir.

Sin ánimo de interrumpirle, me parece que no teníamos elección. Él llama, nosotros

acudimos. Las empresas privadas funcionan así. Hoy en día vivimos atormentados por la posibilidad de un despido fulminante.

—Llevo cincuenta años al cargo de esta revista. No ha sido un camino fácil. Hemos tenido que tomar algunas decisiones muy dolorosas en más de una ocasión y, os seré sincero: no hemos ganado nada sin perder algo de nuestra esencia en el proceso. Pero al final hemos superado con éxito todos los retos a los que nos hemos enfrentado y hemos conseguido algo que parecía imposible al principio: crecer. Quiero daros las gracias a todos los que formáis parte de esta gran familia. Sin vuestro esfuerzo no habríamos llegado tan lejos. Es gracias a vuestro compromiso y dedicación que *The Gentlemen* se ha convertido en el icono de la industria editorial que es hoy en día. Y por eso, el sábado haremos una fiesta por todo lo alto para celebrarlo.

La gente aplaude y silba, como era de esperar. Don Enrico levanta las palmas y agradece con una sonrisa el cariño que recibe por parte de sus súbditos.

—A lo largo de estas cinco décadas —prosigue cuando se han calmado los vítores—, he presenciado cambios radicales en la forma en que la gente recibe y consume la información, he aprendido mucho sobre el periodismo y sobre la naturaleza humana en líneas generales, y he comprendido que el éxito consiste en saber evolucionar. Los cambios son buenos; el mundo cambia todo el rato y aquellos que se estancan están abocados al fracaso. Ahora me toca dar un paso atrás y pasarle el mando a alguien más joven que yo, que esté listo para asumir el reto; alguien que lleve la empresa al siguiente nivel. Como sabéis, la junta directiva y yo hemos estado barajando dos candidatos. Mi nieto mayor: Lorenzo Bassi. —Aplausos, silbidos, etc.—. Todos conocéis a nuestro director creativo; habéis oído hablar de su gran talento y determinación, su mente emprendedora, su enorme conocimiento de la industria... Os confieso que Lorenzo siempre ha sido mi primera opción.

Don Enrico hace una pausa, en la que nos sonríe con aire misterioso.

Carlo aprieta la mandíbula con disgusto.

Oh, no. ¡Vamos a perder! De pronto, lo veo claro. He consumido suficiente basura televisiva como para saber que en estos casos se empieza siempre por los que van a ser eliminados de la competición.

Ahora vienen los peros.

Mierda.

«Haz que me equivoque, haz que me equivoque, haz que...».

—Pero —«¡Joder!»—, si algo he aprendido en estos cincuenta años es que para desarrollar el cargo como es debido no solo valen la ambición y los conocimientos, sino también el nivel de compromiso de un hombre. A veces uno tiene que sacrificar sus propios intereses por un bien mayor. Esta es una empresa familiar, y ¿qué es una familia sino una sociedad en la que todos los miembros trabajan duro y se apoyan los unos en los otros a diario? La familia es responsabilidad. Sacrificio. Entrega.

Detiene su discurso para dejar que sus palabras empiecen a moverse entre la multitud. Mi corazón late a un ritmo frenético. Ya no pienso con claridad, mi cerebro ha colapsado.

Estoy tan nerviosa que me aferro a la mano de Enzo y doblo los dedos sobre sus nudillos. Le sorprende mi osadía, pero no me aparta. Se limita a evaluarme con una profunda arruga entre las cejas. Él también sabe que estamos perdiendo. Veo la derrota y la tristeza en sus ojos.

—Mi padre solía decir que un hombre incapaz de comprometerse con una mujer nunca se comprometerá del todo con ninguna causa.

Oh, Dios mío.

«Respira, Lottie. Tú solo respira. Que en esta vida todo tiene una solución, ¿eh? Menos la muerte, y aquí nadie se ha muerto todavía».

Miro a mi alrededor con ojos desorbitados y respiración trabajosa, y comprendo que solo unos míseros segundos nos separan del desastre. Estamos a punto de chocar con el iceberg y me parece que, con Carlo Bassi al timón, en la tabla no habrá sitio ni para mí ni para Jack.

A no ser que coja las riendas de esta película y cambie el guion con un giro argumental antes de que sea demasiado tarde. O sea: ¡ya!

—Me complace anunciarles que el nuevo CEO de *The Gentlemen* será...

—¡Enzo y yo estamos comprometidos! —grito en un impulso loco e irreprimible que no sé de dónde ha salido.

—¿Qué haces? —me gruñe mi jefe con voz tensa.

—Chiss. Confía en mí. Tengo un plan.

—No —se me pone muy firme, como si estuviera hablando con un niño travieso que está a punto de liarla. Sus ojos verdes me ordenan que me esté quieta, que suelte el adorno de porcelana de la abuela *ahora mismo*—. Lottie, no. Ni se te ocurra. Te lo prohíbo.

—¿Qué ha dicho? —demanda saber don Enrico desde el otro lado de la sala.

—Es una confusión. No lo dice en serio —asegura Enzo, que me fulmina con la mirada, antes de ponerse de cara a su abuelo—. Se ha vuelto loca.

«Ah, ¿sí? Pues verás lo loca que me he vuelto, cabronazo».

Porque yo no pienso salir de esta reunión con una carta de despido entre las manos. Ha quedado claro que soy la asistente de Enzo y, sin Enzo, no hay asistente, ¿verdad?

—Nuestro Lorenzo es un hombre muy orgulloso —les digo a todos, con una sonrisa de lo más candorosa. Se la he copiado a Effie Trinket, la de los *Juegos del Hambre*. Ella y yo nos parecemos en muchas cosas—. Nunca ha querido hacer público lo nuestro porque no quiere dar la sensación de ser uno de esos hombres que mezclan los negocios con el placer, pero... —Suspiro, me vuelvo de cara a él y cojo sus manos entre las mías, fingiendo no percatarme de los rayos asesinos que desprenden sus pupilas—. Ya no tiene sentido que sigamos ocultando nuestro amor, bichito.

—¿Bichito? —rumia Enzo, a punto de estrangularme—. Para ahora mismo antes de que te despida.

Vuelvo a suspirar como la heroína de un melodrama victoriano.

—Pobrecillo —me dirijo otra vez a la sala—. Le preocupa la opinión de Sarah, de Recursos Humanos. Pero no puede ser acoso si los dos estamos de acuerdo, ¿verdad? Y les prometo que los dos estamos *completamente* de acuerdo. Nuestro compromiso se basa en el respeto y en el amor, así que no hay nada de lo que preocuparse.

Ni Carlo ni don Enrico pueden ocultar su sorpresa. De hecho, ahora que me estoy fijando, no hay ni una sola persona aquí que no esté atónita. El silencio es ensordecedor.

—¿Ha dicho compromiso y amor? —comprueba don Enrico la información con Chiara, su leal asistente y (diría yo) algo más íntimo que eso.

—Sí, señor.

—¿Esa no es la jovencita que grita en la azotea?

Don Enrico pretende ser discreto, pero está sordo como una tapia y habla más alto de lo que cree.

Vamos, que le he oído hasta yo, que estoy casi al lado de la puerta.

Chiara compone una sonrisa de disculpa y le contesta a su jefe con un pequeño gesto de

asentimiento. Me recuerda un poco a Charlize Theron.

—¿La que se quería suicidar? —sigue recabando datos don Enrico.

Está bien que los altos cargos de mi empresa hayan oído hablar de mí, aunque estaría mucho mejor que conocieran mis logros, no mi mala reputación.

Chiara vuelve a asentir, incómoda.

—Usted es la ayudante de Lorenzo, ¿no es cierto, joven?

—Esta es algo más que una ayudante —bufa Margaret con su habitual cara de superioridad moral.

Ante su más que evidente ataque, me limito a componer una sonrisa beatífica. Porque soy una señora. (¡Ja!).

—*Nonno*, ¿podemos poner fin a este circo de una vez? —se impacienta Enzo, que nunca ha sido un hombre demasiado paciente—. Ibas a anunciar al próximo CEO. Por favor, prosigue. Tenemos más cosas que hacer hoy.

—Un momento, Lorenzo. Quiero llegar al fondo de este asunto.

—¡No hay ningún asunto! ¡Se ha vuelto loca! Por eso grita en las azoteas y amenaza con suicidarse. ¿Es que no lo veis? Le falta un tornillo.

—¡Bichito! —me indigno—. Cómo es. Le puede el orgullo. Pero yo no me ofendo porque sé que, en el fondo, su corazón es tan puro como nuestro amor.

—¿Es que has perdido la cabeza? ¿*Qué* amor? Voy a hacer que te ingresen después de esta reunión. *Alora*, ¿podemos continuar, por el amor de Dios?

—Un momento, Lorenzo. Qué prisas tiene este *ragazzo* siempre. Señorita, acérquese.

Me acerco, obediente, y me pongo de cara a la sala con mi sonrisa más convincente. Estoy monísima con mi fino jersey fucsia y el pelo echado hacia atrás y recogido con cuatro gomas del mismo color. También lo llevaba así en primaria. Como he dicho, odio los cambios.

—¿Cómo se llama?

—Lottie Jones, señor.

—Señorita Jones, ¿quiere explicarme de qué va esto? ¿Por qué ha interrumpido mi discurso para decirme que Lorenzo y usted están comprometidos?

Este es el momento de lucirse, de cambiar el curso de los acontecimientos, de otorgarle otro final a esta deprimente historia. Tranquilos, sé lo que hago. Me he merendado muchas series de abogados. Haré un gran alegado final.

—Verá, señor, usted estaba aquí, delante de todos nosotros, juzgando a un hombre por su grado de compromiso y me pareció conveniente que, antes de emitir juicio, tuviera acceso a toda la información. Dio a entender que su nieto Enzo sería incapaz de comprometerse con una mujer y, lamento tener que corregirle, eso no es cierto. Hace tiempo que Enzo y yo estamos manteniendo una relación sentimental y le aseguro que él está muy comprometido.

—Todos conocemos el nivel de compromiso de Enzo —se burla Carlo con una risotada despectiva.

—*Certo* —admite don Enrico, cuyos párpados se entornan en un gesto exasperado—. *Lorenzo è un ragazzo molto generoso con il suo cazzo.*

Levanto la mano como en el cole.

—Disculpe, señor. ¿Sería mucha molestia repetirlo en cristiano para que lo entendamos los que no hablamos italiano?

—¡Que nadie se lo traduzca, joder! —ladra Enzo, más furioso de lo que lo he visto nunca. Su cara parece una escultura de granito; sus rasgos están muy tensos y los ojos que fulminan a todos

los italiano parlantes de la sala echan chispas.

—Así que te importa lo que piense de ti —se asombra don Enrico—. Qué curioso.

—Me da lo mismo lo que piense ella. Solo... Por Dios, ¿podemos poner fin a esto ya?

Estoy intrigada. ¿Qué significará lo que acaba de decirme don Enrico? Por el tono empleado y la reacción de Enzo, nada bueno.

—Señorita Jones, no pongo en duda que usted y mi nieto estén liados. Hace tiempo que estoy al tanto de los rumores.

—¿Rumores? ¿Qué rumores?

—Lo de la fotocopidora, Lorenzo. Anda que no habrá sitios.

—¿La fotocopidora? —Mi jefe me mira con la cara arrugada de perplejidad. Por supuesto, finjo no estar al tanto del tema.

—Y os vimos todos en la fiesta de empresa.

—Y dale con eso. ¡Que solo fue un baile! El resto de la noche nos ignoramos.

—Exactamente, Lorenzo. Solo se ignora así a la gente a la que uno desea.

—Y yo los vi marcharse juntos —tercia Margaret con aire triunfante.

—¡Porque no había taxis! —le grita Enzo, haciendo gala de su legendario mal genio—. Dios Santo, qué disparate tener que explicar cada puta cosa que hago. Me niego a seguir escuchando esto. ¿Podemos seguir adelante con tu discursito?

—No me digas qué hacer, muchacho. Aún no te has ganado ese privilegio. Señorita Jones, como le decía, sé que están liados, pero de ahí a comprometerse hay un largo camino.

—Hágame una prueba.

—¿Cómo dice?

—Un test para comprobar la veracidad de nuestro amor. Usted conoce a su nieto, ¿verdad? Vivió con usted después de que su padre abandonara a su familia por la madre de Carlo, ¿no?

—¿Le has contado eso?

Ni bajo tortura admitiría cómo he conseguido la información.

—¿Qué? NO. No le he contado *nada* de eso.

—Ya se lo he dicho. Nuestra relación es seria. También me habló de su madre. ¿Cuándo fue, bichito? Ah, sí, en Nochebuena. La pasamos juntos, claro. Cenamos, una comida deliciosa que preparó él mismo, y me dijo que su madre estaba en Grecia y que su padre celebraba la Navidad con su otra familia.

—¿Por eso faltaste a la cena, para estar con ella?

—¡Otra vez! Que tenía trabajo, ¡ya os lo he dicho!

—Y el día de Navidad nos acurrucamos en su sofá y vimos *Qué bello es vivir*. Era su película favorita de niño.

—¡Es cierto! —me respalda don Enrico, asombrado por los detalles personales que voy desvelando—. Todas las navidades la veíamos juntos.

—¡Eso no prueba nada! —exclama Enzo, irritado.

—Lorenzo, esta chica te conoce mejor que tu terapeuta.

—Enzo no va a terapia —bufa, porque la simple idea de imaginarlo en un diván, hablando de sentimientos, es desternillante.

—¿No vas a terapia? ¿Y adónde va todos los días durante hora y media?

—Al gimnasio, don Enrico, al gimnasio. Tiene que mantener esos abdominales en forma. Una hora para entrenar, media hora para volver a la oficina, duchado y relajado. ¿No os habéis dado cuenta de lo bien que huele cuando vuelve *de terapia*?

—Quizá porque no nos hemos acercado tanto a él como usted, señorita Jones.

—*Touché*, señor —coqueteo sin descaro, guiñándole el ojo.

—¡Ella tampoco se ha acercado a mí!

—Lorenzo, no sigas insistiendo. Es evidente que aquí pasa algo.

—Claro que pasa algo. ¡Mi asistente ha perdido el juicio! Es lo que llevo diez minutos intentando aclarar.

—Me temo que necesito digerir esta información. Hablaré con vosotros dos en la fiesta del sábado. Más vale que estéis ahí.

Hago el gesto de la victoria hacia mis adentros. Me da igual que Enzo me pulverice con la mirada. He conseguido ganar tiempo hasta el sábado y, no sé si lo habéis notado, pero don Enrico no ha nombrado aún a Carlo como sucesor designado.

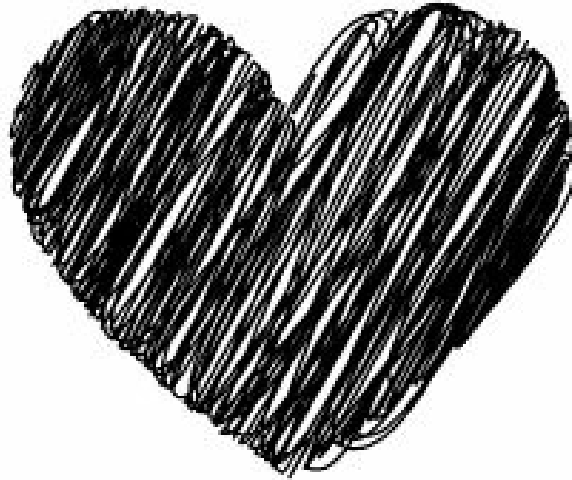
Eso quiere decir que mi plan no era tan malo, después de todo.

Saborearía la victoria, de no ser porque Enzo se planta a mi lado de, no exagero, tres zancadas.

—A mi despacho. *Ahora*.

Ay, Houston. Si yo te contara lo mío...

El rugir de la Bestia



El portazo de Enzo me crispera un poquitín los nervios. Será mejor que adopte mi actitud más diplomática para aplacar al animal homicida que lleva dentro.

—Antes de que empieces a rugir...

La sonrisa cáustica que tensa sus labios no es nada alentadora.

—No, no voy a rugir, señorita Jones. Voy a despedirla.

—Ah. Ahora ya no me tuteas.

—No mientras la despido.

Qué hombre más terco.

—¿Quieres escucharme un segundo?

—No, no quiero. Cierre al salir.

Lo miro exasperada, pero no me hace ni caso. Se sienta, con la palma apoyada contra el estómago para no arrugarse su carísimo traje, y se pone a trabajar como si yo ya no estuviera aquí. ¿Será capullo?

Pues no pienso permitir sus desaires.

Ocupo de malas maneras la silla que hay al otro lado de su mesa y planto las dos manos sobre un montón de carpetas de cartón para que me haga caso.

Su alteza deja de escribir algo en un *post-it* y levanta la mirada hacia la mía con total parsimonia.

—¿Sigue aquí, señorita Jones?

Es así de asno.

—¿Puedo presentar mis alegaciones, oh, todo misericordioso señor?

Sonríe y luego apaga la sonrisa. No se puede ser más hiriente.

—¿Alegaciones? ¿Después del circo que ha montado? Sabe, le he tolerado muchas cosas estos dos últimos años...

—¿Que *tú* me has tolerado cosas a mí? Es que yo alucino. Dime una sola.

—Una, dice. ¿Qué tal su ropa chillona que me irrita las retinas, su estúpida manía de hacer balones con los chicles de fresa y explotarlos sin ningún decoro en mitad de una reunión, las peinetas que hace a mis espaldas, las muecas de conejo que pone cuando me imita, el azúcar extra que le echa a mi café cuando está enfadada conmigo y pretende castigarme con su frialdad pasivo agresiva...? Lo siento, tengo que parar porque necesito coger aliento, pero seguro que pillas la idea.

Mierda. Creía que no se había dado cuenta de lo del azúcar.

—Vale, puede que tenga uno o dos defectillos. No se lo discuto.

—¿Defectillos? Decir delante de toda la empresa que estamos liados y, para colmo, llamarme *bichito*, ¡no es un defectillo, señorita Jones! Es pasarse de la raya y ¡motivo de despido inmediato!

—¡Iban a quitarte el ascenso, mendrugo! —le grito de vuelta—. Don Enrico estaba a punto de anunciar a Carlo como el próximo CEO.

—Lo sé.

Una sombra de confusión cruza mi mirada al percatarme de su repentina expresión suavizada.

—¿Lo sabes? —Lo observo con incredulidad, intentando descifrar sus intenciones—. ¿Lo sabes y aun así me echas la bronca?

—No quiero ganar así.

No doy crédito.

—Así, ¿cómo? —bufo despectivamente—. ¿Jugando el mismo juego que los demás? ¿Crees que el simple hecho de haberse casado convierte a Carlo en mejor candidato que tú? Cuando la revista estuvo a un paso del desastre, los trabajadores estaban a punto de montar un motín y gritar *Vive la Révolution* por los pasillos, ¿quién se quedó aquí para solucionarlo? Tú. Y cuando la modelo de la página siete nos dejó plantados, ¿quién se hizo cargo? Tú otra vez. Y yo, que me despeloté delante de todo el país, pero fuiste tú quien me contrató, así que el mérito final sigue siendo tuyo.

—En realidad, te contrató Sarah, de Recursos Humanos.

—No mientas. Con lo maniático que eres, estoy segura de que tu palabra fue decisiva.

—Está bien. —Entorna los párpados, exasperado—. Vi la grabación de todas las entrevistas y por algún motivo te elegí a ti, ¡decisión de la que me arrepiento ahora mismo!

—Cuando se te pase el mosqueo, te darás cuenta de que he hecho lo que debía.

Se acoda sobre la mesa y suelta un suspiro.

—Lottie, entiendo tu motivación. Pero, como te he dicho, no quiero una victoria desleal.

«¿Señor? Llévame. Estoy lista para tocar el arpa en las nubecitas».

—Pues nada. Entonces, quédate aquí sentado, con tus principios, tu moralidad y tu irritante ego, y deja que tu hermanastro te quite el ascenso, como ya te ha quitado todo lo demás. Que te vaya bien, *Lorenzo*.

—¿Adónde vas? —me pregunta con cansancio.

—A casa.

—No iba en serio lo del despido —gruñe a mis espaldas—. Estaba enfadado contigo y a veces soy un poco temperamental, pero... quiero que te quedes.

Me vuelvo desde la puerta con la cara completamente inexpresiva. Se nota que no me han afectado su inesperada sinceridad ni su repentina calidez, ¿no? Porque no me han afectado ni una pizca.

Bueno, vale, una pizca sí, pero no puedo claudicar. Como bien dice don Enrico, se necesita

compromiso, sacrificio, entrega y no sé qué de un bien mayor.

—Mi dimisión sí va en serio. Para qué quedarme, ¿eh? ¿Para darle a Carlo la satisfacción de despedirme dentro de dos semanas? Paso.

En su cara se instala una expresión inescrutable. Poco a poco, vuelve a aparecer, adusto, el ceño.

—Le recuerdo que su contrato la obliga a concedernos dos semanas de preaviso, señorita Jones.

Marchando dos peinetas imaginarias.

«Le recuerdo que su contrato la obliga a concedernos dos semanas de preaviso, señorita Jones. Mimimimi».

Ahora que me he desahogado a gusto, adopto mi sonrisa más serena y rectifico.

—Muy bien. Entonces me voy a casa porque me duelen los ovarios, *señor*. ¿Algo que objetar?

Noto un cambio casi imperceptible en su rostro, que me mira burlón, con las cejas en alto y las comisuras de los labios esbozando una ligerísima sonrisa. Sé que admira mi ingenio. No hace falta que lo mencione.

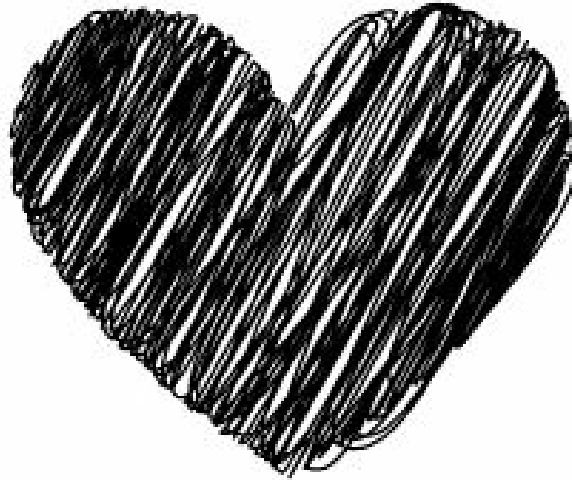
—Que se mejore, señorita Jones.

—Gracias, señor. Es usted muy considerado.

—Ese sarcasmo —rezonga entre dientes.

Pongo mi sonrisa más cáustica y después pego un buen portazo para dejar clara mi postura.

Las cláusulas de nuestro romance



¿Debería preocuparme que mi jefe haya venido a verme el tercer día de supuesto dolor de ovarios?

—Hola, Lottie. ¿Puedo pasar?

Si me lo pide con tanta suavidad y se presenta aquí tan guapo, en mangas de camisa...

En fin, que cuesta resistirse, pero me haré la dura para que sepa quién manda aquí.

—Bueno. Si insiste.

Me aparto con un soplido y dejo que entre en mi humilde morada.

Me siento algo inquieta mientras sus ojos registran el espacio como si pretendiera descubrir qué clase de persona soy. Intento captar la esencia de mi colorido salón desde su punto de vista y no me gusta lo que veo. Esto debe de resultarle estresante a un tauro obsesionado con el orden y la limpieza.

Yo soy acuario, el signo más desordenado del zodiaco. Solo hay que ver las tazas de té almacenadas encima de la mesita, la manta tirada de cualquier manera en el sofá, una caja de bombones al lado (con cada vez menos bombones dentro), el envase vacío de una bolsa de palomitas, la tortuga correteando suelta por el parque...

Es coña. Las tortugas no corretean. Solo... están ahí.

En mi defensa, estoy siguiendo los consejos de la revista *Elle* para superar una ruptura amorosa.

Consejo uno: acepta que ha terminado.

Lo acepto mejor con una reconfortante bebida caliente.

Consejo dos: deja que tu dolor fluya.

Todo el mundo sabe que la ingesta de chocolate interviene directamente en el grado de dolor que experimenta una persona.

Consejo tres: intenta distraer tu mente.

La infalible fórmula manta-sofá-Netflix.

Me falta el punto cuatro, lo de apoyarme en mis amigos.

Me apoyaré mañana. Hoy están todos liados. Además, no sé si voy a recibir el apoyo que precisa mi desgarrado corazón. Maisie, la de finanzas, una profesión muy cruel, me ha dicho que no invente, que Enzo y yo no manteníamos una relación y que, por lo tanto, no se ha producido dicha ruptura. ¿El concepto *relación* laboral no lo deja lo bastante claro?

—¿Un té? ¿Un bombón? —Agarro deprisa la caja y la sostengo, abierta, delante de él. Me siento servicial hoy.

Enzo compone una sonrisa educada.

—No, gracias.

Y ahí lo deja.

Mmmm, vale, ¿por qué nos miramos como idiotas? Estoy incómoda y no dejo de cambiar el peso del cuerpo de una pierna a la otra.

—¿Se quiere sentar? —se me ocurre de repente.

—Lottie...

Ay, madre. Empieza muy solemne. Será mejor que me coma un bombón. El blanco. No, mejor el negro. No, mejor el de avellanas. «¡Decídetes de una vez!»

Elijo, toda remilgada, el de caramelo, me lo meto en la boca y lo mastico con cierta incomodidad porque el hombre que tengo delante no me quita los ojos de encima. Juraría que oigo mis fauces moviéndose, tan denso es este silencio.

—¿Señor? ¿Decía?

Mi jefe me escudriña absorto unos segundos más.

—Es el tercer día que faltas al trabajo.

Me encojo de hombros.

—Si quiere despedirme, lo comprenderé.

Rechaza la idea con un leve gesto de la cabeza.

—No quiero despedirte —me asegura, con una voz cálida que se abre paso a través de mis venas.

—¿Y qué quiere entonces?

Me quedo paralizada cuando se acerca a mí y me toma con suavidad del brazo. El calor de su mano me recorre desde los hombros hasta las puntas de los dedos. Vaya. Me siento vulnerable ahora mismo.

—Que me convenzas de que tu ridícula farsa podría funcionar.

Ejem, ejem, ejem.

¿Quién es la ama? Repito: ¿quién es la ama?

Más alto, que no os oigo, joder.

—No sé, Lorenzo. La última vez que te vi, estabas muy aferrado a tus principios morales. ¿Qué ha cambiado?

Hacerse el duro se llama táctica empresarial. He tomado notas de los grandes estrategas.

—Anoche vi a Carlo en una discoteca.

O sea, que hoy está a tope de caféina porque salió con sus amigos a incendiar Londres.

Me pregunto quién le estará suministrando el café, ahora que yo estoy de baja. (El médico de cabecera se tragó lo del dolor de ovarios. Soy muy buena con las descripciones escalofrantes. Le di unos detalles tan precisos que el pobre, aterrado, me recetó Valium para dormir).

—¿Y qué tiene de extraño ver a Carlo? —repongo, sin renunciar a mi actitud de glacial indiferencia—. Seguro que los pijos vais siempre a los mismos clubs.

Ojalá supiera cuál es ese sitio. Seguro que Enzo relajado y ligeramente achispado sería una presa fácil para una depredadora consumada como yo. Sé que no lo oís, pero en el Cosmos ahora mismo suena *The Kill of the Night*^{liii}, de Gin Wigmore. Más concretamente:

*My cold desire
To hear the boom, boom, boom of your heart
The danger is I'm dangerous
And I might just tear you apart
Oh, ah, oh*^{liiii}

Me veo a mí misma sobre el escenario, toda vestida de látex.

—Yo no soy pijo —interrumpe Enzo mi concierto mental—. Y Carlo no iba solo.

—Nadie va solo a una discoteca.

—Estaba con una *ragazza*.

—Una r...

—Una chica —se impacienta, como siempre—. Que no era su mujer.

—Un momento, que tengo que procesarlo. ¿Me estás diciendo que alguien ha volado sobre el nido del cuco?

—No lo entiendo.

—¿Que tu hermanastro es ligero de cascos?

—¿Ligero de cascos?

¡Por Dios!

—¿Carlo tiene una aventura?

—Ah. Eso. Sí.

—¿Estás seguro?

—Sí. Estaban muy acaramelados.

—A lo mejor era su prima del pueblo.

Me pone mala cara.

—Nadie besa así a su prima del pueblo. Parece que mi hermanastro ha heredado el nivel de compromiso de nuestro padre. Creo que tenías razón. Es absurdo renunciar a algo que todos sabemos que me he ganado solo por querer jugar limpio en un juego en el que todo el mundo se salta las reglas.

—¿Y entonces...?

—Ten. He redactado esto.

—Mi carta de despido —conjeturo, desencantada.

—Mejor. El contrato de nuestra relación. Si vamos a seguir adelante con esta farsa, necesitaremos normas que regulen nuestro... —«¿Amor?»— pacto.

Bah.

Antes de Christian Grey, queríamos que nuestro príncipe llegara a lomos de su infatigable corcel. Ahora nos conformamos con un mísero contrato. ¿Qué nos has hecho, E. L.?

Cojo las tres hojas de papel que me ofrece y las hojeo con impaciencia y una profunda arruga entre las cejas. No sé si esto me convence.

Está claro que no estamos hablando de una relación romántica, sino de un acuerdo mercantil. Lo ha redactado de forma muy profesional. Las cláusulas están pensadas para garantizar que ninguno de los participantes se enamore del otro. Ni siquiera podemos practicar sexo. ¡Es indignante! ¿Qué es esta bazofia?

«Hay que mantener la farsa en secreto estricto, no cruzar nunca los límites...»

—¿No poner mote absurdos? —me sulfuro al llegar a la quinta cláusula de nuestro amor.

—Nada de llamarme bichito.

—¿Podemos negociarlo?

—No.

Pues vale. Insistiré más adelante, cuando esté de mejor humor. Quizá cuando estemos desnudos. A ver si pensáis que voy a cumplir con la cláusula dos.

«Respetar la libertad de ambos, llevar nuestras relaciones amorosas en el más estricto secreto...»

—No entiendo esta parte.

Se acerca a mí para leer por encima de mi hombro. Me pongo tensa ante su proximidad. Puedo sentir el calor que desprende su cuerpo y estoy lo bastante ida como para asegurar que noto incluso el acelerado latir de su corazón a través de la camisa.

¿Me tacharíais de perturbada si os dijera que su olor es lo más tentador que he olido nunca? Es algo primitivo y seductor que, cada vez que aspiro, me hace pensar en sexo del bueno. Que yo sé que lo hay, aunque nunca lo haya vivido. Soy una creyente, como los de Smash Mouth.

—Pues esta cláusula quiere decir que tendrás que ser algo más discreta que Carlo. No quiero convertirme en el hazmerreír de la gente, así que, la próxima vez que quedes con tu novio, asegúrate de que nadie, absolutamente nadie, os vea. ¿Puedo sugerir un domicilio privado?

«Pero ¿por qué te vas? Si estábamos muy bien aquí, los dos casi abrazaditos, rozándonos y aspirándonos y...»

Un momento, que me disperso.

Pausa.

Retroceder.

Sus perfectos labios en movimiento.

Aquí. ¿Qué estaba diciendo?

—¿Novio? —repito confundida—. ¿Qué novio?

—El tío con el que estabas cenando. El del bridge.

—Ahhh. ¿Ian? —Bufo—. No, Ian no es mi novio.

—¿Solo os acostáis? —repite, con los ojos estudiando intensamente a los míos.

—¿Qué? ¡No! Él se acuesta con mi amiga Maisie.

—¿Y con quién te acuestas tú?

—Por desgracia, con nadie.

Enzo suelta una carcajada, creo que impulsada por la incredulidad que mi aplastante honestidad despierta en él. Mierda, ¿eso ha salido de mi boca?

Me acallo con las palmas, pero ya es tarde. Soy tan bocazas como Natalie, la de *Love Actually*. Lo que pasa es que, cuando hablas tanto contigo misma o con un público imaginario, a veces dices cosas en voz alta sin darte cuenta siquiera. Lo cual hace que parezcas mema.

—Quiero decir que...

—No necesito aclaraciones. ¿Y bien? ¿Qué opinas del acuerdo?

¿Que qué opino? ¡Parece que lo haya redactado alguien de la Inquisición! La cláusula anti sexo me pone los pelos de punta.

—¿Dónde tengo que firmar?

—Ahí abajo.

Suelto un suspiro, cojo el bolígrafo que me ofrece y vendo mi alma al Diablo con una firmita de nada.

—Pues ya está —lo celebra Enzo con una sonrisa de lado que me electrocuta las neuronas—. Oficialmente, estamos comprometidos.

Qué romántico.

—Sí...

—Será mejor que me marche.

¿Ni siquiera me va a dar un beso? ¿De qué va?

—Espera. ¿No deberíamos...?

Se gira, confuso, y aguarda una petición que no me veo capaz de formular en voz alta.

—¿Qué? —dice al ver que me he quedado eclipsada.

Necesito parpadear para dejar de imaginármelo con el torso desnudo y los labios entreabiertos como en los anuncios de *Dolce&Gabbana*.

—Pues... ¿pasar tiempo juntos?

—¿Tiempo? ¿Para qué?

Su sistema operativo se acaba de colapsar. Comprensible. Es un ente musculado que no entiende los sentimientos humanos ni la necesidad de acercarse a otro ser con sangre caliente en las venas.

—Para que la farsa sea creíble. ¿Y si don Enrico es como el departamento de inmigración de los Estados Unidos? Puede que quiera interrogarnos el sábado. ¿No deberíamos preparar el... el interrogatorio?

¿Se me nota muy desesperada?

—Tienes razón. Deberíamos intimar.

Intimar. Yo no lo habría dicho mejor.

—Sí. Deberíamos. Quiero hacerlo lo mejor posible.

Lo de intimar, claro. Puta clausula dos. *Vive la Révolution!*

—Hum. Y yo. ¿Cenamos esta noche? ¿Tienes planes?

Dejaré de tenerlos de inmediato.

—No.

—Genial. Te recojo a las nueve. ¿Alguna preferencia?

—Me gusta que me sorprendan.

—Bien. Entonces lo decidiré yo.

«Sí, mi príncipe».

Intercambiamos una sonrisa tensa de camino a la puerta. Enzo sale y después se vuelve hacia mí como si acabara de recordar algo importante. Pues claro. ¡Darme un beso! ¿Qué clase de noviazgo es este?

—¿Qué tal tu dolor de ovarios?

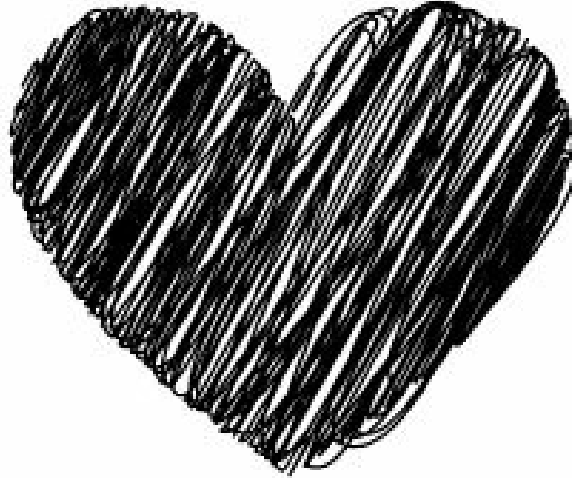
Se me nota en la cara que me acabo de llevar el chasco de mi vida.

—Se me ha pasado milagrosamente —le respondo con una dulzura tan aguda como un punzón de hielo.

—Me alegro de oírlo. Te veré luego.

Hum.

Primera cita con el Amor



He tenido toda la tarde para asimilar que vamos a cenar juntos como una pareja de verdad, así que ahora me siento tranquila, al cargo de la situación y no con los nervios de punta como creí que estaría en una primera cita con Enzo Bassi.

Puede ser que el hecho de que lo estemos fingiendo todo influya un poquito. La cláusula dos de nuestro acuerdo asegura que esta noche no va a haber sexo, y nada rebaja más la presión de una primera cita que la imposibilidad de un coito.

Para ser honesta, la palabra *sexo* iba justo al lado de la palabra *nunca*, pero no voy a perder el tiempo con nimiedades. Ese punto del convenio de castidad lo negociaremos más adelante. Ahora prefiero disfrutar de la velada.

Enzo ha elegido un restaurante italiano con pinta de caro y ha sido muy amable aconsejándome sobre cuáles son las mejores opciones que ofrece la carta.

Hemos compartido los entrantes y una ensalada *caprese* y, al final, después de largas elucubraciones porque ya sabéis lo mucho que me cuesta elegir, he pedido *Tagliolini all'algherese*, una delicia de pasta parecida a los espaguetis, con una salsa riquísima de mejillones, almejas, aceitunas, alcaparras, tomates cherry y el rey de la gastronomía mediterránea: el aceite de oliva virgen extra. Un plato exquisito, pero difícil de comer para alguien tan inepto como yo.

¡Me estoy poniendo la cara llena de salsa y Enzo se está riendo a carcajadas!

—Es muy divertido ver cómo te peleas con la comida —se justifica cuando lo fulmino con mi mirada de Medusa.

—¿Sabes? Esto sería mucho más fácil de ingerir si rompieran la pasta en trocitos pequeños.

—Romper la pasta no se considera elegante en Italia.

«*Romper la pasta no se considera elegante en Italia*». Qué fatiga.

—Mancharse de esta forma tampoco es elegante.

—El truco consiste en usar la cuchara.

—¿Cómo exactamente se supone que debo usar la cuchara?

Sonriendo, arrastra mi plato hacia el centro de la mesa (él se ha pedido risotto con setas, con lo cual no puede hacerme una demostración práctica), coge mi cuchara y, con la ayuda de su tenedor, me enseña cómo recoger los espaguetis con encanto y dignidad.

Y sin mancharse su carísima camisa blanca ni salpicar como un marrano a la persona que tiene en frente, cosa que he hecho yo nada más hincarle el diente al plato principal.

Menos mal que no se ha dado cuenta de que tiene una pequeña mancha de aceite en el hombro izquierdo. Le haría replantearse nuestro amor.

—Y así es cómo se hace. ¿Lo tienes?

—Qué arte. Lo intentaré. Aunque sigo insistiendo en que alimentarse no debería ser tan difícil.

Vuelve a reírse y niega para sí. Creo que él también está disfrutando con nuestra cita. Para ser un simulacro, parece bastante real. Estoy empezando a olvidarme de que todo esto es una farsa. Enzo y yo tenemos tanta química que la conversación fluye de manera natural, no hay silencios, no hay incomodidad alguna; esto no parece forzado.

Es evidente que este tauro con manías estúpidas, como el orden, las normas y la perfección laboral, es mi alma gemela, la que he estado buscando durante diez mil vidas.

El horóscopo asegura que somos absolutamente incompatibles. Alega motivos ridículos, como que el acuario tiende a ir en contra de las normas (sobre todo, cláusula dos), algo que el tauro no comprenderá en absoluto, pero yo solo hago caso al horóscopo cuando las estrellas me dicen lo que quiero oír. Esta vez, mejor ignorarlo.

—¿Qué haces en tu tiempo libre? —pregunto mientras me peleo con los espaguetis, aunque cabe mencionar que lo hago cada vez mejor y sin salpicar a nadie—. Me cuesta imaginarte en un ambiente tranquilo y relajado. Sé que los sábados sales con tus colegas, pero, no sé, ¿tienes hobbies? Como novia tuya que soy, creo que debería estar al tanto. ¿Qué es lo que te apasiona a ti?

Enzo sonrío solo con la comisura derecha de la boca y, por primera vez en la hora que llevamos juntos, se instala entre nosotros un profundo silencio, en el que nos miramos, embobados, a los ojos. Hay algo en los suyos que me hace sentir que podría decirle cualquier cosa y que él la entendería.

—Conducir. Me gusta coger el coche, la carretera, y disfrutar de la conducción. Es lo que suelo hacer los fines de semana que no tengo trabajo pendiente.

—¿Y adónde vas?

Se encoge de hombros.

—A cualquier parte. No sé, lugares donde se pueda respirar.

Me lo quedo mirando con una sonrisa cada vez más marcada.

—Lejos de Londres, imagino.

—Lejos de Londres y de todo este ajetreo —admite, levantando sus preciosos ojos verdes hacia los míos, porque es evidente que yo le intereso más que su risotto—. No sigo ninguna ruta ni camino, conduzco sin más. Me gusta sentir el viento en la cara, la adrenalina de la velocidad, la sensación de libertad que te invade cuando te alejas deprisa de la ciudad y de los problemas... A veces pongo la música a todo volumen y... canto a grito pelado canciones de Tiziano Ferro.

—Noo.

—Sí. A veces me da por ahí —confiesa con una sonrisilla un poco cortada.

Me río un poco de él, lo admito, aunque me gusta que me lo haya contado.

—Ahora que lo mencionas, había una canción de Tiziano Ferro que me gustaba en el instituto.

—*Perdono*.

—¡Sí! ¿Cómo lo has sabido?

—Le gusta a todo el mundo —me responde con una sonrisa que le ilumina la mirada.

—Tampoco te fíes del criterio general. A todo el mundo de mi insti le encantaba una canción que yo odiaba con todo mi corazón.

—¿En serio? ¿Cuál?

—*Aserejé*.

Enzo arquea las cejas.

—¿*Aserejé*-ja-dejé? —entona, divertido, moviendo las manos como hacían las *Ketchup* en el videoclip que no dejaba de aparecer en todos los malditos canales de música.

Le pongo mala cara.

—Esa, y no hace falta que me la cantes.

Se ríe a carcajadas.

—Pero si era muy divertida. Se bailaba en todas las discotecas.

—Lo sé. No podías encender la televisión sin ver a alguien cantar o bailar *Aserejé*. Me encantaban los canales de música de esa época, pero cuando ponían esa canción, prefería mirar la BBC.

—Yo también veía los canales de música —confiesa con una sonrisa de lado—. Me gustaban mucho. ¿Seguirán existiendo?

—Lo dudo. Ahora es todo YouTube y Spotify.

—¿Te das cuenta de que hablamos como la gente mayor?

—Sí, y damos asco.

Su risa me arranca una sonrisa lenta.

—Quizá sea hora de hacer algo para cambiar la situación —sugiere con expresión decidida.

—¿Algo como qué? —pregunto después de tomar un sorbo de vino tinto y colocar la copa al lado de mi plato vacío.

—Quizá una noche de baile y música a la vieja usanza en un garito de mi barrio. Deberíamos organizarlo. Eso sí que sería algo divertido y nos haría parecer un poco más jóvenes y alocados.

Junto las manos por debajo del mentón y parpadeo seductora.

—¿Me estás pidiendo una segunda cita, Lorenzo? —coqueteo sin ningún descaro.

Sonríe y, con una mirada cómplice, me dice:

—Sí. Esto me gusta. Es sorprendente lo mucho que me gusta estar aquí contigo. Si fuera una cita normal, no me lo pasaría bien.

—Ah, ¿no?

—No, porque estaría todo el rato pensando en llevarte a la cama, pero contigo, como no tengo la menor intención de follarte, es distinto. Aprecio tu compañía sin más. —Su sonrisa se desvanece, probablemente porque me haya puesto pálida de repente—. Lo siento, no debería haber dicho eso. No pretendía ser grosero.

Niego como una neurótica.

—No, no, no, está muy bien que no quieras follarme porque... esto no es real, ¿no? Solo es... un engaño, un...

(Si me brillan mucho los ojos no es por la rinitis alérgica).

—Sí, es lo que quería decir. Mierda, me estoy cargando la velada con mis capulladas.

Levanto las manos para frenarle. No quiero que siga disculpándose, no quiero que diga nada,

solo...

—No te preocupes —insisto con una sonrisa que cuesta mucho esbozar—. Está muy bien que lo dejes claro. No hay que confundir las cosas, ¿no? Estamos... fingiendo, yo sé que solo estamos fingiendo y eso me da mucha tranquilidad, porque, al ser una farsa, nadie acabará lastimado cuando termine.

—Exacto. Porque en las relaciones siempre hay alguien que se queda hecho polvo, ¿no?

—Uy, ya te digo. —Me doy prisa por beber para ganar un momento más en el que poder recuperar la compostura—. Las relaciones dan asco.

—Sí que dan asco. Yo no... A mí no me van las relaciones, Lottie.

Y es tan sincero, está tan seguro de lo que afirma que se me parte el corazón.

—No, no, a mí tampoco me van. Creo que es mejor disfrutar de la vida sin tener que preocuparse por otra persona, ¿no? —digo, intentando que la conversación vuelva a tener el tono ligero de antes.

Evalúa mi mirada durante unos segundos y luego asiente.

—Sí, yo también lo veo así.

—Genial. Me alegro de haberlo aclarado.

—Y yo. ¿Postre? ¿Café? Ah, no, que tú has dejado la cafeína. Entonces postre, ¿no?

Lo observo con languidez y cierto abatimiento, que intento enmascarar con una sonrisa ligera. Tiene razón. Las relaciones dan asco porque siempre hay alguien que se queda lastimado cuando terminan. A ver si adivináis cuál de los dos tiene el número ganador.

—¿Por qué no? —respondo con un suspiro resignado—. ¿Qué mejor forma de terminar la noche que con un postre y una buena conversación? Ahora que hemos aclarado lo que ambos pensamos sobre las relaciones, que *dan asco*, brindemos por una noche divertida entre dos desconocidos que ni van a follar ni van a enamorarse el uno del otro jamás.

Putra mierda de vida, joder.

—Brindo por ello —me dice con una sonrisa aliviada.

Tócate los cojones. Tendría que haber dejado que ganara Carlo. Esto me pasa por ser buena y empática.

Momento despedida delante de mi puerta.

Esto es incómodo en todas las citas, porque no sabes si te van a besar, si debes besar...

—No hacía falta que te bajaras del coche —insisto, enfrascada en una búsqueda desesperada de las llaves. Nunca están donde deberían. Cosa de Urano, seguro.

Enzo me observa con la cabeza ladeada hacia la izquierda. Si hago caso a las estúpidas revistas femeninas, la parte izquierda del cuerpo está conectada con el hemisferio derecho del cerebro, que es el que regula las emociones.

—No, está bien, así me da el aire y bajo la cena.

Me resultaría más fácil si fuera odioso. Un capullo. Un asno gilipollas.

Pero no, él tiene que ser el príncipe azul que te acompaña hasta la puerta y mantiene sus gélidos labios apartados de los tuyos.

—Mira, aquí están las llaves. Bueno, pues buenas noches. Gracias por la cena. Insisto en que tendríamos que haber pagado a medias.

Busco por un segundo su mirada y veo que sonrío, a saber por qué. Se le ve muy relajado, con

las manos en los bolsillos del pantalón y su camisa blanca arremangada por debajo de los codos.

Hace una noche de primavera preciosa, pero me he negado a dar un paseo con él porque la molesta frase *no tengo la menor intención de follarte* no para de dar vueltas en mi cabeza.

—¿Te veo mañana en el trabajo?

Me encantaría decir que no. Y no solo eso. Me encantaría retroceder sobre mis propios pasos y amordazarme antes de esa nefasta reunión con don Enrico.

Pero, sobre todo, me encantaría que este momento no fuera tan íntimo, tan agradable, y que él no me mandara tantas señales no verbales, que una lectora incansable de revistas y novelas sabe interpretar a la primera.

Os pondré unos ejemplos claros.

Sus pies me apuntan. Sus ojos mantienen el contacto visual un tiempo más largo de lo normal. Su voz es suave y relajada. Arquea las cejas con interés siempre que le digo algo. Cuando me he levantado de la silla para ir al baño, me ha hecho un escaneo visual completo. En serio, he sentido sus ojos acariciándome el cuerpo.

Y ahora tiene las pupilas dilatadas y su respiración se altera al acercarnos.

Hay montones de señales de que siente atracción sexual hacia mí, y luego está su memorable frase *no tengo la menor intención de follarte*, precioso epitafio para una servidora. Aquí yace Charlotte Jones. Murió porque el amor de su vida nunca tuvo la menor intención de follarla. Hasta me daría igual que pusieran Charlotte...

—Sí, ahí estaré, con un café bien calentito.

Sonríe, baja la mirada al suelo unos segundos y, después, sus cálidos ojos vuelven a aferrarse a los míos.

—Gracias por esta noche tan divertida. Si hay que fingir que estoy enamorado de alguien, prefiero que seas tú.

Eso es precioso. Y cruel. De un sadismo admirable.

—Ya. Bueno, eh... Voy a entrar —murmuro, intentando liberarme de los iris verdes que siguen reteniéndome.

Noto un cambio casi imperceptible en su mirada, y luego que sus labios esbozan una ligera sonrisa.

—Buenas noches, Lottie.

Me parte en dos, en serio. Odio esta maldita calidez, esta cercanía, la conexión que no disminuye ni por un segundo. ¿Cómo puede ser tan burro como para no ver que estamos hechos el uno para el otro?

—Buenas noches, señor.

Sonriendo divertido, se inclina sobre mí y me besa.

En la mejilla, no os emocionéis. Aun así, me quedo sin aire en los pulmones y el corazón se me acelera como cuando padezco taquicardia.

Me pregunto si se dará cuenta de que tengo las pupilas dilatadas.

Al retroceder para evaluarme, no da señales de percatarse. Tampoco ve que respiro muy, muy deprisa.

Las revistas masculinas no hablan de estas cosas; en el universo de los ciborgs musculados todo gira en torno al acto en sí, ellos no disponen de tiempo para tonterías.

Las mujeres tenemos otros intereses, somos grandes consumidoras de artículos del tipo ¿cómo saber si le gustas?, o ¿cómo superar una ruptura?, o ¿tanto importa el sexo en una relación?

Ellos, no. Ellos quieren conocer los mejores lugares en los que hay que practicar el coito,

cómo deshacerse de un chupetón rápidamente, las mejores técnicas para estimular el pene cuando uno se aburre en la ducha...

Sin ánimo de desprestigiar a las revistas masculinas, pero ¡¿QUÉ COJONES?!

—Adiós.

—Hasta mañana, Lottie.

«Eso, vete a casa y lee el artículo de Harold sobre cómo retrasar la eyaculación. ¡Como si alguien quisiera que aguantarais más, puñado de mendrugos!».

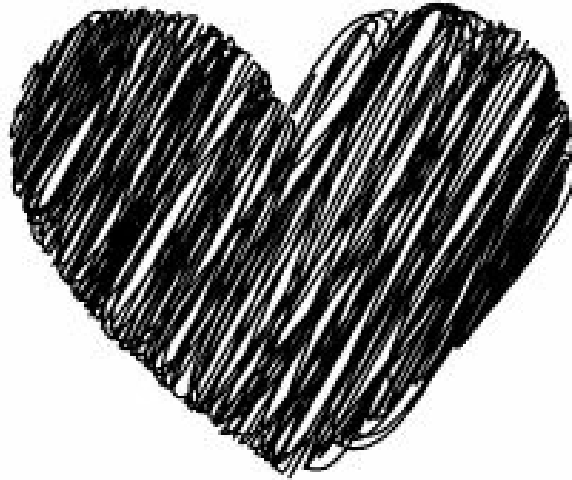
Un día de estos voy a coger una corneta, me voy a subir a la azotea y voy a gritar con todas mis fuerzas: NO QUEREMOS que aguantéis más. ¡QUEREMOS que PROLONGUÉIS los putos PRELIMINARES!

¿Se me nota muy desquiciada? Será mejor que me tome una bebida caliente. Tila o valeriana, aún no lo he decidido.

Cierro la puerta a mis espaldas, me desplomo contra ella y me deshago en un suspiro melodramático. Que mierda de vida. Y todavía me quedan unos cincuenta años por delante para seguir cagándola. ¿No es muy deprimente?

Aquí yace Charlotte Jones. Es un misterio cuál de sus innumerables cagadas la arrastró hasta la tumba.

Pros y contras



¿Qué haces cuando todo a tu alrededor se vuelve gris y deprimente?

Según los cánones charlottianos, te pones un vestido de primavera multicolor, un lazo rojo en el pelo y afrontas la vida con la mejor de las sonrisas, porque, como diría mi pesimista favorito, nada es nunca tan malo que no pueda empeorar.

Así pues, con ese talante de superioridad moral, envalentonada por el poder que concede el saber que cualquier mierda que te pase todavía está a tiempo de hundirte un poquito más, llego a la oficina, entro en el despacho de Enzo y planto sobre la mesa su estúpido café.

Bum. Que se oiga en todo el edificio.

Si alguien cree que estoy siendo algo brusca, bueno, está en lo cierto. He entrado por la puerta como si fuera Thomas Shelby y estuviera a punto de volar este jodido sitio por los aires.

¡Por orden de los putos Peaky Blinders, coño!

Y porque no me habéis visto en el Starbucks. Esa sí que fue una digna metamorfosis de un héroe que se pasa la vida entera huyendo de la oscuridad solo para encontrarse a sí mismo un sitio aún más oscuro y comprender que ser un héroe no sirve de nada; la gente adora a los villanos.

—Más caliente. *Más*. —Sonrisa demente y rayos estallando en el Cosmos cada vez que yo ordenaba que subieran la potencia de la cafetera—. Vamos a ver. —Puños plantados sobre el mostrador y estudiante pelirrojo retrocediendo despavorido—. ¿A ti te parece que este café está caliente? Porque no me quema la mano al coger el vaso. Quiero que arda como las brasas del Infierno, y esto solo llega a enfermedad venérea del montón. Así que ¡CALIÉNTALO MÁS!

Las personas que llevan lazo en el pelo también pueden llegar a ser aterradoras cuando por fin se colma el vaso de su paciencia.

—Disculpe, le importaría...

—¡A su sitio! —le rugí al pobre señor de pelo entrecano que, aterrorizado, se puso detrás de mí y no volvió a sugerirme que me fuera a tomar por saco y dejara avanzar la cola.

Una travesía pasivo agresiva y una ligera quemadura de segundo grado en la palma me han conducido hasta este momento, en el que tengo la satisfacción de plantar el vaso verde delante de mi alma gemela y decirle:

—Su café, señor.

Los pecados escriben la historia, el bien es silencioso. Lo dijo Goethe.

Sus ojos se desprenden de la pantalla del ordenador y se elevan hacia los míos. El ceño le asoma poco a poco.

—Llegas tarde. Y no me llames señor. Ahora estamos juntos.

—Hmmm.

—¿Sigues sin tomar café?

Vosotros esperad. Está quitando la tapa. Acercándose el vaso a los perfectos labios que *nunca* rozarán los míos.

—ME CAGO EN LA HOSTIA, ¡CÓMO QUEMA, JODER!

Os lo dije. Las personas con lazo en el pelo también pueden llegar a ser aterradoras.

—Iré a ponerme al día. Si me necesita, estaré en mi sitio, *señor*.

—¡Que no me llames señor!

Doy un portazo. Eso transmite un mensaje.

Admito que me siento un poco mejor que cuando le echaba su extra de azúcar en el café. Quemarle la lengua es más placentero.

Suspiro satisfecha y, como si no fuera más que una delicada flor de cerezo que flota en el aire, me poso con elegancia sobre mi mullidita silla de color crema, enciendo el ordenador y me pongo a revisar correos electrónicos atrasados.

Hasta que me interrumpe la inoportuna llamada por Skype de mi madre.

—Lottie, querida.

—Mamá —saludo con sequedad y sin dejar de teclear. Cometeré todos los fallos ortográficos posibles, a ver si me azota de una vez.

—Tienes mala cara. ¿Qué te pasa?

—Me duelen los ovarios.

Lo he dicho tantas veces en los últimos días que he llegado a creérmelo. Goebbels tenía razón.

—Uy, pobrecilla. Cómo me alegra no tener la regla nunca más. Porque me desangraba, Lottie. Y se me ponía un dolor aquí, en la espalda...

—Mamá, ¿querías algo o solo llamas para hablarme de tu flujo menstrual?

Oigo una risita sofocada a mis espaldas y me vuelvo con la silla. Mi jefe, mucho más guapo de lo que se consideraría adecuado en un hombre inalcanzable como él, me observa con semblante risueño, las cejas arqueadas y la maldita postura corporal indicando que está en estrecho contacto con el hemisferio que controla las emociones, aunque él, estúpida máquina de acero con un sistema operativo en lugar de corazón, sea incapaz de notarlo.

Todo esto es culpa de las revistas masculinas, que no les hablan del lenguaje no verbal. Nosotras somos unas expertas en analizar minuciosamente cada parpadeo. Deberían ficharnos en la CIA.

—¿Qué pasa?

—¿Puedes fotocopiar esta presentación y encuadernarla?

—Por supuesto. Para eso estoy. Mamá, te dejo. Mi jefe me necesita.

—¿Ese hombre tan guapo de la vez pasada?

—El mismo.

—¿Sigue soltero?

Arrrgggghhhhhhhhh.

—Dime la verdad —la exhorto, encorvándome sobre el ordenador—. ¿Soy adoptada?

—Charlotte, sabes perfectamente que nos sometimos a un tratamiento de fertilidad.

—Sin duda, se equivocaron de muestra. Adiós, madre.

—Pero, Lottie, espera, todavía no te he...

Bendito silencio.

—¿Siempre le cuelgas así a tu madre?

—¿Sigues ahí? —gruño, sin mirarle y sin dejar de teclear como una desquiciada.

—Me divierten vuestras conversaciones.

—Mmmmm.

—Avísame cuando tengas la presentación encuadernada. Se la tengo que llevar al jefe.

—Muy bien.

Le oigo suspirar y alejarse por el pasillo. Luego le oigo acercarse otra vez. ¿Titubea? ¿El gran Enzo Bassi? Toda una primicia.

—Lottie, ¿va todo bien entre nosotros?

¿Que esté tecleando como una demente no responde a su pregunta?

—Estupendamente.

—Te noto tensa.

—Tengo trabajo que hacer. He faltado toda la semana y ahora me estoy poniendo al día. Pero no te preocupes, en cinco minutos tendrás tu presentación encuadernada.

—De acuerdo. Gracias.

—De nada.

A su servicio, mi amo y señor.

Espero hasta oír el sonido de protesta de su silla y entonces me desplomo en la mía y me doy de cabezazos sobre la mesa. La culpa la tiene Jane Austen. Me ha creado unas expectativas demasiado altas. ¿A que Darcy nunca le pidió a Lizzie que firmaran un contrato de castidad?

Porque yo entiendo los contratos sexuales. De verdad que sí. Hay que negociar nuestras proezas en el dormitorio. Tiene todo el sentido del mundo. ¿Quieres tres polvos a la semana? Pues me opongo. ¡Exijo cinco!

Pero ¿un contrato de castidad? ¿Qué sentido tiene?

Será mejor que me ponga a hacer fotocopias porque noto que me caliento otra vez.

—Lottie.

—Margaret —saludo con la misma dulzura punzante.

Nos echamos una mirada de Medusa la una a la otra y ella entra en uno de los servicios mientras yo me lavo las manos y me repaso los labios de rojo. Quiero que haga juego con el lazo del pelo.

El sonido de la cisterna me hace fruncir el ceño. ¿Cómo es posible que haya hecho pis tan rápido? Apenas me he retocado el labio de abajo. ¿Y no es raro que nos crucemos siempre en el baño? Es como si lo hiciera aposta.

Enderezo la espalda cuando veo la puerta del servicio abrirse. Termino de pintarme los labios y me limpio una mancha de rímel del párpado inferior.

Margaret se me acerca por detrás, se echa jabón en la palma y se lava con parsimonia las manos en el lavabo de al lado.

—Así que eres de esas.

¿Por qué no puede dejarme en paz? Yo nunca le digo nada a ella. La ignoro sin más. ¿Qué le impide hacer lo mismo?

—¿De cuáles, Margaret?

—De las que se abren de piernas delante del jefe para conseguir un ascenso. De las que se lían con los profesores para sacar buenas notas. De las que se pasan el día maquillándose y haciéndose la tonta para quedar bien. —Me sonrío, con los ojos llenos de sarcasmo y desprecio—. De esas. Mira que te tengo calada. Con esa cara de mosquita muerta que tienes y luego sois las peores.

Cuesta apartar la vista de su reflejo en el espejo. La maldad que desprende te hipnotiza. Y yo que me había tomado a mí misma por una villana... Todavía tengo mucho que aprender.

—¿Puedo saber cuál es tu problema, Margaret? —Me vuelvo hacia ella, para mirarla de lleno a los ojos. Se acabó. Ya he tragado bastante mierda en este curro, joder—. Cuando empecé a trabajar aquí, intenté hacerme amiga tuya, pero siempre me has tratado con desprecio y superioridad. No sé de dónde te sacas esa actitud de abusona de patio del colegio, pero no me gusta. ¿Te fastidia que me acueste con mi jefe? Pues encuentra la forma de superarlo porque mi relación con Enzo es algo que solo nos concierne a él y a mí, a nadie más. No vuelvas a hablarme de esa forma en tu vida. No voy a permitir que nadie me humille, y mucho menos alguien que no tiene ni idea de lo que es el respeto.

Margaret me mira fijamente durante unos segundos. Después se gira y sale del baño sin decir ni una palabra. Cojonudo. Estoy harta de mezquindades.

Da un portazo algo teatral, pero no, no me altero. Me guardo el pintalabios en el neceser con absoluta calma y me arreglo el pelo con los dedos. No ha estado mal teniendo en cuenta que era mi primer *tête à tête*.

Conque soy de esas, ¿eh?, de las que se abren de piernas delante del jefe para conseguir un ascenso.

Casi oigo a Kehlani cantar:

*I'm good on that pussy shit
I don't want what I can get^[iv]*

Todo el mundo sabe que no es mi caso, pero está muy bien que Margaret me haya sobrevalorado. Me hace sentir empoderada.

Como todavía falta media hora para mi encuentro con la panda, decido dar una vuelta por un parque cercano mientras hago tiempo. No me apetece entrar todavía en el pub. Hace muy buena tarde, el parque está lleno de vida y la leve brisa que corretea entre los árboles es tan agradable que decido sentarme en un banco frente a la zona infantil y disfrutar un rato más del sol.

Sin nada mejor que hacer, observo a un tipo de unos treinta y tantos que juega al fútbol con sus dos hijos pequeños.

El más chiquitín, que calculo que tendrá alrededor de dos años, se cae al intentar atrapar el balón y empieza a llorar. Su padre va hacia él corriendo, lo levanta y lo calma con un abrazo.

No puedo contener una sonrisa.

Me pregunto si alguna vez me casaré y si mi marido será así. Con una relación falsa regulada por un contrato de castidad y una obsesión insana por un tío que no quiere las mismas cosas que yo, ese futuro parece muy lejano. ¿Alguna vez tendré dos hijos pequeños que me traigan al parque todas las tardes para jugar al aire libre?

Suspiro y observo el cielo, que empieza a teñirse de naranja y carmesí por encima de nosotros. Pese a mis lúgubres pensamientos, el atardecer me aporta una sensación de calma y tranquilidad.

Quizás no tenga nunca dos hijos ni un marido, pero sí tengo hobbies y un grupo de amigos, y eso también me llena. Es en lo que debería centrarme ahora mismo. Dejaré los pensamientos profundos y las inquietudes espirituales para más adelante. No puedo tomarme la vida tan en serio todo el rato, y mucho menos cuando hace buen tiempo.

Además, ¿quién dice que algún día no vaya a tenerlo todo, un marido, dos hijos y una vida llena de satisfacciones? ¿Murphy y su pesimismo? ¿La Madre Naturaleza que se pasa el día entero jode que te jode? ¿Las dichosas estadísticas?

Si algo caracteriza a esta humilde servidora de ropa multicolor y personalidad alegre y optimista es que le encanta llevarle la contraria al Universo. De alguna forma se las arregla siempre para que incluso las cosas más inverosímiles acaben pasando.

En serio, ¿qué posibilidades había de iniciar una relación ficticia con el impresentable del Starbucks?

Y, sin embargo, en mi bolso verde como la campiña inglesa guardo una copia del contrato que asegura que el preciso orden del Universo es a veces algo más caótico de lo que parece.

Que sepáis que todo esto es culpa de Urano.

Mis amigos se han empeñado en leerse el contrato al detalle para asegurarse de que no me están estafando. (Yo me siento muy estafada por culpa de la cláusula dos).

—No tiene ni pies ni cabeza —sentencia Maisie, que suelta la última página del acuerdo sobre la mesa nada más terminar de leerlo en voz alta—. Es evidente que a él le gustas. No entiendo el porqué de incluir la cláusula dos.

—A lo mejor porque estamos equivocados y, en realidad, no le gusto.

—Por favor, es innegable que quiere follarte.

Me pregunto si Shannon lo ve todo desde el ámbito físico porque ha tenido que abrirse camino durante tanto tiempo en un mundo de hombres que ahora se ha vuelto como ellos. ¿Habrá un sistema operativo reemplazándole el corazón?

—Os recuerdo que sus palabras exactas fueron: *no tengo la menor intención de follarte*.

Stefan bufa.

—Y una mierda. Si es un hombre heterosexual con sangre en las venas, sí que la tiene.

Me encanta tener un punto de vista masculino. La valiosa aportación de Stefan al grupo equilibra la balanza. Por eso le fiché.

Y porque él estaba destrozado tras la ruptura y me daba penita que se quedara solo en casa, debajo de siete colchas y con la tele a todo volumen para no pensar en sus desgracias.

—¿Tú crees?

—Lottie, estás buena. Si él no es gay, quiere follarte.

—¿Crees que estoy buena?

Stefan abre un cacahuete con sus ágiles dedos, se lo lleva a la boca y se lo come con los ojos clavados en los míos.

—Así vestida, no —aclara después de tragar—. Pero todos te hemos visto en la página siete.

—Pero ¿qué le pasa a mi ropa?!

—Es como si un arco iris te hubiese vomitado encima —se queja Shannon, a quien castigo con una mirada punzante—. Cariño, esta ciudad es sombría, y te recuerdo que te mueves en un mundo de hombres.

Tengo que hacerlo, lo siento. No puedo evitarlo.

*This is a man's world
This is a man's world
But it wouldn't be nothing, nothing
Not one little thing
Without a woman or a Girl*^[v].

—No vendes *macarrons* en una tiendecita costera llamada *Que Coman Pasteles* —prosigue mi amiga Shannon, cuya voz pone fin a la melodía celestial que suena en el Cosmos (o solo en mi cabeza)—. Trabajas en una imponente torre de cristal y, sin embargo, la imagen que das es caótica. Pareces alguien intenso e impulsivo, la eterna niña que se niega a madurar. Seguro que tienes veintiocho bolígrafos de distintos colores sobre la mesa. A los tíos les cuesta verte como a una posible compañera sexual, y mucho más a Enzo que, por lo que cuentas, es cuadrículado, inescrutable, mandón...

—¿Y qué tengo que hacer para llamar su atención?

—Vestir de negro —me instruye Maisie.

—Pero entonces dejaría de ser yo misma —expongo, preocupada—. Siempre me he considerado una Sirenita moderna. Tengo mis principios, y no estoy dispuesta a renunciar a ellos solo para ligarme al príncipe memo. Por muy bueno que esté. Que lo está. Sobre todo, ahora, en primavera, que ya no lleva chaqueta y se le intuyen los pectorales a través de la camisa. Nuestros hijos serían monísimos, pero si él no me quiere tal y como soy es que no es mi Mark Darcy, sino mi Daniel Cleaver, y no debería conformarme con tan poco porque luego me dejará abandonada en una cárcel de Tailandia. ¿Verdad?

Mi punto de vista sume a mis amigos en una profunda reflexión.

—Tienes razón —admite al final Stefan—. Ya no serías tú.

—Y tampoco es que la vida sea un velatorio —alego, porque:

*No hay que llorar
Que la vida es un carnaval
Y es más bello vivir cantando
Oh-oh-oh.*

Lo dijo Celia Cruz.

—Puede que se acabe enamorando de tu personalidad —sugiere Maisie para infundirme ánimos.

—Los hombres nunca se enamoran de nuestra personalidad —me quita Shannon el caramelo que me acaba de dar mi otra amiga.

—¡Eso no es cierto! —protesta Stefan, empoderado al ser el único representante del género opuesto de esta reunión—. No me gusta la opinión que os estáis formando de los tíos.

—Pooor favooooor —lo enfrenta Shannon, treintañera liberada del yugo de la masculinidad tóxica—. Tú cuando ves a una mujer que te atrae sexualmente piensas ¿qué personalidad más

interesante tiene? O, más bien, ¿quiero frotar la polla contra sus tetas?

—¡Shannon! —la censuramos al unísono.

—¿Qué? Es cierto. No nos hagamos ahora los mojigatos. Los hombres se estimulan a través de la vista. Y lo que veo yo ahora es una tarta de fresa y limón, con un arcoíris derramado encima. Pon remedio, Charlotte, si quieres que ese himen vuelva a desgarrarse.

—¿Cuántas veces tengo que decirte que no he vuelto a ser virgen? ¡Tom!

Vaya. Creo que le hemos llamado los cuatro a la vez. Estamos algo desquiciados. A ver si va a ser la primavera. O Urano. O la debilidad de los londinenses por el alcohol.

—Tengo que contaros una cosa —nos dice Maisie con sonrisa misteriosa. Menos mal que alguien con sentido común interrumpe esta deprimente conversación—. Ian y yo vamos a vivir juntos.

—¡¿Tan pronto?! —se horroriza Shannon, que nunca ha comprendido el deseo femenino de compartir espacio vital con un ser que es genéticamente incapaz de reponer el papel higiénico.

—Ya que estamos, he tenido una cita con Mayte y creo que estoy enamorado de ella.

—¿Te has enamorado después de la primera cita? —objeta Maisie, ceñuda—. ¿No te parece que avanzáis muy deprisa?

Amigos: seres humanos empeñados en cuestionar siempre todo lo que hagamos.

¿Por qué será que, cuando se trata de nuestros mejores amigos, nos comportamos como si fuéramos el terapeuta de turno?

Lorenzo Bassi: *Hola.*

Más tarde, esa misma noche, recibo un mensaje por *teams* de mi jefe. Me lo he tenido que instalar en el móvil, por si había cosas urgentes de trabajo que atender.

Sorprendida, porque nunca me ha escrito a las diez de la noche, contesto de inmediato.

Lottie Jones: *¿Hola?*

Lorenzo Bassi: *¿Qué haces?*

Miro a mi alrededor antes de contestar, dudando sobre si ser honesta o si inventarme alguna actividad glamurosa. Según mis amigos, ser honesta acarrea la muerte en la más absoluta de las purezas, con el himen intacto. Ugh.

Lottie Jones: *Estoy viendo Cuatro bodas y un funeral. Y acaricio a la tortuga por si tiene alguna carencia afectiva. Con una madre trabajadora que está fuera de casa durante diez horas diarias, sería lo más natural.*

Lorenzo Bassi: *Jajaja. Se te va la pinza. ¿Te apetece un helado y un paseo por las calles casi vacías de tu barrio?*

A ver si me aclaro. ¿He entrado en una realidad alternativa en la que mi jefe es simpático, casi un novio normal, y me pide una cita súper romántica?

Ya lo sé. Para vosotros no es súper romántico pasear mientras se chuperretea un helado, pero para mí, que lo más íntimo que he hecho en compañía masculina en los últimos dos años ha sido un chequeo manual de mis pechos porque todavía soy algo joven para las mamografías, esto es la hostia.

Lottie Jones: *¿Dónde quedamos?*

Lorenzo Bassi: *¿Qué tal en la puerta de tu casa en cinco minutos?*

Lottie Jones: *¿Vas a llegar tan pronto?*

Lorenzo Bassi: *Mira por la ventana.*

Con una profunda arruga entre las cejas, me acerco a la ventana del salón y ahí está él, el príncipe azul con camisa turquesa arremangada, pantalones blancos y un corcel moderno de los establos Ferrari, en cuya puerta lateral se encuentra apoyado.

Me echo a reír y él hace un gesto de impotencia con las manos.

No me lo puedo creer. Suelto la cortina y acto seguido sucumbo ante una agitación casi febril. ¿Qué me pongo? ¿Debería maquillarme? ¿Tendré tiempo de hacer todo eso en cinco minutos?

«Calma, Charlotte. Si no dejas de dar vueltas como pollo sin cabeza, difícilmente podrás salir por la puerta y de tu autoimpuesta castidad en los próximos cinco minutos».

Respiro hondo y, con una actitud más resolutiva, subo a mi habitación, abro el armario y solo dudo unos segundos antes de agarrar un vestido camisero de tela vaquera y sacar las converse de debajo de la cama. Hago una parada breve en el baño, para recogerme el pelo deprisa en un moño desenfadado y, ya que estoy aquí, echarme rímel y *gloss* de fresa en los labios. No tengo tiempo para nada más.

Bajo corriendo por la escalera, agarro el bolso y las llaves de pasada y dejo que la puerta se cierre sola a mis espaldas.

Enzo permanece apoyado contra la puerta, con las manos hundidas en los bolsillos del pantalón y la cabeza ladeada en la dirección correcta, hemisferio emociones afectivas, no hemisferio frialdad corporativa.

—¿Y si te hubiese dicho que no?

Se encoge de hombros.

—Me habría comido el helado solo.

—Qué deprimente.

—Me alegro de que hayas dicho que sí.

No puedo contener la sonrisa. Soy como una niña en una tienda de golosinas. Quiero los plátanos. ¡No! Las fresitas. ¡No! ¡Las de Coca Cola! Nunca me decido, y siempre me pongo frenética.

—No sé por qué alguien en su sano juicio se pediría el helado de pistacho —le digo a Enzo mientras paseamos a paso de tortura por la acera, en dirección a... ninguna parte, en realidad. Por esta zona solo hay viviendas.

Suelta una risita.

—No juzgues un helado sin antes probarlo. Toma. Darle un lametón.

Grrrr. Esto es lo más guarro que he hecho en años.

—Está bien. A ver por qué tanto interés. Hmmm. Está bastante bueno, la verdad. No me lo esperaba así.

—¿Pero?

—Sigo prefiriendo el de chocolate negro.

Vuelve a reírse y se da prisa por comerse el helado antes de que se le derrita y le manche su pretenciosa camisa.

—Creí que te pedirías uno de fresa. O de frambuesa.

Lo miro confundida. Hoy parece bastante más alto porque yo calzo zapatillas.

—¿Por qué creías eso?

—No sé. Es lo que te pega.

—A ti sí que te pega el helado de pistacho. O el de menta.

—He has pillado. Me encanta el de menta.

—A nadie le gusta el de menta.

—Pues a mí, sí.

—Ya lo sé. Eres raro.

Sonríe, niega con la cabeza y se detiene en mitad de la acera.

—Me conoces.

—¿Qué?

Vale, ¿por qué nos estamos poniendo tan serios y raros? La sonrisa de Enzo parece cargarse de tristeza.

—No sé. Tú me conoces. Me ves incluso cuando intento ocultarme. ¿Cómo lo haces?

Siendo siniestra como Joe Goldberg.

—Prestando atención.

Que es la respuesta políticamente correcta a lo anterior.

—¿Y por qué me prestas atención, Lottie?

Ay, madre. Ahora él también se dará cuenta de lo siniestra que soy. ¿Debería ser honesta? ¿Decirle lo que siento? ¿Lo que llevo años enteros sintiendo?

No sé. Se me ocurren varios pros y contras. ¿Qué haría Joe Goldberg?

Y secuestrar a Enzo no es una opción. No tengo una jaula en el sótano.

Ni siquiera tengo sótano.

—Me gustas —me lanzo al océano—. El verdadero tú, no el que se esconde detrás de trajes de cinco mil libras. Espera, no quiero decir que me gustes *desnudo*, nunca te he visto desnudo, ¡y seguro que estás muy bien!, tremendo, porque todos hemos visto tus abdominales a través de las camisas que te pones cuando hace buen tiempo, como la que llevas ahora, pero yo me refería a...

Enzo me coge por las caderas, me acerca a él y, gracias a Dios, su proximidad acaba con mi inoportuna verborrea.

—Te he entendido. Gracias.

—¿Por qué me das las gracias? —repongo confundida y sin dejar de analizar cada matiz de la gloriosa obra de arte que tengo delante, la mandíbula de actor de cine, los ojos que abren un agujero candente en tu pecho, los labios que mataría por probar, los...

—Por hacerme sonreír. Creo que me había olvidado de cómo se hacía.

«¡Muérete!».

Esto es un cuento de hadas moderno. Ahora es cuando me besa, cuando su lengua con sabor a pistacho se encuentra con el insuperable chocolate negro y, sublimes, ...

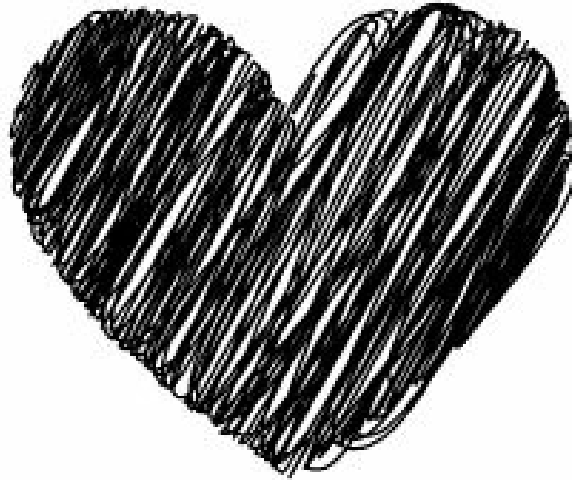
—¿Te inquieta la fiesta del sábado?

Un momento. ¿Por qué se ha ido? Exijo explicaciones. ¡Está a tres pasos de mí y yo sigo aquí, con la boca fruncida como un pez! Mierda. Será mejor que lo alcance antes de que me vea hacer el ridículo.

—¿Qué? ¿La fiesta? No, qué va. Lo tengo todo bajo control.

Dijo ella mientras se hundía centímetro a centímetro en arenas movedizas.

La pareja más *chic* de Londres



Si alguien me hubiese dicho hace unas cuantas semanas que algún día entraría en el salón de baile del Park Plaza cogida del brazo de mi amor platónico, Enzo Bassi, me habría reído en su cara.

Pero aquí estamos, delante de toda la empresa, fingiendo ser pareja.

¿Os acordáis de la escena aquella de *Todos los chicos de los que me enamoré*, en la que Lara Jean asoma por los pasillos del instituto junto a Peter, el jugador de *lacrosse* más popular de la escuela?

Pues dejadme que os diga que Eso Es Poder.

No me inquieta que de momento nuestro amor sea solo un papel que interpretamos de cara a los demás. Tarde o temprano, sucederá el milagro.

Es evidente que Enzo y yo tenemos mucha química. De hecho, tenemos tanta química que, si alguien nos cogiera a los dos, nos encerrara en un cuarto oscuro y volviera dentro de un rato, nos encontraría desnudos. No me cabe duda. ¡A la mierda el vestido negro de Shannon y el esmoquin de Enzo de Giorgio Armani! En la oscuridad es muy fácil dejarse llevar.

Ya sé lo que pensáis: que yo me dejo llevar demasiado últimamente.

Soy consciente de que las estadísticas no hablan a mi favor.

Mi optimismo se debe a que en la literatura y en el séptimo arte, fingir un romance nunca falla. El roce hace el cariño y nuestros impostores del amor siempre acaban enamorándose hasta las trancas.

¿Se nota mucho que me estoy aferrando al poder de la esperanza para evitar por todos los medios ignorar la vocecita de Murphy, que intenta susurrarme al oído: *Looooottiiiiieee, si algo puede salir mal, saldrá maaaaaal?*

Digo yo que me lo estará susurrando desde la ultratumba, como la madre de Edith, de *La Cumbre Escarlata*, porque la gente cuando se muere se vuelve sabionda y aficionada a los acertijos que los vivos no comprendemos hasta que, sorpresa, es demasiado tarde.

Maldita petulancia post mortem...

Enzo, aplomado y casi indiferente a mi aspecto de cisne negro, coge dos copas de champán de la bandeja de una camarera y me ofrece una a mí.

Menos mal que alguien tiene la sensatez de interrumpir mi verborrea mental. Podría divagar hasta el amanecer y perderme por completo la fiesta. Es un don que tengo.

—Gracias. Me viene muy bien un poco de alcohol para coger valor. Estoy algo nerviosa.

Mi apuesto príncipe, con las cejas fruncidas, me somete a un minucioso examen visual.

(Nota mental: comprar un test de embarazo a la mayor brevedad posible. Con tanta miradita cabe la posibilidad de que ya esté encinta).

—¿Y eso por qué?

Por favor.

Miradle. Está como un queso y, gracias a su estúpida cláusula dos, tengo que comportarme como si tuviera intolerancia a la lactosa.

—No me gusta acaparar la atención de todo el mundo cuando tengo un secreto inconfesable pesándome sobre la conciencia. Seguro que me miran porque se han dado cuenta de que oculto algo. Una vez, en un control de tráfico rutinario, me puse tan nerviosa que la policía acabó registrando hasta el último tornillo de mi coche en busca del alijo de droga. Solo encontraron una chocolatina Mars, que devoré agradecida para frenar la ansiedad que me estaba produciendo la investigación criminal a la que me habían sometido.

A Enzo se le escapa una carcajada.

—Oye, tranquila, ¿vale? Si te miran todos es porque estás guapísima esta noche.

«¡Muérete!».

Este coqueteo descarado tendrá que ir a alguna parte, ¿no? Porque tanta tensión sexual no resuelta tampoco es normal. Todo el mundo sabe que la tensión se incrementa y se incrementa hasta que hace *boom*.

—¿Cumplidos y todo? Al final haré de ti un novio decente.

Sus labios se despliegan en una sonrisa lenta. Sorbe un poco de champán y luego clava su intensa mirada en la mía, como si pretendiera hipnotizarme. Siento que ha cruzado océanos del tiempo solo para encontrarme. ¿No es muy romántico?

—No estoy ciego, señorita Jones. Todavía soy capaz de apreciar la belleza femenina. Y esta noche tú estás... Bueno, mírate. Quitas el aliento.

¡Quito el aliento! Mi subconsciente ya está con el micrófono en la mano, cantando:

*Watching in slow motion
As you turn around and say...
Take my breath away*^{[Lvil](#)}

Pausa.

¿Debería abrir el tema de la cláusula dos? Yo creo que sí.

—Entonces ¿tú crees que cabría la posibilidad de que...?

—Vaya, vaya, vaya. Pero si es la parejita más famosa de todo Londres. Megan y Harry ya han pasado a segundo plano desde que vosotros dos estáis liados.

Espero de todo corazón que Carlo pierda las elecciones. Maldita sea, ¡estaba a punto de iniciar las negociaciones! Ahora ya se ha pasado el momento.

—Me parto —lo enfrenta Enzo con semblante inexpresivo.

Yo no lo habría dicho mejor.

La boca de Carlo se tuerce en una mueca cínica.

—El abuelo te andaba buscando.

—Hum. ¿Nos disculpas?

Me coge de la mano y me arrastra por la sala, lejos de Carlo y de su sonrisa heladora. Diría que no le caigo demasiado bien al otro Bassi. Comprensible. Hermione no le cae bien al Señor Tenebroso. Siempre le frustra los planes.

—¿Cómo es que no has hecho uso de la información que posees? —le susurro a mi jefe cuando ya hemos dejado atrás a su molesto hermanastro.

—No tengo ninguna prueba. Sería mi palabra contra la suya.

—¿No sacaste fotos?

—No se me ocurrió.

Pues vaya detective de pacotilla. En fin, algún defecto tendría que tener. Tanta perfección no era justa.

—Abuelo, ¿me buscabas? —intercepta a don Enrico, que se saca el puro sin encender de la boca y sonríe de oreja a oreja al vernos llegar.

—Ah, Lorenzo. *Il mio figlio prediletto*. Y... ¿señorita Jones? ¿Es usted? Casi no la reconozco. Se ha recogido el pelo y ¿no llevaba gafas la última vez que la vi?

—Así es, señor. Pero a veces prescindo de ellas por pura coquetería. En realidad, solo me las pongo cuando estoy en el trabajo, conduzco, tengo fatiga ocular o hay riesgo de chocar contra alguna farola.

La carcajada ronca que brota del todavía vigoroso pecho de don Enrico resuena por toda la sala. Es un hombre que se mantiene en forma. No soy la única coqueta de por aquí.

—Ah, tiene sentido el humor. Por fin una buena elección, Lorenzo.

—Me alegro de que lo apruebes —le replica mi jefe, cuyo rostro pasa de inexpresivo a completamente pétreo.

Don Enrico le da una palmadita en la espalda.

—Hijo, si tú eres feliz, yo soy feliz.

Sí, sí. Todos somos muy felices aquí dentro.

—Venid. Charlemos un rato en privado.

Ay. El momento más temido de la noche. Menos mal que aún voy aferrada a la mano de Enzo. Su piel cálida tranquiliza mis nervios.

Don Enrico nos conduce a una puerta que da a un pasillo enmoquetado que, finalmente, desemboca en un elegante bar.

—Sentaos. ¿Qué queréis tomar?

Si algo admiro de los italianos, aparte de sus rostros bronceados, su elegancia natural y su increíble capacidad para metabolizar la cafeína, es su generosidad. He tenido otros trabajos antes de este y puedo asegurar que en ninguna parte me han invitado a cenas de empresa en restaurantes caros, fiestas de etiqueta con barra libre o me han regalado una cesta enorme en navidades, llena de toda clase de manjares importados desde Italia.

Don Enrico trata bien a sus empleados, y sé que Enzo también lo hará. Exigirá lo mejor de ellos, sí, pero también remunerará su dedicación y su entrega.

Me pido un Martini, para parecer una chica con clase, y me siento en una butaca, cerca de mi amorcito.

Me pregunto si el que diseñó el bar pretendía rendir homenaje a los antiguos clubs de caballeros cuando ideó este espacio, tan masculino y elegante, con cómodas butacas de cuero marrón y excelentes marcas de whisky en las vitrinas. Es un milagro que dejen entrar a mujeres.

O a los pobres. ¿No es terrible que yo pertenezca a ambas categorías?

—He estado pensando en todo este tema del relevo —empieza don Enrico cuando ya tenemos las bebidas encima de la mesa. Los caballeros beben whisky y el jefe de mi jefe aprovecha para degustarlo.

Enzo, que no toca la copa, se inclina hacia delante, coge mi Martini y me lo ofrece.

—Gracias.

—De nada. ¿Y qué has decidido? —le pregunta a su abuelo, cuyo rostro analiza con interés.

No me había dado cuenta de que los dos tienen el mismo color de ojos. El don ha debido de ser muy atractivo en su juventud. Demonios, todavía lo es con casi ochenta años.

—Admito que me entusiasma la idea de que por fin hayas sentado la cabeza, Lorenzo.

—¿Pero?

—Quiero asegurarme de que vas en serio.

—Voy en serio. Te prometo que ella es la mujer más importante de mi vida ahora mismo.

¿Lo soy? ¡Qué demonios! Claro que lo soy. Si es cierto eso de que es *un ragazzo molto generoso con il suo cazzo* (lo traduje con Google), debo de serlo, porque esta es nuestra tercera cita ya y estoy bastante segura de que alguien con su perfil nunca pasa de los amores de sábado noche.

Y ya que alguien ha sacado por fin el tema, me gustaría aclarar que en la quinta cita suelo ponerme lencería de encaje. Yo ahí lo dejo.

—Te creo. Pero quiero algo más.

—Como ¿qué?

—Una boda.

—¿Una boda?! —exclama Enzo, horrorizado.

—Una boda —me maravillo yo, pensando en, exacto, la noche que va después de dicho evento. (Soy un animal lujurioso).

—Cásate con ella en la mansión Bassi de Florencia y no solo te llevarás la revista, sino todo el patrimonio de la familia.

¿Ha dicho Florencia? Quiere que nos casemos en... ¿Florencia?

—Espera un momento. A mí el dinero me da lo mismo. No pretendo que desheredes a tus demás nietos. Solo quiero el puesto. Tú sabes que me lo merezco mucho más que Carlo. Me lo he ganado, *nonno*. He cumplido cada uno de los putos objetivos que me has marcado, y ese era el trato, me dijiste que, si alcanzaba las metas, me ganaría el ascenso.

—Así es. Pero el trato ha cambiado.

—¿No puedes cambiar el trato!

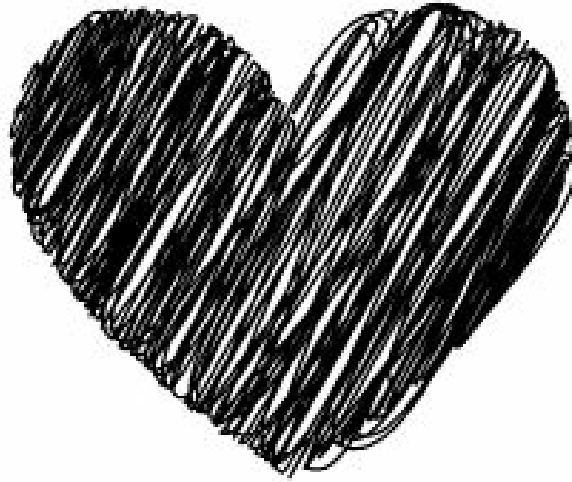
—Puedo hacer lo que me dé la gana, hijo. Ahora disfruta de la fiesta. Y asegúrate de anunciar la fecha de la boda lo antes posible para que la familia que vive en el extranjero pueda organizarse.

Cuando por fin consigo dejar de parpadear como una desquiciada, descubro que Enzo me está arrastrando hacia el aparcamiento.

Eh, ¡un momento!

Aún no he probado los canapés y tenían una pinta fantástica.

Tú, yo, Piccadilly Circus...



Enzo conduce deprisa, con la mano izquierda sujetando el volante y la derecha sobre la palanca de cambios.

Vamos sorteando el tráfico de una noche de sábado, con lo cual nos estamos cambiando constantemente de carril y él no deja de usar las marchas. Sus movimientos son tan bruscos que no me atrevo ni a mirarle, solo me permito el lujo de observarlo de vez en cuando, y siempre de reojo.

Al otro lado del cristal está lloviznando. Las aceras están vacías, a excepción de un señor que lleva casi a rastras a un perro blanco de raza pequeña empeñado en orinar en todas las farolas, una joven punk de pelo naranja que intenta sin éxito conseguir un taxi libre y un grupo de adolescentes que se reparten un porro en una esquina como si no les molestara la fina cortina de lluvia que envuelve Londres.

Nos acercamos a un semáforo en ámbar a una velocidad temeraria. Enzo frena en el último momento y tamborilea los pulgares sobre el volante mientras espera a que la señal se ponga en verde otra vez. Está de los nervios. La cara se le ha quedado en blanco, y veo el músculo de su mandíbula temblar de ira.

Los jóvenes fumetas se dan codazos y hacen comentarios acerca del deportivo negro dos plazas cuyo ruidoso motor sacude el aire cuando mi jefe barra futuro marido vuelve a accionar el acelerador.

Las calles de la ciudad desfilan con tanta rapidez que al final se vuelven anodinas.

Enzo mantiene la mirada fija en la meta, sea cual sea el lugar al que pretende llegar. No parece dispuesto a renunciar a la tensión que endurece su rostro.

Me invade una terrible ansiedad.

Quizá porque estemos atrapados en medio de un silencio en el que la carga eléctrica es tan fuerte que resulta casi palpable.

Nadie ha pronunciado una palabra desde que abandonamos la fiesta.

A mí no se me ocurre nada que decir. La petición de don Enrico, una vez asimilada, me ha dejado sin palabras.

Recorro con la mirada el parabrisas en busca de respuestas que sé que no encontraré ahí.

—¿En qué piensas? —me susurra Enzo de repente.

Vuelvo la cara hacia la suya, solo para constatar que me está estudiando con una arruga entre las cejas.

—En el tipo que compuso esta canción. Me estaba preguntando si tendría alguna ETS cuando se le ocurrió la letra.

Suelta una carcajada incrédula y me mira como si yo fuera un pajarillo exótico de plumaje extravagante que lo tiene de lo más intrigado. Desde pequeña despierto esa reacción en la gente; no saben cómo etiquetarme, si describirme como loca, como singular o como excéntrica.

—Vale, tengo que preguntarlo. ¿Por qué sospechas que los Kings of Leon tenían una ETS cuando compusieron esta canción?

—No sé tú, pero a mí eso de *Sex on Fire* me suena a la descripción que proporcionas al médico justo antes de que te diagnostique gonorrea.

Mi jefe ríe con ganas y mete una marcha más para salir de un atasco que se acaba de formar. Parece haber olvidado el motivo que nos ha llevado a recorrer las calles tan deprisa. No sé, se ha relajado tanto que yo también empiezo a hacerlo.

—Joder, Lottie. Me flipa cómo funciona ese cerebro tuyo. —Busca mi mirada, se vuelve a reír entre dientes y meneas la cabeza—. Creo que no me había reído tanto en años. ¡Gonorrea!

Y venga a reírse.

Giro el rostro hacia el suyo y lo observo con un nudo en el estómago. Me gusta estar cerca de él. La verdad es que nos lo pasamos bien juntos. Incluso ahora, que estamos todavía afectados por lo que ha pasado en la fiesta.

El Ferrari tuerce con suavidad a la derecha para salirse de la calle principal. Me pregunto a dónde vamos. El rumor del tráfico está desapareciendo.

—¿Tomamos algo? —me propone Enzo, que intercambia una mirada rápida conmigo antes de detenerse en un stop—. Tenemos que hablar de lo que ha pasado esta noche.

Sí, será mejor que lo hagamos. Llevamos cincuenta minutos conduciendo sin rumbo por las calles de Londres.

—Vale.

La única duda que me surge es si contabilizar esto como una cuarta cita o no. Reflexiono sobre ello mientras él aparca en una zona de carga y descarga, aprovechando que a estas horas no le van a multar.

Al final decido que es una cuarta cita y me doy prisa para seguirlo hacia la puerta de un local de tolo burdeos. Vamos demasiado elegantes para este barrio. Además, es muy tarde.

—Son casi las once. No creo que esté abierto.

—Claro que sí. El dueño no tiene nada mejor que hacer en su casa. —Tira de la puerta y me invita a entrar con un gesto del mentón—. *Ciao, Duccio* —saluda al anciano de pelo blanco y bigote gris que se encuentra sentado tras el mostrador, leyendo un periódico.

Está claro que se conocen bien. El hombre sonríe al verle y se acerca para estrecharle la mano. A mí me observa con una ceja ligeramente arqueada.

—*Come stai, Lorenzo? Tutto bene?*

—*Sì, tutto bene. E tu?*

—*Beah* —responde con una risita y encogiéndose de hombros. Después me guiña un ojo.

—*Questa è Lottie, la mia ragazza.*

—*Oh. Ciao, Lottie. Come stai?*

—Ella no habla italiano.

Duccio sonríe y me estrecha la mano.

—Encantado de conocerte. Sentaros donde queráis.

Enzo apoya la mano en mi espalda para dirigirme hacia un reservado. El calor que me invade es muy agradable. Y muy indecente.

Después de tomar asiento, permanecemos unos momentos en silencio, absorbiendo el ambiente tranquilo que se respira aquí. El local es pequeño. Está iluminado con luces led tenues y suenan canciones románticas italianas. Han tapado las paredes con estanterías llenas de vino y montones de fotos de lo que imagino que serán actores y actrices italianos famosos. Solo reconozco a Sofia Loren.

A mi derecha hay un aparador lleno de copas y vajilla elegante.

Me siento como si estuviéramos en el rodaje de una película. Podríamos ser Audrey Hepburn y Gregory Peck en *Vacaciones en Roma*.

—¿De qué conoces a Duccio? —rompo el silencio cuando ya he registrado todo el restaurante con la mirada.

Enzo, con las manos entrelazadas sobre la mesa, sonríe con nostalgia.

—Mi abuelo me traía aquí a cenar los sábados. Cuando nos mudamos a Londres, era lo único que me recordaba a Italia.

—¿Cuántos años tenías?

—Diez.

—Mmm. Debí de ser duro, dejar atrás a todos tus amigos, a tu familia...

—No hablaba ni una pizca de inglés. Costó un poco adaptarse.

Duccio se acerca a la mesa con una botella de vino tinto que nadie ha pedido. A lo mejor Enzo viene por aquí con alguno de sus ligues. ¿A cuántas mujeres le habrá presentado a Duccio como la *sua ragazza*? ¿Es normal que la idea me mosquee? A lo mejor me lo tengo que hacer mirar, porque, si hay algo que se me dé muy bien es confundir la ficción con la realidad.

—Duccio, ¿podrías traernos algo para picar? He sacado a Lottie de una fiesta antes de que probara bocado y seguro que tiene hambre. Sé que la cocina estará cerrada, pero...

—No os preocupéis —lo frena Duccio con las manos—. De aquí nadie sale con el estómago vacío. Somos italianos, ¿no, Lorenzo?

—*Certo.*

—Ahora os traigo algo de picar.

—*Grazie, Duccio.*

—Es muy simpático.

—Lo es.

—¿Vienes mucho por aquí?

—Todos los domingos.

—¿Vienes a comer?

—Sí.

—¿Solo?

Ya lo sé. No me concierne. Esto no es real. En serio, no dejo de repetírmelo, pero mi cerebro es tan duro como el caparazón de la tortuga *George*.

—Mm-hm.

—¿Ninguna novia a la que quieras impresionar llevando a un sitio con clase?

Sonríe con cierto fastidio.

—Yo no tengo novias, Lottie. Yo ligo por Tinder o en alguna discoteca, practico sexo sin sentimientos y luego cada uno a lo suyo.

Dos palabras: soltero tóxico.

—Eso es muy deprimente. ¿Nunca echas de menos el contacto humano?

Se echa a reír.

—¿Es que no me escuchas? ¡Tengo un montón de contacto humano!

—No esa especie de contacto humano, borrico. Me refería al placer de una buena conversación, compartir una copa de vino, ver una peli acurrucados...

—No, no me va ese rollo.

No me extraña que su abuelo quiera casarlo a la fuerza. Con esta actitud, nunca tendrá biznietos. Y don Enrico, al igual que mis padres, tiene una edad y ha de pensar en la supervivencia de su sangre.

De nuevo se impone el silencio. Los dos le sonreímos a Duccio cuando deja sobre la mesa un plato de madera cargado de fiambres, quesos, *grisines*, aceitunas negras y verdes, tomates cherry, uvas y ramitas de romero fresco para decorar.

—*Grazie*, Duccio.

—Esto tiene una pinta fantástica. Muchas gracias.

—*Prego*. —Inclina la cabeza, agradecido, antes de retirarse y volver a sentarse con su periódico detrás del mostrador.

—Así que... —empieza Enzo cuando nos quedamos a solas.

—Así que... —suspiro yo, después de probar el vino. Muy bueno. ¿Hay algo que los italianos no sepan hacer? Ah, sí, eso del matrimonio y ver Netflix acurrucados.

—Creo que esto ha ido demasiado lejos, Lottie.

Siento un súbito ataque de pánico.

—¿Qué quieres decir?

Se peina con los dedos y niega frustrado.

—Una cosa es fingir una relación y otra muy distinta contraer matrimonio.

—Entonces, ¿qué? ¿Nos rendimos y dejamos que gane Carlo?

—¿Y qué otra opción tenemos?

Evidentemente, yo tampoco quiero casarme con Enzo. A ver, me gusta. Me gusta *un montón*, y cuanto más tiempo paso a su lado, más me pilla por él.

Pero no quiero vivir una mentira ni perderme en medio de una fantasía. Cuando me case, quiero que sea porque ninguno de los dos pueda vivir sin el otro. ¡Soy una romántica!

Exijo una pedida de mano grandilocuente que dé vergüenza ajena.

No sé, un estadio, un helicóptero surcando Londres con un cartel enorme en el que ponga *¿pastelito de limón, te casarías conmigo?*, una coreografía de cien personas bailando *Marry you* de Bruno Mars en medio de Piccadilly Circus...

Me vais entendiendo, ¿no? La idea de romanticismo de Enzo consiste en redactar un contrato lleno de cláusulas absurdas.

Pero, joder, se merece ese puesto y no sé de qué otra forma podría conseguirlo.

La pregunta es: ¿qué estarías dispuesta a hacer por el hombre del que estás enamorada?

Esta servidora empieza a sospechar que no le va a gustar la respuesta.

—Creo que deberíamos pensárnoslo bien antes de rechazar la oferta, eso es todo.

—Tú quieres hacerlo —constata Enzo, perplejo.

Me encojo de hombros.

—Yo no quiero que gane Carlo. Perdería el trabajo... —«Te perdería a ti»—. Mira, sé que no es lo ideal casarse por obligación. O por contrato, como quieras llamarlo. Pero es por una buena causa. La gente se casa por los motivos más absurdos del mundo: un visado, para escapar de la familia, porque están hartos de ver Netflix solos, para practicar sexo sin condón...

Enzo ríe entre dientes.

—Yo no soy el problema, Lottie. Si fuera por mí, lo haría, me casaría contigo ahora mismo porque quiero ese puesto y estoy dispuesto a luchar para conseguirlo. Pero esto también te implica a ti. No ganas nada con este negocio, así que ¿por qué motivo querrías *tú* casarte conmigo?

Me quedo mirando largo rato los iris verdes que no han dejado de aferrarse a los míos desde que nos hemos sentado, y dejo que me invada otra vez la oleada de calidez que cuesta refrenar cuando estoy cerca de él.

—Porque me importas y... creo en ti.

Me paso la lengua por los labios y vuelvo a encogerme de hombros. El corazón me late a mil. Comprensible. Me he lanzado al Atlántico sin un salvavidas.

Casi oigo a los de Florence and the Machine susurrarme:

*And it's peaceful in the deep
Cathedral where you cannot breathe*^[viii].

Enzo se queda pasmado. La confusión que empapa sus elegantes facciones asegura que no tiene la menor idea de cómo encajar esto.

Se produce un silencio crepitante.

Y, cuando estoy a punto de sucumbir a la desesperación y decir *es coña*, su cara empieza a abrirse milímetro a milímetro en una sonrisa.

—Joder, Lottie. Ese es un buen motivo para casarse. La mayoría de matrimonios que conozco se odian el uno al otro. El de mis padres fue... —se detiene, suelta una risita incrédula y se frota las mejillas sin afeitarse con las palmas mientras niega para sí—. Creo que vivir en medio de un campo minado habría sido más tranquilo que estar cerca de ellos en esa época.

Pobrecillo. No me sorprende que tenga una idea tan disfuncional de las relaciones. Es lo que le han enseñado de pequeño. ¿Relaciones? Malo. ¿Matrimonio? Un campo de minas. ¿Ser generoso con su pene y compartirlo con toda mujer que esté dispuesta a conformarse solo con eso? *Molto bene, Lorenzo, molto bene.*

—Al menos tú y yo nos gustamos —prosigue después de unos segundos de reflexión—. Y nos respetamos. Evidentemente, incluiremos una cláusula económica en el acuerdo y...

—No la cague, señor Bassi, o me replantearé nuestra relación —advierto, ofendidísima.

Levanta las palmas para aplacarme. Veo en sus ojos la diversión que le producen mis palabras.

—Vale. Nada de dinero.

—Bien, porque me haría sentir como una prostituta.

Me observa, callado y pensativo.

—Entonces ¿nos casamos?

Cojo aire en los pulmones y lo suelto muy despacio. Estoy jodida.

Vendida.

Ambas.

*And it's over
And I'm going under
But I'm not giving up
I'm just giving in^{[lviii](#)}.*

Lo sé, en mi otra vida debí de ser DJ.

—Nos casamos.

—¿Seguro? —insiste, como si se resistiera a creer que esto va en serio.

Vuelvo a inhalar.

Y luego a exhalar.

Y luego a hundirme.

—Sí.

Se produce otra pausa, en la que nos medimos el uno al otro con la mirada. Supongo que los dos intentamos asimilar esta locura.

—¿Crees que debería ponerme de rodillas? —me pregunta de pronto, con una expresión de puro desconcierto arrugándole la cara.

Sofoco una risita.

—Vale, pero que sea después de cenar, porque ese trozo de queso no deja de mirarme.

Riéndose, coge el trocito de parmesano que le he señalado y me lo ofrece. Me parece que tiene potencial para convertirse en la clase de novio que monta una coreografía en Piccadilly Circus. Solo que todavía no lo sabe.

Mordisqueo el parmesano y, mientras me deleito con su sabor, pienso en lo divertido que sería que él cantara:

*It's a beautiful night,
We're looking for something dumb to do
Hey baby,
I think I wanna marry you^{[lix](#)}.*

Es como si ya estuviéramos ahí.

—Solo para que yo me aclare —digo, después de maridar el queso con un sorbito de vino—. La cláusula de castidad...

—Tranquila. Esa cláusula es inalterable. Jamás te pondré un dedo encima.

Mierda. Justo lo que me temía.

Aves londinenses



—Has perdido la chaveta. Estás confundiendo la ficción con la realidad. ¿Tienes un trastorno disociativo!

Anoche me puse a ver un documental sobre las aves y acabo de comprender que, en el mundo volador, Maisie sería el ave rapaz.

¿Alimentación? Cualquier ser más débil que ella.

¿Plumaje? Algo conservador.

La hemos sacado de su habitat natural, la sala de reuniones, y no ha tenido tiempo de pasar por casa para cambiarse de ropa.

En mi defensa, era una emergencia. Tenía que contarles que voy a casarme. Ayer, domingo, no abrí el pico porque todavía lo estaba asimilando, pellizcándome y viendo documentales tontos.

He esperado a hoy para establecer contacto con los demás ocupantes de mi nave nodriza. Les pedí quedar para comer en un restaurante del centro que nos pillaba bien a los cuatro. Venía decidida a no soltar la bomba hasta después del postre, pero me ha podido la presión y me he ido de la lengua incluso antes de que nos trajeran las ensaladas. Más concretamente, en cuanto me senté en la silla.

El *feedback* que recibo no es demasiado bueno.

—Eres la rana del caldero. La temperatura aumenta de forma tan gradual que no te darás cuenta de que estás cociéndote hasta que sea demasiado tarde como para saltar.

Shannon, ave voladora.

¿Alimentación predilecta? Los hombres.

¿Plumaje? Exótico.

Frase lapidaria: el vibrador es el mejor amigo de una chica.

No cree en el matrimonio.

Ni en las relaciones.

Ni en los hombres.

Ni en el horóscopo.

Ni en que nada de esto vaya a salir bien.

—Yo sigo pensando que a él le mola Lottie.

Stefan. Ave doméstica.

¿Plumaje? Corriente.

¿Alimentación? Lo que pille en el súper.

Frase lapidaria: solo soy un chico delante de una chica pidiéndole que le ame.

—O sea, que las dos pensáis que es una mala idea.

—Lottie, cielo, una mala idea sería acostarse con él. Casarte es una idea pésima.

—Pero, Maisie...

—Aunque odie estar de acuerdo con ella, esta vez tiene razón.

Esto es una conspiración. ¡Maisie y Shannon no han estado de acuerdo en la vida! Son muy distintas.

Shannon, treintañera y liberada, cree que el matrimonio y el buen sexo son conceptos totalmente incompatibles.

Maisie, también en la treintena, pero muy ligada a sus principios moralistas, cree justo lo contrario, que una mujer puede tener todo lo que se proponga.

Su frase lapidaria es: alguien capaz de llevar tacones de aguja durante doce horas seguidas puede conseguir cualquier cosa.

—El matrimonio, como cualquier otra relación, requiere trabajo —nos recuerda Stefan, que nunca se ha casado, pero lo sabe todo sobre la vida marital—. Para que funcione, ha de haber amor, confianza y compromiso. Yo creo que a Enzo le gustas. Lo que no sé es hasta qué punto y si está dispuesto a comprometerse contigo a largo plazo y de verdad. Será mejor que averigües su grado de implicación antes de cometer una estupidez.

—Entonces, ¿qué debería hacer?

—¿Qué *quieres* hacer? —repite Shannon con las cejas en alto.

—Vaya pregunta. Si supiera qué quiero hacer, no estaría aquí comiéndome una ensalada escandalosamente cara. Ahora mismo no pienso. He estado nadando contracorriente durante toda la vida y por primera vez me estoy dejando arrastrar.

—¿Se lo has dicho a tus padres?

Vuelvo la cara hacia Maisie, que mordisquea un rabanito. Se ha pedido una ensalada verde porque está convencida de que Ian le pedirá matrimonio en breve y quiere estar estupenda el día de la boda.

—Dios, no. Y no pienso hacerlo hasta que no sea de verdad.

—O sea, que esperas que la farsa se convierta en realidad.

La pregunta de Shannon me arranca un suspiro.

—No sé. ¿Tal vez?

—Cariño, estás jodida. Los tíos nunca hacen lo que esperamos que hagan. Y, por eso...

—El vibrador es el mejor amigo de una chica —acabamos su frase al unísono y con cierto hartazgo.

—*Exactement*. Porque el vibrador siempre hace lo que una espera. ¿Os he contado que estoy saliendo con un francés?

Maisie la apunta con el tenedor.

—¿No salías con un tipo que estaba casado?

—¡Dios, no! Me tiré a un tipo que estaba casado, pero lo dejé en cuanto se vino abajo y me lo contó entre sollozos. Una cosa es estar casado y otra muy distinta ser patético. Nunca he tolerado el patetismo. Y, además, la tenía pequeña. Uy, qué tarde se me está haciendo. Salgo volando. Tengo una cita a las tres en la otra punta de la ciudad.

Los agentes inmobiliarios de alto *standing* nunca paran quietos más de media hora.

—Yo también me iré en un rato. Hoy es mi día libre, pero he quedado con Mayte para ir al cine.

—A lo mejor nos cruzamos por casualidad. Ian y yo iremos esta tarde a ver un documental sobre los efectos nocivos del cambio climático en la población de aves marinas.

Sabía que estaban hechos el uno para el otro.

—Deberíamos quedar un día en pareja. Así os presento a Mayte. Lottie, podrías traerte a Enzo.

Me echo a reír como una histérica.

En serio, estoy a punto de llegar a la oficina y todavía sigo riéndome.

Me cruzo con *mon fiancé* en el ascensor. Ha estado en el gimnasio y luego ha tenido una comida de trabajo. Me mira con el ceño fruncido.

—¿Por qué vienes tan contenta?

Me encojo de hombros.

—He comido con unos amigos y me han dicho una cosa muy graciosa.

—Hm. ¿Vas a hacer algo esta tarde?

¿Quinta cita y aún sin besarnos? Esto no avanza como debería.

—No...

—¿Quedamos?

—Vale...

—No lo hagas si no te apetece.

—No, no es eso. Sí que me apetece.

—¿Pero?

—Nada, nada. ¿Dónde quieres quedar?

—¿Qué tal en el vestíbulo? —me propone con un guiño—. Perdona, tengo que bajar en la trece. Necesito recoger unos contratos. Te veré luego.

Suspiro y me desplomo contra la barra metálica.

Me enderezo incómoda cuando el ascensor se para en la catorce para recoger a Carlo.

—Cuñada.

El karma me castiga.

—Carlo. ¿Cómo estás?

—Ahora que te veo, mejor.

Me da un descarado repaso con la mirada y luego se baja en la quince.

Hago una mueca de hartazgo.

Enzo me lleva a una joyería carísima de King's Road y me pide que elija un anillo de

compromiso. El que yo quiera.

Tengo ganas de acurrucarme en algún rincón oscuro, taparme con tres colchas y alimentarme compulsivamente solo de bombones de chocolate durante al menos un mes.

Nunca pensé que esto de comprometerse pudiera resultarme tan poco romántico.

Vale que no monte una coreografía en el centro de la ciudad, pero ¿no podría al menos escoger el maldito anillo?

—Estoy demasiado aturdida como para elegir nada. Ya sabes que se me dan mal las elecciones.

Estoy enfadada y, para colmo, tengo hambre. Solo he comido una ensalada y no hubo postre porque todo el mundo tenía planes. Yo, cuando estoy enfadada y tengo hambre, me vuelvo completamente irracional.

—Vale, no te agobies. Si estuviéramos saliendo de verdad, sería yo quién tendría que elegir el anillo, así que... Disculpe, ¿tendría la amabilidad de enseñarme este anillo? Ah, y también ese de ahí. Y ese.

El dependiente deja los tres solitarios encima del mostrador. Enzo los estudia ceñudo.

Una señora que se está probando unos pendientes de plata me mira con envidia. ¡Ya sé que es guapo hasta hacerte perder el sentido! ¡Ojalá esto fuera de verdad, señora cotilla!

—¿Y bien? ¿Cuál te gusta más?

—Ninguno —declaro, cruzada de brazos. Que note mi mosqueo.

Mi falso prometido vuelve a estudiar los anillos con aire pensativo.

—Tienes razón. Ninguno es demasiado especial. Perdona, ¿tienen joyas más exclusivas, que no estén expuestas en el mostrador?

El dependiente lo somete a un rápido escaneo visual para asegurarse de que puede permitírselo y luego estira los finos labios en una sonrisa rapaz.

—Por supuesto, señor.

Desaparece tras una puerta y vuelve a aparecer al cabo de un minuto.

—Este anillo —dice, enseñándonos una sortija preciosa de oro blanco, zafiro y diamantes— perteneció a Irina Aleksándrovna, la sobrina del zar Nicolás II.

—¿El de la revolución bolchevique?

El vendedor me observa con cierto desprecio. Me ha tomado por una comunista.

—El último zar de Rusia, sí. La joya tiene un valor incalculable.

Enzo estudia a contraluz el enorme zafiro y los diamantes que lo rodean.

—¿Y cuánto sería eso en libras?

Ha debido de notar mi enfado porque, después de firmar un cheque con más ceros de lo normal, me ha llevado al salón de té del hotel Ritz para celebrar nuestro falso compromiso.

Admito que, a pesar de mi mosqueo, me hace especial ilusión el lugar que ha elegido. Nunca había estado en un salón de té (estas cosas suelen ser caras) y que nos atiendan como si fuésemos miembros de la familia real tiene su encanto.

Además, la simple idea de ver a Enzo beber té es desternillante.

Por desgracia, no me concede el placer. Se pide un café, horrorizando al personal que, no obstante, atiende su petición.

En cuanto al despliegue de pastelitos y emparedados, ni siquiera los toca. Yo no me decido.

Todos tienen una pinta fantástica.

—Creo que a partir de ahora deberíamos pasar más tiempo juntos para conocernos y llegar a estar cómodos el uno con el otro.

—Hum. Estoy de acuerdo —le contesto, con la boca llena.

Ops. Este no es lugar para comportarse como una cualquiera. Es un local de categoría. Hay un señor tocando el piano, ¿quizá para que no se escuche la manera vulgar que tenemos algunos de sorber el té?

—Puedes preguntarme cosas si quieres —me propone, al ver que no le presto la menor atención. Lógico. Tengo delante dieciocho tipos de pastelitos, cada cual más apetitoso que el otro, y seis tipos de emparedados. Con lo que me cuesta a mí decidirme...

—¿Lo que yo quiera?

—Lo que tú quieras.

Interesante. Tanto que el emparedado de crema de pepino que estaba a punto de zamparme pierde todo el interés que suscitaba en mí. Lo suelto sobre el platito que te dan para que no llenes el suelo de migas y le presto a Enzo toda mi atención.

—¿Serás sincero?

Arquea las cejas y luego me sonrío.

—Por supuesto. No es una relación real, así que no tengo motivos para mentirte.

—Está bien. —Me sumerjo en su mirada y pienso en qué pregunta podría hacerle—. ¿Te gustaría tener un pene más grande? —se me ocurre de repente.

Enzo se atraganta con el café. Lo escupe. Tose. Maldice en italiano. Estamos a un paso de que nos echen de aquí por chusma venida a más.

—¿Qué?! —me grita susurrando, lo cual es una extraña habilidad que solo posee él.

—Dijiste que podía preguntar cualquier cosa —me defiende, levantando las palmas como la criatura inocente que soy.

—¿Pensé que me preguntarías algo personal!

—¿Hablar de tu pene no se considera personal?

Corregidme si me equivoco.

Mi exasperando prometido hunde la cabeza entre las manos.

—Dios mío, ¿con quién voy a casarme?

—Está bien. Háblame de tus ex novias. ¿Cuál ha sido tu relación más larga hasta la fecha?

Levanta la cabeza y me mira hastiado.

—¿Sabes qué? Sí, me encantaría tener un pene más grande.

Sonrío satisfecha.

—Eso es estupendo. ¿No te sientes mejor después de haberlo admitido?

—No —gruñe, disgustado.

Hago una mueca.

—Ya que estamos compartiendo intimidades, deberías saber que a mí no me importaría tener unos pechos más grandes.

—Tus pechos están muy bien. Quiero decir que *parecen* estar muy bien —se corrige de inmediato, gesticulando como un neurótico.

—¿Sigues imaginándome desnuda?

—Es un buen momento para ir a pedir la cuenta. ¿Me disculpas un segundo?

—No hace falta que vayas a pedir la cuenta. Haz un gesto discreto para que vengan a atenderte.

—Prefiero ir hasta ahí.

Sale despavorido y sin mirar atrás.

Conteniendo la sonrisa, sorbo ruidosamente el té. Pocas cosas se le comparan a la satisfacción de poner a tu jefe en un aprieto.

Hombres por catálogo



El martes hago una videollamada desde el retrete para presumir de anillo de compromiso.

Mis amigos se quedan pasmados cuando les desvelo el correspondiente del *valor incalculable* en libras. Les he tenido que contar la historia del matrimonio de aristócratas rusos exiliados en París después de que el marido se cargara al famoso Rasputín para que entendieran la importancia de la joya.

—¿Y cómo sabes que el zafiro no está maldito?

Stefan. Ni caso. Cree demasiado en las maldiciones.

—Ni lo sé, ni me importa.

—Lo habéis asegurado, ¿verdad?

Maisie. Esta mujer podría tener un orgasmo solo de pensar en una póliza a todo riesgo.

—Por supuesto que sí.

—¿Y qué haréis con el anillo cuando se disuelva vuestro *amor*?

Shannon, cuyo pragmatismo irlandés me arrastra de vuelta a la realidad. Es casi un bofetón que me recuerda que yo no soy ninguna princesa rusa exiliada en la ciudad de los *fish & chips* y que mi matrimonio es de mentira.

Al igual que el de la princesa Irina, por otro lado. El suyo fue un casamiento de conveniencia en el que ella aportaba la sangre imperial y él, una fortuna incalculable.

Esa mujer sí que sabía cómo cerrar un trato.

Abro la puerta para asegurarme de que Margaret no merodea por el baño como Myrtle la llorona. Vía libre.

—Venderlo, supongo —respondo, de vuelta a mi videoconferencia—. Lo bueno del valor incalculable es que nunca se devalúa.

—¿No habéis hablado de qué pasará cuando termine el acuerdo? —se sorprende Stefan.

—Él no lo ha mencionado y yo no se lo he sugerido porque he pensado que para entonces estaríamos enamorados y esperando al príncipe heredero.

—¿Y si no fuera así?

La pregunta de Maisie me sume en una momentánea confusión.

—Tengo que colgar.

—¿Qué pasará cuando consigas el ascenso?

Enzo aparta la mirada del ordenador y me amonesta con su expresión facial más crispada. He irrumpido en su despacho como un arcoíris en un día tempestuoso. Os dije que Byron era un aprendiz a mi lado.

—¿Te importa? Estoy en una videollamada con el director creativo de Milán.

—Uh. Perdón. Me iré a mi sitio.

—Gracias, señorita Jones. Es usted un encanto.

¡Ya estamos con el señorita Jones de las narices! ¿Y quién usa ahora el sarcasmo?

Cierro a mis espaldas con más fuerza de la necesaria, me desplomo en mi silla y me deshago en un suspiro.

Justo entonces llama mi madre, muy oportuna ella.

Como no tengo nada mejor que hacer, le contesto.

—Constance.

—Lottie.

—Te veo bien, madre.

Está en la playa, y me enseña el mar para darme envidia.

—Estamos divinamente —responde, asomando de nuevo la cara en la pantalla. Lleva su bañador atigrado, la pamelita blanca que le compré en un puestecito y unas enormes gafas de sol de montura roja—. Hemos comido en el chiringuito de siempre y ahora yo he bajado a tomar el sol mientras tu padre se echa la siesta.

De mayor, quiero vivir cerca del Mediterráneo. Me da igual España que Italia. Espero que mi marido, si es que para entonces consigo uno de verdad, no tenga inconveniente.

—¿Cómo va todo en tu vida, cariño?

—Bah.

Es curioso que puedas describir tanto desastre con una sola palabra.

—¿Ningún hombre guapo a la vista?

—Nop —contesto, balanceándome con la silla.

—Deberías apuntarte a una app de citas. Y salir más.

Dejo de balancearme para exclamar indignada:

—¡Salgo todos los jueves!

—Sí, con tus amigos los solterones.

En realidad, soy la única solterona del grupo. Maisie se ha ido a vivir con Ian, Stefan no se separa de Mayte ni a sol ni a sombra y Shannon no cree en la monogamia y, además, sale consigo misma y con el vibrador.

—No me van las apps de citas. Te enfrentas a la *sextorsión*, timos sentimentales, suplantación de identidad... ¿Sabías que el ochenta por ciento de los *millennials* que usan las webs de citas han sufrido *ghosting* alguna vez?

—No tengo ni idea de qué es eso.

—Hombres que te prometen la luna y luego desaparecen como por arte de magia.

—Cariño, el *ghosting*, como lo llamáis vosotros, viene practicándose desde Babilonia. Los tíos suelen desaparecer, sobre todo después de dejarte preñada. Tu generación es muy egocéntrica, Charlotte. Le ponéis a algo un nombre raro y ya os creéis que lo habéis inventado vosotros.

—Como sea, el panorama de las citas es deprimente y agotador, madre, así que asume de una vez que tu hija va a morir soltera. Te ahorrarás algún que otro disgusto.

—Aun así, podrías darnos un nieto. Voy a mandarte el catálogo de un banco de semen de Dinamarca.

¿Por qué Dinamarca?

Será mejor que se lo pregunte. Los caminos del cerebro *constanciano* son inescrutables.

—Porque ahí los hombres son muy guapos —me responde mi madre con contundencia—. Hojéalo y elije uno. Nosotros lo pagamos.

¿Hacia qué clase de mundo retorcido nos estamos encaminando? ¿Cuándo hemos pasado de que nuestros padres nos regalen el collar de perlas de la abuela a que nos obsequien con una inseminación artificial?

Enzo se inclina sobre mi hombro. Huele tan bien que dan ganas de saltarle encima.

—¿Qué hacemos viendo fotos de hombres arios?

—Mi madre ha decidido tener nietos y, cuando a Constance se le mete algo en la cabeza, ni el demonio se lo saca.

Mi jefe, alias falso novio, perdón, *prometido*, vuelve la cara hacia la mía y me observa ceñudo. De cerca, es tan guapo que quita el hipo; la clase de criatura que fomenta las ganas de reproducirse. Todo el mundo conoce los afrodisiacos: el chocolate, las fresas, las ostras, Enzo Bassi...

—¿Esto es una app de citas?

—Mejor. Un banco de semen. Yo ya no tengo edad para perder el tiempo con citas.

Su cara se arruga todavía más.

—¿Vas a comprar el semen de estos tíos?

—Tal vez. Mira este. No parece un asesino en serie.

Intrigado, Enzo se sienta en mi mesa y me examina como al ave extravagante que soy. Evidentemente, me encuentra excéntrica y muy divertida.

—¿Y por qué no se lo pides a un conocido?

Hum.

Me vuelvo con la silla y lo analizo en silencio durante unos veinte segundos. Buenos pómulos, ojos de infarto, gran talento, inteligencia, elegancia y punzante sentido del humor...

Y, además, me debe una.

—¿Me darías tu semen?

Se echa a reír.

—¿Me eliges a mí? Me siento halagado, Jones.

—¿Tanto como para hacer una pequeña donación?

Sonríe de oreja a oreja.

—Quizá.

Abro los ojos en par en par. Vaya giro dramático de los acontecimientos.

—Espera, espera. ¿Me estás diciendo que no te importaría tener un hijo conmigo?
Me acerco a él como el Gollum al anillo único. Enzo se encoge de hombros con desdén.

—Si mi prometida va a quedarse embarazada, mejor que el hijo sea mío, ¿no crees?
Sujetadme que me desmayo.

—Y lo concebiríamos en el laboratorio o, ¿tal vez...?

Me guiña el ojo.

—¿Qué haces el sábado? —pregunta, bajándose de la mesa.

El animal lujurioso que llevo dentro se acaba de quedar muy quieto y con las orejas tiesas.

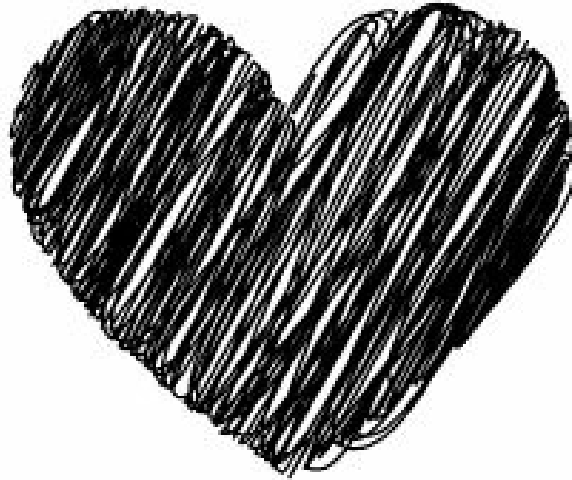
—Nada —«¿Realizar un test de ovulación?»—. ¿Por qué?

—Quiero presentarte a mis amigos. Ya va siendo hora de que los conozcas.

Sabéis lo que eso significa, ¿verdad? Tres palabras: Lencería De Encaje.

Enzo regresa a su despacho y yo me quedo encorvada sobre la mesa, sonriendo como una desequilibrada.

Una mujer nada paciente



El sábado averiguo que los pijos londinenses acuden a un club del que nunca había oído hablar. Tiene código de vestimenta y, no sé por qué, me hace pensar en *Fangtasia* de True Blood, quizá porque los amigos de Enzo me miran como a una apetitosa humana a la que les encantaría hincar el diente.

Admito que voy algo más sexy de la cuenta, con un vestido corto de lentejuelas plateadas y el pelo recién alisado en una peluquería cara, porque, en fin, puede que concibamos al príncipe heredero esta noche. Quería que todo fuera perfecto.

¿Sandalias de tiras finas? Comprobado.

¿Perfume, y no el que imita el Coco de Chanel, sino el que asegura llevar muchas feromonas en su fórmula química? Comprobado.

¿La temperatura del útero? Pues mira, no, porque no tenía a mano termómetro vaginal.

—¿Qué tomas, Lottie? —me susurra Enzo al oído.

He muerto y estoy en el paraíso *enzoniano*. No sé qué me excita más, si su olor masculino que te hace perder la cabeza, los músculos de su pecho, cuya solidez compruebo cuando se inclina sobre mí para hablarme al oído, o la poca distancia que me separa de su pecaminosa boca. Dioses, no veo la hora de que me deje encinta.

—Un Martini.

Será mejor que me comporte como una chica con clase. Perdería todo mi encanto si me pidiera una cerveza.

—De acuerdo. Ahora vuelvo. No lagues con ninguno de estos gilipollas en mi ausencia, ¿vale? Hmmm. Y encima tiene celos. Me huelo una gran historia de amor.

Nada más irse Enzo, se me acercan tres de sus amigos y me arrastran al sofá como hienas hambrientas de información.

Deben de ser el correspondiente masculino de Shannon, Maisie y Stefan.

—Y, dinos, Lottie, ¿cómo conociste a Lorenzo? —me interroga uno de ellos. ¿Davide, quizá?

Enzo emigró hace casi treinta años, pero sigue muy aferrado a sus raíces. Por lo que veo, la mayoría de sus amigos son italianos.

—En una cafetería. Me tiró el café encima de mi blusa blanca.

—Me dijo que trabajáis juntos.

—Sí, luego resultó ser mi jefe.

—Toda una historia de amor —interviene en la conversación el rubio de ojos marrones que se ha sentado a mi derecha. Vuelvo la cara hacia la suya. Las hienas me tienen acorralada. Un amigo a la derecha, el otro a la izquierda y el tercero sentado en la mesa, para mirarme de frente y poder juzgarme mejor—. Nos hemos quedado pasmados cuando nos ha dicho que vais a casaros. Fíjate, ni siquiera sabíamos que salía con alguien en serio...

El que está sentado enfrente de mí le hace un gesto elocuente, abre los ojos un poco más de la cuenta, quizá para advertirle de que no diga nada comprometedor sobre Enzo, como que se ha estado liado con montones de tías y por eso creían que estaba soltero.

Por desgracia para él, tengo buena vista periférica y he pillado la señal.

—Lo hemos mantenido en secreto por ese rollo de trabajar juntos.

—Ese rollo. Ya. ¿Y cómo os liasteis exactamente? Él era tu jefe, estabais en la sala de reuniones y...

—En la azotea —lo corrige Enzo, antes de echarlo de la mesa para dejar ahí las bebidas que trae—. Se quedó encerrada. Yo la estuve buscando como loco hasta que me dio por subir ahí. Cuando me vio, se sintió tan aliviada que se abalanzó sobre mí, me abrazó y yo... En fin, la besé.

El final perfecto para esa historia.

Una pena que la realidad resultara tan cruel.

Por un segundo creí que me besaría, cierto, creo que incluso se lo sugerí con la fuerza de mi mente y con mis ojos de perro apaleado, pero él se puso raro, me soltó y todo se volvió extraño.

—La besaste. A tu ayudante. Tú.

Davide no se ha creído ni una palabra. Sospecho que conoce a nuestro Lorenzo demasiado bien.

—Yo llevaba un tiempo... deseándolo. Claro que, al ser su jefe, no podía dar el paso definitivo. Estas cosas son delicadas. Cuando estás en un puesto de mando tienes que asegurarte de que la otra persona también está interesada en ti a nivel sentimental y que no se siente coaccionada a hacer algo que no quiere solo porque el que manda eres tú.

Recibo la copa que me ofrece y me bebo más de la mitad. Me fascina esta conversación. Sé que nada es real, pero perderse en la fantasía resulta demasiado fácil.

—¿Y cuándo la besaste ya sabías que ella también...?

El de la derecha, cuyo nombre no recuerdo.

—Sí, claro. De lo contrario, no me hubiese tomado esa libertad.

—¿Y cómo es que lo sabías? —pregunta el que antes estaba sentado en la mesa.

Enzo toma un trago de whisky antes de volver la cara hacia la suya.

—Mantiene como una especie de diario laboral secreto llamado *Archivo que Enzo Bassi nunca debe abrir*. Lo encontré un día en el servidor. Con ese nombre, evidentemente lo abrí. Dice que soy su Daniel Cleaver.

Abro los ojos con un chasquido.

—Oh, Dios Mío. ¿Eso está en el servidor? ¡¿Lo ha visto toda la empresa?! ¿¿Hasta don Enrico??

Los amigos se echan a reír a carcajadas.

Enzo sonrío divertido y me guiña el ojo. No sé por qué no está rugiendo. Le llamé *asno*, *cretino prepotente*, y estoy segura de que hay muchas cosas más de las que ahora no me acuerdo.

Ay, ¡creo que dije que podía dejar embarazada a una mujer con solo mirarla! ¡Me quiero morir!

—Tranquila, ya no está en el servidor. Lo quité yo ese día. Ahora solo se puede abrir desde tu ordenador.

—Oh, Dios mío. ¡Qué vergüenza!

Enzo ríe entre dientes al verme esconder la cara entre las palmas.

—¿Sabéis, tíos? Londres está lleno de mujeres guapas. Pero... ella es la única que puede hacerme reír.

Qué bonito. ¿Estará fingiendo?

Separo los dedos y lo examino intrigada.

Hum. No sé. Parece decirlo en serio.

—Pues enhorabuena, tío. —El que está de pie le da una palmadita en la espalda—. Al principio me ha sorprendido mucho el anuncio, pero ahora veo por qué tienes tantas prisas por casarte. Es evidente que estáis muy enamorados.

¿Lo es?

El tipo sentado a mi derecha también parece habérselo tragado. Solo Davide me mira como si sospechara que oculto algo. Creo que no le caigo del todo bien. Aun así, nos da la enhorabuena y luego se va detrás de una rubia despampanante.

Enzo aprovecha para sentarse a mi lado. Su mano se apoya en mi muslo desnudo. Oh, Dios mío. Tenerle tan cerca y que me esté tocando me está volviendo loca.

Cuando se inclina hacia mí para hablarme al oído, estoy a un paso del cortocircuito. ¿Por qué me atrae tanto este hombre? ¿Tendrá algo que ver con el ADN?

—Lottie, me temo que esta noche vamos a tener que superar un poco los límites de nuestra relación.

Aleluya, hermanos. El Señor ha hablado.

—Me conocen bien y con ellos es más difícil fingir —me explica, aunque yo solo puedo pensar en que su respiración suena un poco áspera en mi oído. ¿Le pasara lo mismo que a mí? ¿Se estará ahogando con el magnetismo que se produce cuando estamos cerca? Le miro los labios y suelto un suspiro de anhelo—. Tengo que comportarme como un novio de verdad. ¿Te parece bien?

Oh, sí.

—¡Por supuesto! Quiero decir que no me importa. Lo comprendo perfectamente. Haré lo que haga falta.

TODO lo que haga falta.

Me sonrío y retrocede un poco para mirarme a los ojos. Os juro que otra vez estamos echando un polvo cósmico. Los iris que escrutan mi cara están tan llenos de pasión que se me contrae el estómago.

—¿Quieres que bailemos? —me propone, parpadeando confuso. Estará actualizando el software. Su antivirus me acaba de tachar de archivo malicioso que podría poner en riesgo el sistema.

—Claro.

Nos levantamos del sofá y bajamos cogidos de la mano los tres escalones que nos separan de la pista. Enzo apoya las manos en mis caderas y me acerca a su pecho. El calor reptaba por todo mi

cuerpo cuando levanto la cara y me doy cuenta de que tengo su esculpida boca justo a la altura de la mirada.

—¿Cómo es que no les has contando a tus amigos la verdad sobre lo nuestro?

Aunque las comisuras de sus labios se elevan en una pequeña sonrisa, el resto de su fisonomía muestra una expresión que no soy capaz de descifrar.

—Cuanta menos gente lo sepa, mejor. ¿No crees?

—Supongo.

Será mejor que no le mencione que mis amigos están al tanto del engaño. Por si acaso.

—Davide no deja de observarnos —me dice, tras haber echado una mirada a mis espaldas, por encima de mi cabeza—. No se lo ha tragado. Debería besarte para que parezca auténtico, es lo que haría si fueras mi novia, pero esta no es una situación normal, así que, si no quieres que te bese, lo comprendo. Podemos limitarnos a abrazarnos. Eso ya lo hemos hecho antes y es evidente que no nos incomoda.

¿Es coña?

Este hombre genéticamente modificado me exaspera tanto que cojo su nuca con las dos manos y acerco su cara a la mía quizá con un poco más de agresividad de la cuenta.

—¿Lorenzo?

—¿Lottie? —repite, divertido.

—Bésame.

En realidad, lo que le estoy diciendo es:

Bésame

Bésame mucho

Como si fuera esta noche

La última vez.

¿No me imagináis con una flor en la oreja y toda vestida de rojo pasión?

—De acuerdo. —Percibo un leve atisbo de sonrisa en su cincelado rostro.

Vaya. He sabido cerrar el trato esta vez. Estoy muy orgullosa de mí misma.

—De acuerdo.

Se pasa la lengua por los labios y luego se muerde el inferior.

—Entonces, te beso.

—Sí.

Allá vamos.

—Estás segura —afirma, sin ninguna entonación.

Joder.

—¡Sí!

Su mirada enfoca mi boca. El oscuro destello de deseo en sus ojos me aturde. Me gustaría poder analizarlo e interpretarlo como es debido, pero no hay tiempo que perder: Enzo atrapa mis labios con los suyos y presiona con firmeza para que le deje entrar, y yo solo puedo levantar la cara, abrirme a él y entregarme por completo.

Nuestras lenguas se encuentran, tímidas, ambas vibrando. Solo un roce, las puntas nada más, y ya se me doblan las rodillas.

Se retira de inmediato, como si hubiera recibido una descarga eléctrica. Se separa de mí unos centímetros, traga saliva y, después de cruzar una breve mirada con mis ojos, inclina un poco la cabeza hacia la derecha y su boca vuelve a buscarme.

Esta vez me coge la cara entre las manos y me devora con una pasión tan devastadora que yo

también me aferro a él y dejo que me arrastre a este torbellino de sensaciones.

Empezamos a besarnos muy en serio, como si hubiésemos estado reprimiéndonos durante demasiado tiempo y ahora ya no fuéramos capaces de contener el deseo de fundirnos con la boca del otro.

Esto no lo finge. No puede ser. Es demasiado auténtico. Se moría por besarme, igual que yo me moría por besarle a él.

Joder con Lorenzo.

Pierdo la noción del tiempo. Del espacio. Me pierdo a mí misma para encontrarle a él.

El club da vueltas.

Las manos de Enzo bajan por mi espalda, toman mis nalgas y me pegan más a él, dejándome sentir su erección.

Hundo los dedos en su pelo y el beso se vuelve áspero, húmedo y muy carnal.

Cuando le pone fin y se aparta para apoyar la frente contra la mía, apenas puedo respirar.

—Para, Lottie —murmura contra mi boca. Tiene la respiración áspera—. Para antes de que me replantee la puta cláusula dos.

Es difícil entenderle, respira muy deprisa y arrastra las palabras. Sus ojos oscuros me observan los labios con tanta pasión que me derrito.

—¿Hay alguna posibilidad de que te la replantee? —susurro, decidida a ir a por todas.

Su boca se curva en una pequeña sonrisa.

—Es este momento, demasiadas. Ven. Tomemos una copa. O mejor, vayámonos. Mejor que me dé el aire.

—¿No se molestarán tus amigos?

—No. Pensarán que nos vamos a follar.

Me estremezco solo de pensarlo. Porque, si con un beso me ha puesto tan caliente y húmeda, ¿qué pasará cuando me toque?

Ya lo sé. La cláusula dos se asegura de que eso no vaya a suceder nunca, pero yo creo que estamos haciendo progresos. Hace un par de meses aún me rugía por los pasillos que el café no estaba lo bastante caliente para su gusto y ahora todavía tengo sus manos en mi cuerpo y su sabor en la lengua. Diría que estamos avanzando en la dirección correcta.

—¿Cojo el bolso y nos vamos?

Asiente. Se está secando los labios con los dedos.

Joder, siento un tirón tan fuerte entre las piernas al trabar contacto visual con él que estoy a un paso de saltarle encima otra vez, besarlo y exigirle que me haga suya de inmediato. A la mierda la cláusula dos. Soy una rebelde. *Vive la Révolution!*

—Te espero fuera, ¿vale?

—Vale —respondo, incapaz de recuperar el aliento.

Sabía que sería intenso, pero lo que siento ahora mismo está por encima de la intensidad. Es una puta locura.

Vuelvo a nuestra mesa con la cara deshecha, agarro mi bolso y, después de un segundo de reflexión, también el Martini. Me bebo la copa entera, de golpe, antes de volver a dejarla sobre la mesa.

Madre mía. Joder. Todavía me tiemblan las manos.

—¿Os vais?

Ay, Davide. Si supieras el fuego que has encendido con tu desconfianza...

—Sí. Enzo... Sí, nos vamos.

—Ya, se ha calentado la cosa, ¿no?

Uf, y que lo digas. La cosa está muy, *muy* caliente.

—Bueno, en fin, ha sido un placer conocerte.

—Nos vemos, Lottie.

Eso espero. Porque, si hay que estar cerca de sus amigos para que Enzo se ponga así, me parece que estos tres cabroncetes se acaban de convertir en mis tres personas favoritas del mundo mundial.

Me reúno con Enzo en la puerta del club. Ha conseguido un cigarrillo y se lo está fumando con los ojos cerrados, como si le fuera la vida en la nicotina que absorbe.

—Creía que lo habías dejado.

Separa los párpados y me observa con la cabeza inclinada hacia la derecha. Todavía tiene la mirada nublada de deseo.

—Así es. Pero a veces caigo en la tentación. ¿Quieres?

Por muy atractivo que resulte chupar algo que ha estado primero dentro de su boca, rehúso con un gesto.

—No fumo. Nunca he fumado.

—Hmm. Una buena chica.

—Yo no diría tanto.

Sonríe. Sus ojos tardan en apartarse de los míos.

—¿Nos vamos? —dice al fin.

Asiento, y echamos a andar hacia el aparcacoches.

—Tenga. —Le alarga el ticket que nos dieron al llegar y también la propina.

—Gracias, señor. No tardaré nada.

—Tranquilo. No hay prisa.

En cuanto nos quedamos a solas, empiezo a sentirme rara.

Yo cuando estoy nerviosa, hablo.

—Me gusta este club. Está lleno de pijos, pero la música mola y...

De pronto, Enzo se saca el cigarro de la boca, se vuelve hacia mí y me evalúa con una expresión extraña, casi turbulenta, me atrevería a decir.

—Lottie, ¿te estoy confundiendo?

Arrugo la cara, desconcertada por la pregunta.

—¿A qué te refieres?

—Al beso.

Me encojo de hombros.

—Me has besado porque tu amigo nos estaba mirando, ¿no?

—Sí.

—¿Y usaste la lengua porque...?

Echa la cabeza hacia atrás, hace una mueca de fastidio y luego vuelve a bajar el rostro hacia el mío.

—¿Por placer?

—Y quién está confundido ahora, ¿tú o yo?

Deja caer los párpados y se mantiene así unos segundos, después de los cuales me clava otra

vez una mirada reluciente en las retinas.

—¿Qué haces trabajando para mí, Lottie Jones? ¿Por qué no estás gobernando los siete reinos?

Me echo a reír.

—Nunca te hubiese tomado por un seriéfilo.

—¿Esa palabra existe?

—Es un neologismo. Bueno, puede que me la haya inventado, no lo sé.

Se echa a reír y niega para sí.

—De todas las personas de Londres con las que podría haber fingido un romance, me alegro de que seas tú.

¿No es precioso?

Teniendo en cuenta esta conversación y el beso tan arrasador que nos hemos dado en el club, solo me surge una duda: ¿seremos la clase de matrimonio que ve Netflix acurrucados o nos pondremos cada uno en un rincón del sofá?

Yo creo que acurrucados.

Veinte minutos más tarde, el coche de Enzo se detiene delante de mi puerta.

—Bueno —digo con un suspiro y el bolso ya en la mano.

—Bueno —responde él, sonriéndome.

—Me lo he pasado bien.

—Yo también.

Se inclina sobre mí y me da un beso. No es en la boca, pero tampoco en la mejilla. Me besa justo en la comisura del labio y a los dos se nos altera el aliento.

—Buenas noches, Jones —me susurra antes de apartarse.

—Buenas noches, señor.

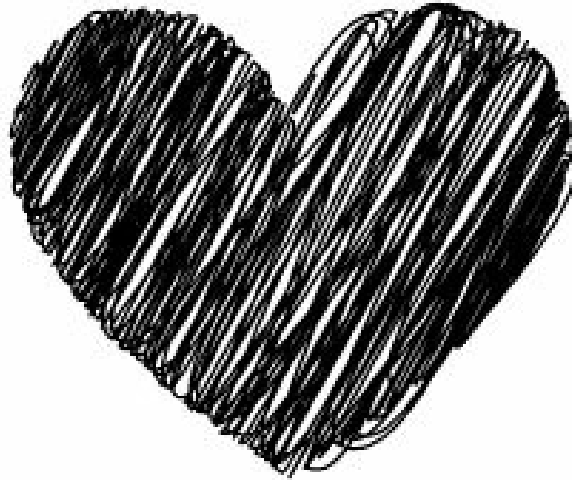
Lo veo reír entre dientes y negar para sí.

Bajo del coche, voy hasta la puerta y me enfrasco en una desesperada búsqueda de las llaves que dura casi medio minuto.

Cuando por fin las encuentro y abro la puerta, Enzo arranca su ruidoso deportivo y se marcha, jodiendo el descanso de mis vecinos.

¿No es muy tierno que se haya quedado esperando? Me pregunto cuánto tiempo necesitará su sistema operativo para comprender que se está pillando por mí. He de confesar que nunca he sido una mujer demasiado paciente. Como toda mi generación, soy hija de la inmediatez y de la gratificación instantánea.

Érase una vez en Londres



Davide, que, según me han contado, dirige su propio fondo de inversión y tiene mucho éxito con solo treinta y seis años, se acaba de comprar un piso en Chelsea y está dando una gran fiesta de inauguración esta noche.

Enzo me ha dicho que puedo traer a mis amigos si quiero, de modo que lo más interesante de Londres, es decir: Shannon, Maisie y una servidora (Stefan se había pedido turno doble hoy, por ser sábado, y no ha podido retractarse), hemos cogido el autobús, una botella de vino todo lo cara que nos hemos podido permitir y estamos llamando entusiasmadas al timbre.

No nos invitan a una fiesta desde la universidad. ¡Qué emoción! En mi mundo nadie inaugura pisos. Estamos todos de alquiler.

Nos abre el mismo anfitrión, en camisa blanca arremangada y vaqueros, un atuendo desenfadado que lo hace parecer más joven de lo que es.

—Lottie, me alegro de que hayas podido venir —dice, envolviéndome en un gran abrazo, como si por fin me estuviera dando la bienvenida al grupo—. Pasad, chicas. Soy Davide, el de la fiesta.

El mejor amigo de Enzo es un hombre atractivo, alto, moreno, en perfecta forma física, pero no es su rostro, cincelado y sin afeitar, ni su aspecto dinámico de ejecutivo treintañero lo que agrada a mi amiga Shannon, sino el brillo agudo de sus ojos azules. Ese destello sugiere un intelecto superior a la media y a ella la ponen los tíos listos.

Ni siquiera espera a que la presente, lo coge del brazo y lo arrastra por el salón como si ya fueran íntimos.

—Me encanta este barrio, David. Y tu piso es una delicia. ¿Cinco habitaciones?

—Cuatro.

—Hum. No lo habría adivinado por el tamaño del salón. ¿Puedo preguntar cuánto te ha costado? No es por cotillear, es que soy agente inmobiliaria y me paso la vida haciendo estudios de mercado. Estoy pensando en abrir mi propio negocio en breve. Quizá me establezca en este

barrio. Ten, te dejo mi tarjeta, por si necesitas cualquier cosa.

Con *cualquier cosa* Shannon quiere decir *sexo* y lo sabemos todos, Davide incluido, que sonrío de lado y la observa con una ceja en alto.

—Me llamo Davide, en realidad. Y no hablemos de dinero esta noche. No se me ocurre nada más vulgar. ¿Me disculpas?

Me echo a reír sin poder evitarlo. Menudo zasca. Ninguna lo habíamos visto venir. Shannon está conmocionada.

—Un poco brusco, ¿no?

—Anda que tú —bufa Maisie—. No puedes preguntar a la gente cuánto ha pagado por un piso.

—¿Por qué no? Es curiosidad profesional.

—Por favor. ¿Tú crees que un urólogo iría por ahí interrogando a los invitados de una fiesta sobre cuándo se han realizado el último examen de próstata?

—Hola, Lottie.

Me vuelvo hacia la voz de mi amorcito ficticio y la cara se me ilumina en una sonrisa.

—¡Hola! —exclamo, abrazándome feliz a su cuello, porque yo siempre me pongo contenta cuando lo veo.

Enzo sitúa su enorme mano en mi nuca, me echa la cabeza hacia atrás y me abre los labios con los suyos. Arqueo las cejas, confundida. Luego recuerdo que estamos en casa de uno de sus amigos. Ellos creen que soy su novia de verdad.

Shannon se aclara la voz no todo lo discreta que debería.

Enzo sonrío en mi boca, se aparta y se vuelve hacia ellas.

—Hola. Soy Lorenzo. Tú debes de ser Shannon.

—La misma —responde mi amiga, estrechándole la mano con cara de desconfianza. Sé que ahora mismo mis dos amigas lo están midiendo. Pretenden averiguar de una vez por todas por qué me pone tanto.

—Y tú eres ¿Maisie?

—Sí, señor.

—Encantado de conoceros. Venid. Os presentaré a unos amigos.

—No hables de dinero —instruye Maisie a Shannon por el camino.

Ahogo una risita y las miro por encima del hombro. Las dos me ponen cara de *qué demonios*, ya que Enzo, no solo es que me haya besado en la boca nada más verme, sino que ahora me ha cogido por la muñeca y me está arrastrando hacia la cocina.

Me encojo de hombros a modo de respuesta.

Yo tampoco lo entiendo. Pero me gusta mucho. La ficción parece muy real.

Llegamos a la cocina, enorme, toda de granito negro y azulejos blancos, y ahí Enzo nos presenta a Santino y Luisa, una pareja joven que vive en el barrio, y también a otra pareja, los recién casados Matteo y Giulia.

Me gusta que me esté presentando como *su chica*, aunque sé que solo lo hace porque los demás creen que así es.

—Hola. No nos conocemos. Soy Marc, un amigo de Enzo de la infancia.

—Maisie. Esta es Shannon. Somos amigas de Lottie.

—Ah. Encantado de conoceros. ¿Qué hay, Lottie?

Solo después de abrazarlo me doy cuenta de que es el del club, el que se había sentado en la mesa para poder analizarme mejor. Con el ruido y la emoción del momento no me he enterado de

sus nombres, solo me quedé con el de Davide, porque a él lo conocí en la puerta, cuando la música, los flashes y el olor de Enzo todavía no me habían trastocado el cerebro.

—Hola, Marc. ¿Cómo estás?

—Muy bien. Me alegro de verte —dice, frotándose el brazo con cariño, como si de verdad le alegrara mi presencia aquí—. Venid, vayamos a sentarnos en el salón. He conseguido echar a los amigos de Davide del Soho. No aguanto a los hípsters. Antipáticos sí o sí.

Suelto una risita y me dejo llevar por su entusiasmo.

Esta vez soy yo quien arrastra a Enzo. ¿No es precioso que no me haya soltado la mano en todo este tiempo? Está claro que él, al igual que yo, busca el contacto físico todo el rato. Mi nombre se cuele en sus conversaciones. Tiene que esforzarse para retirar los ojos de los míos. Solo un necio pasaría por alto todas estas señales. O un asno.

En el salón, el tercer amigo de Enzo que conocí la otra noche en el club y varias personas, igual de bien vestidas y atractivas que él, están sentadas en una mesa de comedor enorme, ovalada, llena de copas de vino, queso y canapés, aunque nadie hace caso a la comida porque están todos fumando como chimeneas.

El mencionado amigo se levanta de la silla al vernos llegar y su cara se abre en una sonrisa un poco traviesa.

Lleva vaqueros y una camisa de un rosa pálido, muy veraniega, que no oculta la perfecta forma física en la que está ni el tatuaje de su antebrazo. ¿Por qué son todos tan guapos en esta fiesta?

Aunque el premio se lo lleva, por supuesto, Lorenzo, el dios romano cuyos dedos todavía arden encima de mis nudillos.

—Atención. ¿A que no sabéis quién es esta chica tan guapa que acaba de llegar?

Se me encienden las mejillas cuando todo el mundo se pone de cara a mí y decenas de ojos me analizan desde las raíces del pelo hasta las puntas de las finas sandalias de tacón que me ha prestado Shannon porque casaban mejor con mi vestido de color púrpura que *esa porquería hippie que te has puesto*.

El tío me coge por los hombros, me aparta de Enzo y me pega a su costado.

—Se llama Lottie y es la, agarraos, prometida de nuestro Lorenzo.

Alguien silba en la sala, la mayoría aplauden.

—Estamos todos encantados de conocerla, ¿a que sí, chicos?

—¡Sí! —gritan al unísono, algo borrachos. Mis amigas no saben si echarse a reír o si salir corriendo.

Enzo le pone dos dedos en el pecho para separarlo de mí.

—Ya, ¿no, Dario? Deja a Lottie en paz. No le gusta que todo el mundo la mire.

—Oye, no te hagas el gallito conmigo. Solo quería que conociera al grupo.

—De presentarla ya me ocupo yo, que para eso soy su prometido.

—Qué territorial. Me encanta este rollo medieval, tío.

—Anda y que te den.

Dario suelta una carcajada.

—Creo que voy a ir a sentarme ahí.

—Sí, va a ser lo mejor —espetea Enzo, sin renunciar a su tono tirante—. Lo siento. Cuando se pasa con el vino, se vuelve un poco capullo.

—No pasa nada, en serio —lo tranquilizo, rodeando su fuerte bíceps con la mano.

Tocarle nos confunde a los dos. Es como si nos sacudiera una corriente eléctrica.

Me dispongo a retirar la mano, pero pone la suya encima para frenarme, me sonrío y noto que poco a poco deja de estar tan tenso.

Nos miramos a los ojos unos segundos más de lo necesario. Estoy segura de que estamos teniendo un momento especial.

Yo, al menos, me siento como si la reunión quedara en segundo plano.

—¿Vino blanco? —me propone de repente.

Se le ha colapsado el sistema operativo. Su Windows no sabe procesar todas estas emociones y le acaba de sugerir que reinicie para actualizar.

Me deshago en un suspiro.

—Claro.

—¿Shannon, Maisie? ¿Una copa de vino? —ofrece a mis amigas.

—Por favor —responde Shannon con su sonrisa de relaciones públicas—. Si es por lo que hemos venido. Sabemos que los italianos tenéis buen gusto para los vinos.

Todo el mundo se echa a reír. Shannon me guiña un ojo, se presenta a sí misma como si fuera la estrella invitada de este programa, estrechando la mano de todos y acordándose de decir que es agente inmobiliaria, y luego se deja caer en una silla al lado de Davide, que la observa con sonrisa velada.

Maisie se queda a mi lado y, junto a Enzo, elegimos unas sillas cerca de Marc y lejos de Dario que, de todos modos, está intentando ligar con una morena de pelo largo. Parece que los amigos de Enzo siempre están ligando con alguien.

Aunque son todos muy simpáticos y me han recibido muy bien.

Pronto empezamos a hablar de vacaciones, de música, de libros y de trabajo.

Enzo me abraza contra su costado. Al sentir su enérgico calor corporal envolviéndome y la nube de colonia masculina que hace que la cabeza te dé vueltas, me doy cuenta de que me estoy enamorando de él en serio.

—Y tú, Lottie, ¿qué buen libro has leído últimamente? —me pregunta Giulia.

—*I love Dick*.

Todo el mundo se echa a reír.

—¡Pero no es lo que creéis! —exclamo, ruborizada—. Es que el personaje se llama Dick, diminutivo de Richard. No tiene nada que ver con los penes.

—¡Ah! —proclaman aliviados.

—¿De qué va? —me pregunta Marc.

Les explico que el libro de Chris Kraus es un ensayo feminista, irónico y divertido sobre la conducta social, la condición femenina y el control al que estamos sometidas las mujeres.

—Chris es una artista frustrada y sin pelos en la lengua, ya sabes, la clase de mujer fuerte que aterroriza a los machistas, porque tiene las ideas bien claras, opiniones propias y oscuros deseos de los que no se avergüenza en absoluto, y Dick es un teórico de los movimientos contraculturales, que ella conoce a través de su exitoso marido, Sylvère.

—O sea, que va sobre el adulterio —sentencia Luisa.

—No exactamente —defiendo después de sorber un poco de vino—. Va sobre la obsesión. Es una novela epistolar. Resumiendo: Chris emprende un viaje por todo el país y empieza a escribirle compulsivamente a Dick, aunque en realidad nada gira en torno a Dick. Es más profundo que eso. No sé, llega hasta los cimientos de la feminidad de Chris. Dick solo es el objeto a través del cual ella abre su corazón.

Maisie añade un comentario ingenioso sobre la liberación sexual femenina, lo cual provoca

otra oleada de risas.

Enzo no interviene en la conversación. Solo me escucha, con una sonrisa apenas esbozada.

Me parece oír el timbre, pero estoy enfrascada en la conversación, defendiendo mi punto de vista, y no presto atención a nada, hasta que escucho a Davide susurrarle a Enzo:

—Martina está aquí. Yo no la he invitado.

Absolutamente nada cambia en el rostro de mi acompañante.

Y a pesar de ello, tengo el opresivo sentimiento de que todo es diferente.

Analizo su rostro en busca de indicios de qué ocurre, pero la expresión de Enzo es impenetrable. Se acerca la copa de vino a los labios, bebe e ignora de forma más que evidente a la mujer alta y estilosa que acaba de entrar en el salón, acaparando la atención de todo el mundo.

Está claro que es un miembro más que valorado dentro del grupo; todos le dan besos, abrazos y coquetean con ella.

Incluso los que están casados.

Todos, menos Lorenzo, que se mantiene huraño en la silla. Eso tiene que significar algo. Como bien dice su abuelo, solo se ignora así a la gente a la que deseas.

—Martina, ven a conocer a Lottie, la prometida de Enzo —la arrastra hacia nosotros una animada Giulia—. Es muy divertida.

Martina vuelve la cara y nuestras miradas se cruzan a través de la sala. Joder. Es una especie de Monica Bellucci hace veinte años. No solo que sea guapa. Es la leche de sexy. Tiene unos pómulos y unos labios de escándalo. Desearía no llevar un vestido psicodélico de color púrpura. Gracias a Dios, Maisie me ha persuadido para renunciar al lazo que me iba a poner en el pelo. Me habría sentido terriblemente infantil a su lado.

—Hola —dice, acercándose a mí con una sonrisa cordial. Me separo del abrazo de Enzo e, incómoda, me levanto de la silla—. Así que la prometida de Enzo.

¿Por qué tengo el sentimiento de que no se lo ha tragado?

—Lottie, encantada de conocerte.

—Lo mismo digo, Lottie.

Martina me da un discreto repaso con la mirada sin perder la sonrisa. Sin embargo, algo en su forma de observarme me hace sentir incómoda, como si un escalofrío me estuviera bajando por la espina dorsal.

Por fortuna, al instante empiezan a rondarle los moscones y la apartan de mí.

—¿Quién es? —le pregunto a Enzo, que no se ha dignado a saludarla. Se ha quedado en su silla, sorbiendo vino como si nada.

—Se llama Martina.

—Eso ya lo he pillado. ¿Saliste con ella?

Vuelve su inexpresivo rostro hacia el mío con irritante parsimonia y me atraviesa con la mirada.

—Follé con ella, sí, si es eso lo que me estás preguntando.

Encantador.

—¿Y por qué dejaste de... *follar* con ella?

Al subrayar el fascinante verbo, he entornado los párpados, y veo que Enzo intenta contener la sonrisa.

¿Se nota mucho que lo que me pasa en realidad es que estoy muy celosa?

La imagen de ellos dos juntos, desnudos, perfectos, seguros de sí mismos y de sus cuerpos trabajados en el gimnasio, tiene muchas papeletas para convertirse en mi próxima pesadilla más

recurrente.

—Te conocí a ti, nos enamoramos, nos prometimos...

Lo fulmino con la mirada. No le aguanto cuando se pone así de asno y se burla de mí.

—Podías haberle dicho la verdad. O casarte con ella en vez de conmigo.

Se ríe por lo bajo.

—¿Casarme con ella? Yo no soy de los que se casan, Lottie.

Claro que sí.

Solo hay que cambiar la configuración de su estúpido disco duro.

—Vas a casarte conmigo.

—Eso es diferente. Tú y yo no follamos.

Me estremezco, me ruborizo y aparto la mirada, todo eso en menos de dos segundos.

Enzo apoya la palma en mi rodilla y acerca los labios a mi oído.

—No es que no me atraiga la idea —vuelve a susurrarme, consiguiendo que el corazón me dé un violento brinco en el pecho—. Pero no tendría sentido. Acostarnos lo complicaría todo a lo tonto.

Pues muy bien, me iré a coquetear con Dario, ahora que la morena con la que estaba ligando se ha marchado de la fiesta.

Aparto su mano de mi rodilla con brusquedad, me pongo en pie y compongo una sonrisa helada.

—¿Me disculpas?

Me frunce el ceño y se dispone a decirme algo, pero no me quedo ahí para oírlo. Estoy cabreada y, de camino a la cocina, donde espero encontrar a Dario, me bebo todo el vino de golpe para envalentonarme.

Mis amigas están por ahí, relacionándose, así que no tengo nada mejor que hacer que acercarme al grupo de gente guapa e interesante que debaten sobre si es la suerte o el talento lo que determina el éxito de una persona. Es mi momento de lucirme. Entiendo del tema.

—Hace unos años —intervengo con una expresión de experta que hace que todos se callen y me presten atención—, un grupo de científicos monitorizaron el éxito de mil personas virtuales a lo largo de una carrera de cuarenta años. El estudio concluyó que la buena fortuna, y no el talento, la pasión o el trabajo duro, era el factor determinante a la hora de conseguir el éxito.

—¿Lo dices en serio? —se asombra Matteo—. ¿Lo han estudiado?

—Ajá —respondo, recibiendo una copa de vino que alguien me ofrece—. Muchos científicos creen que la suerte ocupa un lugar importante en la ecuación del éxito. Es la variable que cambia el resultado final. Imaginaros que soltamos un objeto desde un avión. La fuerza del aire determina el punto exacto en el que tocará la tierra, ¿no? Pues ese es el papel de la suerte en nuestras vidas. Nos arrastra del éxito al fracaso y es la que tiene la última palabra.

Todos asienten, impresionados por mi teoría de la suerte.

—¿Eres científica? —me pregunta una mujer morena de pelo corto.

—No, qué va. Soy de letras.

Las carcajadas colectivas aseguran que les he caído muy bien.

De repente, alguien me toca en el hombro. Me giro y, para mi sorpresa, es Dario.

—Es muy lista, aparte de guapa. ¿Dónde está tu novio, el caballero medieval?

—Por ahí —respondo, con una sonrisa coqueta.

Dario también sonríe mientras sorbe un poco de whisky. Para él ya ha pasado la hora del vino.

—¿Te han enseñado la biblioteca?

Ahora que lo menciona, nadie ha tenido la cortesía de hacerme el tour del piso.

—No. ¿Hay una biblioteca?

—Por favor, si te cansas de Lorenzo, llámame. Lo hemos hablado y hemos llegado a la conclusión de que tú eres la mejor.

—No lo entiendo. ¿La mejor de qué?

—De todas —responde, con un leve encogimiento de hombros.

Me echo a reír antes de agarrarme al brazo que me ofrece.

—Davide es un fanático de los libros —me explica mientras pasamos por el salón, de camino al pasillo principal— y ha montado una biblioteca porque tiene muchos ejemplares que guardar. He visto que te gusta leer.

Vaya. Así que me ha prestado atención. ¿Cuándo? ¿Mientras ligaba con la morena?

—Me gustan las historias. En todas sus facetas. Libros, series, películas, canciones...

—¿Qué tipo de historias? —se interesa, antes de abrir una puerta y arrastrarme a la biblioteca, que está vacía y, diría yo, cerrada al público.

—Las de amor, sobre todo.

Sonríe para sí, se acerca a una enorme estantería repleta de libros y pasea el dedo por los tomos. Veo muchos clásicos, filósofos, grandes pensadores, psiquiatras...

—No es mi estilo —lo freno, y entonces me arrastra a otra parte de la biblioteca.

Ahí encuentro títulos más aceptables, algunos me los he leído. Les cambiaría el final, porque mi corazón romántico no puede con tanto drama, pero no están nada mal. Cojo un libro al azar y empiezo a hojearlo. Dario me observa con una sonrisa.

—Hubo un tiempo en el que creí que me haría profesora de literatura —le digo, no sé muy bien por qué—. Al menos esa era la intención cuando empecé la universidad.

Se apoya contra la estantería y sus ojos retienen mi mirada unos segundos.

—¿Y qué pasó? ¿Cómo acabaste trabajando para nuestro Lorenzo?

Me encojo de hombros mientras dejo el libro en su sitio.

—No lo sé —respondo, volviéndome de cara a él—. Me acojoné. De repente, la idea de estar delante de una clase de adolescentes malvados empezó a aterrarme. Decidí tomarme un año sabático, que luego se convirtieron en ocho, empecé a trabajar en empresas privadas, en revistas... Y ahora mismo ya no sé qué es lo que quiero hacer con mi vida. No sé si quiero enseñar, si quiero escribir yo misma mis propias historias, si quiero sentarme en una silla y no hacer nada relevante durante los próximos cincuenta años...

—Es difícil encontrar el camino en la vida, ¿verdad?

Por fin un hombre que lo entiende.

—Así es. La gente se espera que lo tengas claro a los dieciocho, diecinueve como muy tarde. Pero ¿qué pasa si necesitas más tiempo para descubrirlo? ¿A qué te dedicas tú?

—Soy publicista.

—Ah, qué interesante. ¿Te gusta?

—No está mal. —Me dedica una sonrisa de lado y yo asiento, impresionada.

—Si pudieras hacer cualquier otra cosa, ¿qué harías?

—Besarte.

Abro los ojos de par en par. Dario se echa a reír.

—Lo siento. No tenía que haber dicho eso en voz alta.

—No, no, está bien. Has sido... sincero.

—¿Puedo hacerte una pregunta personal, Lottie?

Mientras no sea la famosa ¿qué llevas por debajo de ese vestido?

—Claro.

—¿Qué ves en Enzo?

Frunzo el ceño, sorprendida por el tema elegido.

—¿Aparte de lo evidente?

—Sí, no hace falta que me hables de su *gran* talento.

Me río al ver la mueca que pone.

—Pues veamos: es listo, culto, interesante... Parece rígido, irritable y algo brusco, pero cuando llegas a conocerle de verdad, te das cuenta de que no es para nada así. Tiene un lado divertido que oculta muy bien. Es de esos pocos hombres con los que puedes pasarte horas hablando sin aburrirte. Siempre está dispuesto a escuchar tu punto de vista. Me encanta su energía y su valentía para arriesgarse a hacer cosas nuevas, nunca le da miedo probar algo diferente. No sé, es...

—Vale, estás enamorada de él —me frena con una risita.

—Sí.

Y lo digo en serio.

Se produce una pausa incómoda.

—Y es guapo —añade de repente Dario.

—Es la hostia de guapo —admito, arrancándole otra risita.

Carraspea, me coge de la mano y me acerca a él.

—Lottie, creo que me he pasado con la bebida esta noche, porque ligar con las novias de los demás tampoco es lo mío. ¿Me perdonas?

Por favor, no hay que mencionarlo. A esta servidora le encanta Mark, el de *Love Actually*.

—Claro. ¿Amigos?

Choca su copa contra la mía.

—Amigos. Ven, busquemos a tu novio, antes de que le dé otro ataque de celos.

La idea de volver al salón me deja con un hueco en el estómago. He estado haciendo el ridículo, comportándome como una novia celosa delante de un hombre con el que mantengo una relación ficticia y, por si fuera poco, me da miedo encontrarme a Enzo enrollándose con Martina en el cuarto de la lavadora.

Para mi sorpresa, está en el mismo lugar, en la silla en la que lo dejé.

Su mirada se encuentra con la mía nada más entrar Dario y yo en el salón.

No sé si está cabreado o si se la suda. Su cara es una máscara esculpida, rígida y helada, y el verde de los ojos que se aferran a los míos de inmediato resulta absolutamente inescrutable.

Me despido de Dario con una sonrisa temblorosa y echo a andar hacia él.

No libera mi mirada, ni siquiera cuando me siento en la silla a su lado, y siento que otra vez me observa como a un pajarillo insólito que lo fascina.

—¿Dario se ha empeñado en enseñarte la biblioteca? —me dice, burlón, casi mordaz.

—No estarás celoso.

Sus labios esbozan una sonrisa leve.

—No. ¿Por qué iba a estarlo? Aunque hay una cláusula que te obliga a no ligar con mis amigos.

Yo también sonrío, con una mueca igual de punzante que la suya.

—No estaba ligando con tus amigos. Y la cláusula dice que puedo ligar con quien quiera, siempre y cuando sea discreta. Creo recordar que me sugeriste un domicilio privado.

Le dedica a mi rostro un exhaustivo repaso.

—Entonces, ¿quieres ligar con Dario?

—¿La verdad? No. No es mi tipo.

—¿Y quién es tu tipo?

«Tú, estúpido ciborg musculado».

—¿Quién es el tuyo? —repongo, intrigada.

Noto que intenta contener la risa.

—¿De toda esta fiesta?

—Ajá.

Peina el salón con la vista. Luego, sus ojos se vuelven a hundir en los míos.

—Me parece que tú.

Me he quedado perpleja, y Enzo aprovecha para inclinarse hacia mí y plantar un beso en mi boca entreabierta.

—¿Sigo? —murmura contra mis labios, con respiración pesada y un aire salvaje que vuelve casi irreconocible su mirada verde.

Solo puedo asentir.

Me pone la mano en la nuca, me arrastra a sus brazos y, después de hacerme sentarme en su regazo y rodearlo entre las piernas, levanta la cara hacia la mía y vuelve a besarme.

El calor de su lengua llena mi boca, y la sala, Martina, los celos, Dario... simplemente, dejan de existir.

Siento un tirón tan fuerte entre las piernas que un gemido de placer surge desde lo más profundo de mi garganta al encontrarse nuestras lenguas. A Enzo le excita mi reacción, noto que se vuelve más atrevido.

Nos besamos como si estuviésemos ahogándonos y su cuerpo se pone cada vez más duro y caliente debajo del mío.

—¿Os enseño la zona de los dormitorios? —nos interrumpe Davide, que se deja caer en la que antes era mi silla y nos observa con las cejas arqueadas.

Enzo deja de besarme y, sonriendo fastidiado, vuelve la cara hacia su mejor amigo.

—¿No tienes invitados a los que atender?

El otro se ríe entre dientes.

—Joder. Pero, ¿qué tenéis, quince años? Controlaros, coño. Ya os devoraréis el uno al otro después de la fiesta.

Enzo pone cara de aburrimiento. Intento bajarme de su regazo, pero me coge por las caderas y me lo impide.

—Tú no te muevas. Estás muy bien donde estás.

Es cosa mía, ¿o la ficción se nos está yendo de las manos?

Porque esto es realismo al más puro estilo de Tolstoi.

Me quedo sentada en su regazo y analizo su apuesto rostro con una sonrisa que no puedo contener, los labios aún húmedos, la cara esculpida, su sexy barba de varios días, la nariz perfecta, aristocrática, las largas pestañas...

Soy tan insensata como Anna Karenina. Espero que alguien me agarre a mí por el corsé antes de que sufra alguna caída mortal.

—¿Vais a salir de Londres mañana? —pregunta Davide después de dar un sorbo a su copa. También se ha pasado a los licores fuertes.

—No —le responde Enzo, cuyas manos aún me sujetan por las caderas. Ya no está

empalmado, pero mi cuerpo se empeña en rememorar lo que se sentía cuando lo estaba.

¿No os parece absolutamente demencial que yo se la ponga dura a Enzo Bassi?

—¿Vais a salir de la cama mañana? —rectifica Davide con una mueca traviesa.

El pecho de Enzo vibra con una fuerte carcajada.

—¿Por qué? ¿Qué quieres?

—Unos cuantos amigos vamos a ir a comer a ese restaurante nuevo de Camden que recomendó Matteo. ¿Os apuntáis?

Enzo echa la cabeza hacia atrás y arquea una ceja.

—¿Tú qué dices? ¿Nos apuntamos?

Les dedico a los dos una sonrisa de oreja a oreja.

—Por supuesto que nos apuntamos.

Davide brinda con su copa.

—Me gusta esta chica, Lorenzo.

Una sonrisa compungida, a medio esbozar, juega en el rostro de Enzo.

—A mí también, tío —murmura, sin retirar los ojos de los míos.

Mierda. Creo que lo dice en serio.

¿Habéis oído alguna vez esa expresión que afirma que la realidad supera la ficción? Pues es cierto.

Mi jefe me tiene apoyada contra el muro del edificio, me sujeta con las dos manos por las caderas, y me besa como si se fuera a acabar el mundo.

¿Por qué no habremos hecho esto antes? Me encanta. Voy a perder la cabeza y, si tengo suerte, alguna prenda por el camino, pero me da igual porque esto es el Paraíso.

El nada discreto carraspeo de Shannon se materializa en pleno momento erótico.

¡¿Por qué?!

Enzo separa su increíble boca de la mía y la mira, un poco exasperado, por encima del hombro. Su pecho sube y baja deprisa encima del mío, y me parece que no le ha hecho la menor gracia la intervención.

—No es por cortaros el rollo, chicos, pero ¿os vais a alguna parte a echar un polvo o esta se viene con nosotras a casa? El taxista empieza a impacientarse.

—Sí, lo siento. Ya la dejo ir.

Se aparta, algo avergonzado, se echa el cabello hacia atrás con los dedos y hunde las manos en los bolsillos como si no supiera que hacer con ellas.

Cualquier cosa parece servirle de excusa para eludir el contacto visual.

—Bueno, pues... Eh... Me voy —resuelvo en cuanto consigo recomponer un poco la expresión de mi cara.

Levanta la mirada para sondearme.

—Vale. Gracias por venir.

—A ti por... —«¿Hace falta que lo diga?»—*invitarnos*.

—Nos vemos mañana. Para comer, digo. Con los chicos.

—Mm-hm.

Noto que se resiste a dejarme marchar. Ojalá no lo hiciera.

Por un segundo tengo la sensación de que está a punto de ceder y pedirme que me quede, pero

al final suspira, aprieta la mandíbula y me dice:

—Te recogeré a la una.

Mierda. Estúpidos ciborgs.

—De acuerdo. Buenas noches.

—Buenas noches.

No me queda otra que emprender la retirada.

Me siento ansiosa mientras me alejo por la acera; tengo los nervios a flor de piel. Cuesta hacerlo. Cada molécula de mí me pide que dé media vuelta y salte a sus brazos como si fuera la protagonista de *Dirty Dancing*.

Solo la cordura y la dignidad me obligan a seguir adelante.

Y la presencia de mis amigas, que nos observan dándose codazos.

Llego por fin al taxi. Introduzco un pie dentro, pero cambio de opinión de repente y apoyo la mano en la parte superior de la puerta, solo para mirar una vez más hacia atrás, con un anhelo que cuesta disimular. Necesito un momento más para... No sé para qué. ¿Mirarlo? ¿Empaparme en él?

El ansia crece en los ojos de Enzo al encontrarse nuestras miradas. Algo, ¿pasión reprimida?, ¿fuego interno?, reluce en las pupilas que se aferran a las mías.

Incómodo, se me acerca en el último momento, justo cuando me dispongo a entrar en el coche, y planta un beso en mi mejilla.

No sé qué es lo que me produce tanta confusión: que sus labios ardan tan cerca de la comisura de mis labios o que sus palabras, frases lapidarias como: *no tengo la menor intención de follarte* o *practico sexo sin sentimientos y luego cada uno a lo suyo*, estén contradiciendo todo el rato sus acciones.

Hasta un ciego podría ver la extraña conexión que hay entre nosotros. ¿Cómo es que no la ve él? ¿Por qué no se da cuenta de que este beso es diferente a todos los anteriores?

No hay pasión ni deseo, solo ternura, y para mí eso dice mucho más.

Lo dice todo, en realidad.

—Adiós —me susurra, antes de dar un paso atrás.

—Adiós —murmuro, más para mí que para él.

Entro por fin en el taxi, cierro la puerta y lo observo a través del cristal.

Se queda en la acera, con las manos en los bolsillos de los vaqueros y el ceño fruncido.

Mis amigas tienen la cortesía de esperar a que el coche gire en la esquina antes de ponerse a chillar como adolescentes desquiciadas.

—¡Desembucha ahora mismo! —salta Shannon, excitadísima—. ¿Qué coño ha sido eso?

—¡Estabais casi follando delante de todo el mundo!

—No lo dice en serio —tranquilizo al taxista, que mira hacia atrás, escandalizado por las palabras de Maisie—. Solo nos estábamos enrollando. Completamente vestidos los dos.

—Usted conduzca —se enerva Shannon—. Y tú, habla.

—Pues no sé qué decir.

—¿Que no sabes qué decir? —Maisie me mira como a un bicho raro—. ¿Cómo que no sabes qué decir? ¿Es que ahora os enrolláis? ¿Qué pasa con la cláusula dos?

—¡Eso! ¿Qué pasa con la cláusula dos?

El conductor vuelve a buscarme a través del espejo.

—La cláusula dos es...

—¡Pero no le des explicaciones! —se indigna Maisie—. No es asunto suyo. Disculpe, ¿no podría poner la radio o algo?

El pobre hombre se encoge de hombros, suspira y pone música. Las chicas, algo más sosegadas, le dan las gracias.

—Entonces, ¿habéis hablado de lo que estáis haciendo?

—No —le respondo a Shannon—. Y, no —freno a Maisie, antes de que le dé tiempo de intervenir en la conversación—, no sé qué significa todo esto. Y tampoco quiero hablar con Enzo del tema.

—¿Por qué no?

—Porque se acojonaría, Maisie, si se parara a pensar en lo que estamos haciendo y qué significa. Y no quiero que se acojone, no quiero que se sienta presionado y de ningún modo quiero comportarme como la puñetera soltera treintañera y neurótica que se para a analizar cada mierda. ¿Es que no os dais cuenta de cómo somos las mujeres?, siempre lo interpretamos todo. Que si ha parpadeado dos veces seguidas, que si ha inclinado la cabeza hacia la izquierda... En el mundo femenino, cualquier cosa que hagan los tíos significa algo transcendental para la relación. Oiga usted, a lo mejor solo se le ha metido algo en el ojo, ¡o tiene tortícolis y no puede inclinar la cabeza hacia la derecha! ¿Por qué todo ha de significar algo? ¿Y quién dice que no puedo dejarme llevar y disfrutar de lo que sea esto sin pararme a analizar lo que significa, ponerle una etiqueta o saber adónde nos lleva? ¡Solo quiero vivir el momento! —exclamo, perdiendo por fin los estribos.

Mis amigas están boquiabiertas cuando dejo de rugirles.

Se produce un silencio tenso, interrumpido solamente por la canción de Lady Gaga que suena en la radio.

Noto que me arde la cara, porque yo, cuando me pongo pasional, soy peor que Margaret Thatcher en el Parlamento.

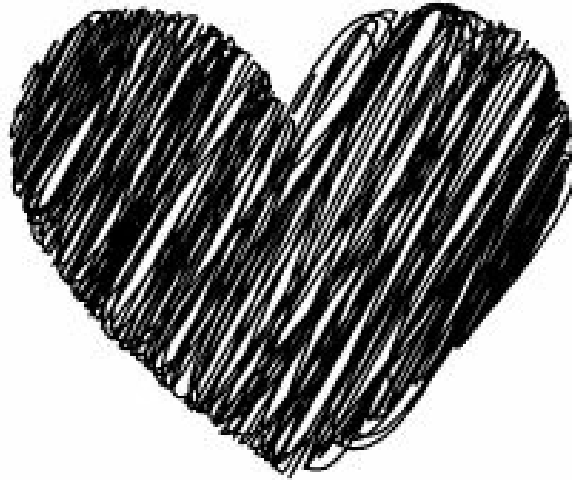
—No sé quién es esta tía, pero me gusta su rollo.

La afirmación de Shannon destensa el momento y surte el efecto deseado: nos echamos a reír aliviadas.

—Tengo que darte la razón. —Maisie se pone de cara a mí y me guiña el ojo—. Enzo está muy bueno.

Y venga a reírse como locas.

Sol, calor y... Enzo Bassi



Mi jefe y yo empezamos a enrollarnos como si fuéramos novios de verdad después de la comida del día siguiente.

Sospecho que quedamos tanto con sus amigos solo por el morbo de darnos el lote sin pararnos a pensar en lo que significa ni en cuántas cláusulas del contrato estamos infringiendo.

Londres se está volviendo tórrido, y no precisamente por culpa del astro rey.

Enzo me arrastra a clubes, a bares, a restaurantes, a salas de billar, y hasta nos enrollamos un domingo en casa de don Enrico, que nos invita a una barbacoa en el jardín, más que nada para obligarnos a elegir de una vez la fecha de la boda.

—No usaba tanto la lengua desde que tenía quince años y descubrí que sirve para algo más que para lamer un chupachups —le confieso a Shannon el primer día de apertura de piscinas.

Mi amiga se echa a reír a carcajadas.

—¿Y para cuándo es la gran boda?

Sorbo zumo de piña con la pajita y le lanzo una mirada por encima de las gafas de sol. Nos hemos desplomado en las tumbonas nada más llegar.

—Dentro de exactamente un mes.

—¡Cabrona! Estas cosas se avisan con tiempo si hay que andar comprando billetes de avión. ¡En verano se pone la cosa por las nubes!

—Lo sé, pero no os he dicho nada porque no quiero que vengáis.

—¿Cómo que no? ¿Por qué?

—Pues porque no es de verdad.

—¿Seguro? ¡Si incluso os habéis liado en el baño del trabajo!

—Pero fue solo para tocarle las narices a Margaret. Tenías que haber visto su cara cuando nos pilló en pleno calentón, yo estaba sentada en el lavabo, Enzo casi me estaba metiendo mano... Fue una odisea —admito, riéndome con maldad—. El caso es que ahora ya nadie de la oficina duda de la autenticidad de nuestro amor. Con lo cotilla que es Margaret, corrió el rumor como la

pólvora.

—¿Y tú?

—Yo, ¿qué?

—¿También confundes la farsa con la realidad?

Le frunzo el ceño.

—¿A qué viene el psicoanálisis ahora? Yo no puedo tomarme la vida en serio cuando hace sol y tengo una piscina llena de gente delante.

Shannon expulsa un suspiro de hartazgo. Lleva un bikini negro, minúsculo, que hace que todos los tíos se la coman con la mirada. Las demás no existimos a su lado.

La verdad es que tiene un cuerpazo increíble. Con abdominales delineados y todo. Yo también me la como con la mirada, aunque no porque me sienta sexualmente atraída. Es solo admiración.

—No sé. Es que quedáis, os besáis, os enrolláis... Lo más normal sería que eso te confundiera.

—¡Pues no estoy nada confundida!

Y sí, soy consciente de que el hecho de mosquearme con ella solo asegura lo confundida y desquiciada que me tiene toda esta situación. Dadme un respiro, ¿vale?

—¿Se lo has dicho a tus padres?

—¡Por supuesto que no! Gracias a Dios, esas dos semanas estarán en Vietnam, de vacaciones con sus amigos de la tercera edad. Confío en que mamá no encuentre wifi en la selva. En caso contrario, tendré que inventarme alguna cosa para evitar las vídeollamadas.

—Perdona, ¿qué hacen tu jefe y su amiguito aquí?

Le dedico una sonrisa dulce a modo de respuesta.

—Los invité yo.

—¿Para frotaros el uno contra el otro en la piscina?

Le guiño el ojo con socarronería y luego compongo mi mejor sonrisa para el hombre que eclipsa el sol. En el sentido más literal de la palabra, porque le tengo justo delante, con su metro ochenta y pico de altura.

Me gusta verle tan relajado. Lleva una camiseta blanca de manga corta, short azul turquesa, chanclas, y está guapísimo, muy por encima del nivel londinense. Tiene pintas de socorrista buenorro.

—Hola, chicas.

—Hola —coqueteo, sin ningún descaro.

Sonriendo de medio lado, Enzo se inclina sobre mi tumbona y me da un beso casto en los labios.

—Ya no quedan tumbonas libres a estas horas. ¿Te importa que compartamos la tuya?

—Oh, por favor. ¿También os vais a meter mano en la tumbona? —se escandaliza Shannon.

—¿Ves lo que tengo que aguantar? —se le queja Davide.

—Ah, hola, David. No te había visto.

Este, de pie delante de ella, sonrío con disimulo.

—Sabes perfectamente que me llamo Davide. ¿Estás cabreada porque no te he llamado?

—¿Por qué iba a llamarte?

—Follamos la otra noche —me aclara Shannon como si no concediera la menor importancia al asunto.

—¡¿Que follasteis?! —rujo, escandalizando a una señora de mediana edad, que se lleva a sus

dos hijos lejos de nosotros.

Enzo suelta una carcajada.

—¿Tú lo sabías? —lo increpo, aún más mosqueada.

—Yo lo sé todo, Jones. Voy a por algo de beber. ¿Quieres otro zumo de piña?

¡Lo que quiero es una explicación! Él y yo llevamos semanas enteras enrollándonos como adolescentes salidos, por no hablar de los dos años en los que hemos estado trabajando codo con codo, y ¿estos dos, sin conocerse de nada, van y en una sola noche ya besan el santo? Eso es totalmente injusto. ¡Protesto, señoría! ¡El acusado todavía no me ha penetrado! ¿No le parece a usted escandaloso? ¡Exijo una compensación ahora mismo!

—¿Lottie?

—No, ¡no quiero nada de beber! —me sulfuro porque vaya tela con el señorito medieval.

Frunce el ceño, pero ¿acaso os pensáis que se molesta en intentar averiguar qué es lo que me pasa? Claro que no. Solo le interesa su estúpida bebida. Putos ciborgs.

Davide se sienta en el borde de mi tumbona, de cara a Shannon, que finge leer una revista con gran interés.

—¿Hacemos algo esta noche?

—Que te den, David.

—Yo creo que le gusto —me dice, con un guiño socarrón.

Me echo a reír. Por un momento casi me olvido de lo cabreada que estoy con Enzo. Pero entonces él vuelve, Shannon va a darse un chapuzón, Davide la sigue a los dos segundos y nos quedamos solos.

Y de nuevo experimento una sacudida de vértigo en el estómago.

Nunca he creído en los presagios. Así que no sé por qué me embarga la sensación de que algo horrible está a punto de pasar.

Enzo deja su bebida en la mesita de plástico que venía con el pack de tumbonas y se sienta en el sitio de Shannon, inclinado hacia mí y con las manos apoyadas sobre las rodillas. Lleva gafas de sol de piloto sexy.

—¿Va todo bien?

Vaya pregunta. ¿Que me haya tumbado al sol, cruzada de brazos, y que esté fingiendo que no le conozco de nada no le da ninguna pista? A este modelo hay que actualizarle la configuración. Es un poco lento.

Me obstino en mi silencio, y lo oigo resoplar exasperado.

—Lottie, ¿qué te pasa?

Separo los párpados y vuelvo la cara hacia la suya con brusquedad. Incluso a través de las gafas noto la eléctrica fuerza de los ojos que devoran mi expresión.

—¿Y tú?, ¿a cuántas te estás follando?

Arruga la cara.

—¿Qué? ¿A qué viene eso ahora?

—Conmigo no lo haces, así que imagino que lo harás con otra persona.

Su rostro se contrae todavía más.

—¿Estás celosa? ¿Es eso?

No le respondo, porque la respuesta que se me ocurre me parece vergonzosa.

Así que vuelvo la cara hacia la piscina otra vez y finjo estar más interesada en absorber vitamina D que en esta conversación.

—Lottie, tú y yo tenemos un acuerdo.

—Que te saltas cada dos por tres —le recuerdo, con actitud de impasibilidad absoluta.
Se produce un largo silencio.

De verdad que no pretendía abrir el tema, pero pasan las semanas y mi actitud *carpe diem* empieza a desvanecerse.

Supongo que no soy la mujer que creía ser. Pensaba que sí, que podría jugar con fuego sin que se me prendiera el alma, y la triste verdad es que me estoy consumiendo.

Tenerle y, al mismo tiempo, no tenerle me desquicia.

—Cierto —admite Enzo con un soplido—. Hemos creado un vínculo y eso... no está bien.

Me arranco las gafas de sol, para clavarle una mirada hiriente en las retinas.

—¿Por qué te enrollas conmigo, Enzo? La mitad de las veces no es necesario. Ya nadie duda de que esto sea real.

«Ni siquiera yo».

Se frota la cara con los dedos. No se ha afeitado todavía. Me gusta cuando no se afeita; me gusta tocarle y sentir su mejilla áspera rozarse contra mi piel. Porque, lo niegue cuanto lo niegue, a él también le gusta que le toque.

—Pues porque me gustas, Lottie. Siempre me has gustado. Pero...

—¿Qué?

Él también se quita las gafas de sol, para lanzarme una mirada tan concentrada que me encoge el estómago. Me doy cuenta de que poco a poco su impecable máscara empieza a desmoronarse.

—No creo que debamos hacerlo más. Es confuso para los dos.

Me paso la lengua por los labios, que noto muy secos de pronto, y asiento fastidiada. ¿Por qué me siento como si estuviéramos cortando?

—Yo creo que es simple, en realidad. ¿Qué sientes tú por mí, Lorenzo?

Ahí está: la conversación que no quería tener y, sin embargo, era necesaria.

—Yo... Lottie, yo... —Lo he puesto en un aprieto. No tiene ni idea de qué contestar. Durante un buen rato solo frunce el ceño y menea la cabeza—. Me gustas. Físicamente hablando.

—¿Pero?

—Tú buscas otra especie de relación y yo no puedo ser la persona que quieres que sea. No se me da bien. No soy esa clase de tío.

He aquí el motivo por el cual no quería abrir el tema. Sabía que me resultaría doloroso.

Aunque nunca imaginé que fuera tan demoledor.

—Dile a Shannon que la llamo luego, ¿quieres? —murmuro, con la cara descompuesta.

—¿Te vas? Pero...

—Sí. Me voy. Te veré el lunes en el trabajo.

¿Está confuso? ¿Y qué demonios esperaba? ¿Que me quedara aquí después de que me hayan partido el corazón y fingiera que todo va bien?

Recojo mis cosas sin volver a mirarle a la cara. Me dirijo a los vestuarios, donde me entretengo un poco más de lo necesario en la ducha, para darle tiempo a reaccionar.

Cuando salgo, él no está en la puerta.

Y la oscuridad es total.

—Oye ¿qué ha pasado? ¿Por qué te has ido de repente?

Me aferro al cojín amarillo que estoy abrazando y aprieto los labios. La llamada de Shannon

me pilla en el sofá. Ni siquiera he encendido la tele. No estoy de humor para ver otra peli tonta en la que el amor triunfa, cuando es evidente que en la vida real no es así.

—Tenías razón —respondo, con voz apagada—. Enrollarme con Enzo me confunde. Me ha hecho creer que entre nosotros hay algo real y no es cierto.

Oigo a Shannon respirar con fuerza al otro lado de la línea.

Calla unos momentos, como si tuviera que pensarse bien lo que va a decirme.

—Mira, Lottie, yo creo que esta farsa no te está haciendo ningún bien. No deberías seguir adelante. Crees que puedes no involucrarte, pero estás equivocada, cielo. A él se la pela. Tiene todas las de ganar. ¿Qué ganas tú? Nada. Y, para colmo, vas a perderte a ti misma en medio de esta mentira.

—No quiero seguir hablando del tema, Shann.

—Lottie.

—En serio. No quiero.

—¿Vas a seguir adelante con la boda?

No necesito meditarlo. Sé que lo haré, y mi silencio solo se lo confirma.

—¿Por qué?

—Firmé un contrato.

—Y una mierda, Charlotte.

—¿Qué quieres que te diga?

—Quiero que te admitas a ti misma la verdad. Que en el fondo estás esperando a que esta relación cambie. Pero, cielo, tienes que comprender que eso no va a pasar. Él ha sido honesto contigo desde el principio. *No va* a enamorarse de ti. Deja de engañarte de una vez.

Me froto los párpados, furiosa, decidida a no llorar. Si suelto una sola lágrima, me tiro delante de un tren.

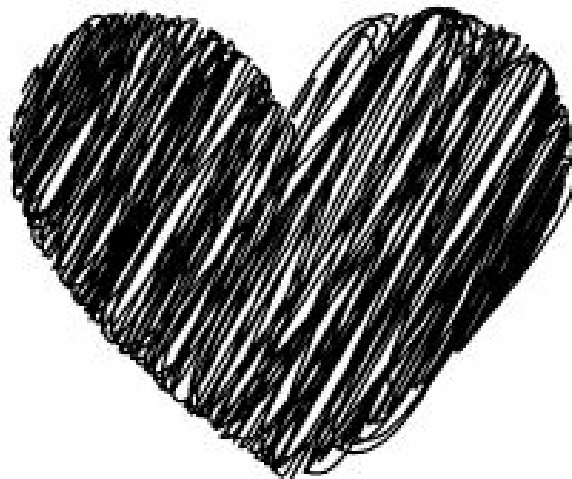
—¿Te has propuesto rematarme o qué?

—Oye, solo quiero que abras los ojos antes de que sea demasiado tarde.

Joder. ¿Cómo es que nadie puede verlo?

Ya es demasiado tarde.

Versión 2.0 de nuestro amor



Supongo que una parte de mí pensó que llamaría. O que me escribiría. O que en cualquier momento me lo encontraría delante de mi casa, apoyado en la puerta lateral de su coche.

Pero no sucede nada, y para el lunes ya he asimilado que lo nuestro ha terminado incluso antes de comenzar.

Ni siquiera va a darnos una oportunidad. Ha decidido que no necesita otra novia que se obsesione con él y le pida más de lo que está dispuesta a darle.

Lo voy pillando.

Lo malo es que trabajamos juntos y, por muy jodida que esté, tengo que apañármelas para parecer normal e indiferente a ojos de todo el mundo y, sobre todo, ante él.

Llego a la oficina la primera, con un vestido de verano, fino y multicolor, que me sirve de escudo. Nunca he admitido delante de nadie por qué visto así. Mis amigos creen que lo hago para llamar la atención. Se equivocan. Es justo lo opuesto. Intento ocultarme. Nadie puede verte cuando hay tantos colores vivos de por medio, distrayéndolos. La ropa chillona es como un camuflaje para mis sentimientos.

En la vida puedes ser una mariposa o puedes ser una polilla. Dejadme que os diga algo. La mariposa es un símbolo de belleza universal. La polilla, una plaga que aplastamos sin remordimientos. Las dos son lepidópteros, pero la vida las trata de forma diferente, según el abrigo que lleven puesto. Por eso es mejor ser una mariposa. Siempre me lo repito.

Me dirijo a mi escritorio, lista para iniciar el día, enciendo el ordenador y compruebo los correos electrónicos que se han estado acumulando en mi buzón desde el viernes por la tarde. Trato de no pensar en él.

Mi resolución se complica cuando se detiene delante de mi mesa, con expresión sombría, el ceño fruncido y tan guapo que duele aguantarle la mirada sin venirse abajo.

Miro los labios firmes y carnosos que echo de menos como nada en el mundo, pero no se mueven, no hay palabras. Eso es lo peor.

Solo me mira, y me siento como si me estuviera leyendo el alma. Él puede verme por dentro. No sé por qué.

Me tiene atrapada, estoy en el mismo lugar en el que he estado durante meses, y no tengo ni idea de cómo escapar.

No le he traído el café. Ni siquiera va a echarme la bronca por eso.

—Estaré en mi despacho —murmura, turbado, antes de alejarse por el pasillo.

Y entonces comprendo que mi vestido multicolor no me hace invisible ante él.

El miércoles nos cruzamos en el ascensor a última hora.

Viene de la planta de arriba, sin chaqueta ni corbata y con la cara desvelando el cansancio de toda una semana en la que nos hemos tratado como dos extraños.

—Hola —le digo, suspirando. Creo que es la primera vez que me dirijo a él desde el sábado.

Se queda quieto, mirándome.

Clavo el dedo en el botón de la planta baja, me coloco a su derecha y endezco la espalda. Me noto muy tensa. Esto es incómodo. Ahora entiendo por qué mucha gente no quiere liarse con compañeros de trabajo. Los viajes en el ascensor son un infierno.

—¿No has traído el coche?

—No.

—Te llevo.

—No, gracias. Hace buen tiempo. Prefiero pasear. Además, no voy a casa.

—¿Has quedado?

—Mm-hm.

Calla unos segundos.

—¿Con quién? —susurra de repente, buscándome con la mirada.

Vuelvo la cara hacia la suya.

—¿Te importa?

Me frunce el ceño.

—Lottie, no podemos seguir así.

—Así, ¿cómo?

—Evitándonos. Vamos a casarnos en menos de un mes.

—Pero no es real, ¿recuerdas?

Mi punzante dulzura le crispa las facciones todavía más.

Respiro aliviada cuando se detiene el ascensor.

—Buenas noches, señor —le digo, por encima del hombro.

Gruñe y, en un impulso, me rodea con los brazos, me atrae de vuelta a la cabina y me atrapa entre su pecho y la pared.

Algo velado chispea en sus ojos cuando levanto la cara hacia la suya.

—Te echo de menos —susurra, con los labios demasiado cerca de los míos.

El corazón me da un violento brinco en el pecho. Su olor me mareo.

Me doy cuenta vagamente de que se cierran las puertas y que la cabina empieza a bajar. Estoy demasiado absorta en él como para prestar atención a otra cosa.

—¿El qué echas de menos exactamente? ¿A mí, o enrollarte conmigo?

Las comisuras de sus labios se curvan en una sonrisa tierna.

—Estar contigo —me corrige—. Mira. Nuestra planta —se regocija cuando se abren de nuevo las puertas.

Es increíble. He dejado que el ciborg vuelva a enredarme.

Solo me queda esperar a que la versión 2.0 de nuestro amor haya mejorado su software. Si no, le daré una estrella en la *play store*. Lo juro por Dios.

Modelo obsoleto. No cumple con sus funciones. No lo recomiendo en absoluto.

—Sube —dice, después de arrastrarme de la mano hasta su plaza de aparcamiento—. Te llevo.

—Voy al centro.

—Como quieras.

—A comprarme un vibrador. ¿Seguro que quieres acompañarme?

Vuelve la cara hacia la mía muy despacio y me dedica una mueca seca por encima del coche. Se le han crispado las facciones otra vez, y sus ojos verdes me perforan como un taladro.

—Un vibrador.

Me encojo de hombros.

—Soy una mujer moderna y liberada.

Se echa a reír, niega con incredulidad y se peina las incrédulas facciones con la mano.

—Vale, mujer moderna y liberada. Te acompañaré. Es lo que hacen los prometidos.

Sonríó triunfante antes de subir al coche.

En realidad, iba a comprarme un sujetador deportivo, pero ver a Enzo Bassi en un *sex shop* es mucho más entretenido. A la mierda la buena sujeción de los pechos. ¿Quién la necesita?

Bassi intenta no tocar nada, aunque todo lo que hay aquí dentro parece intrigarle. Creo que no sabe para qué se usan la mitad de estos artilugios. La verdad sea dicha, yo tampoco.

—Uy, estos son monísimos —me entusiasmo al acercarme a una vitrina llena de consoladores—. Y tan pequeñitos que podrías llevarlos en el bolso. ¿Los tienen de colores?

Mi falso prometido me atraviesa con su mirada de ojos chispeantes.

—¿Es que quieres un vibrador rosa?

—O verde pastel. No lo he decidido.

Le oigo expulsar a mis espaldas un prolongado suspiro de resignación.

—Este modelo lo fabrican en morado —me dice la dependienta, una joven muy simpática que lleva cinco minutos respondiendo a todas las preguntas tontas que le formulo.

—¡Morado! ¿Lo has oído, bichito?

—No me llames bichito —me gruñe don Irascible.

—Está de malhumor —le explico a la chica en susurros—. Se siente reemplazado. ¿Puede traernos este modelo en morado?

—Claro. Ahora mismo.

—¿Por qué me castigas? —masculla Enzo en cuanto nos quedamos a solas.

—Porque es divertido.

Se revuelve el pelo con los dedos y bufa irritado.

—Prefiero que me eches azúcar de más en el café o que me abrases la lengua.

Me pongo de cara a él para sonreírle con dulzura.

—¿No quieres nada para ti?

Aprieta la mandíbula.

—¡No! —me espeta.

—Aquí está. En morado.

—Ay, ¡qué mono! Me lo quedo.

Enzo me arranca la caja de la mano.

—¿Qué haces? —me indigno.

—Te lo regalo.

—¿Porque quieres que piense en ti cada vez que lo use? —le propongo con coquetería.

Vuelve a ponerme mala cara. Esto es muy divertido.

—¿No quieres una cápsula masturbadora, bichito, ya que estamos aquí? —insisto de camino a la caja registradora—. Mira esta. Qué interesante. Es de silicona. Tiene un tacto muy curioso.

Casi suelto un grito cuando me frena en mitad de la tienda, atrapándome con la dura extensión de su pecho, se inclina sobre mí y sus enloquecedores labios se acercan a mi oído.

Un pequeño gemido escapa de mi boca entreabierta al aspirar el olor masculino que hace que se me agite el estómago.

Aprovecha la cercanía para acariciarme la oreja con la punta de la nariz, y luego me susurra:

—Yo las pajas me las hago con la mano, señorita Jones.

Me acabo de quedar de piedra.

Cuando parpadeo y vuelvo en mí, ha pagado el vibrador y me está sujetando la puerta. ¿Conocéis esa expresión de quien juega con fuego podría quemarse?

Pues me acabo de chamuscar.

Volvemos al coche sin decirnos nada. Me hundo en el asiento de cuero y me aliso nerviosa la falda. El motor cobra vida con un rugido. Casi se me olvida acoplarme el cinturón. Lo hago al oír el pitido de advertencia.

Nos detenemos en un semáforo. Ni siquiera intercambiamos una mirada.

La luz se pone en verde a los pocos segundos. Enzo empieza a callejear para salir de este laberinto de callejuelas de sentido único. Le echo una mirada discreta, de reojo. *Yo las pajas me las hago con la mano, señorita Jones.*

¿Cómo pretende que volvamos a la normalidad después de esto?

—¿Cenamos?

Aturdida, vuelvo la cara hacia la suya.

—¿Qué?

—¿Cenas conmigo esta noche? —vuelve a repetirme.

—Es un poco pronto para cenar, ¿no?

Lo veo contener una sonrisa.

—Se me ocurre un lugar para entretenernos durante un par de horas.

Evalúo su rostro recién afeitado, las facciones duras, el masculino contorno de sus labios, y el corazón me empieza a martillar en el pecho.

—¿Tu casa? —propongo, esperanzada.

Su boca se curva hacia arriba en las comisuras.

—No. Esta vez iremos despacio.

Mierda. Tenía que habérmelo imaginado.

El cabronazo me lleva a la bolera, el lugar menos erótico de la ciudad, lleno de padres con hijos, grupos de jubilados con camisetas a juego que compiten a muerte, y nosotros, la pareja más caliente de Londres, que, después de visitar un *sex shop*, intenta rebajar la tensión sexual con un poco de competición sana.

Lo que no sabe Lorenzo es que mis ancianos padres me llevaban a la bolera todos los sábados. Le estoy dando una paliza. Toda mi adolescencia friki me ha preparado para este momento, en el que mi bola amarilla se desliza por la pista, impacta justo en el centro, bum, y derriba todos los bolos.

—¡Sí!

Levanto los brazos y brinco entusiasmada.

—No me jodas —refunfuña Enzo—. ¿Es que tú nunca fallas?

Me acerco a él, riéndome.

—No.

Entorna los párpados.

—Tendría que haber escogido el billar. Se me da mejor.

Le doy un sorbo a mi Coca Cola y me apoyo contra la mesa con una sonrisa.

—¿Por qué no lo has hecho?

Se levanta del banco y echa a andar hacia donde estoy, sin retirar los ojos de los míos.

Siento que se me encienden las mejillas cuando se detiene delante, con la cara a escasos centímetros de la mía. El magnetismo de su proximidad me acelera el pulso.

Sin pretenderlo, imagino sus suaves labios arrastrándose sobre mi piel, sus manos aunando mis pechos. ¿Qué demonios? Hay algo en su forma de observarme que me prende la sangre.

—¿Un sitio oscuro, íntimo, y tú inclinada sobre la mesa? Eso me daría ideas.

Mi respiración se vuelve dificultosa.

—¿Id...ideas? —tartamudeo, concentrándome solo en la intensa energía eléctrica que fluye entre nosotros.

La intimidad del momento me obliga a bajar la mirada al suelo por unos instantes. Cuesta aguantar la presión cuando sus pupilas abrasan de esta forma.

Su mano rodea mi cuello. Me echa la cabeza hacia atrás y me levanta el mentón hasta que estamos nariz contra nariz. Su índice se arrastra despacio por mi labio inferior. He fantaseado tantas veces con que me tocara... He imaginado sus dedos sobre mi piel desnuda. Su boca en la mía. La realidad, una vez más, le da mil vueltas a la ficción.

—Ideas —murmura, con los iris verdes vagando por toda mi cara.

Apenas soy capaz de sostenerme en pie cuando me suelta y retrocede.

Se me ha quebrado la respiración por completo. Estoy devastada y, por supuesto, él lo sabe. También ha sentido la descarga de electricidad al tocarme.

—Parece como si te viniera bien una copa de vino. Vamos. Ya es hora de cenar.

Creo que me está castigando porque le he ganado a los bolos.

O porque lo he arrastrado a un *sex shop* y eso lo ha puesto cachondo.

Podría ser por cualquier cosa.

Para mi alivio, no escoge un sitio pretencioso ni demasiado iluminado, sino una pizzería íntima, casi vacía, cerca de la bolera. Pide vino tinto para los dos y una pizza caprichosa tamaño

familiar.

Me gusta esto. Él, yo, dos copas de vino, comida para compartir. Podría acostumbrarme, lo cual es muy malo porque luego se irá y aún recuerdo lo que se siente, el vacío que deja atrás.

—Y, cuéntame, ¿qué has estado haciendo últimamente? —me interroga mientras desprende un triángulo de pizza y me lo ofrece.

—Lo de siempre —respondo, con cierta indiferencia.

—¿Qué es lo de siempre?

—¿Por qué tanto interés?

Sonríe. Un poco. Y luego levanta el rostro para escrutar el mío.

—¿No puedo interesarme por tu vida?

—¿Para qué?

—Somos amigos.

Su afirmación me arranca un bufido sarcástico.

—Amigos. Lorenzo, tú y yo no somos amigos.

Mi contundencia lo deja un poco confuso, no sabe si sonreír o si fruncir el ceño.

—¿No lo somos?

—Claro que no. Tengo montones de amigos y, créeme, a ninguno de ellos quiero arrancarle la camisa.

Conteniendo una amplia sonrisa, se acoda sobre la mesa y acerca la cara a la mía.

—¿Le gustaría arrancarme la camisa, señorita Jones?

—Señor, usted lo sabe bien. Leyó mis apuntes.

Sus dientes blancos y bonitos asoman a través de la risita que es incapaz de contener.

—Sí que los leí. Fue muy entretenido.

—Me sorprende que no me despidieras —le digo, después de mordisquear mi pizza.

Arquea las cejas. No le veo yo comer. Se entretiene comiéndome a mí con la mirada.

—¿Por qué iba a despedirte?

—¿Por acosadora?

Tuerce la boca en un gesto despreocupado.

—Nunca me has acosado. Y mira que estuve esperando a que me acorralaras alguna vez en el ascensor. Pero nada. Ni siquiera me mirabas a los ojos al principio. ¿Es que te preocupaba quedarte embarazada?

Le propino un golpecito en el brazo.

—Cállate. No me recuerdes esa parte.

Intento concentrarme en la pizza y no en su risa suave, que revolotea por todo mi estómago.

—Me divertí de lo lindo cuando lo leí.

—Ya me imagino —gruño, fingiendo mosqueo.

—Pero me gustó —añade, con voz baja y rasposa.

Mis ojos azules se levantan despacio hacia los suyos. Está muy serio.

Noto que se me está quebrando el aliento otra vez.

—¿El qué?

—Que te fijaras en mí. Que me desearas.

—¿Por qué? —musito, intentando acompasar la respiración, algo muy difícil de conseguir ahora mismo.

Se produce una pausa, en la que él mantiene sus ojos fijos en los míos y yo contengo el aliento.

—Pues porque yo también te deseaba a ti, Lottie. Te miraba cuando no te dabas cuenta y, créeme, no como un jefe, sino como un hombre.

Niego despacio, sin comprender.

—¿Por qué estamos hablando de esto?

Se encoge de hombros.

—Quería que lo supieras.

Suelto el trozo de pizza sobre el plato y exhalo fuerte mientras intento analizar su mirada.

—¿Qué quieres que haga con esta información?

Sonríe; sus labios empiezan a elevarse milímetro a milímetro, y tengo que parpadear para evitar quedarme eclipsada.

—Quiero que te la guardes. Y que seas paciente conmigo, ¿vale? Solo eso.

¿Qué me está pidiendo exactamente? ¿Tiempo? ¿Intenta decir que algún día él me corresponderá? ¿Quiere una muestra de fe por mi parte?

Yo siempre he sido una creyente, he esperado con suma paciencia a que su disco duro asimilara que siento algo por mí, pero es cierto que desde esa conversación en la piscina he sucumbido a la desesperación y he abrazado las enseñanzas de Dante: he abandonado toda esperanza. ¿Me está diciendo que ahora tengo que recuperarla?

Desprendo la mirada de la suya, bajo el rostro y me concentro en mis manos durante unos segundos, en mis uñas de color turquesa.

Cuando vuelvo a evaluarlo, sus ojos todavía me repasan y puedo ver una chispa de pasión en ellos.

—¿Qué sientes por mí, Lorenzo? —le planteo de nuevo la pregunta que le hice en la piscina.

A la mierda la fe. Yo necesito una señal. Que el Señor me hable con claridad y contundencia. Nada de mensajes ambiguos. Estoy en la treintena. No tengo tiempo que perder.

Su cara adopta una expresión tensa que me trastorna; sus ojos se mueven de un lado al otro, confusos e inquietos. Se frota la frente con las puntas de sus largos dedos y se queda abatido durante un buen rato. Es como si estuviera a punto de cometer perjurio en un tribunal. No sé por qué se ha puesto tan nervioso.

—Digamos que, desde ese día en la piscina, te he echado de menos como nunca había echado de menos a nadie. No sé qué significa, ni cómo procesarlo, pero... creo que es importante que lo sepas.

Lo compro, señorías. El acusado parece turbado y sincero, y yo vuelvo a creer en el amor, en el horóscopo, en las señales y en las revistas femeninas. Menos mal, porque mi yo cínico no me gustaba nada. Estaba a un paso de empezar a comprarme ropa de color marrón.

—No iremos a acóstanos esta noche, ¿verdad? —se me ocurre preguntarle de repente.

La sonrisa traviesa vuelve a jugar en las comisuras de sus labios.

—No.

Recupero mi trozo de pizza, le doy un mordisco y mastico con el ceño fruncido.

—Bien. Porque no llevo ropa interior de encaje —explico después de tragar.

Mis palabras parecen divertirle mucho. Con un brillo de picardía en los ojos, se inclina sobre la mesa, acerca los labios a mi oreja, arrojándome su cálido aliento, y me susurra:

—Jones, escúchame. El día que tú y yo follemos, me importará una mierda lo que lleves puesto.

Se me cae el trozo de pizza de la mano.

—Intentas decir que... algún día... ¿la cláusula dos...?

Se vuelve a sentar recto en la silla.

Bebe un sorbo de vino.

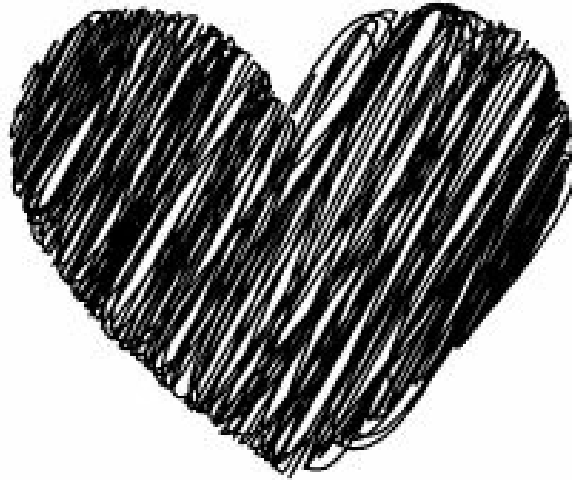
Se enrolla las mangas de la camisa con parsimonia.

Y, al final, levanta la cara hacia la mía, dejándome sin aliento.

—Tal vez.

¡Muérete!

Solo tú y yo



Sabes que estás haciendo algo malo cuando no se lo quieres contar a nadie.

Hace más de una semana que Enzo y yo hemos hecho las paces y todavía no se lo he mencionado a mis amigos. Creo que no estoy preparada para dejar que terceras personas se entrometan de nuevo en nuestra relación.

Me parece que a él le pasa lo mismo. Desde que hemos vuelto (interpreto el momento de la piscina como nuestra primera pelea con su correspondiente ruptura), no hemos quedado ni una vez con sus amigos. Solo nosotros dos, en tres escenarios distintos.

Primero:

—¿Cenamos esta noche?

—¿Con los chicos?

—Solo tú y yo.

Segundo:

—¿Tomamos una copa después del trabajo?

—¿Vendrán tus amigos?

—Solo tú y yo.

Y tercero:

—¿Te apuntas el domingo a una ruta fuera de Londres?

—¿Quién irá, Davide y los demás?

—Solo tú y yo.

¿No es precioso que no deje de repetir eso de *solo tú y yo*?

—¿En qué piensas? —me pregunta mientras conduce deprisa por una carretera vacía. No tengo ni idea de dónde estamos. Tampoco me importa. El sol está en lo alto, es domingo y Enzo se ha traído un descapotable. Si no me hubiese tragado antes un mosquito, sería el día perfecto —. Estás muy callada.

No pretendo tragarme más bichos, gracias.

Aunque no es el único motivo que me mantiene hundida en el asiento. Según se acerca el mes de julio, empiezo a ponerme nerviosa.

—En la boda. Faltan menos de tres semanas y no hemos hecho absolutamente nada.

—Para eso están los organizadores de eventos.

Observo ausente la carretera que serpentea entre árboles.

No me puedo creer que en tres semanas esté casada con él. Ya sé que he tenido mucho tiempo para asimilarlo, pero me parece que estoy empezando a hacerlo ahora mismo.

—No sé, era algo tan lejano que no parecía de verdad. Pero ayer, al preparar la maleta, me he golpeado contra la realidad, me he dado cuenta de que esto va en serio. Vamos a casarnos. No hay vuelta atrás. El martes estaremos en Italia. ¡Ni siquiera sé lo que voy a ponerme el día de la boda!

Veo de reojo la sonrisa de Enzo.

—Esa es fácil: un vestido de novia.

—¡No tengo un vestido de novia!

—Claro que sí. Tienes uno esperándote en Florencia.

Lo miro boquiabierto.

—¿Qué?

Se encoge de hombros.

—Lo encargué hace tiempo. Ya está listo.

Levanto las cejas por encima de las gafas de sol.

—¿Y cómo es que te sabías mis medidas?

Su sonrisa de lado me paraliza el corazón. No puedo evitar sentir una extraña agitación en el pecho.

—Se las pedí a Pauline. Te midió antes de vestirme para la sesión de fotos.

—¿Y cómo sabes que no he engordado desde entonces?

Me lanza una miradita traviesa por encima de sus gafas de piloto sexy.

—Te vi en la piscina, ¿recuerdas? Estabas *casi* desnuda.

Es cierto, llevaba un bikini verde con flores rosas, pero no tuve la sensación de que me estuviera mirando. Todavía recuerdo su cara, sombría como una nube de tormenta, y la tensión que agarrotaba su mandíbula cuando me dijo que él y yo teníamos un pacto y que no debíamos enrollarnos más porque eso nos confundía a los dos.

No quiero pensar en aquel episodio. Estropearía este día tan perfecto.

Tampoco quiero pensar en que desde que hemos vuelto a ser novios no me ha besado ni una sola vez. Es tan distante que dan ganas de chillar. Porque, cuanto más impasible y apartado se mantenga él, más lo desearé yo. Es casi enfermizo lo obsesionado que me tiene.

—¿Y tú qué vas a ponerte?

—Oye, eso da mala suerte —me dice, saliéndose por un desvío—. No hablemos de nuestros atuendos.

Me deshago en un suspiro, me recuesto contra el asiento y observo el cielo que entreveo a través de las ramas de los árboles que se retuercen sobre la carretera.

—¿Adónde vamos?

—¿Has estado alguna vez en Castle Combe?

—No.

—Te gustará. Es medieval. Aquí se grabaron varias películas. Creo que te sonará la de *Stardust*. Parece de tu estilo.

—Crees que lo sabes todo sobre mí, ¿verdad? Las medidas de mi cuerpo, las películas que me gustan...

Miro la pequeña sonrisa que lucha por escaparse de sus labios.

—*Es como Edward Grey, el de la película Secretary* —me imita, con voz de falsete—. *Estoy a un paso de que me haga doblarme sobre su escritorio, me obligue a leer en voz alta algún e-mail que redacté para él y me azote cada vez que encuentre algún fallo ortográfico.* Admito que eso me hubiese gustado. Tuve una imagen muy gráfica de la escena.

Boquiabierta, y muy escandalizada, le propino un golpecito en el brazo.

—¡Podrías tener la decencia de fingir que no has leído esa parte!

—Podría —admite, con una risita maléfica—. Pero no voy a hacerlo, señorita Jones.

Castle Combe me recuerda un poco al pueblo en el que me crie. Conserva la esencia de la campiña, antiguas casas de piedra, emplazadas en un entorno natural casi de fantasía, y la tranquilidad de una villa de solo 350 habitantes, en la que nadie va corriendo de un sitio al otro.

Incluso el sol parece deslizarse más despacio por encima de los oscuros tejados.

Las casas se despliegan en hilera. Los árboles, y la vegetación en general, han crecido tanto que forman puentes sobre la carretera.

Cuando bajo del coche, me recibe una humedad reconfortante, no viciada y opresiva como la de Londres. Todavía es temprano, solo son las once de la mañana, pero, aun así, me parece que aquí no aprieta demasiado la ola de calor que estamos sufriendo estos días en la ciudad.

De camino a la entrada del pueblo nos encontramos a varias parejas haciendo turismo, familias con niños, ancianos que pasean cogidos de la mano... Me gusta esto; me gusta que Enzo me haya traído aquí, que quiera hacer planes conmigo también los domingos, no solo los sábados por la noche.

Porque yo, al igual que Etta James, necesito un amor de domingo, en la plaza, que se preocupe, que me mantenga cálida cuando los lunes y los martes se enfrían.

La pregunta es: ¿es Lorenzo Bassi, el imposible director creativo de la revista masculina más popular del país, ese hombre?

—Ven. Vayamos a visitar la iglesia. Es impresionante —asegura, antes de cogerme de la mano y arrastrarme hacia el templo religioso que se ve desde el puente en el que estamos.

At last, my love has come along

My lonely days are over

And life is like a song^[x].

Lo oigo. Lo veo. Él y yo. Los dos juntitos. De lunes a domingo. Cada minuto, cada hora, cada día. Dentro de cuarenta años seremos como estos ancianos que pasean cogidos de la mano.

Lo siento, yo no admito el divorcio. Una vez nos demos el *sí, quiero*, será para siempre. Como dirían los creadores de *You*, no soy un quizás, soy la indicada.

Lo cual no es nada siniestro.

La iglesia, según me cuenta Enzo mientras la visitamos, es originaria del siglo XIII. Realmente hay cosas que duran para siempre, ¿verdad? Es esperanzador que en un mundo en el todo parece de uso único (incluido el amor), todavía haya algo que perdure, que venza el cruel paso del tiempo.

—¿Me estás diciendo que ese reloj de ahí lleva cientos de años dando la hora sin retrasarse ni

un segundo? ¿Cómo es posible? Mira el mío. Se paró esta mañana a las diez y cuarto. ¡Y lo compré el año pasado! Aunque no creo que esté roto. Me parece que se ha quedado sin pila. No sé cambiársela, así que tendré que llevarlo a algún sitio mañana después del trabajo.

Enzo sonríe como si le hubiera dicho algo muy gracioso.

—Compraré una pila esta tarde y mañana te lo arreglo yo.

¿Lo habéis oído? ¡Somos esa clase de pareja odiosa! En breve me permitirá llamarle bichito. Me he abierto paso a través de él sin que se diera cuenta, y ahora es demasiado tarde como para que me expulse. Soy como la sarna.

Ugh. Buscaré otra comparación. Esta me horroriza.

—Ven. Bajemos al río a ver si el agua está muy fría.

Sonrío para mí antes de seguirlo.

De camino al río, me doy cuenta de que disfruta haciéndome de guía. Le gusta que le pregunte cosas con mi entusiasmo casi infantil y, evidentemente, está muy informado.

Después de meter el dedo en el río para comprobar la temperatura del agua que discurre veloz por encima de las piedras, me lleva a The Manor House, un hotel de lujo construido en pleno siglo XIV, cuya historia averiguo mientras paseamos por sus grandiosas y elegantes jardines.

Cuando termina la visita, ya no queda mucho por ver. El pueblo es pequeño, así que nos dirigimos al White Hart, el pub que, según nos informa el camarero, lleva cinco siglos abierto, y pedimos algo de beber para refrescarnos. Yo elijo una cerveza bien fría. Enzo, una Coca Cola.

Nos sentamos en una mesa y nos ponemos a hablar, entusiasmados y alegres, interrumpiéndonos el uno al otro todo el rato.

Míranos. ¿Quién hubiera dicho que haríamos tan buena pareja?

Se ríe de mí cuando pruebo la cerveza y acabo con bigote. Inclinado sobre la mesa, me limpia la mancha de espuma con el pulgar. Trago saliva, nerviosa como siempre que me toca, y él se queda mirándome estático a los ojos unos diez segundos más de la cuenta.

Acto seguido, nos ponemos raros, empezamos a hablar otra vez porque este maldito silencio nos confunde. Cuando nos miramos así a los ojos es como si todo se paralizara.

Enzo, al terminar de enumerarme todas las películas que se han rodado aquí, bebe un sorbo de su botella, y entonces me digo a mí misma que esto podría funcionar. Que es real. Que entre nosotros hay algo más aparte de un contrato mercantil y la urgencia de abalanzarnos el uno sobre el otro.

—¿Cómo descubriste este lugar? ¿En alguna de tus travesías por Inglaterra?

Suelta una risita suave, deja su Coca Cola sobre la mesa y vuelve a levantar la cara hacia la mía. Noto que se me contrae el estómago dentro de mi vestido rojo de lunares blancos.

—Sí. Lo señalizan desde la carretera principal y decidí ver de qué se trataba y por qué tanto interés turístico.

—Es un sitio muy bonito.

Se produce un silencio. Los ojos de Enzo no dejan de aferrarse a los míos.

—Lo es.

Me aparto nerviosa el mechón de pelo que me roza las pestañas.

—Imagino que a ti no te sorprenderá mucho. Habrás viajado, y seguro que Italia es un espectáculo. Todo lo que he visto, en documentales, claro, era precioso. Pero yo... En fin, no he ido a muchos sitios, ni siquiera sitios de Inglaterra, y supongo que me impresiona cualquier cosa —confieso, encogiéndome de hombros con incomodidad—. ¡Que no digo que esto sea cualquier cosa! Está claro que esto es... uf. Interrúpeme cuando quieras.

Su rasposa risa me hace volver a mirarlo a la cara, a quedarme otra vez embebida en él.

—¿Te gustaría viajar?

Hago un gesto de impotencia con las manos, antes de bajar la mirada y examinarme los nudillos con expresión incómoda. No sé por qué me estoy poniendo tan nerviosa. Él y yo hemos hecho cosas mucho más íntimas que conversar en un pub medieval.

Sin embargo, cuando nos enrollábamos en bares y discotecas o en la biblioteca de su abuelo, no sentía esta conexión tan profunda que siento ahora. Lo que estamos experimentando hoy no es algo físico y supongo que eso cala más hondo.

—Me encantaría viajar —admito, enfrentándome de nuevo a su mirada.

—¿Adónde irías? Ahora mismo. Si pudieras ir a cualquier lugar, ¿adónde irías?

Sus ojos brillan con interés, y percibo una sonrisa pugnando por asomar en las comisuras de sus labios.

—A Praga —respondo, tras unos segundos de reflexión—. O a Brujas.

Sorbe un poco de Coca Cola y luego asiente.

—Así que he acertado contigo. Te gustan los sitios medievales.

Hago un gesto afirmativo con la cabeza.

—¿Adónde irías tú?

Tuerce los labios con desdén.

—No me importaría dar un paseo por Brujas contigo.

Noto que se me abre la cara en una sonrisa que no consigo contener a tiempo.

—¿En serio?

Esto me suena a declaración de amor.

—Mm-hm. Por Brujas o por Venecia.

Arqueo las cejas, impresionada de ver que ha elegido dos sitios súper románticos.

—He oído que Venecia se está hundiendo.

Suelta una carcajada.

—Pues será mejor que vayamos antes de que pase eso.

Cuatro estrellas. El modelo ha mejorado notablemente sus funciones afectivas. No le doy las cinco estrellas porque todavía no me ha besado. Y mira que ha habido ocasiones...

—¿Seguimos con la ruta?

Me deshago en un suspiro.

Adiós a mis esperanzas de que me bese en un pub de quinientos años.

—Claro. ¿Dónde dijiste que íbamos a comer?

Me mira divertido mientras me sujeta la puerta.

—No lo dije. Y no intentes sonsacármelo, porque no pienso irme de la lengua. Una sorpresa es una sorpresa.

Mierda. Espero que esta locura de relación salga bien porque, de lo contrario, me quedaré hecha polvo. Este tío me gusta. Joder, me gusta mucho. Y no es solo físico como al principio. Siento que conecto con él como nunca lo he hecho con otra persona.

Lo dijo Emily Brontë, mi narradora favorita: *no sé de qué están hechas las almas, pero la mía y la suya son una sola.*

Esto empieza a superarme un poco.

Enzo aparca delante de mi casa a última hora de la tarde. El sol se está poniendo sobre los tejados.

Sin que yo se lo pida, se baja del coche y me ayuda a llevar hasta la puerta los botes de mermelada casera que compré en Castle Combe. Quería un recuerdo de este día, un recuerdo muy dulce, así que compré cinco botes de mermelada de fresas silvestres.

—¿Quieres pasar? —pregunto después de abrir la puerta.

Rehúsa la invitación con un gesto.

—He quedado.

—Ah —digo, decepcionada. Sé que no debería preguntar, y no lo hago.

—Una noche de tíos —me explica él, quizá porque se ha dado cuenta del cambio que se ha producido en mí. Hasta ahora estaba alegre y parlanchina y ahora es como si una nube de tormenta me hubiese pasado por encima de la cara, ensombreciéndomela—. Te invitaría, pero...

—Tranquilo —me apresuro a interrumpirle antes de que siga sintiendo todavía más lástima por mí.

—No va a haber chicas. Solo tíos.

—Ya. Lo comprendo. Yo, a veces, también tengo noches de chicas, en las que no se admiten tíos. Solo dejamos entrar a Stefan, pero él es como otra chica más del grupo y no rompe las normas de la casa Playboy.

Enzo suelta una carcajada. Siempre le divierte mi verborrea nerviosa.

—¿Te ayudo con todo esto?

—No, no te preocupes. Soy una mujer soltera y autosuficiente. Me las apañaré.

Las comisuras de su boca le dan la leve insinuación de una sonrisa.

Asiente y yo me dispongo a marcharme. Entonces, me rodea la muñeca con los dedos y me acerca de nuevo a él.

Se me dispara el corazón, no solo por estar pegada a su pecho y sentir con cada fibra de mí la protectora firmeza de sus músculos, sino porque he notado que la mirada de sus ojos ha cambiado al acercarnos tanto el uno al otro, se ha calentado.

—Gracias por acompañarme —murmura, sin soltarme la mano. Su pulgar traza círculos en el centro de mi palma.

—A ti, por invitarme.

Momento despedida en el portal.

No sé cuál de los dos se está poniendo más raro.

Supongo que él. Es evidente que no está acostumbrado a las citas y no se sabe el protocolo.

Esperemos que no se le colapse otra vez el disco duro y salga corriendo.

—Me lo he pasado muy bien —susurra con voz suave y un poco ronca. Siento que no quiere marcharse, que le gusta esto tanto como a mí.

—Y yo —musito, perdida en su mirada—. Ha sido un día realmente genial.

Tensa la mandíbula y luego baja su cincelada cara sobre la mía y me planta un beso suave en la boca; un beso casi robado.

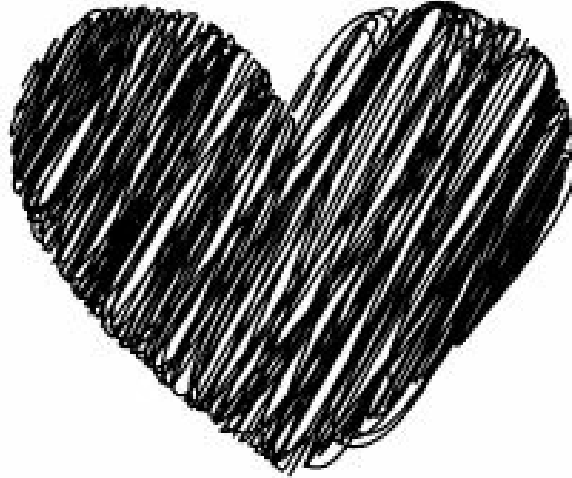
—Bueno, adiós.

Oh, my love, my daaaaaaaarling...

Me quedo clavada junto a la puerta abierta, sin aliento, y lo sigo con mis ojos de mofeta amorosa.

Cuando parpadeo, ya se ha ido y aún no sé qué voy a hacer con los cinco botes de mermelada. Será mejor que los regale. Ya tengo mi recuerdo dulce del día.

Siete contra diez



Creo que no llego a interiorizar lo que estoy a punto de hacer hasta que el Mini rojo de Shannon frena con cierta brusquedad delante del aeropuerto.

Mis amigos se apean por las cuatro puertas para despedirme (Stefan) o para seguir dándome la matraca (Shannon y Maisie).

—Todavía estás a punto de dar media vuelta —me insiste la nueva directora financiera de un banco inglés muy conservador.

A veces me pregunto si Maisie se habrá prometido tan rápido con Ian solo para conseguir el ascenso. Mucha chispa yo no he visto en su relación, y todo el mundo sabe que los conservadores empiezan a sospechar de tu orientación sexual cuando cumples los treinta y aún estás soltero.

Estoy convencida de que en el trabajo de Maisie jamás ascenderían a un soltero, porque podría ser gay o lesbiana, y nada escandaliza más a los banqueros conservadores calvos de mediana edad que la homosexualidad de las personas. Nunca he sabido por qué.

Cuando vuelvo en mí después de esta pequeña abstracción pro derechos gay, mis amigas siguen insistiéndome en que nos vayamos de aquí.

—Podemos ir al pub. Nos emborracharemos y nos olvidaremos de todo este asunto.

La solución de Shannon para todo es cogerse una buena borrachera. O cambiarle las pilas al vibrador.

—Bueno, dejad ya de agobiarla, cotorras. A lo mejor esto sale bien.

Y por eso quiero tanto a este tío, joder. Me apoya en todas mis locuras. Está claro que la testosterona equilibra el grupo.

Le doy un abrazo, pese a su incomodidad, y luego me aparto y lanzo un prolongado suspiro de resignación.

—Chicas, no voy a dar media vuelta ni voy a emborracharme —rechazo sus sugerencias con el mismo aire obstinado del que he hecho gala durante las últimas veinticuatro horas, para su

enorme desesperación—. Voy a coger ese vuelo y voy a casarme dentro de diez días con el hombre de mis sueños, en una de las ciudades más románticas del mundo. Dejad de fruncir el ceño. Mi vida es un cuento de hadas.

—¡No tiene más que pájaros en la cabeza! —se le queja Shannon a Maisie, haciéndose a un lado para que Stefan pueda bajar mi maleta—. Esto no va a salir bien, Charlotte. Enzo no es de los que se casan. Si es que son todos iguales. Mira a su amigo Davide. Me ha estado persiguiendo durante semanas, hasta que nos hemos vuelto a acostar y ¿adivina? ¡Desde entonces no sé nada de él! Dime con quien te juntas para que te diga cómo eres.

Si Shannon de por sí era algo cínica y reservada en el amor, después del rechazo de Davide se ha vuelto de un escepticismo amoroso inaguantable.

—Yo me junto contigo y no nos parecemos en nada.

—Por favor —resopla, si bien sabe que tengo razón—. ¡Ellos, sí! Son la clase de tíos que tienen una conquista nueva todas las semanas. ¡Su propio abuelo define a tu novio como un tío muy generoso con su pene!

—Pero ha cambiado mucho estos últimos meses.

—Y dale —se sulfura Maisie—. Que los tíos no cambian, Lottie.

—Anda que no. Ha cambiado el clima y no van a cambiar los tíos, no te jode.

Mis argumentos son irrefutables, señorías.

—¿Podemos déjalo ya? —tercia Stefan—. Va a perder el vuelo.

—De eso se trata —bisbisea Shannon para sí, huraña porque está resentida y cree que, si ella se ha topado con un tío rana, todos son anfibios.

Con una expresión resignada, los abrazo a los tres, empezando por mi fiel escudero y acabando con Shannon, mi más acérrima opositora desde que un tipo guapo le ha dado plantón. Entiendo que esté tan indignada. Suele ser ella quien deja tirados a los tíos y ahora la acaban de vencer en su propio juego. Debe de escocer.

—Cambiad esas caras, por Dios. En dos semanas estaré de vuelta, felizmente casada y, con suerte, embarazada.

Maisie y Shannon bufan a la vez. Muy aterrador.

Stefan endereza mi maleta.

—Las hay de cuatro ruedas —me informa mientras la sujeta para que no vuelque.

Le pongo mala cara.

—Ya lo sé. Mi madre no se cansa de repetírmelo, pero hasta que esta no pete, no pienso comprarme otra. No me rindo tan fácilmente.

—Cansina hasta el final —farfulla Maisie para sí.

—Perdona. Se llama consciencia medioambiental.

—¿Y lo de Enzo?

—También —le respondo a Shannon—. No voy a desechar a un tío que funciona solo porque haya modelos más perforantes en el mercado. Yo soy muy de reciclar.

Las dos se rinden con un soplido. Saben que soy más terca que una mula. Da igual lo que me digan. Seguiré en mis trece.

—Haz muchas fotos —me pide Maisie, que intenta alisarme un poco el pelo para que no parezca tan encrespado—. Volverás con el corazón roto, pero tendrás un Insta de la hostia.

Me aparto de ella con otro soplido exasperado, cojo el tirador de mi maleta de ruedas de la mano de Stefan y me cuelgo la bolsa negra llena de ropa del hombro.

—Bien, si no hay más palabras de ánimo, será mejor que me marche. Adiós.

Me voy con la cabeza bien alta porque yo, cuando la cago, la cago con dignidad.

—¡Escribe cuando llegues! —grita Stefan a mis espaldas.

Sigo caminando hacia mi nueva y fabulosa vida, pero hago la señal de la victoria con los dedos para indicarle que le he oído.

Enzo llega casi en el último momento. Su apretada agenda no le ha permitido cogerse todo el día libre.

Es más, se ha empeñado en convocar dos reuniones esta mañana a primera hora para dejarlo todo atado antes de irse de vacaciones. Es esa clase de jefe tiquismiquis que piensa que el mundo va a hundirse solo porque él no está.

A mí me ha dicho que no hacía falta que pasara por la oficina, que se las apañaría solo, y he aprovechado para volver a revisar las maletas porque siempre me dejo alguna cosa de vital importancia. Soy como la madre de Kevin McCallister. Algún día me dejaré a mi hijo solo en casa.

—Hola. Siento llegar tan tarde —dice mientras se abrocha el cinturón—. Había un accidente en la autopista y me he comido unos cuarenta minutos de atasco.

Cómo es la Madre Naturaleza. Puteando hasta el último momento.

—Tranquilo. Lo importante es que ya estás aquí.

¿Lo veis? Ni el mismísimo Murphy va a detener esta boda.

—Sí. —Respira fuerte, como si intentara quitarse de encima la tensión y me mira por fin a la cara.

Casi se echa a reír cuando me ve sentada a su lado, con un enorme lazo fucsia en el pelo, vestido veraniego de tela vaquera, una almohadilla, también fucsia, alrededor del cuello, toda clase de medios de entretenimiento desplegados sobre la mesita (libro, dos revistas femeninas, la Tablet, el iPod...), cascos y cargadores para todos mis medios de entretenimiento, excepto el libro y las revistas, claro, y un bote de Pringles, las patatas más cómodas para viajar porque, si te cansas, siempre puedes cerrar el bote y no se te derraman por el bolso.

Él solo lleva un traje carísimo y el móvil.

Tíos.

—Eres consciente de que volamos a Florencia y no a Tailandia, ¿verdad? —se burla, con su habitual insinuación de sonrisa en los labios—. En dos horas habremos aterrizado. No te hará falta nada de esto.

—Anda que no. Dos horas son muchas horas. ¿Unas Pringles?

Cabeceando divertido, se saca el móvil del bolsillo y se pone a contestar *e-mails* de trabajo. Él mismo. Verás en cuanto despeguemos.

Como era de esperar, a los diez minutos se empieza a aburrir, porque ya estamos en el aire, se ha quedado sin internet y no se ha tomado la molestia de traerse ni una triste revista.

Pues no pienso prestarle mi Cosmopolitan ni mi ejemplar de *Mujercitas*, edición de bolsillo.

Me mira en busca de conversación, pero tengo los cascos puestos y estoy muy concentrada en la película que acabo de poner. Volamos en primera clase, así que no hay nadie sentado a su derecha. La idea me divierte. Cojo otra patata Pringles y la muerdo, haciendo más ruido del necesario.

Al final se rinde, apoya la nuca contra el respaldo y, cruzado de brazos, cierra los ojos. Es

entonces cuando me apiado de él, le doy un toquecito en el hombro y le ofrezco uno de mis cascos rojos, que conservo desde un viaje en el bus turístico. Te los dan gratis.

—Estoy viendo una peli. ¿Te apuntas?

Suspirando, coge el casco y se lo encaja en la oreja izquierda.

—¿Qué estamos viendo?

—*La Proposición*. De Sandra Bullock. Me encanta esta mujer. Es tan guapa, tan lista, tan simpática...

—¿En serio? Yo no le veo nada especial.

Pongo la película en pausa, para gestionar esto con la seriedad que se merece.

—Perdona, ¿no te gusta Sandra Bullock?!

—Pues no.

Este matrimonio está predestinado al fracaso.

—¿Qué actrices te gustan a ti?

Se lo piensa unos segundos.

—No sé, Scarlett Johansson, Megan Fox, Salma Hayek...

Las más sexys de Hollywood, claro.

Lo bueno que tiene Sandra Bullock es que parece una chica normal. Podría ser tu vecina, tu mejor amiga o podrías ser tú, si te alisaras el pelo o si te pusieras mascarilla anti encrespamiento.

Lamento no poder decir lo mismo de la Johansson. Una no esperaría encontrársela en la cola de la frutería de su barrio, preguntando a cuánto están los albaricoques. ¿Sabéis lo que os digo?

—¿Por qué frunces el ceño?

«¡Porque yo soy una Sandra Bullock y tú quieres a Scarlett Johansson, mendrugo!».

—No, por nada.

—Algo te pasa, así que suéltalo. Venga. Puedes decírmelo.

¿Hay alguna forma humana de compartir con él mis inquietudes y seguir conservando la autoestima después? Me parece que no, así que será mejor que me invente algo.

Y rapidito, si no quiero que piense que soy una pringada.

—No es nada. Es que... bueno, me preocupa no tener el mismo gusto que tú para las mujeres. Si algún día hay que hacer un trío, ¿cómo vamos a ponernos de acuerdo?

Mi franca preocupación lo hace estallar en risas.

—Un trío —se dice a sí mismo, negando con la cabeza—. Lo que me faltaba por oír.

Dejo que siga carcajeándose a mi lado y escruto con aire angustiado el infinito azul del cielo.

Espero que dijera en serio lo de que Londres está lleno de mujeres guapas, pero que solo yo le hago reír.

Porque, guapa, lo que se dice guapa, no soy.

A ver, tengo mi puntito, tampoco es que peque de falsa modestia. Me sientan bien el fucsia y el índigo, mis lazos y demás accesorios capilares llaman la atención de la gente...

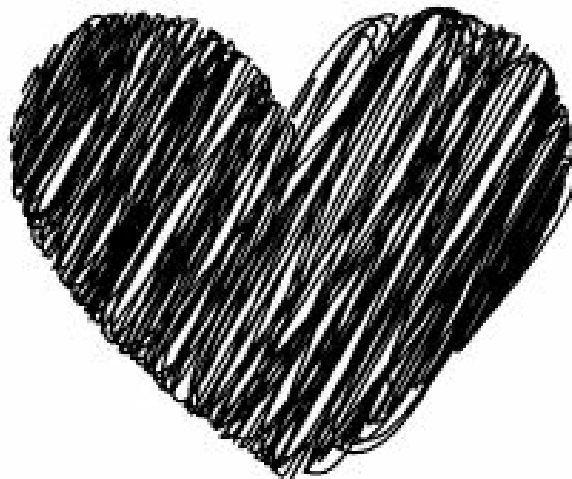
Si alguien me toca las narices adopto un aire regio muy a lo Lady Di cuando se puso aquel escandaloso vestido negro que todas deberíamos llevar después de una ruptura...

Pero, vamos, que soy un siete como mucho y aquí el señor y su rostro esculpido por los dioses para castigar a las mortales normalitas como yo es un clarísimo diez.

—Un trío —sigue repitiendo, incapaz de dejar de reírse.

Asno.

Habitación con vistas



Yo, evidentemente, sabía que los Bassi eran gente pudiente. Tienen coches de lujo, poseen la revista masculina más popular de Inglaterra, se gastan, sin despeinarse, decenas de miles de libras al año solo en trajes...

Pero me parece que no llego a comprender las dimensiones de su imperio hasta que el coche de alquiler de Enzo se detiene con un suave frenado en el camino de grava de la residencia familiar.

Al lado de una fuente que podría haber sido diseñada por el maestro Bernini.

Delante de una villa de época que me acaba de dejar boquiabierta.

Para que quede claro, yo entiendo el concepto *casa*. Aunque provenga de la clase obrera, entiendo incluso la palabra *mansión*.

Con lo cual estoy capacitada para decirlos que lo tengo delante no es ni una cosa ni la otra.

Esta propiedad de solo Dios sabe cuántos metros cuadrados, en mitad de un monte cubierto de vegetación, a las afueras de la mismísima Firenze, como la llama Enzo todo el rato, dejaría alucinado al maldito Maxim de Winter. ¡Manderley es una choza comparada con esto!

—Pero ¿quiénes sois?, ¿los Medici?

Enzo suelta una risita suave, quita el contacto y se vuelve de cara a mí. Tiene el brazo apoyado en el respaldo de mi asiento de cuero beige y un inconfundible brillo de júbilo en los ojos. Le sienta bien volver a casa.

—No tan influyentes.

—No metería la mano en el fuego.

Vuelve a reírse y le veo negar para sí. Está guapísimo hoy. Lleva una camisa blanca, de marca pija, que le resalta los ojos, las gafas de sol colgadas del cuello porque está anocheciendo y un despeinado increíblemente sexy que hace que el estómago me dé un salto mortal cada vez que lo miro.

—Vamos. Nos están esperando.

Me gustaría saber a quién se refiere al emplear el plural. No me ha hablado de su familia todavía. Más que nada porque él nunca habla de cosas personales. Es un ciborg poco comunicativo.

—¿No deberíamos coger las maletas?

—Deja las maletas. Luego vendré a por ellas. Entremos a saludar primero.

Cojo aire en los pulmones, me aferro a la mano que me ofrece y lo sigo hasta el *palazzo*.

Me siento como si estuviéramos en una película. O soñando. El lujo desbordante me abruma, así que me concentro en la mano de Enzo, el único punto de realidad que me queda.

Aun así, tengo la sensación de estar caminando por un set de rodaje. Estamos en otra dimensión.

«O en otra época», pienso cuando abre la puerta y nos arrastra a los dos a un vestíbulo de suelos de mármol pulido, en el que el tiempo parece haberse estancado hace más de trescientos años.

El busto de piedra de un tipo raro de dos caras nos recibe nada más entrar.

—Jano —me explica al ver que lo estoy observando con una arruga entre las cejas—. El dios de las puertas, los comienzos y los finales. Por eso tiene dos caras.

Los romanos y sus dioses.

—Fascinante.

Riéndose entre dientes de la cara de grima que he puesto (Jano es un tío demasiado aterrador para tenerlo en el pasillo), me lleva hacia unas puertas enormes, dobles, que, una vez cruzadas, conducen al salón más elegante que he visto en toda mi vida.

El techo es tan alto que me marea. Las paredes, pintadas en un suave tono amarillo pastel, están cubiertas de pinturas al óleo, verdaderas obras de arte que deben de costar una fortuna. Los muebles son de madera tallada, auténticos, nada de Ikea.

Me quedo de pie en medio de la sala, sintiéndome como una pueblerina perdida en la gran ciudad.

El espacio está iluminado con dos enormes lámparas de araña y cuenta con seis ventanales que todavía dejan entrar los últimos rayos de sol de la tarde.

—Vaya. Es increíble —murmuro, paseando la mirada por todas partes—. ¿Te criaste aquí?

—Sí. Hasta los diez.

—Tuvo que ser alucinante.

—Te acostumbras.

Yo nunca podría acostumbrarme a este lujo.

Una escalera de mármol conecta la planta baja con los pisos superiores. El aroma a madera antigua se impregna en cada rincón. Los muebles han sido, sin duda, hechos a medida por algún artesano famoso.

No hay nada moderno a la vista, salvo un pequeño monitor de televisión en una esquina. El arte que decora las paredes es, sencillamente, sublime. Me siento como si estuviera en un museo. Creo que sería incapaz de sentarme en el sofá o de tocar nada por miedo a estropearlo.

Estoy tan absorta en el espectáculo que no me doy cuenta de que Enzo me ha soltado la mano.

—*Lorenzo, ciao*.

—¡Gin! —exclama alegre, lo cual me hace volverme sobre los talones y contemplar con las cejas arqueadas la escena que se desarrolla en la otra punta del salón.

Enzo está abrazando a la tal Gin, sea quien sea, con tanto entusiasmo que los pies de la pobre

apenas tocan el suelo.

Tarda un montón en soltarla y, cuando lo hace, al instante se ponen a hablar, muy deprisa y en italiano, con lo cual no tengo ni idea de quién es ella y siento un pinchacito en mi desconfiado corazón.

Gin, cuando se vuelve de cara a mí, es un monumento de mujer: ojazos verdes, sonrisa de hoyuelos que desvela unos dientes blancos y perfectos, melena oscura que cae sobre su espalda de una forma muy sensual y un rostro cincelado que la hace parecer una diosa romana bajada de una pintura clásica.

Lleva una camisa blanca que destaca el bronceado de su piel, pantalones beige rectos que le llegan hasta los tobillos y unas sandalias de cuero, marrones, muy finas. Posee esa elegancia que parece caracterizar a las clases altas.

De pronto, los dos parecen reparar en mi presencia y se me acercan con sendas sonrisas.

Gin me da un abrazo y me dice algo en italiano. Solo he entendido una palabra: Ginevra, el nombre que esperarías oír en labios de alguien que vive en la mansión Medici.

Ginevra de Medici. Suena imponente.

Enzo le explica algo en italiano y yo no entiendo ni un pimiento de lo que dicen.

Ginevra me sonríe con todavía más calidez y me dice, en un inglés impecable:

—Es un placer conocerte por fin. Soy Ginevra, la hermana melliza de Lorenzo. Bienvenida a Florencia.

Os imagináis mi cara, ¿verdad? La sonrisa estirada, los ojos azules abiertos de par en par...

—Claro —digo, como si supiera perfectamente de qué estoy hablando—. Ginevra, cómo no, la... melliza de Enzo —«De la que nunca se ha dignado a hablarme»—. Un placer. Lottie, la...

—Prometida. Sí, lo sé. Menuda sorpresa.

Y que lo digas.

—Espero que hayáis tenido un buen vuelo —sigue parloteando alegre, alternando la mirada de un rostro al otro—. La última vez que volé a Londres pillé dos horas de turbulencias. Ni siquiera pudimos tomar café.

No sé si hay algo peor para un italiano. Lo de las turbulencias no. ¡Lo del café!

—Sí, estuvo muy bien. Nada de turbulencias. Café en abundancia.

—Me alegro de oírlo.

—¿Dónde está Alice? —interviene Enzo en nuestra conversación.

Me da miedo preguntar quién es Alice. ¿Otra hermana de la que no me ha hablado?

Ginevra afina el oído y nos indica con un gesto que escuchemos algo. En efecto, alguien está bajando al trote por las escaleras.

—Ahí la tienes.

No sé qué me sorprende más: el chillido que suelta Alice antes de abalanzarse sobre Enzo o que tenga unos doce años. ¿Será su hija? ¿Fruto de algún matrimonio con alguna condesa italiana de sangre azul y bisabuelos fascistas?

No, le acaba de llamar *tío* Lorenzo, así que debe de ser la hija de Ginevra.

Su madre le cuenta algo con rapidez. Imposible saber el qué.

La niña, Alice, viene hacia mí y me alarga su mano con aire muy solemne. Sin duda, podría ser hija de una condesa.

—Encantada de conocerla, tía Lottie.

¡Tía Lottie! ¿No es un encanto?

—Y yo a ti, Alice. Pero, por favor, no me hables de usted. Mentalmente tenemos la misma

edad.

La niña se limita a sonreírme, no sé si ha pillado lo de mentalmente. Lo más probable es que no, porque al instante se pone a parlotear animada con su tío Enzo, a quien arrastra del brazo escalera arriba con la promesa de enseñarle algo alucinante.

—Parece idolatrarle —le digo a Ginevra en cuanto nos quedamos las dos solas en el salón.

—Es la única figura masculina de su vida. Su padre... en fin... incluso cuando está con él, no le presta demasiada atención. Creo que ha pedido la custodia compartida solo para joderme a mí.

—Ugh. Lo siento.

Gin fuerza una sonrisa.

—Bueno, es lo que hay. Supongo que querrás descansar, o refrescarte antes de la cena, así que vamos, te enseñaré tu habitación. Uy. No te he ofrecido nada de beber. ¿Quieres algo de beber? ¿O picar algo antes de la cena?

Es tan simpática que me cae bien de inmediato.

—No, gracias —rehúso con una sonrisa—. Preferiría descansar un rato. O darme un baño. Siempre que viajo en avión me siento sucia.

—También me pasa a mí —admite, riéndose—. Sígueme.

De camino a la segunda planta, la interrogo sobre la casa. Dice que data del siglo XVIII y que conserva muchas de sus características originales.

—¿Y vives aquí?

—Desde que Tommaso y yo nos separamos, sí. Me pareció importante que Alice se criara en un entorno familiar. La ciudad es bonita, pero esto es más íntimo. Conocemos a los vecinos, los niños corretean libres por el monte, en verano juegan a la pelota hasta bien entrada la noche, como hacíamos Enzo y yo de pequeños...

—Eso suena muy bien.

—Sí. Ya sabes cómo son las urbanizaciones privadas, aportan una sensación de seguridad que no encuentras en las ciudades. Y la luz de la mañana es espectacular aquí. Una auténtica pasada, ya lo verás —me dice, con otra sonrisa cálida que parece iluminarle la cara. Se detiene, al lado de un cuadro diferente a los que vi en el salón, y suelta un suspiro—. Esta casa guarda muchos recuerdos para mí.

Le devuelvo la sonrisa.

—Ya me imagino.

—Mira esto —dice, señalándome el dibujo que yo ya estaba mirando—. Lo hizo mi abuela.

—¿En serio?

Vuelvo a estudiar la pintura de una mujer que sale corriendo de un bosque, con el cabello largo al viento y un vestido deslizante de color azul pálido alborotándosele alrededor.

—Sí, ilustraba viejos cuentos de hadas italianos.

—Vaya. —Me siento impresionada por la belleza y la sencillez del dibujo—. Sois una familia muy interesante.

Ginevra suelta una risita.

—Mis antepasados, quizá. Yo soy una simple contable que trabaja por horas desde el salón de su casa. Esta es tu habitación. —Abre una puerta y yo me acerco al umbral para cotillear. Riéndose, me da un tierno empujoncito para que entre. No espero a que me lo diga dos veces. Me muero de curiosidad—. Descansa un rato, hasta la hora de cenar.

¿Pensaré que estoy loca si me despido de ella con un abrazo? Pero es que esta habitación es tan increíble que estoy abrumada y necesito contacto humano.

Y... me ha parecido muy simpática.

Para mi sorpresa, ella mueve ficha primero: me da un abrazo.

—Me alegro de que estés aquí, Lottie. Tenía muchas ganas de conocerte.

Siento que el calor de su abrazo me envuelve como una bienvenida a esta casa. Me encuentro muy a gusto, como si llevara toda la vida viviendo aquí. Los italianos son gente muy hospitalaria.

Me repite que descanse, cierra la puerta y yo me quedo ahí plantada, mirando a mi alrededor con los ojos entusiasmados de una niña que pisa por primera vez una tienda de piruletas.

La habitación es preciosa, amueblada con piezas antiguas restauradas con mimo y dos cuadros en las paredes, diría que también obra de la señora Bassi. Se nota que es un hogar lleno de recuerdos, de aventuras familiares y de vida.

Hay una bonita cama con dosel, una cómoda antigua y una repisa llena de libros. Por desgracia, todos en italiano.

Me acerco a la ventana para ver qué hay al otro lado.

Guau. La vista es impresionante. El paisaje se extiende hasta los confines del horizonte. El jardín, la piscina, el bosque... Todo hermoso y a la vez lleno de misterio.

Y, a lo lejos, ella: la Florencia de los Medici, con sus pasadizos y sus galerías, sus *palazzos* y sus catedrales.

Es tan sobrecogedora que me quedo sin aliento.

El amor adquiere muchas formas. En este momento, mi corazón se colma con la belleza de esta tierra iluminada por el sol poniente, con el recuerdo de una abuela que pintaba cuentos de hadas, con la cálida bienvenida que Ginevra me ha dado sin conocerme de nada.

Firenze, con sus secretos mágicos y su perfección inigualable, me ha conquistado en un segundo. No veo la hora de que Enzo me lleve a conocerla.

De momento, será mejor que inspeccione la habitación y me prepare para la cena.

Suelto un gritito de entusiasmo cuando entro en el baño y me encuentro una tina enorme, estratégicamente colocada delante de un ventanal gigantesco. ¡Puedo ver Florencia y bañarme al mismo tiempo!

Supongo que me siento observada, por eso abro los ojos.

Encontrarme a Enzo apoyado en el marco de la puerta, con el cabello alborotado y una sonrisa de oreja a oreja, me deja tan avergonzada que me escondo bajo el agua.

Le oigo reírse antes de que se me tapen los oídos por completo.

—Te vas a ahogar —dice. Su voz suena distorsionada—. No creo que tus pulmones puedan con toda esa espuma.

Asomo la cabeza poco a poco, solo para ponerle mala cara. Sigue riéndose de mí.

—¿Qué haces aquí?

Hace un gesto de desdén, como si esto no fuera gran cosa.

—Es mi habitación.

—Ginevra dijo que era la mía.

—La nuestra, habrá querido decir.

—¿Me estás diciendo que vamos a dormir juntos? —pregunto, intentando ocultar la emoción que me recorre el cuerpo. Mi corazón late con fuerza. Esta situación podría ser muy interesante.

Enzo asiente y sigue mirándome con esa sonrisa tan sexy en los labios.

—Estamos prometidos, *amore*. Es lo que se espera que hagamos.

Amore. ¡Muérete!

—Pues vale. —Le devuelvo la sonrisa, antes de desaparecer otra vez bajo la espuma.

—Tu ropa está en la habitación —me dice Enzo cuando salgo a respirar, unos cinco segundos después—. Será divertido ver cómo llegas hasta ella.

¡Coquetear así es una desfachatez, señor Bassi! Uno no debe calentar el motor si no va a participar en la carrera.

Está tumbado en la cama cuando entro en la habitación.

Levanta la mirada del móvil al oír mis pisadas y pone mala cara al fijarse en la toalla que me cubre.

—Eso es hacer trampas.

—No esperarías que me presentara aquí desnuda.

—¿Por qué no? Habría sido entretenido.

Suelto el vestido naranja que estaba sopesando ponerme para la cena y me enfrento con las cejas en alto a su insinuación de sonrisa.

—Te recuerdo que tú y yo no mantenemos esa especie de relación.

—¿Te gustaría?

—¿Y a ti? —repongo de inmediato.

No puede con esta guerra visual y al final vuelve a prestarle atención al móvil.

Como he dicho, uno no debe calentar el motor si no va a participar en la carrera.

Todo iba viento en popa hasta que en el comedor me presentan a Nanna.

La temperatura parece caer en picado cuando los ojos grises de la señora se clavan en los míos desde detrás de unas gafas enormes de montura de metal.

En sus setenta y tantos y con el pelo blanco recogido en la nuca, Nanna es la perfecta encarnación de la abuela italiana, imponente, implacable, una auténtica autoridad en esta casa.

Espero que no sea la abuela que pintaba cuentos de hadas. No lo aguantaría. Me había hecho otra imagen de ella.

—Es un placer conocerla —le digo, forzando la sonrisa.

Me responde en italiano. Y sin sonreír.

Su mirada es tan poderosa que me sonrojo con solo aguantársela. Hay algo en Nanna, una energía firme y dura que me hace estremecer.

Tengo la sospecha de que su aceptación es indispensable para que me sienta parte de esta familia, y ahora mismo no me siento muy aceptada.

Si la hermana y la sobrina de Enzo me han recibido como a una más, la señora me acoge con frialdad y desconfianza, como si fuera el enemigo, una caza fortunas, una infiltrada extranjera que viene a llevarse a su niño bonito.

Creo que es la señora Denvers de esta casa.

Siento que, para ella, yo no me ajusto al perfil de esposa de un Bassi, temor que queda

confirmado cuando le pido a Enzo que me traduzca lo que ha farfullado la buena señora nada más rechazar yo sumergir mi trozo de pan en el platito de aceite de oliva que acaba de traer de la cocina, y este hace oídos sordos.

—Ha dicho que un Bassi no debería casarse con alguien tan ignorante —me traduce Alice al ver que su tío finge no oírme.

Me quedo boquiabierta de lo escandalizada que me ha dejado la traducción.

—¡Pero si le acabo de decir que el aceite de oliva no me sienta bien!

Enzo suelta una risita.

—Oye, no te ofendas. Para Nanna no hay mayor sacrilegio que no saber apreciar un buen aceite.

—¡Estoy apreciando el vino! ¿Eso no le basta?

Ginevra, sentada al otro lado de la mesa, me aplaca con una sonrisa. Al igual que su hermano, se ha cambiado para la cena. En este punto haré una breve intervención para deciros que en mi casa cenamos en pijama. Empiezo a comprender que ya no estamos en Kansas, Totó.

—No es personal. Los Bassi nos hemos dedicado durante más de cien años a la producción del aceite de oliva y Nanna se lo toma muy a pecho. El abuelo fue el primero de la familia en emprender otro camino.

—*Enrico si dedica al lavoro de la prostituzione* —me dice la encantadora señora al volver de la cocina con una olla enorme de espaguetis.

—Nanna, no es prostitución —le explica Enzo, exasperado—. Trabajamos en una revista.

Nanna barbotea algo mientras me tira, literalmente, los espaguetis dentro del plato. Miedito me da, pero tengo que preguntarlo.

—¿Qué ha dicho? —le susurro a Enzo. Está sentado en la cabecera de la mesa y yo, a su derecha, con Alice a mi lado.

—Que, si salen mujeres en pelotas, es prostitución.

—Que no se entere de mi breve incursión en la página siete —vuelvo a susurrarle con mucho disimulo—. Ya le caigo bastante mal.

Mi alma gemela ríe entre dientes y, como siempre, niega para sí.

Será mejor que siga apreciando el vino.

Agarro la botella y, desencantada, me echo una segunda copa.

—*Mangia, mangia* —me insta la señora, que se ha sentado al otro lado de la mesa, al lado de Gin, y no me quita los ojos de encima.

Es como la bruja de Hansel y Gretel.

Suspiro, resignada, y agarro el tenedor. Ya basta de tonterías. Ha llegado el momento de demostrarle a Nanna que soy merecedora de formar parte de esta ilustre familia.

Por muy malos que estén los espaguetis, los alabaré y diré que jamás he probado nada tan espectacular. Gracias a Dios, Enzo me ha enseñado cómo hay que comérselos con cierta elegancia.

Cojo con firmeza la cuchara, enrolló una buena cantidad de pasta y a zampar.

Abro los ojos en par en par cuando el sabor de la salsa se impregna en mis papilas gustativas.

—¡Madre mía! ¡Esto está buenísimo! —No me ha hecho falta la actuación. Son los mejores espaguetis que he comido en toda mi vida—. ¿Qué es exactamente?

—*Spaghetti alla puttanesca* —me responde Nanna, que, si bien no habla inglés, parece enterarse de todo.

—Están de vicio.

Juraría que... Sí, ¡ahí está! La sombra de una sonrisita satisfecha. Parece que he conseguido ganarme su aceptación.

Sigo comiendo, feliz de comprobar que Nanna ya no me observa con los ojos entornados.

Me pregunta algo, que yo no entiendo, claro.

—¿Qué ha dicho?

—Pregunta si sabes cocinar —me traduce Ginevra.

—Por supuesto. Hago una tortilla francesa buenísima.

Nanna suelta un bufido nada alentador, rezonga algo y vuelve a mirarme con los ojos entornados.

—La he cagado, ¿a que sí? —mascullo, sin perder mi sonrisa tirante.

Enzo y su risita confirman mis temores.

—Sip.

—¿Qué ha dicho ahora? —me atrevo a preguntar.

—Que un Bassi no debería casarse con alguien tan ignorante —me repiten los tres angloparlantes al unísono.

Enzo se está instalando en el suelo.

Ha sido muy mala idea dejar que viera *La Proposición*. Le ha dado pistas sobre cómo duerme la gente que finge una relación.

—A tu abuela no le he caído nada bien —digo al volver del baño, en camisón y con los dientes ya lavados.

Intenta no mirarme, lo cual fastidia bastante porque si me compré este camisón de *Victoria's Secret* de setenta y cinco libras es para que me miren.

—Nanna no es mi abuela.

—Ah, ¿no?

¿Y yo por qué creía lo contrario? ¡Si es que no me cuenta nada! ¡No se comunica! Yo con gente así de cerrada no puedo.

Me detengo en mitad de la habitación, con los brazos en jarras, y mis confusos ojos le exigen una explicación. Pero su alteza está muy empeñado en trastear con el móvil.

—¿Es que *nanna* no significa abuela?

—Lo confundes con *nonna*.

Perdone usted.

—Ah. Entonces, ¿qué significa Nanna?

—Es el diminutivo de Giovanna. Era nuestra niñera cuando éramos pequeños. Mi abuela falleció hace años ya. Yo estaba en la universidad.

—Oh. Lo siento.

—¿Apagas tú la luz? —me pide desde el suelo.

Sí, no vaya a ser que hablemos de sentimientos o de cosas personales.

—Claro.

Aparto la sábana, me siento en la cama y tiro del cortón de metal de la lámpara de pared con más brusquedad de la necesaria.

La habitación se sumerge en oscuridad.

Ni besos, ni abrazos, ni sexo pasional.

Y, para colmo, a Nanna le he caído como el culo.

La cama es cómoda, eso sí. De hecho, es la cama más cómoda en la que he estado nunca.

Solo hay una cosa fastidiándome. Soy como la princesa y el guisante.

—¿Te acostaste con alguna mujer en esta cama?

La suave risa de Enzo me hace fruncir el ceño.

—¿Sí o no? —insisto, preocupada.

—Sí —responde, con voz risueña.

Resoplo.

—¿Puedo dormir en el suelo?

Vuelve a reírse.

—No. Buenas noches.

—Ya. Buenas noches —escupo, revolviéndome con irritación bajo las sábanas.

En la habitación se instala un silencio tan profundo que me da calambres.

—Si mañana te llevo a visitar Florencia y te hago de guía turístico por toda la ciudad, ¿se te pasaría el enfado?

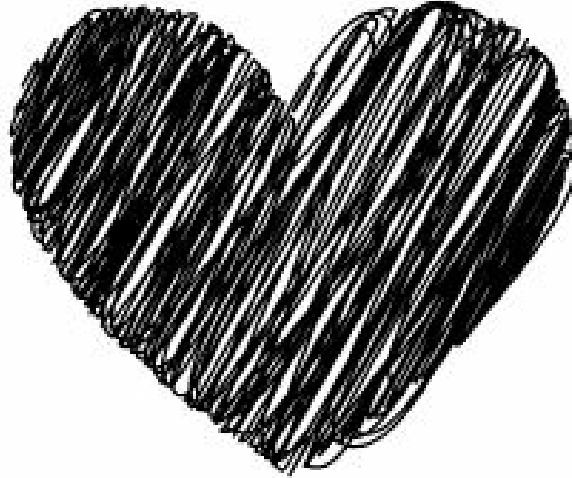
Una sonrisa cruza lentamente mi rostro al escuchar su peculiar forma de disculparse por haber mantenido relaciones pecaminosas con vete a saber quién en este colchón.

—Tal vez.

—Tal vez lo hagamos.

Vuelvo a sonreír y juraría que él también lo está haciendo.

Querida Beatriz



¿Qué decir sobre Florencia que no se haya dicho ya?

¿Que es cuna del Renacimiento?, ¿un museo al aire libre por el que han deambulado personajes históricos tan famosos como Dante Alighieri, Leonardo Da Vinci, Galileo Galilei, Donatello, Miguel Ángel y los todopoderosos Medici, cuya intrigante existencia todavía incita a la especulación?, ¿que está llena de turistas empeñados en fotografiar el trasero de la réplica de David expuesta en la Piazza della Signoria?

Hay tantas cosas que se pueden decir, pero estoy demasiado absorta por la belleza que tengo delante.

Y esta vez no me refiero al más que evidente atractivo del hombre que me arrastra por toda la ciudad, haciendo gala de un entusiasmo inspirador del que hasta ahora no lo creía capaz.

No deja de hablar, de explicarme cosas. Está claro que le fascina contarme historias tanto como me fascina a mí escucharlas.

Hemos madrugado para poder visitar la ciudad sin tragarnos demasiadas colas. Ventajas de contar con un guía local. Se sabe todos los trucos.

Iniciamos el día con una visita a la Galleria dell'Accademia (tras estudiar el trasero del auténtico David, admito que no está nada mal, aunque, ya lo sabéis, Enzo es mucho más guapo).

Después, damos una vuelta por el Palazzo Vecchio, auténtica residencia de los Medici.

También podría haber sido el palacio de los Vulturi. Cuando se lo cuento a Enzo, se pasa todo un minuto riéndose.

En la galería Uffizi me quedo unos dos minutos contemplando con cara de boba un cuadro de Caravaggio. Enzo tiene que arrastrarme de ahí porque me niego a abandonar la sala.

—¡Espera! ¡Es mi pintor favorito!

—Esto está lleno de pinturas. No puedes estar un cuarto de hora delante de cada cuadro.

—¡Solo he estado dos minutos!

—Un abismo de tiempo. Vamos. Todavía tenemos que visitar las tumbas de los Medici antes

de la hora de comer.

¿Alguien ha dicho tumbas? Nada me fascina más que las frases lapidarias.

Y, si son en latín, ahí yo ya empiezo a hiperventilar. *Ad vitam aeternam*. ¿No es precioso?

Vida y Muerte se funden, al igual que El Día y La Noche.

La basílica de San Lorenzo acoge a cincuenta miembros de la familia florentina más famosa de todos los tiempos.

Hay algo sobrecogedor en el simbolismo que impregna este espacio. Me impresiona más de lo que esperaba, me abre la mente hacia cosas que van más allá de mi humilde comprensión.

Si bien lleno de turistas, en el templo se percibe un insólito silencio, tan espeso que casi alcanzo a escuchar nuestros pasos sobre el cemento, furtivos, como si pidieran permiso para hacerse notar. Nadie quiere molestar a los que yacen por debajo de nosotros.

—Me pregunto cómo sería este lugar en su época —le susurro a Enzo—. Cómo afrontaban ellos la certeza de la muerte.

—Con más facilidad que nosotros, seguro —me responde, también en susurros—. Debían de creer que la muerte no es el final de la existencia humana.

Nuestros ojos coinciden por unos segundos mientras caminamos entre tumbas, en el sentido más literal de la palabra.

—¿Tú no lo crees?

Niega con la cabeza y me observa como si yo fuera algo digno de estudiar.

—¿Lo crees tú? —repite en una especie de débil murmullo.

Rechazo la idea con un gesto apesadumbrado.

—Pero ojalá lo creyera —musito en tono abatido.

Me parece vislumbrar un leve atisbo de sonrisa en las comisuras de sus labios.

Me coge de la mano, me acerca a su pecho y durante unos segundos se limita a arrojar su cálido y suave aliento contra mi rostro. Es mucho más grande que yo. Su tórax es casi el doble de ancho que el mío. Me siento canija a su lado. Llevo unas zapatillas de tela azul que pensé que quedarían bien con mi vestido amarillo de corte sesentero y hoy Enzo parece más alto que nunca.

—Vayamos a comer —murmura. Hay una intensidad perturbadora en la mirada que se arrastra por todo mi rostro como si lo estuviera acariciando—. Dejemos a los muertos que descansen en paz.

—Sí. Buena idea.

Cogidos de la mano, nos dirigimos a la puerta. Parecemos una pareja más que hace turismo.

Antes de abandonar el lugar, miro una vez más por encima del hombro, las tumbas que dejamos atrás. Me estremezco sin saber por qué. Quizá porque yo me voy y ellos se quedan.

Fuera nos reciben el calor y la luz solar. Aquí ya no hay sombras ni muerte. La vida inunda cada rincón. Griterío, risas, niños correteando, Florencia es una ciudad alegre.

Me abro paso entre el gentío, incapaz de sacarme de la cabeza la imagen de todos esos sepulcros. Nunca le había prestado especial atención a la muerte, y ahora me doy cuenta de que la muerte es la única certeza que tenemos en la vida. Lo demás puede cambiar. La muerte es invariable. Cuesta asimilarlo, una vez te vuelves consciente de su inexorabilidad. Abruma un poco. De ahí la importancia de vivir mientras se vive.

—¿Te apetece comer algo en particular, o elijo yo?

Tenso los labios.

—Elige tú.

Eso le gusta. Qué sonrisita satisfecha acaba de poner. Mira tú por dónde.

Después de probar la exquisita gastronomía local en un restaurante en el que no dejaban entrar a cualquiera, Enzo y yo nos pasamos la tarde haciendo turismo al aire libre. ¿O es que creáis que el arte lo guardaban todo en el interior de los palazzos? No, señor. Florencia está llena de *piazas*, pasadizos, jardines y calles que te dejan sin aliento.

Al final dejo atrás mis pensamientos lúgubres y vuelvo a estar alegre, a bromear y a coquetear descaradamente con mi guía turístico. Tampoco hay que tomarse la vida tan en serio, ¿no?

Bajo la luz del sol, la muerte parece algo demasiado remoto. Achaco mi angustia a la solemnidad de la basílica y ya me olvido del tema.

—Esta es la iglesia de Dante —me explica mi acompañante a última hora de la tarde. El sol cae sobre su artístico rostro con tanta gracia que no sé qué mirar primero, si al templo cristiano más antiguo de la ciudad o al guapísimo tío que atrae las miradas de todas las mujeres de por aquí—. No se llama así, pero se le conoce por este nombre por culpa de una leyenda que asegura que Dante conoció aquí a la mujer que acabaría convirtiéndose en su amor platónico.

—¿Qué me dices!

Soy el Gollum otra vez. A dos centímetros de su cara me he parado.

—Lo que oyes. Hay todo un séquito de enamorados y enamoradas que se acercan a la tumba de Beatriz Poltinari para dejar cartas de amor.

—Un momento, un momento. ¿Me estás diciendo que la Beatriz de Dante está enterrada aquí? En este lugar. Justo al lado de nosotros. La Beatriz de Dante. La del Infierno y el Paraíso.

—Sí. ¿Quieres que te enseñe los cestos llenos de cartas?

—¿Perdona?! Soy el ser más romántico que has conocido en toda tu vida. ¡Claro que quiero que me enseñes los cestos llenos de cartas de amor que deja la gente!

¿Por qué se ríe? Es que no lo entiendo. ¡Esto es serio! ¿Cómo ha podido pensar que yo no iba a querer ver las cartas? Esta relación no funciona.

—Ven.

Sonriendo todavía, me coge de la mano y me arrastra al interior de la iglesia, lejos del bochornoso verano toscano y de los gritos de la gente. En silencio, me conduce hasta una tumba adornada con un ramo de flores. Hay dos cestos rebosantes de cartas al lado.

—A-lu-ci-no. ¿La Beatriz de Dante? ¿Estás seguro? No me estarás tangando...

Su risita ronca me confirma que, en efecto, aquí yace la mismísima Beatriz.

—No te estoy tangando. Va en serio.

—Dios mío. Y yo no llevo ningún papel para dejar una carta. ¡Estás cosas se avisan!

—Si lo tuvieras, ¿qué escribirías?

Me lo pienso unos segundos mientras él me observa con esa sonrisa suya apenas esbozada.

—*Beatriz, los hombres son mucho más guapos en mi época que en la tuya.*

Mi solemnidad le arranca otra risa rasposa. Experimento un pequeño sobresalto al ver la preciosa sonrisa de dientes blancos y perfectos asomar por debajo de sus sensuales labios. Si se me permite apropiarme de las palabras del más apasionado admirador de esta señora que yace al lado de mis zapatillas: *desde este momento en adelante, el amor gobierna mi alma.*

—No, en serio —insiste. La sonrisa se le apaga poco a poco en la cara y en los ojos, hasta que no queda ni rastro de ella—. ¿Qué le dirías?

Nos evaluamos el uno al otro en silencio, en mitad de este santuario de amor supremo, rodeados de reliquias de un idilio que no acabó demasiado bien; nuestras caras iluminadas por los agonizantes rayos que se cuelan por los resquicios y también bañadas por las sombras que reinan en este lugar.

—¿Y tú? —repongo con voz muy baja, como si no quisiera molestar más a los muertos.

La nuez le sube y le baja por la garganta al tragar saliva.

Sus ojos no se retiran de los míos en los diez o quince segundos de silencio que se instalan tras mi pregunta.

—Le diría: *no se le parece a nadie a quien haya conocido antes, Beatriz. Por eso me gusta. Mi vida era maravillosa, pero, sin ella, puede que fuera incompleta.*

Algo extraño y tormentoso me sacude el estómago.

Cojo aliento, lívida de emoción, e intento recobrar la voz. Es difícil y, al catalogar cada detalle de su tensa fisionomía, me sumerjo en todavía más desconcierto.

—¿Y quién es ella? —atino a murmurar, a pesar del nudo que me oprime la garganta.

Su silencio me desarma. Siento que se está desmoronando delante de mí, como si una fuerza invisible se estuviera apoderando de él y le venciera poco a poco.

Al cabo de unos segundos de angustia intolerable que solo los enamorados podrían comprender, me toma la cara con las dos manos, me la levanta y sus ojos verdes se suavizan al vencer a los míos.

—Creía que eso ya lo sabías, *amore*. Ella eres tú —murmura con suavidad, antes de coger mis labios entre los suyos con tanta dulzura que se me detiene el corazón en el pecho.

El resto del mundo se apaga, sólo quedamos nosotros dos entre los muros de este templo, rodeados de historias de amor y de secretos, de electricidad estática y de promesas todavía sin formular.

Me siento vulnerable y desprotegida al sentir su boca restregarse contra la mía, ardiendo en deseos de penetrarla.

Aunque no tengo miedo de entregarme, de abrirla y ofrecérsela. Siento que he encontrado algo especial aquí, tanto en este santuario como en el corazón de este hombre.

Así que me abrazo a él y me dejo llevar por la absorbente intensidad del beso; permito que lo nuestro deje de ser una leyenda. A partir de hoy, será una realidad, la única realidad que importa.

Querida Beatriz,

¿Has sentido alguna vez que tu corazón se paraba solo para acelerarse un segundo después? ¿Que el aire ya no era suficiente para mantenerte con vida? ¿Que sus labios eran el único refugio en el que querías estar?

Entonces eres afortunada. La mayoría de la gente no tiene ni idea de lo que estamos hablando.

El amor, ese amor que solo tú podrías comprender, tan intenso que nunca morirá, no es de este mundo, pero los dioses, los tuyos, Beatriz, permiten que lo vivamos, aunque sea una vez, quizá porque de otra forma no podríamos experimentar tanto tormento.

Los dioses son crueles, ya lo sabes.

Aunque vale la pena. Vale la pena un solo segundo de este amor, de tenerle entre tus brazos, a cambio de toda una vida de desdicha.

Me empiezan a escocer los ojos, pero mantengo los párpados cerrados y me aferro a sus labios como si fueran lo único firme que hay en este mundo.

He estado tan ida que no sé cómo he aguantado la cena, las miradas desconfiadas de Nanna, la animada conversación de Ginevra, las risitas y las anécdotas de Alice...

Solo he podido ver los ojos verdes que cada cierto tiempo buscaban a los míos y me hacían latir el estómago y contener el aliento.

Me ha tocado atender algunas preguntas de Ginevra, que quería todos los detalles de nuestra romántica escapada a Florencia.

Se los resumí con voz firme, sin explayarme en descripciones tontas: calor, mucha gente, obras de arte, espectacular, quiero volver de inmediato...

Le dije que me resultaron sobrecogedoras las cartas de amor que se amontonaban al lado de la tumba de Beatriz.

En ese punto, él esbozó una breve sonrisa, empleándose solo de la esquina derecha de la boca.

Luego bebió vino con su habitual y despreocupada indolencia y me dieron ganas de chillar, de plantar las palmas sobre la maldita mesa, sin preocuparme por el tintineo de los cubiertos, las copas y la elegante porcelana o la presencia de sus familiares, y gritarle:

—¡Mírame! Porque sé que tú también lo has sentido, aunque no hayas vuelto a ponerme un dedo encima desde entonces.

Y ahora estoy aquí, delante de un espejo ennegrecido de marco dorado, lavándome los dientes con tanto brío que, al escupir la pasta, veo algunos rastros de sangre.

Dios mío, me va a dar algo, porque tendré que salir del baño en algún momento y no sé muy bien qué es lo que me espera al otro lado de la puerta, ¿el Paraíso, o el angustioso Infierno de los enamorados?

Ahora por fin comprendo a Dante y sus metáforas. Hay que joderse. Tienes que venir hasta Florencia para poder entenderlo.

Inhalo con fuerza, intercambio una mirada conmigo misma a través del espejo y suelto el cepillo dentro del vaso. (¿No es precioso que nuestros cepillos estén juntos? Yo creo que sí). Está bien. Puedo hacerlo. Puedo abrir esa puerta y comportarme como una adulta.

Me amonesto con la mirada una vez más y abandono por fin el baño.

Y todas las esperanzas, porque Enzo se ha vuelto a instalar su casto lecho en el suelo y está ahí tumbado, mirando el móvil como si su boca no hubiese ardido encima de la mía hace solo unas cuantas horas en el sitio más romántico del planeta.

No, no hay que resetear su disco duro. Hay que cogerlo, tirarlo a la basura y conseguirle uno nuevo.

Me siento en la cama armando follón, apartando furiosa los cojines, las almohadas y las sábanas, y apago la luz con ira. Ni siquiera le doy las buenas noches. No se las merece. ¿Cómo puede ser tan asno, en serio?

Lanzo un malhumorado suspiro y doy otra vuelta por el colchón.

No voy a poder dormir. Hace demasiado calor aquí.

Me quedo sin aliento al oír movimiento en el suelo.

Contengo el aliento cuando se levanta, abre las ventanas de par en par, como si supiera que me estoy abrasando, y viene hacia la cama.

Me observa con tanta insistencia que no me queda otra que separar del todo las pestañas y mirarle sin disimulo a los ojos.

Me sonrío, y luego se tumba en el colchón y se pone de lado, para poder seguir estudiándome a través la penumbra.

Yo también me vuelvo, intranquila como siempre que le tengo cerca, y lo observo en silencio.

Siento que me arden las entrañas. Nunca he experimentado esta emoción tan sobrecogedora.

Las palabras se me escapan ahora mismo, así que analizo, embebida, los armoniosos contornos de su rostro, y dejo que él me analice a mí.

—Lo dije en serio —admite, en un débil murmullo—. Lo de antes. Iba en serio.

Hago un pequeño gesto de afirmación.

—Lo sé.

Sonríe, casi con pesadumbre, y después me pone una mano en la nuca, me acerca a él y me besa en la frente. Es aterrador que alguien pueda poner tu vida patas arriba de esta forma.

Cierro los ojos cuando me abraza, me aprieta contra el fuerte pecho que arde por debajo de su camiseta blanca y apoya la barbilla en mi cabello.

Su mano me acaricia despacio la nuca. Su pesada respiración me revuelve el pelo.

Siento que está derrumbando todos los muros. Que nunca ha llegado tan lejos con nadie en toda su vida. Hemos ido despacio, pero con pasos firmes. Y ahora estamos aquí.

Se aparta unos centímetros para volver a buscar mi mirada. No sé qué abrasa más, si las manos que me levantan la cara hacia la suya o los ojos que se pierden en los míos.

—Lottie, te has convertido en algo que necesito. Aún no sé muy bien cómo sentirme al respecto.

Y yo que creía que pasear con un helado en la mano era lo más romántico de lo que este modelo era capaz...

Trago saliva y asiento febril; las palabras, una vez más, se me escapan.

—¿Puedo volver a besarte? —susurra mientras arrastra el pulgar por el arco de mi labio superior—. Finjamos que me amas. Y que yo también te amo a ti —añade, con la cara contraída—. Finjamos que esto es de verdad. Que estamos juntos. Y que es para siempre.

El tormento que se refleja en su mirada me conmueve tanto que acerco los labios a los suyos y, temblando de emoción, los rozo con suavidad.

Él me coge la cabeza con las dos manos, suspira, no sé si vencido por el peso de su conflicto o aliviado de que haya terminado, y el abrazo se transforma en un beso devastador.

Y el beso, en un anhelo loco y desenfrenado, imparable.

En un segundo acabo debajo de él y sus manos buscan mi cuerpo con urgencia bajo la ropa.

Me arqueo hacia arriba cuando sus labios se arrastran ardientes por mi garganta y mi escote. Me lame la clavícula y los pechos; los aúna con las dos palmas y hunde la cabeza entre ellos mientras mis dedos se enredan en su pelo.

Alza la mirada hacia la mía, para hacerme partícipe de la desesperación que arde en sus pupilas.

Me susurra lo loco que lo vuelvo, y luego me acaricia el rostro y el cabello con los dedos. Su lengua se desliza por las comisuras de mis labios, instándolos con dulzura a separarse.

Le doy lo que quiere, y se adentra, hambriento, en mi boca.

Nos besamos durante una eternidad, cada vez más impacientes.

Por las ventanas abiertas se cuela una pequeña ráfaga de aire no tan bochornoso como antes.

Ningún sonido quebranta el silencio de la noche, solo nuestras respiraciones irregulares y la trova de los grillos.

Me toca de la forma más íntima posible, y me estudia con una arruga entre las cejas. Mi mirada no flaquea ni por un segundo; busco establecer toda clase de contacto con él, incluso el visual.

Esto es lo más profundo que he experimentado en toda mi vida, jamás me había ahogado de esta forma en los ojos de otra persona ni había deseado tanto perderme en su cuerpo.

Se quita la camiseta, me aprieta contra el colchón y su boca vuelve a darme un beso incendiario.

Las emociones que he estado ocultando durante tanto tiempo estallan como fuegos artificiales que nos envuelven a los dos con su eléctrica incandescencia.

Me busca las manos, entrelaza mis dedos con los suyos, le hace el amor a mi boca...

Separo las rodillas un poco más y noto un cambio en el cuerpo que me oprime contra el colchón, los músculos se le tensan, la piel se le calienta, su erección se aprieta contra mí con más intención que antes.

Entonces, se detiene, retira los labios de los míos y respira con fuerza, como intentando calmarse.

Con aparente tranquilidad me quita la ropa, toda la ropa, y se toma cierto tiempo para venerarme con las manos mientras examina mi cuerpo como si fuera una obra de arte de un valor incalculable.

Siento que ha realizado este ritual muchas veces. Ha arrancado la ropa de montones mujeres.

Pero no creo que haya hecho el amor hasta ahora. No ha experimentado esta fiebre que te consume, la urgencia, la aplastante necesidad de buscar otro cuerpo, con las manos, la boca, la lengua...

No, cuando me mira, me transmite que esto es tan nuevo para él como lo es para mí.

Se termina de desnudar, me abraza otra vez y su miembro palpitante empuja contra mí, buscando la forma de entrar.

Me aferro a los tensos músculos de su espalda con las dos manos y hago un gesto afirmativo con la cabeza.

El corazón choca con cada vez más violencia contra mis costillas según se prolonga la espera.

Los ojos verdes de Enzo penetran hasta el fondo de los míos.

Me asfixio en un océano de deseo puro; no hay aire, no hay salvación. Todo está empapado de deseo. Es perfecto. Aterrador.

—Quiero estar dentro de ti —murmura, presionándose justo al lado de la entrada—. De todas las maneras posibles —añade, antes de besarme en la boca con tanta intensidad que dejo escapar un gemido, que se pierde en medio de toda esta pasión.

Restriega los labios contra mi mejilla y mi cuello. Me envuelve, posesivo, entre sus brazos.

Descorre el cajón de la mesilla y revuelve a tientas lo que sea que haya dentro, en busca de algo y sin dejar de besarme. Me río en su boca al ver el condón que sostiene entre los dedos.

—¿Hace cuánto que guardas eso ahí?

Me devuelve la sonrisa mientras se lo pone con destreza.

—En cuanto llegamos. Lo compré el día que me arrastraste a ese *sex shop*. Estaba esperando el momento perfecto para poder usarlo.

—No, si al final vas a ser un novio decente y todo...

Riéndose, se vuelve a encajar entre mis piernas y lentamente se abre paso dentro de mi

cuerpo. Los dos contenemos el aliento. Esto es muy profundo.

Al llenarme, se frena, deja caer la frente contra la mía y solo me respira.

Me gustaría que este momento durara una eternidad.

Y me gustaría que me besara.

Enzo lo comprende; su boca busca la mía, y el beso se vuelve febril y absorbente.

Nos bañamos juntos en la tina, algo que me parece todavía más íntimo que hacer el amor. No hablamos de nada.

Con el cuerpo encajado entre sus piernas, mantengo la cabeza apoyada contra su pecho. No puedo pensar, estoy anestesiada por el rápido latido de su corazón.

No sé el tiempo que llevamos aquí cuando saca la mano de debajo de la espuma, me rodea el mentón con los dedos y vuelve mi cara hacia la suya.

Sus ojos están llenos de una emoción que no sé si comprendo. Quizá sea amor. Me parece que nadie me ha amado hasta ahora. No de verdad.

Pone la boca sobre la mía y me besa, buscándome la lengua como hace un rato.

Antes de cerrar los ojos, me fijo en que se le han arrugado los dedos. No me había dado cuenta de que el agua se ha enfriado casi por completo.

Un fantasma del pasado



Cuando me despierto, el sol está en lo alto y la cama a mi lado, vacía.

Miro por instinto al suelo, pero no hay ni rastro de Enzo. Las dos almohadas y la sábana que usa para dormir han sido recogidas y amontonadas sobre una silla.

Compruebo la hora en el móvil y suelto un gemido lastimero. Son casi las diez. Tendré que levantarme. Sería de muy mala educación quedarse en la cama hasta la hora de comer. Ya bastante mal le caigo a Nanna. No necesito añadir *perezosa* a mi larga lista de defectos.

Me estiro, completamente hecha polvo, y me incorporo con una mueca de dolor.

Me siento como si me hubiese pasado un tren por encima. Creo que no he pegado ojo hasta las siete. Estaba demasiado eufórica como para dormir. Solo podía mirar al hombre acostado a mi lado y ahogar sonrisitas tontas.

De camino al baño, rememoro una vez más los detalles de la noche anterior. El calor reptaba por todo mi cuerpo con el recuerdo. Siempre he sabido que existía, que el sexo bueno no era solo un mito, y ahora por fin se ha comprobado mi teoría ¡Aleluya! Ha sido espectacular, mejor incluso de lo que esperaba. Tengo ganas de contárselo a alguien.

Aunque no sé a quién podría decirle algo así. Con Maisie nunca he hablado en términos técnicos. Con Shannon sí, pero está muy rara y no me apetece el sermón. Me soltará lo de la rana y el caldero.

En cuanto a Stefan, dudo que estuviera cómoda compartiendo detalles tan íntimos con él.

Será mejor que me lo guarde para mí. Quizá debería comprarme un diario. O escribirme una carta a mí misma, en la que confesarlo todo.

Divertida por la idea, me lavo los dientes, me echo crema solar y polvos bronceadores y, después de ponerme un vestido multicolor con la espalda al aire y recogerme el pelo en una coleta alta sujeta con un gracioso lazo fucsia, salgo de la habitación y bajo alegre por la escalera. En algún momento he recuperado las energías.

—Buenos días, Lottie.

Ginevra sale del salón con esa sonrisa radiante que jamás parece desaparecer de su fisionomía y me intercepta de camino a la cocina.

Me pide que aguarde con un gesto, se despide de la persona con la que está hablando por teléfono y echa a andar hacia mí.

Toda vestida de blanco, con pantalones anchos de talle alto y una blusa con detalles de encaje sobre el pecho, muestra un aspecto impecable.

Me gustaría sorprenderla alguna vez con cara de recién levantada, el pelo despeinado o los labios sin pintar, pero algo me dice que eso no va a ocurrir jamás.

—¡Hola! —la saludo, animada, porque hace sol, estoy en Florencia y mi memoria sigue llena de detalles tórridos sobre lo acontecido ayer entre su hermano y yo—. ¿Qué te cuentas?

—Te estaba buscando.

—¿A mí?

—¿No te lo dijo Enzo anoche?

Una imagen de su hermano inmovilizándome las muñecas y reteniéndome con sus anhelantes ojos verdes mientras se abría paso lentamente dentro de mi cuerpo me sacude con fuerza.

—Pues... no estaba muy parlanchín —respondo, con un inusitado calor en las mejillas.

Gin se echa a reír al verme tan sonrojada.

—Ya me imagino. Espero que estés lista para probarte tu vestido de novia. Me encargué de pedir algunos cambios que me gustaría que evaluaras. Estoy muy emocionada. No veo la hora de que lo veas y me des tu opinión. ¿Se nota mucho que me encantan las bodas? Y más la de mi hermanito pequeño. Admito que me he vuelto un poco loca con la organización. Espero no haberme pasado...

Frunzo el ceño, confundida por sus palabras.

—¿Hermanito pequeño? Creía que erais mellizos.

—Sí, pero yo soy la mayor. Así que tengo una responsabilidad extra con él.

Rio entre dientes y dejo que me tome del brazo y me conduzca hasta el vestíbulo.

—Hablando del tema. ¿Dónde está tu hermano? —Recorro toda la planta baja con aire expectante.

—¿Tampoco te la dicho?

—Decirme ¿el qué?

—Cómo son los tíos. Se ha ido de pesca con unos amigos —me explica mi futura cuñada, que guarda el móvil dentro de un bolso beige de Hermès y coge unas gafas de sol marca Chanel del cajón superior del aparador de madera maciza y se las prueba como si quisiera asegurarse de que le pegan con el *outfit*.

—¿De pesca? ¿A Enzo le gusta la pesca?

Una expresión divertida le ilumina el rostro cuando cruzamos una mirada a través del espejo.

—Ya le irás conociendo. Para eso sirve el matrimonio: para enseñarte los defectos del otro. Vamos. Desayunaremos por el camino. Conozco un sitio en el que preparan unas tostadas con *prosciutto* buenísimas.

—¿Qué es el *prosciutto*?

Gin abre la pesada puerta de la mansión y vuelve su risueña cara hacia la mía.

—Que no se entere Nanna de que no conoces nuestro embutido más emblemático. Ya bastante disgustada está de que Enzo se case con alguien que no sabe apreciar el aceite de oliva.

—Creo que no le he caído demasiado bien.

Gin se cubre los ojos con las enormes gafas negras, antes de bajar los escalones que nos

separan de su coche, un Alfa Romeo clásico y descapotable de color rojo intenso.

—No, mujer. Lo que pasa es que no se fía de lo que no conoce. Su generación es así, cerrada y suspicaz. En cuanto te conozca mejor, le caerás muy bien, estoy segura. Sube. Abróchate el cinturón. ¿Lista para la aventura?

Creía que, con aventura, Gin se refería a la prueba final del vestido, no a engañar a la muerte en cada curva monte abajo.

Conduce como una loca, pitando e insultando a todo dios.

Bastardo!

Inutile!

Imbecille, ma che fai?

Y estas solo son algunas de las lindezas que grita mientras hace peligrosas maniobras de adelantamiento en una carretera tan estrecha que apenas si caben dos coches.

Es como la hermana Clotilde de esas viejas películas de Louis de Funès.

En cada giro brusco, se ríe a carcajadas. En cuanto a mí, me agarro al asiento como si mi vida dependiera de ello.

No sé cómo, tal vez con ayuda divina o porque Urano estaría ocupado con otros asuntos, el caso es que llegamos sanas y salvas al local de las famosas tostadas.

Hay que admitir que las estadísticas estaban muy en nuestra contra. Voy a tener que ir a encender un par de velas en alguno de los considerables templos de la ciudad.

—¿Prefieres que nos sentemos fuera o dentro? —me pregunta sor Clotilde como si nada. Creo que no es consciente de que ha intentado asesinarme hace solo dos minutos.

—Mejor fuera. Todavía no quema el sol.

Gin elige una mesa al azar, al lado de un enorme arbusto trepador lleno de flores moradas, y se enciende un cigarrillo. Si la viera ahora mismo un pez gordo de Hollywood, la fichaba seguro para algunas de sus películas. Parece muy glamurosa y muy segura de sí misma, con sus gafas de marca y sus labios rojos expulsando humo hacia arriba.

Quizá por eso me doy cuenta con tanta facilidad de que se le quebranta por completo la faceta de *femme fatal* cuando el camarero, un tipo con un físico envidiable y unos ojos claros que destacan en medio de un rostro moreno, se nos acerca para tomarnos nota.

¿Por qué todos los italianos parecen generales romanos de rasgos firmes y musculatura perfecta? ¿Se cuidan mucho o es genético? ¿Será el aceite de oliva? A lo mejor debería probarlo.

Después de consultarlo conmigo, Gin pide un cappuccino, un café y dos tostadas con *prosciutto*. Le hace saber el pedido sin atreverse a levantar la mirada hacia la suya.

El hombre hace un gesto de asentimiento antes de retirarse.

—¿Qué ha sido eso?

Ginevra vuelve la cara hacia la mía y me observa con total impasibilidad. Su hermano también se comporta así cuando quiere fingir que algo no le importa.

—¿El qué?

—¡Eso! En tu cabeza sonaba *Woman in Love* de Barbara Streisand cuando ha aparecido ese tío con la bandeja en la mano.

Gin se atraganta con el humo.

—Oh, ¡Dios mío! ¿Tan evidente es?

—Para alguien se ha pasado dos años suspirando por un tío que no le hacía el menor caso, ¡ya te digo, hermana!

Su cara se tuerce de angustia.

—Entonces, él también lo habrá notado.

Observo unos segundos al camarero que está esperando junto a la barra a que los de la cocina le saquen el pedido. En realidad, solo observo sus anchos hombros porque está de espaldas.

—Lo dudo. Es un tío. Ellos nunca se enteran de nada.

—Qué vergüenza. No sé qué me pasa. No puedo evitarlo.

—Se llama atracción.

La pobre hunde la cabeza entre las manos. Unas manos preciosas, por cierto, con manicura francesa en las uñas. Es evidente que nunca friega las ollas después de quemar la comida. O a lo mejor no quema nunca la comida, a saber.

—Me siento fatal.

—¿Por qué? Es de lo más natural sentirse atraída por un tío guapo.

Levanta la cara como si aquello le pareciera un disparate.

—No para mí. Yo nunca me pongo así —asegura mientras apaga el cigarrillo con más fuerza de la necesaria.

—Ah, ya lo entiendo.

—¿El qué?

—Nunca te has enamorado.

—¿Enamorada? —Me frunce el ceño—. ¡No digas tonterías! ¡No estoy enamorada! Es que él... él...

Se pone recta en la silla al verle salir del bar con la bandeja en alto. Me echo a reír y siento que Gin me fulmina con sus ojos verdes a través de las gafas. Qué fuerte. A la princesita Medici le gusta el camarero. Me encantan estas historias de amor. Haré de celestina en cuanto pueda.

Con lo estirada que es Ginevra (digna heredera del imperio Bassi), preferiría tragarse un frasco de veneno antes que pedirle una cita al objeto de sus obsesiones.

Las familias nobles de por aquí eran aficionadas a los venenos. O eso se rumorea en Inglaterra.

El hombre pregunta algo. Dios. Si los tíos hablan en italiano, ¿quién necesita los preliminares? Es como si te hicieran el *amore* con las palabras.

Gin me señala a mí. El camarero, vestido con un polo blanco que no oculta ni la solidez de sus bíceps ni ese abdomen que parece una tabla de surf, me pone el café con leche delante.

En el cappuccino de Ginevra ha dibujado un corazoncito. Me cuesta mucho mantener el tipo y no soltar un chillido de emoción.

Oh, Romeo, Romeo. Niega a tu padre y rehúsa tu nombre.

¿No es precioso?

Pero alguien debe apartarlos de los venenos. La gente de por aquí es algo dramática. Lo viven todo con demasiada intensidad y a veces se vuelven insensatos. No me gusta ese final.

Espero a estar solas, para inclinarme sobre la mesa y decirle a Gin en susurros:

—¿Lo has visto? Te ha dibujado un corazón en el café. Deberías pedirle salir.

—¿Qué? No digas tonterías. Esto se lo ponen a todo el mundo.

—A esa señora de ahí le ha puesto una flor.

Gin comprueba el café que le señalo y luego hace una mueca.

—A lo mejor lo ha preparado otra persona.

—Pero, ¿por qué sois tan tercos los Bassi? ¡Que ese chico quiere salir contigo!

—Incluso si así fuera, que lo dudo, no podría ser.

—¿Porque él es un camarero y tú la princesa del castillo?

Se arranca las gafas para fulminarme con la mirada.

—No. Porque yo tengo una hija, un divorcio traumático a mis espaldas y probablemente sea demasiado complicada para él.

—¿Y no será mejor que lo decida el *ragazzo*?

El objeto de nuestra apasionada charla nos trae las tostadas, por lo que nos callamos las dos y solo volvemos a hablar del tema cuando ya no hay peligro de que nos escuche.

—¿Sabías que la probabilidad de encontrar a tu alma gemela es de una entre diez mil vidas? ¿Y si fuera él?

—Y si fuera él, y si fuera él. Nunca lo sabremos. Tómate la tostada y olvídate del tema.

—*Italiani* —rezongo entre dientes. Con evidente disgusto.

Gin se echa a reír, se vuelve a poner sus oscuras gafas de sol y se toma el cappuccino del amor a sorbitos. Cómo me frustra esta familia.

Creía que sabía lo que se siente al enamorarse, pero me parece que he infravalorado el concepto hasta verme delante del espejo, con mi glamuroso vestido de novia puesto.

Que no sea blanco, sino de color marfil, lo hace todavía más elegante.

Tendría que haberme imaginado que alguien como Ginevra elegiría el atuendo nupcial más impresionante y lujoso de una tienda especializada en atuendos impresionantes y lujosos. El corte sirena ensalza y potencia la silueta, al igual que el escote en pico, más pronunciado en la espalda que en la parte delantera porque nadie quiere ser vulgar el día más importante de su vida.

—Esto es amor a primera vista y no lo que sentí cuando vi a tu hermano fulminándome con la mirada.

Gin suelta una carcajada y me arregla la capa desmontable de tul brillante, decorada con encaje plateado y pedrería; un diseño tan aristocrático que parece que me esté casando con el príncipe de Mónaco como mínimo. Esto es demasiado para una boda falsa. ¿Quiero saber lo que se han gastado?

—Entonces ¿te gusta la capa? El vestido venía sin ella, pero me pareció que quedaría mucho más sofisticado así.

—¿Bromeas? ¡Es el atuendo nupcial más alucinante que he visto en toda mi vida! Me da miedo preguntar cuánto cuesta. Estas flores bordadas con hilo de oro y plata parecen hechas a mano.

—No te preocupes por eso. Es mi regalo de boda.

Me vuelvo hacia ella con los ojos cargados de emoción.

—Oh, no. Es demasiado, Gin.

Conmovida por primera vez desde que la conozco, viene hacia mí y me envuelve en un abrazo.

—Nada es demasiado para la mujer que ha conquistado el corazón de Lorenzo.

Me siento fatal. ¿Realmente tengo su corazón, o lo de ayer solo fue fruto de la abstinencia y mi camión de Victoria's Secret? Prefiero no pensarlo.

Estoy tan abrumada que me aferro a sus delgados hombros, me trago el nudo de la garganta y

le devuelvo el abrazo.

—El vestido es perfecto. Me siento como una princesa. Gracias.

—Ni lo menciones.

—Es increíble que me quede tan bien. No hay que ajustar ni un centímetro.

Gin me guiña el ojo a través del espejo.

—Parece que Enzo conoce muy bien tu cuerpo. Me ha mandado las medidas exactas.

Me sonrojo, como no, y ella se echa a reír.

—Vamos, hemos quedado con él para comer y todavía quiero que vayamos a otro sitio para que elijas los zapatos.

Con la bolsa de los zapatos de novia en la mano, Gin y yo nos dirigimos al sitio en el que hemos quedado con su hermano cuando choco por error con una chica alta y rubia, que también iba distraída, mirando el mismo escaparate que yo.

—Perdón —me disculpo, al mismo tiempo que ella lo hace en italiano.

—¿Ginevra?

Gin vuelve la cabeza al escuchar su nombre y una expresión de asombro le entreabre los labios.

—¿Bianca?!

Las dos sonrientes, se abrazan y se ponen a hablar en italiano, tan deprisa que no pillo ni una palabra.

—Madre mía, ¡cuánto tiempo! —dice por fin Ginevra en inglés—. Lottie, te presento a Bianca, una grandísima pianista que nos ha abandonado porque le han ofrecido el trabajo de sus sueños en Viena. Esta es Lottie, mi cuñada.

Algo cambia en la expresión de Bianca.

—¿Tu cuñada? —dice en un impecable inglés—. La... ¿novia de Enzo?

—Bueno, futura mujer, en realidad. Se casan el próximo fin de semana.

—¿Que Lorenzo se casa?!

¿Por qué lo dice como si hubiera más probabilidades de que el sol saliera por el oeste?

Gin ríe entre dientes.

—Ya ves. Al final caen todos.

—Vaya. Eso sí que no me lo esperaba de él. Se me acaba de caer un mito. ¿Cómo está, por cierto? Hace mucho que no hablamos.

—Se lo puedes preguntar tú misma. Hemos quedado en un cuarto de hora. ¿Te apuntas? Tomaremos algo rápido y luego iremos a comer al Garbo. Puedo llamar y reservar una mesa más grande.

—¡Garbo! Hace milenios que no voy al Garbo.

—Pues ven. Así nos ponemos al día y no les hago de carabina a los tortolitos.

Bianca sonríe y me repasa otra vez con la mirada. Me percato de que la sonrisa no le llega a los ojos.

—¿De qué os conocéis? —tanteo el terreno mientras las sigo por la acera.

—Nos criamos juntas —me responde Gin con una sonrisa nostálgica—. Seguro que conoces a Bianca por el nombre. Fue la pareja de Enzo durante muchos años, su relación más importante antes de ti. Te la habrá mencionado. Vivieron juntos en Roma un porrón de tiempo, antes de que

él volviera a Londres.

Me quedo de piedra. Espero que no se me note mucho.

—Ahhh, ¡esa Bianca, claro! Perdón, no había caído.

—No te preocupes —me tranquiliza la aludida con una pequeña sonrisa de lado—. Probablemente no haya dicho ni pio. Ya sabes cómo es Lorenzo.

Me gustaría decir que sí, que sé cómo es Lorenzo, pero ahora mismo no lo tengo nada claro. No sé nada sobre él, solo que a veces me observa de una forma muy concentrada, como si pretendiera verme por dentro, y que eso me produce una intensa sensación de vértigo.

De su vida, en cambio, nunca me ha dicho una palabra. No tenía ni idea de que había vivido en Roma, ni mucho menos con una mujer, él, que siempre ha proclamado que no le iban las relaciones de pareja.

En medio de mi abstracción llegamos a una terraza, donde nos sentamos y Gin pide el aperitivo para las tres.

A lo lejos veo llegar a Enzo. Ha debido de pasar por casa para cambiarse de ropa después de sus actividades deportivas, porque lleva gafas de sol, una camisa de lino arremangada y vaqueros.

Sí que parece sacado de un anuncio de Dolce & Gabbana. No eran solo fantasías mías.

—*Tua sorella!* —insulta a un motorista que casi se lo lleva por delante al cruzar. Desde que estamos aquí, parece más italiano que nunca—. ¿Habéis visto a ese gilipollas?

Frena en seco al ver a Bianca sentada a mi lado. Se quita las gafas de sol.

—¿Bibi? ¿Eres tú?

—*Ciao Lorenzo. Come stai?*

—¡No me lo puedo creer! —exclama, riéndose. La abraza, como si realmente se alegrara mucho de verla—. Qué alucine. ¿Qué haces aquí?

—Me he cruzado por casualidad con tu hermana y con tu prometida y me han invitado a comer con vosotros.

Enzo me busca con la mirada. No sé por qué, pero tengo la sensación de que por un momento se había olvidado de mi existencia.

Lo cual hace que me ardan las entrañas de angustia. La última vez que lo vi, estaba dormido, relajado y me abrazaba. Ahora, su bello rostro parece duro, diferente; el de un extraño.

—Qué bien. ¿Qué estáis tomando?

—Campari —hago el esfuerzo de responderle—. Muy amargo.

Se ríe, viene hacia mí y me besa en la boca.

—Te irás acostumbrando, ya lo verás. *Ciao, amore* —me susurra, antes de sentarse en la silla a mi lado y apoyar la mano en la parte interna de mi muslo.

Lo malo de fingir algo es que acabas confundiéndolo con la realidad. No sé si me besa y me toca porque quiere hacerlo o porque es lo que su hermana y su ex esperan que haga, y tanta angustia me pone de los nervios.

Que alguien me lo explique, porque yo ya no entiendo nada. ¿Qué probabilidades había de tropezar con la ex de Lorenzo (que reside en Viena), en una calle peatonal de Florencia? ¡La Madre Naturaleza es una auténtica perra!

Y yo me lo merezco por andar mirando las musarañas. Si hubiese prestado algo de atención al caminar, nada de esto estaría pasando, habríamos sido solo dos mujeres que se cruzan en la calle, sin que la vida de una interfiera en la de la otra.

Pero no. Yo tenía que aplastarme contra ella como un mosquito que se estrella en el parabrisas

del coche equivocado.

Disgustada, agarro mi copa y la vacío de un trago. Estoy tan nerviosa que me tiembla la mano. Intento no prestar demasiada atención a lo que sucede, aunque es inútil. El aire que respiro está cargado de anticipación.

Me pregunto si realmente pasa algo entre ellos,
¿un intenso intercambio de miradas?, o es fruto de mi febril imaginación.

Quizá Bianca había venido a Florencia para decirle algo a Enzo.

¿Algo como qué?

¿Que por favor no se case porque ella aún le ama?

Estudio el discreto pendiente de su nariz, el tatuaje de espinas que le rodea el brazo derecho y trago saliva.

—Me voy a pedir otro de estos —anuncio, a nadie en concreto, ya que *nadie en concreto* me presta atención. Los dos Bassi interrogan a Bianca sobre su vida en la ciudad austriaca.

Intercepto al camarero y le pido otro Campari. Está horrible, pero ¿qué más da? No tengo tiempo para saborearlo. Solo quiero que la inquietud que me corroe el estómago desaparezca de una vez.

—¿Y qué te trae a Florencia? —pregunto después de ventilarme la segunda copa. Estoy algo mareada. Será mejor que no pida una tercera.

—Tengo un concierto en la ciudad este fin de semana y he aprovechado para venir unos días antes y así pasar más tiempo con la familia. Oye, ¡deberíais venir! Os mandaré las entradas. Será divertido.

¿Es que mi estupidez no conoce límites? ¿Por qué no me habré quedado calladita?

—No, no te preocupes, no hace falta que... —empiezo a rehusar, al mismo tiempo que Enzo dice:

—Me encantaría.

Cojonudo. Cojonudo, *amore*.

«Putra mierda de vida».

Ir a comer con Enzo y su ex acaba resultándome tan incómodo como cabría de esperar.

Para ser honesta, no sucede nada fuera de lo normal. Él la trata como a una vieja amiga, y ella tampoco es que se esté pasando de la raya con él. El problema soy yo. Saber que han estado juntos, compartiendo casa y todo, me tiene atacada.

La comida está sublime. El vino es una delicia. Pero mi estúpido cerebro reptiliano me impide disfrutar de la experiencia.

No dejo de mirar el reloj, como si tuviera otras cosas que hacer y estuviera retrasándome.

Cuando por fin nos despedimos de Bianca, no sin antes prometerle que iremos a su recital del sábado, estoy tan tensa que es un milagro que pueda caminar hasta el coche como si nada.

¿De dónde sale tanto autocontrol? ¿Cómo consigo no estallar cuando cada molécula de mí se ha vuelto efervescente?

Menos mal que Ginevra tiene que ir a casa de su ex para recoger a Alice. No aguantaría prolongar la conversación con Enzo mucho más.

Las conversaciones “serias” con los tíos se dividen en tres partes.

Uno: tantear al acusado.

—¿Qué tal la pesca? —pregunto cuando ya nos hemos incorporado al tráfico.

Enzo cambia de marcha y de carril, antes de lanzarme una mirada rápida.

—Muy bien. Solo pesqué una zapatilla, pero no ha estado mal la mañana.

—Qué bien. Me alegro de que lo disfrutaras. No sabía que te gustara la pesca.

—Hay mucho que no sabes sobre mí, *amore* —repite, divertido.

A mí no me hace ni puta gracia, así que pasemos a la parte dos: preparar el terreno.

En este punto, en mi cerebro se reproduce la imagen de un gato que, con total parsimonia, hace el hueco perfecto en la arena. Se toma su tiempo, ¿qué prisa hay?

—El restaurante estaba muy bien, ¿no?

Enzo sonríe de medio lado. Sin mirarme.

¿El acusado rehúye el contacto visual? ¿Qué oculta?

—Un clásico, el típico sitio al que vas cuando quieres acertar seguro.

Tres: soltar la bomba.

—¿La amabas mucho?

Los ojos de Enzo se vuelven de golpe hacia los míos. No sé si está horrorizado o solo confundido. Nos estamos acercando a un semáforo en rojo, pero no da señales de querer frenar.

—¿Qué?! ¿Te refieres a Bianca?

No, al Espíritu Santo.

—Claro que me refiero a Bianca.

«Mendrugó».

Frena por fin, quizá con más brusquedad de la necesaria.

—¿Qué te han contado exactamente esas dos?

Grrr. Se comporta como en el trabajo, nada de sonrisas. Semblante inexpresivo y ojos insondables. Mal asunto.

—Que fue tu relación más importante antes de mí, que vivisteis juntos...

Suelta un soplido malhumorado.

—Cierto.

—¿Y ya está? ¿No piensas dar más detalles?

Sus ojos me enfocan unos diez segundos más de la cuenta.

—¿Qué más quieres que te cuente?

TODO.

—¿Por qué acabó lo vuestro?

—Me dejó.

—¿Por qué?

—¿En serio? —me gruñe. Sin resultado. No pienso soltar el hueso. Yo también sé gruñir.

—¿Por qué?

¿Lo veis? Gruño de maravilla.

Recibo un soplido malhumorado y presencio otro cambio de carril temerario, antes de la ansiada respuesta.

—Dijo que yo era incapaz de comprometerme.

—¿La amabas? —pregunto en un susurro, como si tuviera miedo de ser escuchada, porque eso implicaría una respuesta que quizá no esté lista para recibir.

Se produce una pausa considerable.

Después, una sonrisa ladeada cruza su cara sin afeitarse.

Busca mi mirada, a pesar del congestionado tráfico que hay a estas horas de la tarde, y la

retiene unos segundos.

—Me hubiera comprometido de haberla amado, ¿no crees?

Admito que eso me apacigua.

—Bien. Me alegro de haberlo aclarado.

Su sonrisa se ensancha unos milímetros más.

—Me gusta cuando te pones celosa.

—Solo un asno diría algo así.

Abro los ojos de par en par cuando me doy cuenta de que lo he soltado en voz alta.

Enzo ríe entre dientes.

—Nunca he sabido por qué me llamas *asno* a mis espaldas. Mira que hay insultos por ahí.

Llegados a este punto, solo me queda afrontarlo con madurez.

—También te llamo *borrico*.

Otra risa ronca que me estremece por dentro. Ay.

—Lo sé. Tienes la gentileza de mencionarlo en tu diario.

—Solo un asno leería un diario ajeno.

Se está riendo a carcajadas. Al final acabo sonriendo y olvidándome de Bianca y de mis estúpidos celos.

Ya fuera de la ciudad, Enzo me pone la mano en la parte interna del muslo y me da un pequeño apretón.

—Llevo toda la mañana pesando en ti —me dice, con una voz diferente, más gutural. Al instante recuerdo su boca sobre mi cuello, su respiración pesada sobre mi piel, volviéndose cada vez más dificultosa según el peso de su cuerpo me apretaba contra el colchón—. En lo de anoche —. Su palma se arrastra hacia arriba. Comprueba mi reacción y sonríe para sí—. Joder, Lottie. Me tienes loco. No puedo quitarte de mi cabeza.

Me insta a separar los muslos un poco más.

¿No irá a hacer lo que yo...?

Oh, ¡esta vez sí que vamos a matarnos en las curvas!

Sus dedos me buscan, primero por encima de las bragas, luego piel contra piel. Completamente maravillada, cierro los ojos, me reclino en el respaldo y empiezo a respirar deprisa, a humedecerme los labios a cada dos o tres segundos.

Esto es lo más escandaloso que me ha pasado en la vida.

Y lo más excitante.

Noto la invisible presión de su mirada cada cierto intervalo de tiempo, pero no levanto los párpados para devolvérsela. Solo me concentro en el placer que recibo. Es intenso. Muy, muy intenso.

Cuando todo termina, tengo las mejillas teñidas de rosa y tanta vergüenza que no me atrevo a abrir los ojos. ¿Cómo he dejado que pasara una cosa así? Hay algo en este hombre que te hace perder las inhibiciones. Puede que sea el sol de la Toscana. O el Campari, a saber.

—¿No vas a mirarme nunca a la cara?

Levanto los párpados con cierta displicencia. Enzo me sonríe, divertido por mi recato. ¡A buenas horas me he vuelto recatada!

—¿Por qué lo has hecho? —repongo, con la voz controlada.

Sus ojos me repasan en silencio.

—¿El qué? ¿Hacer que te corras?

¡Qué guarro! Con lo formalito que parecía con su traje de cinco mil libras.

—Eso, sí —respondo mientras me coloco la falda del vestido con remilgo.

Creo que le acabo de escuchar reírse entre dientes, pero no me atrevo a comprobarlo.

—Son las cuatro de la tarde. No nos iremos a la cama hasta las once, o puede que las doce de la noche. Quería que tuvieras algo en lo que pensar durante las próximas siete, ocho horas.

El estómago me da un salto mortal. Vuelvo la cara hacia la suya, completamente pasmada, pero finge prestar mucha atención a la carretera. ¡A buenas horas, también!

Miro mortificada por la ventana y veo que estamos pasando justo por delante del local de las tostadas de *prosciutto*. De hecho, el novio de Ginevra está ahí, apoyado contra el muro, con un cigarro en la boca y la rodilla doblada como el malote de una película de adolescentes.

—¡Para! —exclamo, poseída por uno de mis ya habituales impulsos locos.

Enzo me observa, guasón, por encima de las gafas.

—¿Qué pasa, no puedes aguantarte hasta las once? —se burla, por lo que se gana una mirada fulminante.

—¡No es eso! Es que me dejé algo en ese sitio y quiero recuperarlo. —Me bajo del coche estando este todavía un poquito en marcha y le grito, por encima del hombro—: No es necesario que me acompañes. Solo será un momentito.

Se dispone a protestar, pero cierro la puerta y salgo corriendo.

El camarero está acabándose el cigarrillo cuando me planto delante de él.

Levanta la mirada, ceñudo, y me observa sin decir nada. Espero que hable inglés. O que, al menos, lo entienda.

—Hola. ¿Se acuerda de mí?

—La americana —dice, con un acento nasal muy pronunciado.

—Inglesa.

—Hmm.

—¿Se acuerda de mi amiga, la que parece una actriz de cine?

—¿Ginevra? —me propone, arrugando la cara.

—¿La conoce? —me entusiasmo.

Él se encoge de hombros.

—De vista. Viene a desayunar con sus amigas. Le preparo el cappuccino.

¡Lo sabía! Por eso es la única de por aquí en recibir un corazón en lugar de una flor. No puede ser más obvio.

—Pues, verás, eh... ¿Cuál es su nombre?

—Giulio.

—Giulio —repito con una sonrisa—. Resulta que a mi amiga le gustas, Giulio, pero es demasiado tímida como para pedirte una cita, así que, si eres heterosexual y quieres conocerla, pásate mañana por casa y pídele salir.

Me doy cuenta de que intenta contener la sonrisa. Es buena señal.

—Le gusto. Yo. A Ginevra.

—Vamos, que la pones mogollón.

—No lo entiendo.

—Mejor. ¿Sabes dónde vive?

—No.

Le digo la dirección. Enzo me hizo memorizarla ayer por si me perdía entre la multitud de turistas. No sé si cree que tengo cinco años.

—Bueno, eso era todo lo que quería decirte. Adiós.

Giulio arquea las cejas.

—Adiós.

Debe de pensar que estoy loca. ¿Quién hace esta clase de cosas?

—Ah —recuerdo de pronto, por lo que doy media vuelta y me planto de nuevo delante de él —. Una cosa más, Giulio. Mi amiga tiene una hija y un divorcio traumático a sus espaldas, así que, si crees que eso es demasiado complicado para ti, no te molestes en aparecer.

Sus carnosos labios se ladean en una sonrisa lenta.

—Vale.

—Vale. Adiós.

—Adiós.

Subo deprisa la colina, entro en el coche y cierro con un golpecito resolutivo.

Enzo, manteniendo las manos entrelazadas sobre el volante, me analiza con una arruga entre las cejas.

—¿Has recuperado tu misterioso objeto perdido, o solo pretendías ligar con el camarero?

Le pongo mala cara. ¿Quién tiene celos ahora?

—*El camarero* —alego haciendo hincapié— es el amor platónico de tu hermana y he ido a...

—Meter tus narices donde no te llaman.

—Exactamente.

Se echa a reír, niega y vuelve a arrancar el coche.

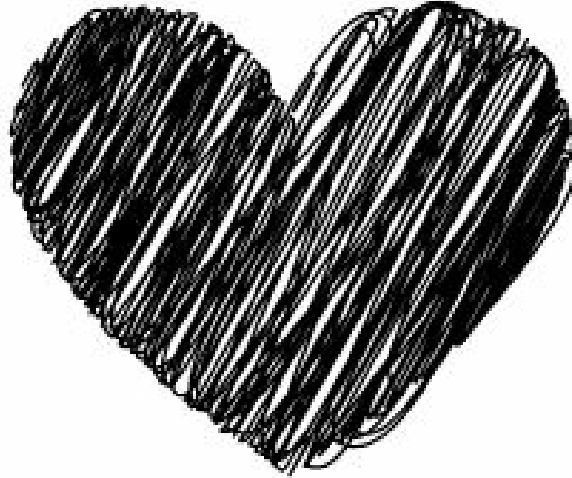
—¿Crees que a Gin le parecerá bien?

Lo medito unos segundos. Porque, claro está, no me he parado a meditarlo. Soy muy dada a los impulsos locos. Recordemos por un momento como he acabado aquí.

—Cuando se recupere del desmayo... sí.

Enzo vuelve a reírse. Lo cual me permite a mí ahogarme en la inquietud. No estoy segura de que a Gin le parezca bien lo que acabo de hacer, la verdad. Los Bassi son un poco tiquismiquis.

¿Puedes sentir mi amor?



Cuando vuelven Ginevra y Alice, ya son las siete. Parecen malhumoradas, como si acabaran de pelearse por alguna cosa. Nada más cruzar la puerta, Alice tira al suelo la enorme mochila que traía colgada del hombro y sube corriendo por las escaleras.

Su madre le grita algo en italiano. La contestación que recibe es un portazo que casi sacude la casa.

—¿Qué ha pasado? —intercepto a Gin, después de dejar sobre la mesita un libro que me he empeñado en leer, sin demasiado éxito, porque está en italiano.

Solo intento entretenerme con algo mientras espero a que Enzo vuelva de correr.

Hacer ganchillo con Nanna no me pareció precisamente un planazo.

Gin se dirige, enfurruñada, a la cocina. La sigo, por supuesto. Desprende muy malas vibraciones. Verás cuando le cuente lo de Giulio. Mejor no hacerlo ahora. Hay demasiados objetos afilados cerca.

Tira con rabia de la puerta de la nevera, agarra una botella de *prosecco* y comprueba la etiqueta. Debe de ser lo que busca, porque la abre y sirve una generosa cantidad en dos copas altas y delgadas que saca de un armario empotrado.

Me ofrece una. La otra se la bebe entera.

Luego la rellena.

—Pues que su querida madrastra me tiene hasta las narices —me responde después de vaciar la segunda copa—. Para hacerse la simpática, se ha ofrecido a ayudarla a preparar no sé qué coreografía para un concurso de baile, y ahora, convenientemente, se ha torcido el tobillo.

—No creo que eso lo haya hecho aposta —intento apaciguarla.

Saca un trozo de parmesano de la nevera y se pone a trocearlo. Yo mejor me callo. Se le da muy bien manejar los cuchillos.

—Esa no es la cuestión. El caso es que no puede ayudarla con la coreografía y Alice se niega a que le contrate un profesor de baile. Si Liliana iba a hacerlo ella misma, ¿por qué no puede su

madre hacer lo mismo? Estoy harta de esta puta competición. ¡Yo no sé bailar la música de ahora! ¡No sé nada de coreografías! He tomado clases de bailes de salón, pero no creo que me sirva de nada dominar los pasos del vals.

Me acabo la copa y me echo un poco más, porque está delicioso, muy frío y con este calor bochornoso que hace sienta muy bien. Aprovecho para rellenar la copa de Gin, que bebe bastante más deprisa que yo.

—Quizá pueda ayudaros. Hay una coreografía que domino muy, muy, bien.

¿Se nota mucho que me siento culpable por haber actuado a sus espaldas y ahora quiero compensarla por haberle organizado una cita con Giulio sin su consentimiento?

—¿Lo dices en serio?

Uff. Me mira esperanzada. Verás mañana, cuando su Romeo venga a buscarla con un ramo de margaritas secas. Porque a ver de dónde va a sacar el pobre margaritas en buen estado con este puto calor que hace en la Toscana.

—¡Pues claro! De hecho, os enseñaré la coreografía a las dos para que podáis practicar juntas. Gin se abalanza sobre mí y me envuelve en un abrazo.

(No soy la única de por aquí en experimentar dificultades a la hora de metabolizar el *prosecco*).

—¡Gracias, gracias, gracias! Iré a decírselo.

—Genial. Yo iré a preparar la música.

Lo que tienen de especial las Pussycat Dolls es que la gente deja de lado cualquier cosa que esté haciendo para prestarles atención.

Nanna no va a ser la excepción. Se olvida por completo de su ganchillo. Está demasiado escandalizada de ver cómo me contoneo hasta el suelo y después vuelvo a subir de la misma forma sensual. Imposible concentrarse en su labor cuando tiene delante a la Satanás británica meneando las caderas.

Cuando, ya en el suelo, separo los muslos en un gesto que incita al pecado, se persigna y farfulla algo en italiano. No creo que sea algo amable.

Pero yo a lo mío.

La música y el *prosecco* invitan a dejarse llevar. He retrocedido en el tiempo y vuelvo a ser esa chica delgaducha que bailaba hasta altas horas de la noche en la discoteca del pueblo. Mi mejor amiga y yo preparamos esta coreografía para ligarnos a dos tíos que luego resultaron ser un par de idiotas.

A pesar de todo, me trae buenos recuerdos.

Don't cha wish your girlfriend was hot like me?

Don't cha wish your girlfriend was a freak like me?^[xi]

Bajo hasta el suelo para hacerle una demostración práctica a Alice y luego subo con otro contoneo sensual.

—Y así es cómo se hace. ¿Qué es eso del reguetón?

La niña aplaude encantada.

—¿Podemos hacer esto, mamá? ¡Di que sí! ¡Es perfecto!

—Ay, no sé, Alice. Vas a una escuela católica. ¿Qué cara se le va a quedar al director?

—Yo pagaría por verlo —aseguro con una risotada maléfica.

Gin me dedica un gesto de censura, pero está claro que la idea de desobedecer a la autoridad le resulta divertida. Por mucho que intente disimularlo, hay un brillo de desacato en sus ojos.

—¡Mami, venga!

—Está bien —se rinde con un soplo—. Pero nada de ponerse maquillaje. No queremos que te expulsen. O te excomulguen.

Me echo a reír a carcajadas y al final Ginevra deja de lado la rigidez e intenta pillar los pasos.

—¿Cómo lo hago? ¿Así?

La cojo por las caderas y la ayudo a contonearse.

—Así.

—No sé si voy a poder bajar hasta el suelo como tú. Tengo una edad.

—Bobadas. Estás en perfecta forma física. Venga, inténtalo.

—Está bien. Pero si me quedo ahí, tendrás que ayudarme a levantarme.

Media hora después y para consternación de Nanna, que ya nos ha condenado a los fuegos fatuos del Infierno, estamos cantando y bailando como si fuésemos las mismísimas Pussycat.

—*Don't cha wish your girlfriend was fun like me?*^[xiii] —canto, apuntando con el dedo a Enzo, que acaba de entrar en el salón todo sudado porque ahí fuera hace un calor de mil demonios y solo a un inconsciente como él se le ocurriría salir a correr.

Se cruza de brazos y nos analiza a las tres con aire guasón.

—¿Puedo preguntar qué estáis haciendo?

Ginevra, con la cara roja, deja de bailar y se sienta en el sofá para recuperar el aliento.

—Lottie nos está ayudando con una coreografía.

—¿Es que también sabes bailar?

—Tengo múltiples talentos, señor Bassi —coqueteo con descaro, contoneándome hasta el suelo otra vez.

Se echa a reír y me repasa con sus eléctricos ojos mientras subo y remato la canción con un golpe de cadera.

—Eso ya lo sé, *amore*.

Se me encienden las mejillas, y no creo que sea por el esfuerzo. Domino a la perfección todas las canciones de las Pussycat Dolls. Nadie lo diría, pero yo, en mi juventud, era una fiestera.

Después de cenar, Enzo y yo nos salimos al jardín para terminarnos el vino que queda en la botella. Ginevra se ha disculpado alegando que tenía mucho sueño, aunque sospecho que lo ha hecho para concedernos algo de intimidad.

Se está muy bien fuera. Ha refrescado un poco.

El cielo está cubierto de estrellas y Enzo no ha encendido la luz para que podamos verlas.

Desplomada en mi silla, me dejo llevar por la mezcla de emociones y sensaciones que produce una noche así.

La felicidad de haber disfrutado de una buena cena y una mejor compañía, el relajante murmullo del viento entre los árboles, el rumor del agua que corre en la fuente, todo ello invita a reflexionar sobre lo valiosos que son estos momentos, y también a sentir gratitud por vivirlos.

Es una bendición poder disfrutar de vez en cuando de las pequeñas cosas de la vida. Muchas veces las pasamos por alto.

Enzo, sentado en el sillón a mi lado, sorbe vino cada cierto tiempo, en completo silencio. Parece relajado, y yo también lo estoy, a pesar de la eléctrica inquietud que me agita el estómago al tenerle tan cerca de mí. No puedo evitarlo. Desprende tanta energía que parece un campo magnético.

—El próximo fin de semana estaremos casados —murmura, dejando su copa vacía en el suelo de cemento.

—Sí. Creo que no lo he asimilado hasta que me he visto delante del espejo, con el vestido de novia puesto.

Veo de reojo la pequeña sonrisa que curva sus labios.

—¿Hay que ajustarlo?

—Qué va. Queda perfecto.

—Me alegro —musita, casi para sí.

Me estremezco cuando me coge de la mano y me la levanta para depositar un suave beso en mis nudillos.

—¿Nos vamos a la cama? —me susurra, pasándome el pulgar por los nudillos.

Asiento, a pesar de las mariposas que revolotean en mi estómago.

Con los dedos aferrados a los suyos, lo sigo al interior de la casa. Estoy nerviosa. Llevo todo el día esperando este momento.

Una vez dentro de la habitación, me despoja de la ropa, con lentitud y cuidado, con la misma delicadeza que me ha tratado durante toda la noche, y me besa, buscándome la lengua, mientras me echa paulatinamente hacia atrás en el colchón.

Noto un cambio respecto a lo de ayer, esta vez es más deliberado, más lento. Sus caricias se han vuelto eléctricas.

Anoche nos movía la urgencia. Hoy no. Hoy quiere mirarme, tocarme, saborearme sin prisas.

Lo observo mientras desliza los dedos por mi piel. Traza los contornos de mis curvas, sus labios se restriegan contra mi cara y mi cuello, su lengua busca mi cuerpo...

Nos sumergimos en una pasión incontenible que nos arrastra lejos de la realidad.

Tengo la sensación de que intenta guardarse en la memoria cada uno de mis gemidos, cada movimiento. Esta forma pausada de hacer el amor me deja sin aliento, me hace sentir especial.

Nos disolvemos en un abrazo, y me ofrece su cuerpo, su respiración, su corazón. Somos dos seres fundiéndose en uno solo, en medio de un momento mágico e irrepetible.

Esto es de verdad. Tiene que serlo.

Dolce far niente



—*Vieni qui* —me pide Nanna nada más acabarme el desayuno.

Esperaba poder quedarme a solas con Ginevra para contarle lo de Giulio, pero me parece que tendré que volver a posponerlo. Nanna me ha pedido algo y yo siento la estúpida necesidad de complacerla en todo, por lo que la sigo obediente hasta la cocina.

Me dice algo, pero no lo comprendo. Menos mal que Gin acaba de entrar por la puerta.

—Ha dicho que el secreto de un buen matrimonio reside en la boloñesa —me traduce con una sonrisilla socarrona.

—Ah. Yo creía que residía en el buen sexo.

—*Il sesso, il sesso* —se escandaliza Nanna, que niega con desaprobación. Añade algo más. Miro a Ginevra en busca de ayuda.

—Te ha llamado cabeza hueca.

—Ah. Qué maja.

Nanna sigue hablando.

—Te ayudará —me explica mi risueña traductora—. Te enseñará todos los secretos de un matrimonio duradero y feliz.

—Oh. Muy bien. ¿Qué tengo que hacer?

Gin se sirve un segundo café, se acoda sobre la encimera y nos observa divertida.

—Mancharte las manos.

—¡Me encanta mancharme las manos! Era la niña que más se manchaba de toda la guardería.

Mientras Nanna me enseña los secretos de hacer la pasta desde cero, incluyendo cómo mezclar y amasar la masa hasta que esté suave y elástica, Ginevra me traduce todo lo que dice.

Nos está contando historias sobre su vida en el pueblo y cómo aprendió a cocinar de su madre.

Me empieza a caer bien y, aunque no deja de negar con desaprobación cada vez que cometo

alguna torpeza, diría que yo también empiezo a caerle bien a ella.

¿Por qué si no iría a ayudarme a preparar un delicioso plato, lleno de amor y tradición italiana?

Si bien esto puede parecer una simple lección de cocina, es más profundo que eso. Está enseñándome la importancia de trabajar juntos, de aceptar los errores y de tener paciencia el uno con el otro. En definitiva, me desvela los secretos de una relación fuerte y duradera, tal y como me ha prometido.

Creo que Nanna, al igual que yo, pretende que este matrimonio salga bien.

Podré de mi parte.

Horas más tarde, voy a buscar a Enzo al jardín. Estoy muy emocionada. Vamos a comer la pasta que he preparado yo misma. Espero que le guste.

—¿Qué haces? —pregunto, acercándome a su tumbona casi pegando brincos como Alice.

Encontrarle delante de la piscina, vestido y con gafas de sol, cruzado de brazos y mirando abstraído a saber el qué, no me da demasiados detalles.

—Practico los placeres del *dolce far niente*.

—¿En inglés?

—Me estoy tocando los huevos.

Riéndome, me quedo de pie delante de él y analizo absorta su rostro sin afeitarse.

—¿Qué has estado haciendo tú toda la mañana? —pregunta, echando la cabeza hacia atrás para poder mirarme.

—Nanna me ha enseñado a cocinar.

Se echa a reír.

—Por supuesto. Te habrá dicho que tienes que alimentarme bien si no quieres que vaya detrás de otras mujeres.

—Algo así. ¿Comemos? Que sepas que yo, con estas manitas, he preparado la pasta *desde cero*. ¿Sabías que el secreto de un buen matrimonio reside en la boloñesa?

Con una sonrisa ladeada, me coge por la muñeca y tira de mí hacia abajo. Aterrizo encima de él.

—¡Oye! —protesto, pero me impide levantarme, empleándose de ambos brazos para mantenerme pegada a su cuerpo.

—De eso nada, Jones —ronronea en mi oreja—. El secreto de un buen matrimonio reside en el sexo. La boloñesa nos la puede preparar Duccio.

—¡Yo he dicho eso! Pero Nanna me ha llamado cabeza hueca...

Ríe entre dientes, con esa risa rasposa y grave que parece retumbar bajo su pecho, apoya las manos en mis caderas y me coloca encima de su cada vez más evidente erección. Tengo su cara a unos cinco centímetros de la mía y estoy hiperventilando como siempre.

—Ignora a Nanna —murmura contra mis labios—. Hazme caso a mí, que es con quien vas a casarte.

Una sacudida de emoción me recorre todo el cuerpo.

Intento acompañar la respiración, pero con su más que delatador deseo presionándose contra mí y sus labios tan cerca, provocándome para que los cubra con los míos, es imposible concentrarse.

El animal lujurioso que llevo dentro solo puede pensar en la reproducción.

A pesar de todo, he de resistirme porque me acabo de ganar la aceptación de Nanna y no quiero perderla tan pronto.

—Enzo...

—Chisss. Deja que te bese —murmura, apañándose las tetas para parecer sexy y necesitado al mismo tiempo.

—Está la mesa puesta. Y se va a enfriar la pasta —me obligo a insistir.

—A la mierda la pasta —masculla, cerrando los dedos alrededor de mi nuca y acariciándome la garganta con el pulgar.

Nuestros labios casi se rozan, cuando, desde alguna ventana:

—¡Tío Lorenzo! ¡Vamos! Nanna dice que se está enfriando la comida.

Enzo libera mi nuca, maldiciendo, y mira hacia la casa por encima del hombro.

—Sí, sí, ya vamos. Tú ganas, *amore* —se rinde, con la cara de nuevo inmersa en la mía—. Primero la boloñesa y luego el sexo a escondidas en nuestra habitación.

—Todavía no le he contado a Gin lo de su cita con Giulio.

Pone los ojos en blanco por detrás de las gafas.

—Vale. Primero la boloñesa, luego el drama y por último el sexo.

Ahogo una risita mientras lo sigo de camino a la cocina.

Nada más sentarnos, Nanna nos pone delante un enorme plato de pasta a cada uno. Enzo, con la ayuda de la cuchara, se pone a enroscar los espaguetis con la elegancia que solo concede la práctica. Yo sigo haciéndolo con cierta torpeza, aunque he mejorado bastante mi técnica estos últimos meses.

Después de probar la comida, vuelve la cara hacia la mía y arquea las cejas.

—¿Dices que esto lo has preparado tú?

—Con mis manitas —me enorgullezco.

Asiente, impresionado.

—Me parece que vas a ser una buena esposa. Sabes cómo complacer a tu marido.

Le propino un golpecito con el pie por debajo de la mesa para que deje de burlarse. Puedo ver una diversión maléfica en el esbozo de su sonrisa.

—Oye, Gin, hay algo que quería contarte —digo después de bajar la comida con un trago de vino.

La aludida vuelve la cara hacia la mía.

—¿Qué pasa?

—Verás...

Mierda. No puedo hacerlo.

—Pues...

—Te ha organizado una cita a ciegas con un tal Giulio —me echa un cable su hermano al ver que me he quedado en blanco—. Un camarero de no sé qué bar.

—¿¿Qué?? —ruge, horrorizada.

—Tranquila —reacciono por fin, antes de que cunda el pánico y una irracional Ginevra me impida explicarme—. Le he contado lo del divorcio traumático, lo de la hija y que eres una mujer complicada, así que, si aparece, es buena señal.

—Pero ¿tú estás loca? ¡Yo no tengo una cita desde hace quince años! ¿De qué voy a hablarle? ¿Y qué me pongo?

Que piense en el atuendo es buena señal.

Enzo y yo despedimos a Gin con la mano. Giulio ha aparecido a la cita, sin margaritas secas y con una moto que parece horrorizar a Ginevra, que ha cometido la equivocación de ponerse una falda blanca de tubo.

Al final se sienta como puede, se abraza incómoda a la ancha espalda del motorista y, juntos, vuelan hacia el atardecer.

—Son como Romeo y Julieta —comento con un suspiro.

Enzo se echa a reír, me rodea los hombros con el brazo y me pega a su costado.

—¿Y quiénes somos tú y yo?

—La Bella y la Bestia. Tú sueles rugir cuando estás de malhumor.

Una carcajada ahogada parece iniciarse en lo más profundo de su pecho.

—Cierto, pero te tengo a ti para que me apacigües y me enseñes a ser humano otra vez —murmura, arrastrando mis labios hacia los suyos.

Esta sí que es una declaración de amor.

No está nada mal para un robot sin sentimientos.

—¿Ahora podemos practicar sexo, o tienes más cosas que hacer?

—Estaba pensando ponerme a hacer ganchillo con Nanna.

Con una ceja en alto, me rodea entre sus brazos y, después de asegurarse de que estoy completamente inmovilizada, nos lanza a los dos a la piscina.

—¿Qué demonios...? ¡Estoy vestida!

—Ven aquí —dice, riéndose.

—Suéltame —me rebelo, aunque mi risa es más que obvia—. Como trague agua, te vas a enterar, mendrugo.

Con los ojos brillándole maléficos, me atrapa entre la pared de cemento y su fuerte pecho, que no deja de sacudirse por culpa de la risa.

—¿Sabías que desde la casa no se ve esta parte de la piscina?

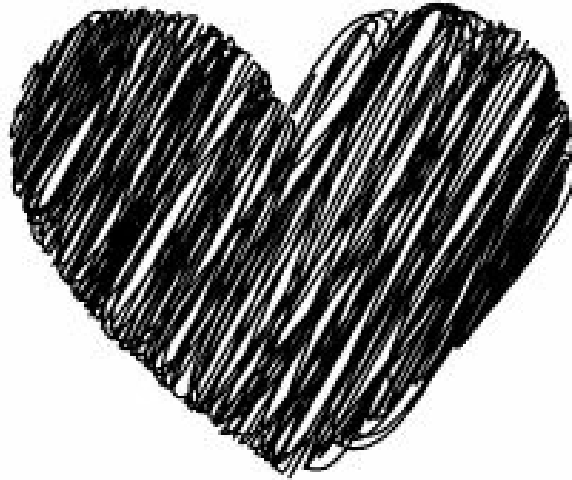
—No irás a...

Pero su mano deslizándose por debajo de mi vestido y mi ropa interior me indica que sí, sí que lo hará.

—Oh, Dios mío —murmuro, arqueándome hacia él en un gesto de lánguido éxtasis.

—Exactamente —musita, antes de cubrir mi boca entreabierta con la suya.

Una gran familia italiana



Ginevra ha deciso invitar a Giulio al concierto de Bianca del sábado.

Me lo cuenta mientras esperamos turno en un puestecillo de fruta y verdura.

Nanna nos ha enviado a los tres al mercado a por provisiones. Esta noche llegan don Enrico, Carlo y sus respectivas parejas y hay que preparar una gran comida, siguiendo la tradición italiana.

Enzo pasa por delante de nosotras con el coche por tercera vez. No hay forma de aparcar. Parece que toda la ciudad haya venido hoy al mercado a por fruta fresca y verdura.

—¿Que tú vas a pedirle una cita a él? —me sorprende—. Entonces, lo vuestro va que ni rodado, ¿no?

Gin se sonroja como una colegiala.

—Te confieso que no veo la hora de volver a verle. Hemos conectado desde el principio, ha habido risas, hemos paseado por la ciudad cogidos de la mano y, ahora que ni Alice ni Enzo están delante, puedo decirte que el beso que nos dimos fue... Uf, la cabeza todavía me da vueltas, y eso que han pasado tres días ya. Así que sí, voy a pedirle una cita. Si a Enzo y a ti os parece bien que nos acompañe el sábado, quiero decir.

—¿Bromeas? ¡Pues claro que nos parece bien! Aprovecharemos para meternos mano sin que tú te des cuenta.

Me propina un discreto empujoncito con el codo, si bien noto que intenta contener la risa.

—A ver si nos toca ya. ¡Cuánta gente! Coméis mucho los italianos. Esa señora lleva en ese carro al menos diez kilos de fruta. ¡Y sigue comprando! Mira, por ahí viene tu hermano, el caballero andante que va a cargarlo todo. ¿Para qué necesitamos el apio?

—¿Y yo qué sé? Pero hay que comprarlo que luego Nanna nos echa la bronca.

—No me gusta el apio.

—Tampoco es santo de mi devoción —admite Ginevra—. Hay gente que lo unta en crema de queso y se lo come a bocados.

—¿De qué habláis? —se entromete Enzo, que me rodea con el brazo, me acerca a su costado y me da un beso en la sien, a pesar de que llevamos unos diez minutos como mucho sin vernos.

—Del apio —le contesta su hermana.

—Odio el apio.

—Ya somos tres —suspiro yo, miembro fundador del club de los detractores del apio—. ¿Pero sabéis lo que odio por encima de todo? El cilantro.

—Buah. No puedo con el cilantro —me da Enzo la razón. Su hermana se le queda mirando con una sonrisita mal disimulada—. ¿Qué? ¿Por qué me miras así?

—Pues porque estáis hechos el uno para el otro, Lorenzo. Es más que evidente.

El sistema operativo de Enzo se acaba de colapsar, a juzgar por la forma en la que frunce el ceño.

—¿Lo es?

Me estudia primero a mí y luego a su hermana, y creo que las dos le estamos poniendo la misma cara de hastío, como si le estuviéramos diciendo: *pues claro que lo es, mentecato*.

Horas más tarde, los tres Bassi, Nanna y yo estamos en la cocina, preparando los manjares con los que vamos a agasajar a nuestros invitados.

—Esto sí que es trabajo en equipo —me maravillo, con una sonrisa de oreja a oreja.

Si alguien me hubiese dicho que algún día vería a Enzo Bassi en camiseta y vaqueros, cortando verduras en una tabla, me habría carcajeado durante horas.

Pero ahí está, muy concentrado en su labor.

A Gin le ha tocado preparar el tiramisú. Por lo visto, se le dan de fábula los dulces y el *gelato*.

Alice, ayudante de pastelera, está limpiando las cucharas llenas de crema a lametazos. Ha dicho que su labor consiste en supervisar la calidad del trabajo de su madre. Qué listilla.

Nanna, de pie a este lado de la isleta, está aromatizando el aceite de oliva con distintas hierbas y especias.

En cuanto a mí, estoy rallando parmesano.

—¿Puedo probarlo? —le digo a Nanna, señalando la bandeja llena de pan recién hecho que acaba de sacar del horno de leña.

La anciana me sonríe y me invita a ello con un gesto.

Rompo un trocito de corteza, aguantando la temperatura como puedo, inclino el recipiente del aceite aromatizado con ajo y hierbas y me echo unas cuantas gotitas de un verde muy intenso por encima.

Noto que todo el mundo me mira expectante. Encogiéndome de hombros como si el asunto no me incumbiera, me lo como.

—*Delizioso* —aseguro, repitiendo la operación.

Nanna barbotea algo por lo bajo.

—¿Qué ha dicho?

—Que por fin eres una Bassi —me traduce Enzo.

Arqueo las cejas, satisfecha, y con grandes aspavientos me vuelvo a echar aceite encima del pan.

Nanna refunfuña para sí de camino a la nevera.

—¿Me ha llamado cabeza hueca?

Los mellizos Bassi se echan a reír.

—Sí —me confirma Ginevra.

—Maldición. Mira que la tenía en el bote. Esta señora es dura de roer.

Del pecho de Enzo mana esa risa oxidada y profunda que tanto me afecta a mí.

—No desesperes, *amore* —dice, poniendo en pausa su tarea para cruzar una mirada conmigo—. Algún día conquistarás a Nanna como nos has conquistado a los demás.

¡Eso es precioso! Mi cara se abre en una sonrisa descomunal. Él me lanza un guiño, antes de volver a atravesar los tomates con el cuchillo. Yo, en vez de rallar parmesano, me quedo mirándolo con ojos de mofeta amorosa. Hasta que Nanna me da un codazo.

—Perdón —farfullo, volviendo a la carga—. Solo estaba...

Su ceja arqueada me frena de inmediato. ¿Para qué mentir? Si Nanna lo sabe todo siempre.

Antonia, la mujer de Carlo, es un amor, y me da rabia, porque él es un cerdo, si va por ahí liándose con otras.

—¿Por qué creéis que engañan los hombres? —les planteo esa misma noche en la cena. Por supuesto y para entretenimiento de Enzo, formulo la pregunta con los ojos encajados en los de Carlo, que ni siquiera tiene la decencia de sonrojarse—. Algunos han tenido la suerte de conocer a mujeres increíbles, guapísimas, listísimas, y, aun así, van por ahí poniéndoles los cuernos.

—A mí Tommaso me los ponía bien puestos y nunca he sabido por qué.

—¡Tommaso! —bufa don Enrico, que está sentado en el otro cabecero de la mesa, con Chiara a su lado, confirmando de esta forma que son pareja—. Tommaso es un gilipollas. Te dije que no te casaras con él.

—¡Y dale! —se enerva Gin, que lo fulmina con la mirada desde su sitio habitual, justo enfrente de mí—. A lo hecho, pecho, ¿no? Y no le llames gilipollas estando la niña delante.

—Como si ella no supiera el padre que tiene —rezonga don Enrico tras otro bufido.

Lo que vienen siendo las familias.

—¿Por qué engañan las mujeres? —repone Enzo, con una chispa de humor titilando en sus ojos verdes.

—Porque se enamoran —respondo, como si fuera obvio.

Se echa a reír.

—Es una romántica —les dice a todos.

—Eso no se ve mucho hoy en día —asegura Chiara.

—Es que Lottie es una joya oculta.

—Y tú que querías mantenerla en secreto.

—¿Qué quieres que te diga, Carlo? La quería solo para mí.

—Eso está muy bien, muchacho. —Don Enrico deja de comer y apunta a Enzo con el tenedor—. Pero pon un anillo en su dedo, que al final te la van a quitar.

Enzo sonríe para sí.

—¿Cómo os enamorasteis? —me pregunta Antonia—. ¿Trabajabais juntos y un día, sin más, surgió la chispa?

—Esa historia es mejor que te la cuente Enzo. Se le da mejor que a mí. Anda, bichito, cuéntale lo de la azotea.

Me da un toquecito con el pie por debajo de la mesa.

«No me llames bichito. Mimimimi». Qué fatiga de tío.

—Un día se quedó encerrada en la azotea —dice, después de amonestarme también con su mirada de ceño fruncido—, y ahí yo supe que ella era especial.

—Especialmente torpe —añado, para diversión de todos.

Enzo me observa con semblante risueño.

—¿Por qué no lo cuentas tú, *amore*?

—No quería avergonzarte delante de tu familia, pero, si insistes... Teníais que haberlo visto. Se puso súper romántico, me abrazó como Kevin a Whitney en *Bodyguard* y...

—Vale, vale, mejor lo cuento yo —me frena, horrorizado—. Porque no fue para nada así como pasó, ¿eh? Nada de cursiladas.

Le guiño el ojo a don Enrico, y él me lo guiña a mí de vuelta.

Admito que me gusta esta familia, con sus más y sus menos. Creo que vamos a pasarlo de fábula en navidades.

Porque, evidentemente, pienso seguir casada con Enzo para entonces.

Grítalo a los cuatro vientos



Al final vamos todos al concierto de Bianca. Don Enrico ha comprado entradas para ellos cuatro. Solo Nanna y Alice se han quedado en casa.

—Creo que Giulio se siente algo incómodo —me dice Gin mientras nos retocamos el pintalabios en el baño.

Antes de venir, hemos estado tomando algo en el bar de un amigo de don Enrico y ahí el pobre Giulio ha sido sometido a todo un interrogatorio por parte del patriarca de la familia.

—La verdad es que tu abuelo da un poco de miedito —admito después de extenderme el pintalabios de color fucsia que no dejo de comerme. A ver si me acuerdo de comprarme uno de esos de larga duración, ahora que tengo novio—. Me alegro de no haber pasado por lo mismo.

—¿A ti no te acribilló a preguntas cuando empezaste a salir con Enzo?

—¿Para qué? Ya estaba al tanto de todas mis fechorías.

Riéndose, Gin se guarda en su pequeño bolsito de noche el pintalabios color burdeos de Estée Lauder y se vuelve de cara a mí.

—¿Qué tal estoy?

—Eclipsas a todas las mujeres en una radio de cien kilómetros.

—Qué exagerada. ¿Nos vamos?

—Oye, Gin.

Da media vuelta al verme titubear.

—¿Qué pasa? —repone con aire preocupado.

—Te parecerá ridículo, pero ¿tú crees que Enzo aún siente algo por Bianca?

—¿Qué? ¿De dónde te sacas esa locura? Lottie, Bianca rompió con Enzo porque habían llegado a ese punto de la relación en el que o rompes o te casas, y él fue muy contundente al decir que el matrimonio no entraba entre sus planes.

—Aun así...

—Veo que no te ha contado lo que pasó entre ellos, así que te lo contaré yo. Cuando Enzo

decidió mudarse a Londres y trabajar para el abuelo, Bianca estaba dispuesta a dejarlo todo para seguirle, pero él le dijo que, si lo hacía, que fuera porque ella así lo deseaba. Le dejó muy claro que, si lo hacía por él, porque esperaba algo más de lo que estaba dispuesto a darle, se olvidara del tema, porque no iba a cambiar nada en su relación. ¡Contigo va a casarse! ¿Notas la diferencia?

Lo que noto es que me empieza a escocer la garganta.

—Gin —murmuro, con un brillo tembloroso en la mirada—. Hay algo que quiero contarte.

Ella pone una mano en mi hombro.

—Eh, ¿qué pasa?

Me encojo de hombros con impotencia.

—Pues que...

Se abre la puerta justo cuando estaba a punto de confesárselo todo y una deslumbrante Chiara, toda vestida de negro, mete la cabeza dentro.

—Señoras, va a empezar el concierto y vuestras parejas se están poniendo nerviosas.

—Será mejor que volvamos.

—Espera. Ibas a contarme algo.

Compongo una sonrisa vacilante.

—Tranquila. No era importante.

No sé por qué en mi mente imaginé que Bianca tocaría música clásica, pero ahí la tenemos, sentada en el piano, con su despampanante vestido negro de tul y sus labios rojos, haciendo una gran adaptación del *Impossible* de James Arthur. No sabría decir qué me impresiona más, su magistral forma de arrancarle sonidos al piano o la rasgada voz que parece llenar todo el teatro. ¿De dónde saca tanta pasión? Y todo ese dolor, ¿de dónde proviene?

Tell them I was happy

And my heart is broken

All my scars are open

Tell them what I hoped would be impossible

Impossible, impossible, impossible^[xiii].

Mierda, creo que ha elegido la canción por Enzo. Me pregunto si él lo sabrá.

Evalúo ansiosa el firme perfil del hombre que tengo sentado a mi derecha. Debe de notarlo, porque sus ojos se vuelven de inmediato hacia los míos.

De repente, me siento sin fuerzas. Me invade un desaliento tan terrible que quiero hacerme un ovillo en alguna parte, cerrar los ojos y dejar de sentir esta mierda de inquietud a la que ya no sé cómo enfrentarme.

No saber en qué punto *real* estamos me está trastornando demasiado. Este hombre ha estado dentro de mi cuerpo. ¿Estoy yo dentro de su corazón, o soy otra Bianca, otra Martina, otra a la que no quiere atarse?

Bianca empieza otra canción. *Let Me Down Slowly*^[xiv]. Joder. Toda una *playlist* para dedicársela al ex que te partió el corazón. Es evidente de dónde saca la pasión y el dolor. Dicen que no puedes ser un gran artista si no te han destrozado primero el corazón. Y ella lo es, es muy buena.

—Lottie, ¿qué pasa? ¿Por qué pareces a punto de echarte a llorar?

Su voz es suave, su aliento cálido me acaricia la cara, y yo solo quiero derrumbarme y que él me cobije contra su pecho y me consuele.

—Esto es precioso.

La sonrisa de Enzo es débil y un poco apesadumbrada.

—Tú sí que eres preciosa —murmura mientras su tierna mirada se arrastra por todo mi rostro. Me coge la mano, planta un beso en mis nudillos y luego la aprieta contra su pecho—. ¿Ahora quieres decirme por qué estás tan triste?

—Es que... no lo entiendo —murmuro, tras humedecerme los labios con nerviosismo.

—¿El qué? —repone confundido.

—Lo tuyo con Bianca. Es guapísima y, joder, mírala, tiene muchísimo talento. ¿Por qué la dejaste escapar?

Asiente fastidiado.

—No era *ella*.

Abro los ojos de par en par. No me esperaba esa respuesta.

—Así que, en el fondo, has estado buscándola a *ella*.

—Como todos —corroborra con una sonrisa lánguida—. Ven.

—¿Qué dices? —me escandalizo—. Si nos levantamos ahora, todos lo verán.

—Me la suda —murmura, antes de levantarse y arrastrarme tras él.

Don Enrico nos observa con el ceño arrugado cuando le obligamos a pegarse al respaldo de su asiento para dejarnos pasar.

—¿Adónde vamos? —le susurro a Enzo, ya en el pasillo. Desde aquí aún se escucha la voz de Bianca, aunque bastante lejana.

Sin contestarme, empuja la puerta del baño con la mano y me arrastra dentro.

—¿Qué pasa? ¿Qué hacemos a...?

Suelto un gritito cuando me coge por las axilas, me sube al lavabo y se encaja entre mis rodillas.

—Nunca he conocido a nadie como tú —murmura, con la boca a punto de tomar la mía. Su respiración, de pronto pesada, golpea contra mis labios—. No sabes lo jodidamente sexy que estás ahora mismo, Lottie, ni lo que despiertas en mí. Llevo todo el día esperando a que termine esta mierda de evento para poder estar dentro de ti, y me estoy hartando ya de esperar. Me la suda Bianca. Me la suda su concierto. Me la sudan todos. Yo solo quiero estar contigo.

Me separa los labios con los suyos y yo no puedo hacer otra cosa que cerrar los ojos, hundir los dedos en su pelo y devolverle este estremecedor beso.

Todavía oigo la voz de Bianca, elevarse, cada vez más pasional:

And I can't stop myself from fallin' down [\[xvi\]](#).

Noto que yo también estoy cayendo. No puedo resistirme a él.

Su lengua penetra mi boca y provoca la mía para que la siga a este duelo enloquecedor. Su cuerpo se aprieta contra el mío para poner en evidencia que un beso no es lo único que quiere de mí. El latido de su erección contra mi entrepierna me inflama la sangre.

Se me dispara el aliento.

Mis piernas estrechan su cintura con más fuerza. Sonríe en mi boca y sus manos suben por mis muslos, apartando el largo vestido de noche que le impide el paso.

Dejo escapar un jadeo ahogado cuando me coge por las caderas y me aprieta contra su sexo. Lo siento duro, necesitado, y ya no puedo controlar mi propia excitación. Su boca baja por mi cuello, anhelante, caliente y húmeda, aferrada a cada centímetro de piel. Su barba de dos días me

hace cosquillas.

Me tantea por debajo de la ropa interior y siento que sus labios se mueven en una sonrisa al encontrar la superficie resbaladiza y caliente. Sus dedos buscan el cúmulo de nervios entre mis piernas y dibujan círculos sobre él.

Su boca se abate de nuevo sobre la mía. Su lengua empuja para entrar. Separo los labios, despacio, y ahogo un gemido cuando empieza a dar vueltas, dominando y exigiendo cada vez más.

Estoy perdiendo la puta cabeza. ¡No podemos follar en el baño de un teatro! Nunca he hecho algo tan atrevido.

—Enzo... —murmuro en su boca al notar que uno de sus dedos empuja para entrar en mi cuerpo.

La advertencia le arranca una sonrisa lenta. Su cara se separa unos milímetros de la mía.

Durante unos diez segundos se limita a mirarme, con el color verde de sus ojos nublado de pasión y el rostro devastado.

—Me he impuesto a mí mismo mil normas para no acercarme a ti. Y luego las he roto todas. No puedo evitarlo, Lottie. Esto es superior a mí.

Abro la boca en busca de aliento cuando me llena con los dedos y su pulgar empieza a trazar círculos sobre ese punto tan sensible.

Echo la cabeza hacia atrás, cierro los ojos y, aferrada con las dos manos al borde del lavabo, dejo escapar un gemido sensual.

Entreabro los párpados al sentir su aliento entrelazarse con el mío. Su forma de mirarme me excita mucho, el hambre que devora sus ojos, su ceño fruncido, el control que intenta conservar; me vuelve loca.

Su fuerte cuerpo se inclina sobre el mío mientras sus dedos siguen obrando su magia. Acerca la boca a la mía y separa los labios como si fuera a besarme. Aunque no lo hace. Se limita a absorberme.

—¿Qué quieres que haga? Dímelo —murmura, con la respiración brusca y profunda estrellándose contra mis labios.

Le aganto la mirada, y hago una pequeña pausa, que hace que su ceño se hunda un poco más.

—Quiero que eches el pestillo —respondo al cabo de unos quince segundos.

La esquina derecha de su boca se alza de un modo apenas perceptible.

—¿Eso quieres? —repone con voz gutural.

Asiento. Yo también intento contener la sonrisa.

—¿Y qué más quieres? —me provoca. Su índice roza un punto tan sensible dentro de mí que me hace encoger de placer. Se muerde el labio y sigue estudiando mi expresión.

—Te quiero dentro.

Su sonrisa es cada vez más evidente.

—Ah, ¿sí? ¿Quieres que haga que te corras? ¿Aquí? ¿En este lavabo?

Mi gesto afirmativo le arranca otra sonrisa. Suelto un gemido cuando su dedo sale de mí. Esta vez es un gemido de protesta.

Va a la puerta, echa el pestillo y regresa. Mantiene el contacto visual sin flaquezas. Se quita la chaqueta y la tira al lavabo, a mis espaldas. Se deshace el nudo de la corbata. ¿Es retorcido que me excite eso?

Separo un poco las piernas al sentir mis músculos internos contraerse de deseo. Le echa una mirada absolutamente obscena a mi cuerpo y se desabrocha la camisa. Su pecho empieza a

asomar, bronceado y musculoso. Me muerdo el labio.

Se queda de pie delante de mí, con la camisa abierta y su perfecto tórax subiendo y bajando deprisa, al compás de su pesada respiración.

Bajo la mirada hacia su entrepierna y arqueo una ceja. Sonriendo, me coge la mano y presiona mi palma contra su erección.

Lo envuelvo con los dedos y lo acaricio a través de la tela de los pantalones. Su mirada es pura lujuria. Apoya las dos manos en el lavabo, a ambos lados de mis caderas, y me deja acariciarlo.

Libero el botón de sus pantalones con dos dedos y descorro la cremallera.

Entonces, sus labios se aplastan contra los míos y su lengua empuja para entrar. Me levanta por las caderas, me insta a rodear su cintura con las piernas y se empuja contra mí con expresión feroz.

El beso se torna más violento, al igual que nuestras respiraciones. Coloco las manos encima de la rigidez de su pecho y él me lleva hasta la pared más cercana y me apoya contra ella. Aprieto su cintura entre las piernas cuando empieza a besarme cada vez más hambriento, arrastrándome a un lugar en el que nunca había estado hasta ahora.

—No llevo condón —murmura al mismo tiempo que aparta la tela de la ropa interior que le frena el camino. Roza con el dedo índice la entrada húmeda y palpitante y levanta sus preciosos ojos verdes hacia los míos—. ¿Estás lista para pasar al siguiente nivel de nuestra relación? Que sepas que nunca he hecho esto con nadie. Me estaba reservando para nuestra noche de bodas, pero, qué demonios.

Lo cojo por la nuca con la mano y acerco su cara a la mía.

—¿Lorenzo?

—¿Lottie? —repone, divertido.

—Fóllame, joder, antes de que termine el primer acto y la gente tenga que ir al baño.

Se echa a reír.

—¿La palabra mágica?

—No voy a decir *por favor*. Ni lo sueñes. No voy a suplicar, por mucho que lo necesite.

Separa los labios y me provoca para que haga lo mismo. Nuestras respiraciones se entrelazan, febriles.

—Entonces, di que me amas —jadea contra mi boca.

Escruto su mirada con aire confundido.

—¿Quieres que te diga que te amo?

—Solo si tú quieres decírmelo.

Qué exasperación.

Cojo aliento, asiento para mí, medio divertida medio fastidiada, y otra vez le clavo la mirada en las retinas.

—Está bien. Te amo. *Mendrugó*.

Se echa a reír.

—Qué forma de joder el momento, señorita Jones.

—Ahora dímelo tú.

Me guiña el ojo.

—Mejor te lo enseño —musita, antes de estrellar la boca contra la mía.

Me da un beso muy intenso, como si pretendiera apoderarse de todo, incluso de mi última exhalación.

Su boca, caliente y húmeda, libera mis labios y se arrastra por mi mandíbula al mismo tiempo que la dureza de su virilidad me llena por completo. Ahogo un gemido cuando se retira, vuelve a entrar y me embiste con esfuerzo y una arruga entre las cejas.

Sus dedos se clavan con más fuerza en mis caderas. Un violento latigazo contrae mi interior.

—No tenemos mucho tiempo —murmura Enzo con la boca en mi hombro desnudo. Me prueba con la punta de la lengua y luego me araña con los dientes—. Y quiero que te corras conmigo. Quiero que nuestra estadística de orgasmos sea del cien por cien. No admito ninguna brecha entre tú y yo.

Me baja al suelo, me lleva de vuelta al lavabo y me inclina sobre la porcelana, de cara al espejo y dándole la espalda a él. Nos miramos el uno al otro mientras su miembro empuja de nuevo para entrar. Esto es muy excitante. Separo los labios para respirar y él empieza a embestir con más firmeza.

Sus pulgares rodean mis pezones. Se me empiezan a doblar las rodillas. Lo noto dentro de mí, ardiente, duro y desatado. Me busca con los dedos y me toca mientras entra y sale de mí. Su boca se aferra a mi hombro, luego al lóbulo de mi oreja.

Dobla el brazo por debajo de mi pecho y empieza a moverme contra él con más intensidad. Sus ojos no se retiran de los míos ni por un segundo. Nunca lo había hecho delante de un espejo, y no pensé que me fuera a excitar tanto.

Da una estocada que me hace gritar de placer, me dobla sobre el lavabo y me pone una mano en la espalda mientras bombea fuera y dentro.

Sus caderas chocan con fuerza contra las mías. Sus dedos me enloquecen. Me muerdo el labio, al borde del orgasmo.

Pone una mano en mi cuello, vuelve mi cabeza hacia atrás y me besa en la boca.

No puedo más; mis músculos internos se aferran a él y me dejo ir al mismo tiempo que su lengua se introduce en mi boca. Grito, empiezo a sacudirme con violentas convulsiones y me rompo en mil añicos a su alrededor.

Se retira deprisa, hunde los dedos en mi cadera y se corre en el puño de su otra mano.

—Y así es cómo te amo yo —murmura, apoyando su cuerpo exhausto en el mío.

Nos quedamos quietos unos segundos, los dos con los ojos cerrados. Noto el frenético latido de su corazón contra mi espalda.

Pasado cierto tiempo, se aparta, se limpia y, después de ponerse la ropa, se peina con los dedos. Parece respetable otra vez, pero yo conozco su secreto.

—Te dejo para que te recompongas —dice después de darme un beso en la sien—. Te esperaré en la puerta del teatro.

Asiento. Todavía me tiemblan las rodillas y aún no he recuperado el aliento después de este orgasmo tan alucinante.

Cierro los ojos por un segundo al oírle cerrar la puerta detrás de sí. Mierda. Ya no oigo a Bianca tocar. Eso quiere decir que en unos segundos el baño se llenará de gente.

Me doy prisa por entrar en uno de los cinco habitáculos y echo el pestillo. Necesito un poco de tiempo antes de salir. Tengo que procesar su peculiar forma de decir que me ama.

Nunca seré tu Sirenita



Todo el mundo habla a la vez. ¿Cómo pueden ser tan ruidosos a primera hora de la mañana? Me recuerdan a las cotorras argentinas. A saber los cafés que habrán tomado ya.

Me he levantado tarde hoy. Después del concierto de Bianca, Enzo y yo volvimos a casa todavía cachondos y nos quedamos despiertos hasta las tantas, haciendo el amor en la bañera. Me dejó a mí al mando, para controlar el ritmo.

Ha sido la noche más increíble de toda mi vida.

Me sirvo un café, abstraída en el recuerdo de toda la pasión vivida en las últimas doce horas, y me siento en la mesa al lado de Enzo, que está pelando fruta para los dos. Me ofrece un trozo de melocotón. Le sonrío y me lo como. Está dulce y jugoso.

—Ahora que estamos todos —dice Carlo con un regocijo que me hace fruncir el ceño—, me gustaría enseñaros algo.

Don Enrico, que estaba en medio de una discusión acalorada con Chiara, de la que solo he pillado la palabra *cazzo*, se interrumpe y mira a su nieto más joven.

—¿De qué se trata Carlo?

—Del nivel de compromiso de Lorenzo.

Miro de reojo a Enzo y veo que se ha puesto tenso y que sus ojos verdes despedazan lentamente a su hermanastro.

—¿De qué está hablando?

Vuelve la cara hacia la mía y me quedo sin aliento al ver la culpa que empapa sus rasgos.

—Lottie...

—Aquí lo tenéis. *Este* es su nivel de compromiso, *nonno*.

Compruebo la fotografía que Carlo acaba de soltar sobre la mesa. Se me revuelve el estómago. Bianca lleva la ropa de anoche y Enzo la está besando. Sus dedos rodean su rostro. Soy tan estúpida. Tan, tan estúpida... ¿Cómo he podido creer por un segundo que él se enamoraría de mí?

—Es que yo te mato —bisbisea Enzo, antes de plantar las palmas sobre la mesa y levantarse con ira de la silla.

Don Enrico se entromete y los separa antes de que lleguen a los puños.

—¡Me lo cargo, joder! —blasfema Enzo mientras su abuelo lo retiene con una fuerza impresionante para alguien de su edad.

—¡Estate quieto, Lorenzo!

—Aparta —gruñe entre dientes, con la cara contraída de cólera—. No quiero tener que golpearte también a ti, abuelo.

Presencio la escena casi a cámara lenta. No puedo... No puedo concentrarme, joder. Creí que lo de ayer había sido importante para los dos; significativo. Y él ¿qué? ¿salió de mi cuerpo, se cruzó con su ex en el pasillo y no se le ocurrió nada mejor que besarla?

—Parad —murmuro, pero nadie me hace caso—. ¡PARAD DE UNA PUTA VEZ! —grito con todas mis fuerzas.

La cocina se sumerge en un silencio absoluto.

Todos los ojos se vuelven hacia los míos.

Estoy completamente devastada, pero tengo que hacerlo. Tengo que encontrar las fuerzas. El aliento.

Un último esfuerzo y luego todo habrá acabado.

Inhalo una profunda bocanada de aire y busco a don Enrico con la mirada.

—No es lo que parece.

—Lottie... —suplica Enzo, cuya mirada evito a toda costa.

—¿Qué quiere decir, señorita Jones? En esa foto parece que su prometido esté besando a otra mujer.

—No es mi prometido —murmuro, con voz temblorosa.

—¿Qué dices, Lottie? —musita Gin, que apoya la mano en mi hombro.

Traslado la mirada hacia la suya y niego, con lágrimas sin derramar en la garganta.

—Intenté decírtelo anoche, pero...

—Nos interrumpieron —termina ella mi frase. Parece sobrecogida. Creo que a diferencia de los demás, lo ha entendido.

—Sí.

—No me estoy enterando de nada —admite Antonia.

—Me lo inventé todo. Fue idea mía.

—Lottie, ¡para, joder! —me exige Enzo con voz tensa.

Sigo sin mirarlo. No podría. Me vendría abajo si viera ahora mismo esos ojos verdes que ayer se hundían en los míos con tanta pasión mientras yo subía y bajaba encima de él en la bañera llena de espuma.

—Estábamos en la sala de reuniones —explico con voz apagada; no tengo fuerzas para nada más—. Usted iba a darle el puesto a Carlo, y me pareció tan injusto porque Enzo realmente se lo había ganado, se lo merecía mucho más, así que me lo inventé todo. Al principio él no quiso participar, hasta que vio a Carlo en una discoteca, besando a otra mujer. A diferencia de su hermanastro, no sacó fotos, porque no es de esa clase de tío, pero sorprender esa infidelidad le hizo replantearse las cosas y al final accedió a seguir este engaño. Lo siento, Antonia. Pareces simpática, y siento mucho que te hayas tenido que enterar de esta forma.

—Amor, no sé de qué está hablando —se defiende Carlo con las palmas en alto.

Pero Antonia, en el fondo de su corazón, lo sabe, todos lo vemos en sus ojos. Lo abofetea con

toda la fuerza de la que es capaz y luego abandona, enfurecida, la cocina. Carlo va tras ella, maldiciendo en italiano.

—¿Qué está diciendo esta chica, Lorenzo? ¿Has fingido una relación para ganarte el puesto?

—Al principio, sí. Luego me enamoré de ella.

Bufo. Me reiría si tuviera fuerzas.

—¡Es cierto! —exclama Enzo—. Me enamoré de ti. Tienes que creerme.

Mi mirada se encuentra por fin con la suya. Creí que me derrumbaría, pero me siento insensible, como si mi dolor se hubiese congelado.

—Besaste a Bianca *después* de lo que pasó en ese baño conmigo —rezongo entre dientes con una ira tan vibrante que su impecable máscara empieza a desmoronarse.

—Lo siento mucho. Pero te equivocas. Yo no la besé. Me besó ella.

—Pues en la foto no parece que la estés frenando.

Agarro furiosa la fotografía que Carlo ha tenido la amabilidad de imprimir y la planto delante de sus narices. Él baja los párpados y un gesto de suplicio le contrae la mandíbula.

—¿Tú qué opinas, Chiara, la está apartando? ¿Y usted, don Enrico? ¿Qué me dices tú, Gin?

La hermana de Enzo me mira con sus ojos verdes cargados de lágrimas. Ella me entiende mejor que nadie de toda esta familia. A ella también le rompieron el corazón.

—Lottie. —Enzo viene hacia mí, me quita la foto de la mano con delicadeza y la deja caer al suelo—. Por favor, deja que te lo explique.

—¿Explicarme? Deja que te lo explique yo a ti. Lo de anoche te acojonó. Te diste cuenta de que alguien, por primera vez, empezaba a importarte e hiciste lo que mejor se te da: joderlo todo. Porque tú eres así. Cada pasito que damos te acojona.

—¡No es cierto! —exclama. Su mirada se torna salvaje, y se le descontrola el tic de la mandíbula—. Yo no quería joderlo. ¡Ella me besó! En la foto parece que la esté besando, pero lo que hago es apartarla.

Esbozo un gesto de dolor con los labios.

—Hemos acabado, Lorenzo.

—No lo dices en serio.

Me trago las lágrimas como puedo y asiento con la cabeza.

—Todo este tiempo he creído que había algo dentro de ti, algo que mereciera la pena, pero no lo hay. Estás tan vacío como pareces.

—Lottie —suplica, cogiéndome por los brazos para arrastrarme hacia él—, no puedes dejarme por un beso de mierda.

—No te dejo por el beso, Enzo. Te dejo porque no puedo confiar en ti.

Me suelta, retrocede y me mira como si no me reconociera.

—¡Te dije que te amaba, joder! ¿Qué más quieres de mí?

—Nunca lo dijiste.

Frunce el ceño.

—¿Cómo que no?

—Follar y amar son dos conceptos distintos. Me demostraste tu deseo, no tu amor.

Se empieza a masajear el ceño con aire fatigado.

—No sé qué más puedo hacer para convencerte, en serio. Así que dímelo tú. Haré lo que me pidas.

Niego al entrelazarse nuestras miradas. El dolor en mi pecho es tan intenso, tan reciente, que necesito unos segundos para recobrar la voz.

—No hay nada que puedas hacer. Yo no puedo estar con una persona a la que le da tanto miedo sentir. Tú crees que el amor está predestinado a rompernos el corazón, que todas las relaciones acaban mal. Y, sinceramente, Lorenzo, yo merezco algo mejor que eso. ¡Me merezco a un tío al que no le dé vergüenza montar una coreografía de *Marry You* de Bruno Mars en medio de Piccadilly Circus para pedirme que me case con él! Admitámoslo de una vez: tú nunca vas a ser ese hombre. Nunca me darás lo que yo necesito. Estar contigo supondría renunciar a una parte de mí misma y... me quiero demasiado como para hacer eso, ¿lo entiendes?, me quiero más de lo que nunca te querré a ti. Gin, ¿me llevas al aeropuerto?

—Así que ya está. Te vas —bufa Enzo, incrédulo y desesperado a la vez.

Analizo durante unos segundos la confusión y el dolor grabados en su rostro. Parecen auténticos, pero no voy a permitir que esta farsa nuble mi juicio por más tiempo.

—Sí. Mejor lo dejamos aquí, no vaya a ser que creemos un vínculo. —Me quito el anillo de compromiso del dedo y lo dejo caer encima de la mesa—. De todos modos, este matrimonio nunca iba a funcionar. Estaba demasiado lleno de mentiras y de engaños. Es hora de que los dos sigamos adelante. En cuanto a los demás, siento mucho haberos mentido. Nanna, Alice, Gin, don Enrico. Me habéis hecho sentir que formaba parte de esta familia y... estoy muy avergonzada ahora mismo. Espero que algún día podáis perdonarme.

La pena con la que me observan todos me asegura que ya lo han hecho.

Nanna dice algo.

—Eres digna de un Bassi, pero él no es digno de ti —me traduce Chiara.

Me acerco, cojo las ásperas manos de la anciana entre las mías y asiento con una sonrisa cargada de dolor.

—Gracias, Nanna.

—*Prego*.

Respiro hondo y me alejo de ellos, preparándome para la tormenta de emociones que sé que vendrá tarde o temprano.

Mientras recojo mis cosas y las amontoño como puedo en la maleta, me digo a mí misma que es lo mejor. Yo no soy la Sirenita. No voy a renunciar a mi voz por un tío.

Me preocupaba un nuevo encuentro con Enzo, pero cuando regreso a la planta baja, solo encuentro a Gin. Es evidente que me estaba esperando.

—¿Lista para irnos? —me dice, con semblante compasivo.

Hago un pequeño gesto afirmativo con la cabeza y la sigo hacia la puerta. Intento ser valiente, no derrumbarme. Sé que he tomado la decisión correcta. Lo sé.

Entonces, ¿por qué me duele tanto?

Esta relación ha sido solo fachada desde el principio, y ahora se está rompiendo en mil pedazos. La verdad duele, pero es mejor afrontarlo ahora que vivir en un mundo de fantasía y de mentiras el resto de mi vida.

Yo no seré como Antonia. Me niego. Lo quiero todo.

Gin y yo no intercambiamos ni una palabra hasta que su Alfa Romeo se detiene delante del aeropuerto. Me siento fatal, y no solo por haber roto con su hermano. También por engañarla a ella. Ha sido una gran amiga y yo no he sido sincera.

Acciona del freno de mano y se pone de cara a mí.

—¿Vas a estar bien? —musita con evidente preocupación.

Asiento despacio.

—Tranquila. Ya soy mayorcita. Y esto se veía venir. Todos lo vieron venir desde el principio. Me lo advirtieron. Incluso él. Pero yo he sido una insensata. Me he dejado llevar por mis estúpidas ideas románticas, he esperado milagros. Los hombres como Enzo no cambian. Nunca lo hacen, Gin.

Me da un abrazo y nos quedamos así unos segundos.

—Siento mucho todo lo que ha pasado —susurra al separarnos—. Prometo darle de hostias en cuanto lo vea.

Compongo una sonrisa temblorosa.

—Siento haberte mentido.

—Tranquila. Fue por una buena causa.

—Las buenas causas te acaban estallando en la cara —le digo con una risita vacía.

—Odio cuando pasa eso.

—Y yo. Debería irme.

—Puedo quedarme contigo hasta que sepas a qué hora tienes el vuelo.

Rehúso la idea con un gesto.

—Te lo agradezco, pero prefiero estar sola.

—Vale. Tienes mi teléfono. Cualquier cosa, me llamas.

—Gracias, Gin.

Bajamos del coche, cojo mi maleta y mi bolsa de mano del maletero y, después de dejarlas en el suelo, la una encima de la otra, vuelvo a abrazar a la mujer que ha estado a un paso de convertirse en mi cuñada. Admito que me habría gustado. Joder, me habría gustado mucho.

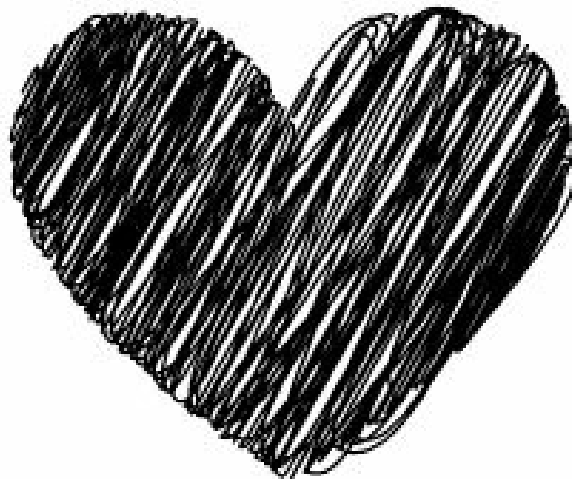
—Cuídate, Lottie.

—Y tú.

Me aparto de ella, me cuelgo la bolsa del hombro y observo las puertas del aeropuerto con aire decaído.

Me diría a mí misma que Enzo todavía está a tiempo de venir corriendo para recuperar mi amor y mi confianza, pero esto no es el puto *Love Actually*.

Los mellizos golpean dos veces



Gin

¡No puedo creer que sea tan cretino!

¡Y con Bianca, nada más y nada menos!

—¡Aparta, gilipollas! ¿Por qué vas a veinte por hora?

¡Con Bianca! Si cuando estaban juntos se llevaban como el perro y el gato. Nunca le vi mirarla como mira a Lottie.

Este se va a enterar.

—Anda, y ahora frenando. ¡Si no viene nadie! ¡No viene nadie, pedazo de inútiles!

¡Con Bianca! ¿Se puede ser más idiota?

—Hala, otro cincuentón con la crisis de la mediana edad. Si es que me tocan todos a mí. Pero ¿adónde vais? ¡¿Adónde vais, eh?! Sí, ¡tú!

Para colmo, me mira como si no supiera qué es lo que está haciendo mal. Increíble.

Al final consigo adelantarlos a todos y llegar a casa. Eso sí, hecha un manojo de nervios.

Dejo del coche de cualquier manera delante de la fuente y entro dando un portazo.

—¡Lorenzo, ven aquí ahora mismo!

El abuelo sale de la sala de estar al oírme gritar.

—No está.

Cruzo los brazos sobre el pecho, toda envarada.

—¿Y dónde está, si puede saberse?

Se encoge de hombros.

—No lo sé. Le he dicho que el puesto era suyo y ha salido dando un portazo. Parece ser que aquí todos dais portazos. Se os olvida que la casa tiene cientos de años.

—¡Por favor! ¿Lo has ascendido después de la que ha montado?

El abuelo hace un gesto de impotencia.

—Alguien dispuesto a casarse de mentira solo para conseguir un empleo demuestra mucha entrega, ¿no crees?

—Lo que demuestra es que es un capullo. ¡Un cretino! Un grandísimo gilipollas.

—Invertir tanto dinero en tu educación no ha servido de mucho, Ginevra.

—¡Es que esa chica me gustaba y él la ha cagado! Tenías que haber visto lo perfectos que eran juntos.

—Ya los vi en Londres en la fiesta de empresa.

—Cuando vuelva, se va a enterar.

—Deja a tu hermano en paz, Gin, te lo advierto. Está tan desolado como tú. Él también la ha perdido, y seguro que para Lorenzo era más importante que para ti.

—Sí, claro. Por eso va por ahí besando a sus ex novias.

—No me cabe duda de que ha sido una confusión.

Suelto un bufido irónico.

—Claro. Su lengua se confundió y entró en la boca equivocada. No fastidies...

—Ginevra, tu hermano está enamorado de la señorita Jones. Lo supe aquel día que ella subió a la azotea y se puso a pegar gritos como loca para desahogarse.

—¿Y eso qué tendrá que ver? —me impaciento, porque el abuelo también...

—¿Sabías que a su anterior secretaria la despidió solo porque hacía demasiado ruido al teclear? Ella, en cambio, sube a la azotea siempre que le place, grita como si fuera Tarzán y, vaya, de repente al señorito ya no le molestan los ruidos. Si eso no es amor, no sé lo que es.

—¡¿Y cuánto tiempo necesita para darse cuenta?!

—Eso ya no te lo sé decir, hija. Lorenzo es muy obtuso. Ha salido a tu madre.

Le doy un golpe en la nuca al encontrármelo sentado delante de la piscina, con aire de perro abandonado.

—Ay. ¿Por qué me pegas?

Le doy otro, porque los mellizos siempre golpeamos dos veces. A mi madre no le hace ninguna gracia el chiste.

—¡Gin! —exclama, apartándome la mano. Iba a darle un tercer coscorrón, de propina.

—¿Qué haces, Lorenzo?

—Nada. ¿Qué quieres?

Me siento en la otra tumbona, de cara a él, y lo evalúo con una arruga entre las cejas.

—¿Por qué no has abierto el champán?

—¿Por qué coño iba a abrir el champán?

—Has ganado. Has conseguido el puesto y sin tener que casarte. Es justo lo que querías, ¿no? Veo que tensa la mandíbula.

—¡Espera! —exclamo con falsa conmiseración—. No me irás a decir que estás triste porque has perdido a la chica de tus sueños.

—¿Por qué no vas a pintarte las uñas, Ginevra?

—¿Por qué no vas tú a masturbarte, capullo?

Me pone mala cara.

—Actualiza tu libreta de chistes. Ese tenía gracia hace veinte años.

—Lo mismo digo. Ahora pago para que me hagan la manicura. ¿Ves? La tengo impecable.

Me la arreglé para la boda que *nunca* va a celebrarse.

Pone los ojos en blanco, se cruza de brazos y niega para sí.

—¿Y bien? —me enervo después de casi un minuto de silencio—. ¡¿Cuál es el plan?!

Vuelve la cara hacia la mía muy despacio.

—¿Qué plan? No hay plan. Ha cortado conmigo.

—Ay, Lorenzo. De verdad que me aburres. Te lo tengo que dar todo hecho siempre. Por eso yo nací primero, porque soy más espabilada que tú.

—Y dale con la cantinela de quién nació antes. ¡Somos mellizos!

—Pero yo soy la mayor. Y la más sabia.

—Vale. Tú ganas. Ya que eres tan sabia, a ver, ilústrame. ¿Cuál es el plan?

—Tío, ¡estabas dispuesto a casarte de mentira para conseguir un ascenso! ¿Qué vas a hacer para recuperar a la chica a la que amas?

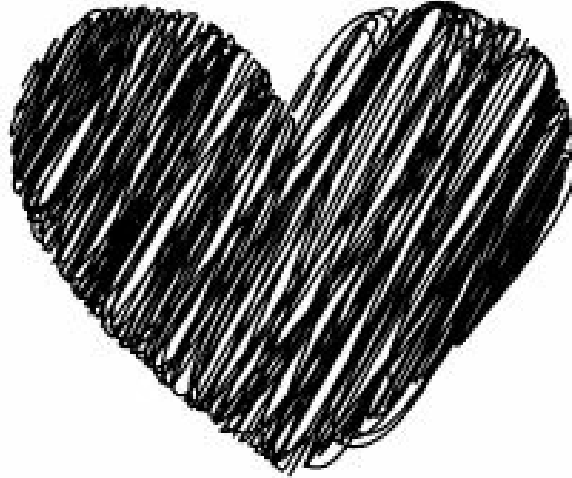
—¿Cualquier cosa?

—No, cualquier cosa, no. Algo pomposo y estúpido que tú nunca harías para que vea que se ha equivocado contigo.

—No jodas.

—O puedes quedarte aquí lloriqueando. Tú mismo. Pero a mí la manicura me la pagas, ¿eh?

El príncipe y su corcel



Londres me parece tan triste como una canción de Angus y Julia Stone. ¿Quizá porque estoy escuchando *I'm Not Yours*^[xvi] por los cascos mientras camino hacia el pub?

And I can think of a thousand reasons why

I don't believe in you^[xvii].

¡Es deprimente que saquen tantas canciones sobre rupturas! Debería poner algo con más vibra.

Ay, pero solo me apetece escuchar cosas deprimentes y emborracharme.

Abro la puerta del pub y entro con un resoplido. Bueno, al menos esto está vacío. Hogar, dulce hogar.

Trepo desganada a una silla alta y me acodo sobre la barra.

—¿Qué hay, Tom?

—Lottie, ¿cómo tú por aquí? Tus amigos me han dicho que estabas de luna de miel.

—Luna de vinagre, más bien. ¿Me pones una pinta?

—Por supuesto. Toma. Bien fresquita y tirada como a ti te gusta. Invita la casa.

—¿Porque parezco deprimida?

—Porque eres nuestra última clienta, cielo. Mañana echamos el cierre para siempre. Este sitio es muy deficitario.

Pero ¡¿qué mierda estás haciendo, Urano?!

¡Con lo que odio yo los cambios! Sin trabajo y sin pub en la misma semana. Así no hay manera de levantar cabeza.

—Put a mierda de vida —farfallo, dejando caer la frente sobre la barra con aire vencido.

—¿Has dicho algo, cariño?

Me enderezo para mirarlo.

—Que me pongas otra pinta.

—¿Mal día?

—Mala década, Tom.

Ah, ¡y ahora me toca escuchar el *Skinny Love* de Birdy! ¡¿Qué le pasa a esta mierda de móvil?! ¿Es que no hay canciones alegres en Spotify?

Al final, después de tres cervezas, me he rendido, he ido a casa de Stefan a por la tortuga y ahora estoy en el sofá, acariciándola con aire distraído, demasiado perdida en mis pensamientos como para prestar atención a nada de lo que me rodea.

Llevo una semana evitando hablar con mi madre, no le he devuelto la llamada a Shannon...

La verdad es que no me apetece hacer nada. No quiero ver a nadie ni hablar con nadie. Solo...

—¡Lottie Jones!, ¡sal al balcón! Tu Romeo tiene algo que decirte.

¿Qué ha sido eso?

¿Y qué balcón? ¡Si no tengo!

Cañuda, me acerco a la ventana, con la tortuga en brazos, y aparto la cortina. Abro los ojos de par en par al ver a Enzo, ¡y a mis amigos!, de pie en el jardín comunitario.

Abro de inmediato.

—¿Qué hacéis ahí? —los regaño en susurros—. ¡No podéis pisar las flores! ¡Me van a echar la bronca los vecinos!

—Lottie... —dice Enzo con sonrisa de bobo.

Frunzo el ceño todavía más.

—¿Estás borracho? —me indigno, aunque tampoco es que yo esté muy sobria. Las pintas se me han subido a la cabeza.

—Si no, ¿cómo cojones iba a hacer esto?

—¿Hacer el qué? —le grito en susurros, no vaya a ser que se enteren mis vecinos de que cuatro gamberros se nos han colado en el jardín.

—Stefan, enciende el radiocasete.

¿El radiocasete? Qué antiguo.

—Tío, esto es un reproductor de CD —protesta Stefan.

—Lo que sea. Tú enciéndelo.

Stefan obedece.

—¡Dios mío! —me horrorizo cuando ese cacharro tan pequeño empieza a sonar a todo trapo. Un momento. ¿Tiziano Ferro?—. ¡Bajad eso de inmediato! ¿Es que estáis locos? ¡Son las tantas de la noche!

—*Perdono... si quel che è fatto è fatto io però chiedo scusa*^[xviii] —empieza a rugir Enzo, fuera de tono.

¡Dios Santo! Mira que es guapo, listo, culto y huele de cine. Pero cantar no es una de sus virtudes.

—¿Queréis amordazarle? ¡Nos va a dejar sordos a todos con sus aullidos!

Mis queridos amigos, en vez de apoyarme, se ponen a cantar y a bailar una coreografía completamente ridícula. ¡Alguien ha impreso la letra! Seguro que ha sido Shannon, para descojonarse.

—Vale, sé que llevo toda la vida diciendo que es esto lo que quiero, pero, ahora que lo estoy viendo, por favor, ¡parad! Es ridículo y da mucha vergüenza ajena.

—¡Cállate ya, gilipollas! —grita un señor en la lejanía.

—¿Lo veis? ¡Estáis molestando a todo el barrio!

¿Os pensáis acaso que alguien me hace caso? ¡Sus altezas mugen hasta que termina la canción! Deberíais ver a mis amigos cantar en italiano. Puede que estén invocando a Lucifer...

—Lottie Jones —dice Enzo cuando por fin deja de atormentarnos con sus berridos—. Sé que esto no es Piccadilly Circus, ni el *Marry You* de Bruno Mars. Lo siento, no tenía ese CD.

—No te distraigas —le susurra Maisie.

—Sí. Al grano. Lottie Jones, ¿quieres casarte conmigo, esta vez de verdad? Psst. ¿Quién tiene el anillo?

Por Dios. ¡Esta es la pedida de mano más loca que he visto en toda mi vida! Y mira que soy gran consumidora de películas estúpidas.

Shannon le tira una cajita roja de terciopelo. Enzo la abre y la sostiene en lo alto, para que vea lo que hay en su interior. Me inclino sobre la ventana y se me cae la tortuga.

—¡George! —grito horrorizada.

—¡Lo tengo! —exclama Stefan, que levanta al bicho para que vea que está bien.

—Menos mal. ¿Está bien mi chiquitín?

—Repito. ¿Quieres casarte conmigo? —se impacienta Enzo.

—Espera. ¿Qué ha sido del anillo de Irina?

—A la mierda Irina. Ese anillo estaba maldito. Me lo ha dicho Stefan.

—Dios mío. ¿Cuánto ha bebido?

—Toda la ginebra que encontró en mi nevera —me responde Shannon.

—¡¿Qué?! ¿Y por qué no está en urgencias?

(Todos conocemos a Shannon).

—Tranquila, que tampoco había tanta. Davide y yo montamos una fiesta antes de ayer.

—¿Has vuelto con Davide?

—¡Joder! ¡Que estoy aquí esperando como un gilipollas! ¿Te vas a casar conmigo o no?

Lo fulmino con la mirada.

—Pues mira, ahora que lo dices, no. No te perdono.

—Venga, Lottie —interviene Maisie—, que el chico se lo ha currado.

—Ja. Es que no sabéis qué ha hecho. Adelante, cuéntales a tus nuevos amiguitos lo del beso.

Enzo los mira por encima del hombro.

—Una tontería. Yo estaba ahí parado, esperándola, cuando los labios de la otra chocaron contra los míos.

—¡Ah! —me indigno—. ¡Tendrá cara! Adiós, Lorenzo.

Me dispongo a cerrar la ventana.

—Espera, espera, espera. Lottie, besar a Bianca, que, insisto, no la besé, solo me ha hecho comprender que son tus labios los únicos que quiero besar a partir de ahora. La única persona a la que quiero ver en cuanto me despierto eres tú. Porque esto es real, ¿me oyes? Es real, joder. Para mí, lo es, y creo que siempre lo ha sido, aunque no haya sabido verlo.

Me inclino otra vez sobre la ventana.

—No está mal para un ciborg sin sentimientos.

Una sonrisa lenta empieza a iniciarse en las dos comisuras de su boca.

—¿Te casarás conmigo?

Le guiño el ojo con socarronería.

—Solo si encaja el anillo.

—Cansina hasta el final —bisbisea Maisie para sí.

Le pongo mala cara.

El príncipe, intrépido y valiente, pisa todas las flores por las que me llevaré una bronca monumental por parte de la comunidad de vecinos, se acerca a la ventana y desliza la impresionante joya por el anular de la mano que le alargo con fingido desdén.

—¿Y bien? —se desespera Shannon.

—Encaja —respondo, sin retirar los ojos de los de Enzo.

Mis amigos aplauden entusiasmados. Alguien abre una botella de champán. Me parece que los muy traidores no habían sopesado la posibilidad de un no.

Me doblo sobre la ventana, Enzo trepa un poco al muro y nos besamos para sellar el trato. No da tiempo de ponernos cariñosos porque casi se cae. Que nadie le dé más alcohol.

—¿Cuándo es la boda? —pregunta Maisie.

—Este sábado en Florencia —le responde Enzo.

—¡Cabrones! —se indigna Shannon—. ¡Estas cosas se avisan con tiempo!

—En la familia Bassi, cuando invitamos a alguien a una boda, nos hacemos cargo de todos los gastos del desplazamiento —la tranquiliza nuestro intrépido y generoso príncipe—. A veces nos da por casarnos en Bora Bora, como Gin.

—¿Quieres que nos casemos tan pronto?

Se encoge de hombros.

—¿Por qué no? Tenemos la ropa, tenemos la iglesia, tenemos el catering y Gin se ha hecho la manicura. A no ser que quieras que primero vivamos juntos, *en pecado*, y...

—¡No! —lo freno inmediatamente—. El sábado me viene bien. Pero no sé si mis padres podrán venir desde Vietnam.

—Ya están de camino a Florencia —me informa Stefan.

—¿Qué?

—Tu novio los llamó para pedir tu mano en santo matrimonio —me explica Maisie—. Lo dijo tal cual: santo matrimonio.

—¿Que has hecho *qué*?

—Tu madre está encantada —se defiende él—. Dice que ya iba siendo hora de que dejara de estar soltero.

Ay, Dios mío. Lo que me faltaba por oír.

—Ahora que nuestra labor aquí ha concluido, ¿qué tal si los dejamos a solas para que el príncipe le enseñe a Lottie su corcel?

—¡Shannon! —la censuramos Maisie, Stefan y yo a la vez.

Enzo frunce el ceño.

—¿Que le enseñe el qué?

—Algo se te ocurrirá, machote —dice ella después de darle una palmadita en la espalda y guiñarle el ojo con expresión picarona—. Yo me piro, que he quedado con Davide.

—Yo con la madre de Ian, que quiere hablar de la boda otra vez. No sabéis qué señora tan cansina.

—¿Adónde vais exactamente? A lo mejor podemos compartir taxi.

Y, cuando nos queremos dar cuenta, se han largado los tres.

Enzo se queda en el jardín, mirando horrorizado a la tortuga que Stefan le ha plantado en las manos antes de irse.

—¿Cuánto viven exactamente estos bichos?

Qué cruz.

—Lorenzo, entra antes de que me replantee nuestro compromiso.

—¿Qué es eso del corcel?

—Si entras, te lo enseño. Pero si estás ahí de cháchara...

Epílogo



—Señora Bassi.

—Margaret.

Hemos salido de los retretes a la vez y nos hemos echado jabón en la palma como si siguiéramos una coreografía.

Solo falta, a nuestras espaldas, una bola de esas que atraviesan las carreteras del Lejano Oeste.

—¿Qué tal la luna de miel?

—Una delicia. Brujas es un espectáculo en esta época del año. En cuanto a Venecia... Tendrías que haber visto a Enzo cantándome *O Sole Mio* en una góndola. Ay, Margaret, canta como los querubines —aseguro, con una mano sobre el pecho.

Se abre la puerta de par en par y entra el mencionado querubín, aflojándose la corbata y diciendo:

—Solo tengo quince minutos antes de la reunión, así que más vale que estés lista para que te foll... ¡Margaret! No la había visto. ¿Qué tal todo? ¿Cómo lleva Carlo lo del divorcio?

Margaret se persigna y sale corriendo. Enzo y yo nos miramos y estallamos en carcajadas.

—Se lo ha tragado —digo, desplomada sobre su hombro—. Nunca me cansaré de este juego.

Enzo me coge el mentón con la mano y me levanta la cara hacia la suya.

—Oiga, señora Bassi, ya que estamos aquí, ¿qué tal si echo el pesillo?

—Señor Bassi, ¡qué escándalo! ¿Qué van a pesar los demás?

—¿Que nos hemos cansado del cuarto de la fotocopidora?

Mierda. Creía que no estaba al tanto de que yo había iniciado ese rumor, pero, por la forma en la que me mira...

Está a punto de besarme cuando le pita el móvil en el bolsillo del pantalón. Gruñendo de puro disgusto, lo saca y activa el modo vibración.

—¿Algo importante?

—Nada. Gin. Que se va a casar.

—¿¿Qué??

—Luego te lo cuento. Ahora quiero enseñarte el corcel.

Le propino un golpecito en el brazo y él se echa a reír otra vez.

Me quedo sin aliento y la risa se me paraliza en la garganta cuando me coge por las axilas, me sube al lavabo y me hace separar las piernas lo suficiente como para abrirse hueco entre ellas.

—¿Dónde estábamos? —murmura, acercando su enloquecedora boca a la mía.

¿Os digo el tiempo que llevo soñando con que haga *exactamente* esto? Mejor que no. No hay tiempo para cháchara. Esta princesa va a bajar el telón.

Aunque no sin antes guiñaros el ojo para que sepáis que no hay que escribir a Recursos Humanos. Nuestra relación se basa en el consentimiento, en el respeto y en el amor.

—¡Oh, Lorenzo! ¡Dame más!

—Pero ¿qué haces?

—Por si Margaret escucha detrás de las puertas.

—Ah, esa es buena. Hmmm. Encaje. Qué traviesa. Señora Bassi, se lo está buscando. Lleva todo el día provocándome.

—Señor, puede castigarme cuando quiera.

—¿Seguimos actuando? —me pregunta, con las cejas fruncidas.

Con gente así yo no puedo. Me sacan del personaje.

—¡Pues claro, mendrugo! Aunque, si quieres doblarme sobre tu mesa, como Edward Grey a Lee Holloway...

—¿Jones?

—¿Señor?

—Bésame, joder.

¡Por fin!

—Y no me llames señor —añade—. Ahora estamos casados.

«*Y no me llames señor. Ahora estamos casados*».

Qué fatiga.

ibros recomendados

Querido lector/a:

¡Muchas gracias por darle una oportunidad a esta historia! Espero de corazón que te haya gustado. Si sueles leer este tipo de novelas, aprovecho para recomendarte otra del mismo estilo. No es un romance de oficina, pero tiene la misma agilidad y es muy divertida. ¡Espero que te guste!

Isabella M.

Friendzone
**y otros
castigos divinos**

Isabella Marín

Annus Horribilis

apítulo 1

La situación es la siguiente: estoy enamorada de Reggie Flynn.

¿Las pegas? Sí, me parece que tengo unas cuantas. Veamos.

A) Él está CASADO.

B) Él ESTÁ casado.

Y, dejad que me lo piense...

C) ÉL...

Lo habéis pillado, ¿verdad?

Reggie Flynn está CA-SA-DO y yo fui demasiado cobarde como para ponerme en pie el día de su boda y gritar: ¡yo sí tengo un motivo! ¡Estoy enamorada del novio! ¿Qué sabe ella sobre él? ¿Sabe que le gusta el cine clásico, los Beatles, aunque no John Lennon en solitario, los batidos de chocolate, aunque odia los de fresa, y que eligió ser profe porque la primera persona que se preocupó por él fue su profesor de ciencias, que alertó a los servicios sociales de que el pequeño Reggie sufría maltrato infantil y así fue cómo le apartaron de la alcohólica de su madre, que apagaba los cigarrillos en sus brazos desnudos, y le mandaron a vivir a Stony Creek, donde su abuela, un poco mejor que su madre, aunque no demasiado, acabó criándolo sola en una caravana en mitad del campo? ¡No sabe una mierda! ¡Así que ya lo creo que me opongo, joder!

Más o menos ese era el discurso que fantaseé miles de veces con soltar frente al altar.

Después, mi plan había sido muy bien perfilado: iba a agarrar al novio por las solapas de la chaqueta, arrastrarle hacia mí y darle el morreo de su vida, para estupor de todos los invitados.

Lamentablemente, me vi ahí delante de toda esa gente, los padres de la novia, la operadísima y estiradísima Linda y su monumental pamelita azul, preparándose para el despegue desde la primera fila de la iglesia, y Paul, el Cocodrilo Dundee que vende chimeneas; mi hermano Pat, de pie junto al novio, con su rostro esculpido y un chaleco gris hecho a medida en alguna sastrería pija de la Gran Manzana; decenas de personas a las que no conocía de nada...

Y no fui capaz de decir ni mu.

De todos modos, me parece que nadie hace esa clase de cosas en la vida real.

En la vida real, te presentas a la boda de tu mejor amigo con el vestido más espantoso del universo (por un engaño de Eleonor, la infame *Belcebú* que está a punto de arrebatarte al chico de tus sueños), te sientas en la tercera fila, apretujada entre dos señores orondos que no conoces de nada, y berreas durante toda la ceremonia mientras tomas tragos a escondidas de una pequeña petaca que compraste en un mercadillo asiático, convencida de que no había forma humana de aguantar esa boda sin suministros alcohólicos.

Mira tú por dónde, acabó siendo una idea excelente.

Y al final crees haber sobrevivido al desastre, pero entonces empieza el baile nupcial, y ellos cortan la tarta y se besan apasionadamente, y tú estás ahí con cara de estar viendo una versión extendida de *Buscando a Nemo* y te sientes más sola que la una, aunque a nadie le importa porque la boda está a punto de acabar y los novios han ido a la suite a consumir su matrimonio.

CONSUMAR. Otra palabra que detestas. Así que rellenas la petaca, vuelves a la carga y a la mañana siguiente te despiertas en una cama desconocida, junto a un tío desconocido, y solo puedes pensar en una cosa:

¿Dónde coño habré dejado las bragas?

Bienvenida a tu vida post Reggie Flynn.

Menudas ganas de potar.

Lo siento, había planeado decir algo profundo e inteligente, sentido y desgarrador, pero tengo el estómago demasiado revuelto como para ponerme a pensar en una frase para la posteridad. Solo sé que quiero salir de aquí cuanto antes.

Me levanto sin hacer el menor ruido y me pongo a buscar mi ropa interior. Miro debajo de la cama, en el baño (por cierto, ¿dónde demonios estamos y por qué me late tanto la cabeza?), en la maceta de un ficus, apartando algunas hojas. Nada. Las bragas parecen haberse esfumado.

Maldiciendo, lanzo otra mirada de sondeo alrededor de la habitación y entonces veo un trozo de encaje negro justo, JUSTO, debajo del brazo de ese tío que duerme bocabajo. Mierda. Tenían que estar ahí, ¿verdad? De todos los sitios de la habitación. ¿Por qué no en la maceta del ficus? Habría sido un buen sitio para colgar las bragas.

Pero, no, tenían que estar justo ahí.

Me acerco de puntillas y, con el corazón desbocado, tiro ligeramente de una esquina hasta que consigo recuperarlas.

Gracias a Dios. Son de Victoria's Secret y cuando trabajas como recogedora de pelotas de golf, chica que hace colas de manera profesional o paseadora de perros a cinco dólares la hora, no puedes permitirte perder unas bragas en las que te has gastado casi treinta pavos. Y eso que estaban en rebajas...

Uf. Qué mareo. ¿Y quién es este tío? No puedo verle la cara.

Le lanzó una mirada agobiada e intento recordar algún detalle de lo que pasó anoche. Imposible. Mi cabeza está vacía.

Lo cual no me disgusta tanto, porque resulta que me acosté con alguien que tiene pelo en el culo. En serio. Las nalgas llenas de pelo.

Ay, madre. Creo que le di un azote mientras lo hacíamos. Me concentro unos segundos y la imagen se vuelve nítida como el agua. Me veo a mí misma dándole un azote a este tío en su culo peludo. Ah, por Dios.

Me sacudo con más horror, si cabe, me doy prisa por ponerme las bragas y salgo escopetada, antes de que se despierte y tenga que explicarle que no estamos hechos el uno para el otro y que, a mí, de todas formas, me gustan los culos lisos y suaves.

—¿Rosie?

Mier-da.

Levanto la mirada del suelo y miro a Reggie con cara de bochorno absoluto.

Nuestras miradas se encuentran al instante, como imanes. Se me encoge el estómago ante el impacto. Siempre lo he pensado: la raza masculina ha alcanzado su perfección con Reggie Flynn.

Aún no he encontrado a nadie, actor, modelo, estatua de la Antigua Grecia, dios caído en desgracia, que iguale su atractivo.

Sencillamente, quita la respiración. Todo él, sus ojos profundos y azules como el mar enrabiado, su pelo negro y grueso, alborotado por el viento de la calle o quizá por las manos de su mujer mientras *consumaban*, los labios perfectos y suaves, ligeramente entreabiertos, cuya textura mataría por comprobar, aunque solo sea con las puntas de los dedos...

Aún viste el esmoquin con el que se casó, si bien está bastante más desaliñado que ayer. La camisa le cae arrugada por encima de la cintura del pantalón, no lleva corbata, y sujeta dos cafés para llevar en la mano. Solo hay una palabra para referirse a él: increíblemente sexy. Vale, eran dos. Con Reggie no puedes ahorrar en epítetos.

Me fijo en su alianza y quiero echarme a llorar.

Así que todo ese rollo de la boda, la tarta y el baile nupcial pasó de verdad, ¿eh?

—¿Qué haces aquí? —vuelve a preguntar, en vista de que sigo paralizada junto a la puerta que acabo de cerrar y lo miro con el corazón en un puño—. ¿Y por qué acabas de salir de la habitación de mi suegro?

Su suegro. AY, DI-OS. Paul y Linda Banks, los de chimeneas Banks, dos pesados con sonrisas de sectarios que no dejan de salir en la televisión para anunciar toda una gama de chimeneas marca Banks. *Las mejores chimeneas de Virginia*.

En serio, parecen dos chalados en el anuncio. Él lleva sombrero de Cocodrilo Dundee y ella, perlas. Los dos se han hecho un blanqueamiento dental. Y los dos tienen la cara anaranjada por los rayos. Juraría que los dos se han inyectado Botox. Esas sonrisas estiradas dan escalofríos.

Si yo me acosté con Paul (y le di un azote en su culo peludo), ¿dónde coño está Linda?

Ay, Dios, ¡¿me habré hecho un trío con los padres de la novia?! A lo mejor Linda, al igual que Reggie, ha salido a comprar café.

Piensa, Rosie, piensa. Pon a trabajar tus malditas células grises. Seguro que no están todas en coma.

Joder, ¡no me acuerdo de nada! Solo del azote. Y, admitámoslo, eso no pinta demasiado bien.

—¿Rosie? ¿Qué te pasa? Estás muy pálida.

¡Tú también lo estarías si hubieses hecho un trío con los padres de Eleonor!

Creo que voy a desmayarme. De hecho, desearía estar desmayándome ahora mismo.

—Buenos días, Reggie. ¿Ya estáis despiertos? —me sobresalta la voz de una mujer. Casi suelto un grito. Dios, estoy muy tensa.

Me giro, tosiendo un poco para aclararme la garganta, y miro a Linda con cara de angustia. No trae café. Es buena señal.

Y no percibo tensión ni incomodidad alguna por su parte. Así que es posible que solo me haya acostado con su marido. Intento ser positiva, ¿vale?

—Hmmm... —Reggie frunce el ceño y me lanza una última mirada ceñuda, antes de dirigir toda su atención hacia Linda, a quien dedica una amplia sonrisa, de yerno comprometido—. Sí, Linda. Ya estamos despiertos. Íbamos a tomar un café en la cama. No queríamos esperar hasta el desayuno.

¡El desayuno! ¡De ningún modo puedo quedarme al desayuno! No quiero ni imaginarme el bochorno de cruzarme con el padre de la novia. ¿Cómo ha podido pasarme algo así?

—Me... ¿disculpáis?

Será mejor que vaya a potar.

O a suicidarme.

Estoy sopesando mis opciones.

—Un segundo, Rosie. ¿Podemos hablar de una cosa? ¿Nos disculpas, Linda?

Linda pone cara de desconcierto, pero, tras un descarado escrudiño que me pone los pelos de punta, decide que no soy una amenaza para el aún sin consolidar matrimonio de su hija.

No me sorprende demasiado ni me siento ofendida. Con la cara verde por las náuseas, el pelo hecho un Cristo después del revolcón que me he dado con su marido, y teniendo en cuenta el espantoso vestido de color ciruela pocha que su hija me obligó a vestir, y que me da un aire pálido y enfermizo (ahora mismo acentuado aún más por el horror de mis fechorías nocturnas), es imposible que alguien me considere una amenaza.

—Claro.

Linda esboza una sonrisa dulce y se aleja por el pasillo. No tengo ni idea de adónde va. Su habitación está a mis espaldas. El escenario del crimen.

Ay.

Quiero que la tierra se me trague ahora mismo.

—¿Qué coño ha pasado? —me gruñe Reggie en cuanto nos quedamos a solas.

Sus ojos inclementes ejercen una enorme presión sobre los míos y sé que me arde la cara de vergüenza. Aún fantaseo con la idea de escabullirme, confundirme con las paredes o fingir un infarto.

—Pues... —empiezo con voz débil, apenas un susurro, y me enganchó detrás de las orejas algunos rizos oscuros que se han soltado de mi recogido.

Reggie enarca una ceja con aire de profe severo. Quiero esconder la cabeza en la arena como los avestruces.

—¿Y bien?

—Es posible que anoche...

—Anoche, ¿qué?

Mis ojos azules lo miran impotentes. Suplicantes. Devastados.

Pero Reggie entrecierra los párpados peligrosamente y sé que no hay manera de salir de esa.

—Bueno, que cabe la posibilidad de que me haya... montado un trío con tus suegros —confieso, encogida por completo y con la voz convertida en un hilo.

Su cara es todo un poema. Por un segundo me pregunto si debo ofrecerle la petaca. Luce como si le hiciera mucha falta tomar un trago. Sus rasgos, de por sí firmes y tensos, han adquirido una rigidez casi cadavérica.

—Disculpa, creo que no te he entendido bien.

Trago saliva con gran dificultad y hago una mueca hacia mis adentros. ¿De verdad hay que repetírselo? Porque, dicho en voz alta, suena de locos.

—Creo que me has entendido muy bien. Anoche me acosté con tus suegros. O, al menos, con uno de ellos. ¿Sabes por casualidad si a Linda solo le gusta mirar, o es de las que participan?

—¿QUÉ?

—¡Es que no sé qué pinta Linda en todo este asunto! —profiero con voz histérica.

Reggie está perplejo.

—Esto no puede estar pasando.

—¡Sí!, ¡eso mismo me dije yo cuando me desperté sin bragas al lado de un tío peludo!

—¡Por el amor de Dios, Rosie!

—¡No sé por qué me estás gritando! ¡Estoy igual de conmocionada que tú!

—¿Cómo has podido?

—NO LO SÉ. Simplemente, pasó. No... no me acuerdo de los detalles.

Reggie está lívido de ira, con las aletas de la nariz dilatadas. No puedo culparle. No exactamente. La verdad es que acostarme con sus suegros, la noche de su boda, puede que sea pasarse un poco de la raya. No creo que nadie me dé un premio a la invitada del año.

—No me lo puedo creer. No puedo creer que esto esté pasando.

—Lo sé. Es...

—No digas una palabra más —me acalla con aire amenazador y el dedo apuntándome como a una vil malhechora—. Necesito pensar.

—Vale.

Sigue un tenso silencio, al cabo del cual me mira meneando la cabeza.

—Será mejor que te marches.

—Vale —suspiro, aliviada. En realidad, sí que quiero irme. Quiero ir a alguna parte muy lejana y esconderme para siempre.

—Y no intentes contactar con Paul —añade, para mi gran desconcierto.

Me detengo, miro perpleja su rostro inflexible y arrugo la nariz en un gesto de incompreensión.

—¿Por qué iba a querer contactar con Paul?

—Yo qué sé. Igual tienes síndrome del padre ausente.

—¡No tengo síndrome del padre ausente! —exclamo, atacada por la bajeza que acaba de soltarme—. Bebí más de la cuenta, eso es todo.

—Como sea, es mejor que te mantengas lejos de nosotros durante algún tiempo. No te quedes al desayuno ni al almuerzo —impone, sin mirarme a la cara siquiera.

Siento una oleada de náuseas y que la cara se me sonroja de humillación. Me está apartando de él. Le doy asco. Sé que no fui la invitada perfecta, pero tampoco es para ponerse así, ¿no? ¿A él qué más le da que me haya tirado a su suegro, a su suegra o a ambos a la vez? Está claro que ha sido consensuado.

Bueno, eso quiero pensar, aunque ese azote del que lamentablemente me acuerdo no habla muy bien a mi favor.

Señoras y señores de jurado, he aquí los hechos: la acusada azotó a la víctima en sus peludas posaderas.

No puedo evitar imaginarme a Ally McBeal defendiendo a los Banks y a mí en el banquillo, con cara de no haber roto nunca un plato.

—No iba a quedarme —farfullo, con expresión herida.

—Bien. Sería muy incómodo y no quiero que nadie monte una escena. Dejemos que se enfríe el asunto.

—Es exactamente lo que quiero —replico, ofendida de que él haya pensado lo contrario. ¿Montar una escena? ¿Qué cree, que quiero casarme con Paul y convertirme en la madrastra de Eleonor y, por consiguiente, en su... *suegra*? Ugh. Lo que me faltaba.

—Genial. Tengo que irme. Eleonor me está esperando y no quiero que se enfríe el café.

Sí, no vaya a ser que la princesa Eleonor te pida el divorcio.

—De acuerdo.

Me lanza una última mirada, vuelve a negar y se dirige a la puerta de su habitación.

—Reggie —lo detengo antes de que entre.

—¿Qué? —rezonga sin mirarme.

Se produce una pausa y tengo la sensación de que los dos estamos conteniendo aliento.

—Lo siento mucho. No pretendía causarte problemas.

Niega con la cabeza y entra en su habitación sin decirme nada.

Mier-da.

Capítulo 2

—Tienes que estar de coña. Al menos habrás usado condón.

—Muy graciosa. Ojalá lo supiera... —lloriqueo abrumada, antes de acabarme la ginebra de un trago. De verdad que necesito beber.

Leslie me mira boquiabierta.

—¡Rosie!

Le devuelvo la mirada y suelto un suspiro de impaciencia.

—A ver, si no estoy segura de haberme acostado con él, o con él y su mujer, ¿crees que me voy a acordar de algo tan pequeñito como un condón?

—¿Y a qué estás esperando? ¡Ve a hacerte la prueba de embarazo y un exudado vaginal!

—Dilo más alto. El señor de la esquina no se ha enterado de que tengo que hacerme un exudado vaginal. Por Dios. Creo que me va a estallar la cabeza.

Me cojo el cráneo entre las palmas y empiezo a masajearme las sienes para relajar un poco la presión de la sangre que ruge en mis venas.

—Todo esto es culpa mía. Tenía que haberte acompañado a la boda. Joder, si no me hubiesen hecho trabajar todo el fin de semana...

Ver a Leslie martirizarse por mi culpa es más de lo que puedo aguantar ahora mismo. La que la cagó fui yo. Podía haber ido a la boda, haber comido un poco de tarta y haberme largado a mi casa.

Pero no, ¡Rosie Desastre Clark tenía que montarse un maldito trío con los padres de la novia!

—No es culpa tuya, Les. La que se pasó con el alcohol fui yo. Y, ya que alguien ha sacado el tema... ¡Eh! ¿Puedes ponerme otra ginebra? —espeto al camarero, que finge secar una copa al otro lado de la barra. Seguro que se ha enterado de lo del exudado vaginal y del trío que me monté ayer con los suegros de Reggie. Tiene las antenas desplegadas.

—Deja de beber. Estás muy desquiciada.

Echo la cabeza hacia atrás, cierro los ojos e intento respirar hondo. Mi madre dice que, si tienes un problema, lo primero que hay que hacer es respirar hondo. Después, puedes agredir a alguien.

—¿Cómo voy a dejar de beber? ¡Me.Acosté.Con.Los.Padres.De.Eleonora! —rujo contra la cara de Leslie. Es mi mejor amiga y la quiero mucho, pero necesito gritarle a alguien. No es personal, lo juro.

—¡Pues supéralo! —me grita de vuelta.

El camarero deposita delante de mí una nueva copa de ginebra. Leslie retrocede y le da un trago a su vaso de agua. Solo bebe agua con limón. Tiene que volver al trabajo. La he sacado de una reunión muy importante.

Leslie es una persona muy importante. Creo que es la mujer más exitosa que conozco, una ejecutiva de esas con agallas, que dominan toda una sala de hombres sin despeinarse ni tan siquiera un mechón de su precioso pelo cobrizo. Vivimos en un mundo de hombres, pero Leslie está por encima, pisoteándolos con sus carísimos zapatos *Louboutin* de suela roja, que estilizan

sus piernas y las alargan hasta el infinito.

Desde que está aquí (diría que, como mucho, cinco minutos) la han llamado nueve veces al móvil y ha recibido al menos siete *e-mails*. Es vicepresidenta de una compañía farmacéutica europea que le paga un sueldo anual de seis cifras.

A diferencia de mí, ella fue a la universidad. Solo hay que verla. La forma en la que se expresa, junto a su aspecto pretencioso y su distinguido paladar aseguran que Leslie Daley ha nacido en el seno de una familia privilegiada y no en una formada por un mecánico y una dependiente de supermercado. Leslie ha sabido cómo superar su condición.

Y, por si fuera poco, encima es preciosa.

Tiene los ojos verdes, muy expresivos, y una perfecta piel cremosa que ella dice que es natural, pero yo imagino que algo así solo se consigue con productos de alta cosmética. No recuerdo que en el instituto tuviera una piel tan exquisita. Joder, ni siquiera necesita maquillaje. Solo una pasada de rímel y ya está lista para dominar el mundo.

Yo parezco un espantapájaros a su lado. Solo con mirarme, la gente sabe que soy pluriempleada y que casi nunca consigo llegar a fin de mes sin usar la línea de crédito. Nada de cremas caras ni mascarillas de pelo hechas en Francia. A veces me echo yemas de huevo. Y, a veces, las mezclo con miel. Eso es lo más *top* que he hecho nunca.

—Mi vida es un desastre —farfullo con aire melodramático—. He perdido al hombre de mis sueños, hoy he cogido un empleo de plañidera profesional y creo que nunca podré sacarme de la cabeza la imagen de esas nalgas peludas.

—Mira el lado bueno de las cosas —sugiere, devolviéndome la esperanza. Ahora mismo me agarraría a cualquier clavo ardiente.

—¿Hay un lado bueno en todo esto? Por favor, ilústrame.

—Puedes usar esa imagen en tu nuevo empleo. Seguro que te entran ganas de llorar.

—Quiero morirme —berreo, para nada divertida por su sarcasmo.

—No quieres morirte —rebate Leslie mientras se estira, impasible, el cuello de su pretenciosa blusa de color perla.

—Quiero que sea lento y doloroso.

—Una vez te salió una ampolla en el dedo y estuviste lloriqueando dos semanas.

Eso es cierto.

—Era una ampolla dolorosa —me veo obligada a justificarme—. Y tengo el umbral del dolor bajo.

—Lo que tienes que hacer a partir de ahora es centrarte.

Me limito a mirarla de forma inexpresiva y me impaciento cuando veo que ella está más preocupada por los volantes de su blusa que por instruirme acerca de cómo sobrevivirle a este desastre.

—Centrarme. ¿En qué?

—En lo que sea. Pinta un cuadro, escribe un libro, vete de crucero...

Ah. Pensaba que me diría algo interesante.

Con una mueca de desilusión, me vuelvo de cara a la barra y miro mi imagen, reflejada en el espejo que hay detrás de la estantería de las bebidas.

¿Cómo hemos acabado así?

—La primera vez que vi a Reggie Flynn, estaba sentada en el suelo del salón y pintaba un idílico apocalipsis bíblico con mis nuevos crayones. Casi puedo ver la escena. —Pongo una sonrisa lejana y paseo el dedo por el borde de mi copa mientras me pierdo en la bruma de los recuerdos—. Mis padres se acababan de divorciar, y Pat, mamá y yo nos acabábamos de mudar a Stony Creek. Llovía. Debía de ser otoño, porque él llevaba una chupa de cuero negra y el pelo salpicado por las gotas. Por un segundo lo confundí con Angel, el de *Buffy Cazavampiros*, pero mi hermano me dijo que se llamaba Reggie y que era su nuevo mejor amigo. Esa noche me hicieron de niños. Mamá tenía una cita con alguien, no recuerdo con quién.

—Ahora sí que creo que deberías dejar de beber. Estás desvariando.

—Ojalá pudiera volver a ese momento —me digo a mí misma—. Haría las cosas de otra manera.

—¿Le dirías que estás enamorada de él?

Parpadeo, ladeo el cuello hacia la derecha y me tomo unos segundos para pensármelo.

—Bueno, no. Ahí solo tenía siete años. Me enamoré de él más tarde. Pero tendría toda la vida por delante y esta vez no dejaría escapar la oportunidad de confesarle mis sentimientos.

Leslie comprueba el reloj con gesto de ejecutiva ocupada y frunce el ceño.

—Tengo que marcharme. ¿Vas a estar bien?

—See. ¿Por qué no iba a estar bien? No es como si acabara de perder al amor de mi vida.

—Supéralo. E intenta no acostarte con nadie de camino a casa.

—Muy graciosa.

—Hasta la vista, *Rosebombon*.

—Hasta la vista —farfallo, abstraída en mis pensamientos.

Leslie coge el carísimo bolso beige que había dejado sobre la barra y me dedica una última sonrisa de aliento.

—Vete a la cama.

—Son los fuegos artificiales —me digo a mí misma, antes de tomar otro trago. La ginebra me quema por dentro, pero necesito que anestesie mi mente y el dolor de mi corazón.

Los altísimos tacones de Leslie se detienen a mi espalda y oigo cómo vuelve a girarse de cara a mí.

—¿Cómo dices? —pregunta, desconcertada.

—Deberías ver los fuegos artificiales que hay entre ellos. No sé cómo es que no se electrocutan con tanta energía sexual.

—Por Dios, Rosie. Déjalo ya.

—Pero ¿sabes qué? —prosigo, volviéndome en la silla—. Él y yo tenemos algo mucho mejor: el silencio que lo paraliza todo. Cuando Reggie y yo estamos juntos, todo se detiene, *el jodido mundo entero deja de girar* —subrayo con voz pausada, para que se entere todo el bar—, y solo existimos él y yo. Y estoy convencida al cien por cien de que jamás tendré nada parecido con ningún hombre de esta galaxia y tampoco con hombres de otras galaxias de por ahí. Vale, quizá con Thor podría hacer una excepción llegado el momento.

—Será mejor que te meta en un taxi. No estás en tus cabales.

La miro, pero es como si no la viera. En realidad, mis ojos miran mucho más allá, al pasado, y al futuro que podríamos haber tenido si él no hubiese conocido a la infame *Belcebú*.

—¿Crees que debería llamarle ahora mismo y decirle que estoy enamorada de él?

—NO.

—¿Por qué no?

—¡Porque se acaba de casar! ¡Tuviste tu oportunidad y la cagaste! Ahora no puedes entrometerte.

—Le gente se divorcia mucho hoy en día. Sobre todo, si tienen un *affaire*. Tal vez deba seducirle. ¡Claro! ¡Eso es! Así se dará cuenta de que está enamorado de mí y...

—Estás borracha y no ves las cosas con claridad —me interrumpe Leslie mientras teclea algo en su móvil—. Pero acuérdate de lo que dijiste una vez.

La miro con las cejas en alto.

—¿Que estar cerca de Reggie Flynn es como si Papá Noel, el Ratoncito Pérez y tu hada madrina vinieran a tomar el té a tu casita de muñecas?

—No. Algo más inteligente.

—¿Que Bradley Cooper debería tener hijos conmigo y no con Irina Shayk?

—Más inteligente.

—Lo tengo. Que Victoria Beckham debería dejar de operarse de inmediato —afirmo, satisfecha conmigo misma por tal despliegue de ingenio.

—No —gruñe Les, exasperada, y sus ojos dejan de mirar el móvil por unos segundos para dedicarme a mí toda su atención—. Cuando quieres a alguien...

Mierda.

Se produce una pausa. Leslie apremia con una ceja en alto.

—Lo único que deseas es que sea feliz, incluso si no eres tú la persona que pinta una sonrisa en sus labios —acabo la frase por ella.

Y de pronto lo comprendo. Comprendo por qué tengo que seguir callándome lo que siento por él; por qué tengo que acostumbrarme a tener siempre este extraño dolor en la boca del estómago.

Porque le quiero y cuando quieres a alguien, cuando le quieres de verdad, tu único deseo es que sea feliz, incluso si no eres tú la persona que pinta una sonrisa en sus labios.

—¿Y qué es lo que se supone que debo hacer a partir de ahora? —pregunto en un susurro tembloroso.

—Lo que siempre has hecho, Rosie. Ser su mejor amiga.

—Y dejar que siga casado con *Jezabel*.

—Y dejar que siga casado con *Jezabel* —confirma Leslie, esta vez con tono suave.

Contemplo fijamente mi copa de ginebra. Por mucho que beba, nunca llenaré el vacío que hay dentro de mí.

—Es mala gente —murmuro, casi para mí.

—Lo sé.

—Siempre le tratará como al chico pobre de Stony Creek que cree que es.

—Lo sé.

—Es maliciosa y controladora, la clase de persona mimada que cree que se merece tener todo

lo que se le antoja y que los demás estamos en este mundo para servirle.

—Probablemente.

—¡Es Blair Waldorf! —exclamo horrorizada.

—Se da cierto aire. Sobre todo, cuando lleva diadema y falditas *babydoll*.

Nuestras miradas se entrelazan otra vez y me percato del aire compungido que arde en las pupilas de Les.

—Y tú quieres que le apoye en esto.

—Es lo que se supone que tienes que hacer.

—Ya.

—Vamos, el taxi está aquí.

Me levanto con esfuerzo y dejo que Leslie me pague las copas. No estoy de humor para discutir con ella. No estoy de humor para hacer nada, salvo hundirme. Reggie ha elegido a Eleonor y yo no puedo remediarlo. Porque cuando quieres a alguien, lo único que deseas es que sea feliz. Incluso si eso va en contra de tu propia felicidad.

Capítulo 3

Quedo con Reggie cinco semanas después de su boda. Es él quién me llama a mí. Yo no he tenido fuerzas. Ni valor...

Quedamos en un bar del centro, a las siete de la tarde. Estoy un poco cohibida porque vengo de trabajar y no he tenido tiempo de pasarme por casa para cambiarme o darme una ducha.

Aparte de eso, la simple idea de verle me retuerce el estómago.

Entro en el establecimiento, aferrada a las correas de mi bolso bandolera, y lo busco con la mirada. Está sentado en una mesa, de espaldas a mí. Miro con la boca seca cómo se le tensa la camisa a la altura de los hombros, suelto una plegaria y me armo de valor para acercarme a él.

—Hola.

Levanta la mirada del vaso de agua que contemplaba con fijeza y me mira sin esbozar gesto alguno. Está muy serio, tenso, y no sé qué esperar de este encuentro.

—Hola, Rosie. Gracias por venir.

Por un segundo sus ojos descienden por mi figura. Ahora más que nunca me siento incómoda por culpa de mis pantalones vaqueros cortos y deshilachados y mi enorme camiseta de Led Zeppelin.

Reggie se fija en ella y una sonrisa tierna asoma en las comisuras de su boca. Me pregunto si piensa en lo mismo que yo: cuando nos besamos, la única vez que me besó, sonaba una canción de Led Zeppelin.

Whole lotta love. Mi favorita.

El recuerdo es tan poderoso que me arrastra de vuelta a esa noche. Es como si estuviera de nuevo ahí, como si viera lo que mis ojos veían entonces.

Recuerdo la luna que, oculta detrás de las nubes, imprimía sobras cambiantes sobre la hierba verde; la brisa que agitaba mis rizos oscuros. Entre los árboles ondeaba un viento cálido y aromático, debían de ser los lilos quienes saturaban el aire de la noche con su inolvidable perfume.

La reminiscencia de la tranquilidad vuelve a invadirme y es como regresar a ese entorno quieto y casi idílico, el Nunca Jamás de mi infancia.

Estaba sentada en el balancín en la parte de atrás de la casa, acompañada solo por un mp3 de color rosa y la mejor canción de Led Zeppelin.

Era la noche de mi decimosexto cumpleaños y ahí estaba yo, sola y melancólica, abstraída en Dios sabe qué pensamientos adolescentes, terriblemente profundos.

Me sobresalté cuando alguien me quitó el casco derecho y el mundo intervino en mis reflexiones.

Levanté la mirada y me encontré las abrasadoras pupilas de Reggie clavadas en las mías. Su masculino perfil se recortaba contra la luz de la luna y esta vez no me pareció guapo, sino sublime.

—¿De quién te escondes? —susurró, sin soltar mi mirada. No sonreía según su costumbre. Me miraba con tanta seriedad que quitaba el aliento.

—De nadie. Solo necesitaba estar sola un rato.

Hizo un amago de sonrisa, como si lo comprendiera perfectamente, se sentó a mi lado en el balancín y me cogió de la mano.

El tacto de su piel me hizo sentir una corriente de alto voltaje, y no pude evitar estremecerme. Tragué saliva y esperé a que me soltara.

Lo que hizo fue entrelazar los dedos con los míos.

—¿Te importa si te hago compañía?

Sostuve sus ojos y me mordí el labio inferior por dentro.

—¿Te escondes de alguien? —repuse, evaluando su exquisito rostro por debajo de las pestañas cargadas de rímel.

Sus labios esbozaron una pequeña sonrisa, pero tuve la sensación de que sus ojos irradiaban un abatimiento profundo.

—No, Rosie. Solo quiero estar contigo.

—Está bien.

Tras mi murmullo, se impuso el silencio. Me resultaba íntimo estar a solas con él y oír solo a los grillos, la música y el fuerte latir de mi corazón. No lo sé, la atmosfera de repente parecía cargada de electricidad.

Aprovechando que no me miraba, me di el lujo de estudiar su rostro con absoluto descaro. Su boca se acababa de alzar en una sonrisilla. Tenía los ojos cerrados y la cabeza echada hacia atrás, pero creo que notaba la insistencia de mi mirada.

Y también creo que le gustaba Led Zeppelin tanto como a mí.

Dejé de inspeccionar sus elegantes facciones y me concentré en nuestras manos. Todavía notaba el cosquilleo eléctrico. Habría dado cualquier cosa por conservar para siempre la sensación. Sabía que querría volver a ese momento más adelante. Probablemente, una y otra vez.

Reggie soltó un suspiro a mi lado.

Le permití a mi mirada que vagara de nuevo por su rostro, hasta que mis ojos encontraron el sensual perfil de su boca y ahí se detuvieron para analizar como era debido. Algo tan impresionante, algo que incitaba a actos contra natura, era digno del más minucioso de los estudios y yo era una chica concienzuda.

—Rosie, deja de mirarme. Me siento acosado.

No pude contener la sonrisa.

—¿Cómo sabes que te estoy mirando?

—Soy adivino.

Me deshice en un soplido exasperado y apoyé la sien contra su hombro. Reggie me echó el pelo hacia atrás, me acurrucó contra su costado y me rodeó en un abrazo.

Me relajé, mi cuerpo se quedó laxo, y mi mente se concentró en el susurro del viento y en los círculos que el cálido pulgar de Reggie dibujaba sobre mi brazo desnudo.

—¿Por qué has roto con tu novio?

Me tomé unos segundos antes de responder, para decidir si le decía la verdad o no.

—Digamos que él quería que la relación fuera más allá y yo no estaba preparada.

—Sexo —afirmó con voz seca.

—Sip.

Una repentina tensión empezó a agarrotar sus recios músculos, y me pregunté qué significaba todo eso.

—No te merecía, Rosie —me susurró al cabo de un rato.

—Puede que esté predestinada a morir soltera. Es el tercero que me deja en lo que va de año.

Sentí su sonrisa en mi pelo, aunque no me atreví a mirarle.

—Tienes dieciséis años y ahora te parece que todo es un drama, que nadie te comprende y que tus problemas son mucho peores que los de los demás, pero te prometo que esto pasará. En unos cuantos años te resultará divertido.

—No sé yo...

—Confía en mí, monito. Estuve en esa etapa no hace mucho.

Solté un suspiro interminable y busqué su perfecto rostro con la mirada.

—No intentes amortiguarlo. Voy a morir soltera. Es un hecho.

Reggie apretó los labios para no reírse y sus abrasadores ojos descendieron sobre mi rostro.

—Estás exagerando.

—Ojalá. ¿Y tú qué? ¿Sales con alguien?

Torció la comisura derecha de la boca hacia arriba y su mano bajó por mi brazo hasta tensarse en mi cintura.

—No... Estoy libre como el viento.

—¿No hay nadie que te guste?

—Me lo estoy tomando con calma. Todavía intento adaptarme a la universidad, tengo un trabajo agotador... No estoy para muchos líos.

—Ya.

—Hay una chica en la que pienso a veces, pero es... muy complicado.

El corazón me apretó en el pecho. Una chica. Dios. Siempre había una puñetera chica en la vida de Reggie. De alguna forma, yo siempre llegaba tarde.

—Entiendo.

El estallido de un trueno me hizo dar un respingo a su lado. Reggie se rio de mí y me volvió a acercarse a él.

—Tranquila. Es solo una pequeña tormenta.

Escruté el cielo con el ceño fruncido.

—Mierda de tormentas. ¿Te he dicho alguna vez lo mucho que odio Virginia?

La risita baja de Reggie me hizo sonreír.

—Seguro que ni siquiera llueve —afirmó, muy despreocupado.

Apenas dijo la frase y empezaron a caer las gotas. No una. Mil. Grandes. Fuertes. Un maldito chaparrón para arruinar mi fiesta de cumpleaños. Otro de los castigos divinos que no dejaba de recibir.

Pegué un gritito y tiré de Reggie hacia arriba, pero él no se movía. Estaba ahí sentado y se partía de risa.

—Vamos, Rosie. No es más que un poco de agua. ¿Dónde está tu espíritu aventurero?

—¿Quieres moverte ya? ¡Nos estamos empapando!

Me miraba con los ojos achicados y de su pecho brotaba una risa profunda que al final me hizo reírme de mí misma y de mi pánico al agua.

—¡Reggie, no tiene gracia! —exclamé, propinándole un golpecito en el hombro.

Aun así, no podía dejar de reírme.

—Sí que la tiene.

—¡Parezco un gato mojado!

—Estás muy guapa. Siempre lo estás.

Al decirlo, algo cambió en su mirada, fue como si de pronto empezara a verme de forma diferente. Se hizo el silencio, un silencio denso y abrasador, y la sonrisa se apagó encima de nuestros labios.

Nuestros ojos se encontraron de nuevo, como imanes, y noté que él también contenía la respiración y que no conseguía poner fin a nuestro intenso contacto visual.

Su espectacular rostro, que tantas veces había intentado reproducir dentro de mi mente, estaba por completo inmerso en el mío.

Casi me sobresalté cuando me rodeó la muñeca con los dedos y tiró de mí hasta acercarme, despacio, a él.

Sentí que el mundo se estaba desdibujando, que todo se resumía a la expresión que oscurecía sus ojos. Nuestras caras estaban cada vez más cerca, hasta que su respiración empezó a golpear contra mis labios.

Entonces Reggie estrelló la boca contra la mía y todo lo demás desapareció.

Sus dedos, húmedos por la lluvia, me rodearon la nuca, nuestros labios se volvieron a buscar con urgencia y casi solté un quejido cuando el calor de su lengua inundó mi boca y me arrastró a todo un torbellino de oscuridad, deseo y una pasión como jamás había conocido.

Besarle fue como dar un paso hacia la madurez. Sentí que algo moría dentro de mí y que, acto seguido, volvía a renacer.

—Rosie —suplicó contra mis labios, antes de adentrarse aún más, codicioso, hambriento, arrasando con todo a su paso.

Al cabo de lo que parecieron minutos, los dedos que me sujetaban por la nuca se destensaron un poco y Reggie empezó a relajarse, a besarme despacio, con meticulosidad, a saborearlo más. Su boca era cálida, enloquecedora, y me había subyugado por completo.

—Rosie, han llegado las pizz... ¡Ay, mi madre!

La voz de Leslie me arrancó de mi efluvio erótico y me recordó que existía un mundo más allá de los ardientes labios de Reggie.

Me volví sin aliento y la miré de una forma muy elocuente, indicándole con la mirada que se largara de inmediato.

—Yo nunca he estado aquí —farfulló Les, aturrullada—. No he visto nada. Nada de nada.

Un segundo después, había desaparecido en la lluvia.

Me froté los labios el uno encima del otro y me volví hacia Reggie.

—¿Dónde estábamos? —dije con una sonrisa traviesa, que se borró ante su cara de culpabilidad. Estaba devastado y yo me quedé sin aliento y mis ojos se llenaron de un pánico atroz.

—Rosie, lo siento. No tenía que haber hecho eso. Yo... Mierda. —Se frotó el ceño con las puntas de sus largos dedos y negó para sí—. Siento haberme propasado contigo. No sé en qué cojones estaba pensando.

—¡Pero yo quiero que te propases!

Reggie dejó de martirizarse por un momento y me sonrió con aire derrotado.

Sin embargo, en sus ojos no vi diversión, sino amargura y una tristeza infinita.

—Tú tienes dieciséis años, monito. No sabes lo que quieres.

¡Te quiero a ti!, gritó algo muy dentro de mí.

Pero no lo dije en voz alta y creo que siempre me arrepentiré de haberme quedado tan bloqueada, como un gato delante de los faros de un coche. Si hubiese intentado hacerle cambiar de parecer, si no hubiese sido una rajada llena de inseguridades, quizá hoy tendría otra historia que contar.

—¿Qué quieres tomar? —oigo su voz, la del presente, a través de la niebla del pasado.

Parpadeo para regresar al mundo real, fuerzo una pequeña sonrisa y tomo asiento al otro lado de la mesa.

—Una copa de vino blanco.

—Muy bien. Disculpe, ¿puede ponernos una copa de vino blanco y traerme otro vaso de agua?

—Por supuesto.

La camarera evita a posta su mirada. Imagino que es porque no quiere quedarse embobada. No es solo cosa mía. A todos nos cuesta dejar de mirarle.

Reggie posee esa clase de energía vital que, de alguna forma, consigue alterar la atmosfera de toda una sala. He comprobado en otras ocasiones que siempre pasa lo mismo. El espacio parece encoger hasta tal punto que todos se vuelven conscientes de su presencia.

La gente le echa una mirada y luego ya nadie es capaz de perderle de vista. Hay algo en él que te insta a seguir mirando, incluso más allá de lo que exige la buena educación. Nos deja magnetizados. O idiotizados. A saber.

—Aquí tienen.

—Gracias.

Le dedica a la camarera una sonrisa que la hace ruborizarse y después dirige hacia mí toda la atención de su mirada. Estar sentados cara a cara resulta la leche de incómodo. ¿Por qué no se habrá sentado en la barra? Al menos así no habría tenido que mirarle de lleno a los ojos.

Me aferro a mi copa de vino y le doy un buen sorbo, antes de decidir que es mejor tomármela despacio. Apenas he comido. No es buena idea emborracharme.

—¿Qué tal va todo? —me obligo a preguntar, al mismo tiempo que él farfulla:

—Lo siento.

Miro sus intensos ojos azules y algo se tensa dentro de mí. ¿Qué va a decirme? ¿Que no puede volver a verme? ¿Que a Eleonor no le parece bien que tenga amigos?

—Lo... ¿sientes? —tartamudeo, sorprendida.

—Rosie, me comporté como un capullo la última vez que nos vimos.

Oh. Vale. Esto no es lo que me esperaba.

—Bueno, tenías motivos.

—No, no los tenía —rebate, negando con la cabeza. Su expresión se ha vuelto atormentada y a mí se me encoge el corazón—. Eres una mujer adulta. Lo que decidas hacer con tu vida no debería ser problema mío.

—Bueno, me acosté con tus suegros. Es normal que te cabrearas.

Suelta una risita y me obligo a no fijarme en lo guapo que es cuando ríe.

Ni cuando está serio.

Lo guapo que es en general.

—No, no te acostaste con mis suegros.

—¿Ah, no?

Es la primera noticia que tengo al respecto.

—Resulta que no —me dice con una sonrisa torcida—. Paul y Linda intercambiaron su habitación con Bob.

—¿Tu tío Bob?

—Mi tío Bob.

—Ay, mi madre. Me acosté con tu tío Bob —constato, echándome hacia atrás en la silla, hasta apoyarme contra el respaldo con aire aturrullado.

Reggie aprieta los labios en un gesto incómodo.

—Eso parece.

—Casi que preferiría haberme acostado con Paul y Linda —mascullo, con mirada ausente.

Reggie suelta una carcajada y luego se vuelve serio otra vez.

—¿Me perdonas por haber sido un capullo contigo?

Suelto el aire en un suspiro, vuelvo en mí y dejo que su mirada me atrape.

—No hay nada que perdonar. Siento haber sido un incordio y haberme follado a tu tío Bob.

—No hablemos más del tema —propone, y me doy cuenta de que él también está muy azorado y no tiene ni idea de cómo afrontar esto.

—Está bien. Asunto cerrado. Entonces, ¿qué tal el matrimonio?

—Novedoso, la verdad.

—Te dije que primero vivieras con ella para ver si érais compatibles.

Se ríe, niega para sí y toma un trago de agua. Me resulta extraño que beba agua.

—¿Estás enfermo?

—¿Qué?

Nos miramos sorprendidos, él tiene las cejas casi juntas y yo, la frente arrugada. Señalo con un gesto su vaso de agua.

—Ah. Es que a Eleonor no le gusta que beba.

—Disculpa, no te he oído.

—No es para tanto —se apresura a defenderla. Ha debido de percibir rechazo en mi voz—. No le gusta que la bese si he bebido alcohol.

—Oh, claro, y como no puedes estar un día entero sin besarla...

Me dedica su sonrisa condescendiente.

—No te burles.

—Lo siento, pero si fueras mujer, esto lo catalogarían como maltrato psicológico. Lamento decírtelo, macho, pero creo que te has casado con una maltratadora.

Suelta una risita incrédula y niega con la cabeza.

—Esa es una exageración. Además, yo quiero hacerlo.

—En eso consiste el maltrato. Te hacen pensar que quieres que te maltraten.

—Se te va la pinza.

—Puede, pero yo que tú lo vigilaría de cerca. Si empieza a prohibirte que lleves camisas a cuadros porque te hacen demasiado sexy y las mujeres te miran idiotizadas, deberías dejarla.

—¿De verdad crees eso? —pregunta con una sonrisa contenida.

—¿El qué? —repongo, dejando la copa sobre la mesa.

Ladea una sonrisa y me mira fijamente a los ojos. Sería tan fácil alargar la mano y acariciar su perfecto rostro... O besarle... Seguro que podría inclinarme sobre la mesa si hiciese falta.

—Que soy sexy —dice por fin.

Me ruborizo y él me observa con las cejas en alto.

—También te ha afectado la autoestima —declaro, apretando los labios con aires de entendida. Necesito que deje de mirarme. Me preocupa lo que podría encontrar en mis ojos si se adentrara demasiado—. Está claro que sientes la necesidad de recibir cumplidos para volver a sentirte seguro de ti mismo.

Su carcajada atrae la mirada de la camarera y yo aprovecho para volver a sorber vino.

—Qué ocurrencias tienes, Rosie.

Apoya la espalda contra la silla y toma un sorbo de agua con expresión risueña y los ojos encajados en los míos.

—Ah, ya me conoces.

—Desde luego —dice, la mar de divertido.

A veces pienso que Reggie solo se divierte cuando está conmigo. Con Eleonor parece otra persona, siempre atento y dispuesto a complacerla, siempre comedido, como si estuviera encerrado en una jaula y bailara al son de la música que le ponen.

Conmigo se da el lujo de ser él mismo, sin máscaras ni fachadas, el Reggie de siempre, el que me enseñó a montar en bici —mi padre nos dejó por una furcia, esa fue la explicación que nos dio mamá, así que solo se limitaba a mandarnos los regalos por FedEx—, a nadar en el río y a tirar piedras contra latas de guisantes. A mí no necesita impresionarme.

Yo sé que no ha tenido una infancia demasiado feliz, ni siquiera después de la intervención del departamento de servicios sociales. Su abuela también era dada a los castigos corporales. Guardaba una varilla de avellano encima de un armario destartado y no le temblaba el pulso a la hora de estrellarla contra las piernas desnudas de su nieto.

Al menos hasta que sufrió un ictus, Dios le quitó la fuerza de las manos y de las piernas, y a partir de ahí le tocó a Reggie cuidar de ella.

Tenía dieciséis años y su actitud resultó, como mínimo, sorprendente.

Pese a lo mal que se había portado con él la vieja Anne, Reggie la cuidó con estoicismo y ternura, siempre pendiente de que estuviera cómoda y atendida de la mejor forma posible. Cogió un trabajo a tiempo parcial en la bolera del pueblo y, además, le cortaba el césped a todo el

vecindario para ganar algo de dinero extra y poder así comprarle las medicinas a su abuela.

Eso deja claro la clase de tío que es. Estoy segura de que Eleonor no tiene ni la menor idea de esto.

Y tampoco creo que le importara si lo supiera. Seguro que pensaría que Reggie es un tonto. Eleonor parece la clase de mujer que cree en las *vendettas*. Ojo por ojo, puta. Seguro que lo lleva tatuado en alguna parte.

—¿Y qué? ¿Cómo te va en ese centro tuyo de delincuentes juveniles? ¿Han detenido ya a alguno o siguen todos en libertad, atemorizando al vecindario?

Veo la sombra de una sonrisa burlona en su cara y no puedo evitar sonreír. Reggie es profe en un instituto. No quiero ni pensar en lo que escriben las alumnas en sus diarios. Me avergüenza lo que escribo yo en el mío...

—Son buenos chicos y lo sabes —me dice en falso tono de reproche.

Nos miramos a los ojos durante un par de segundos y yo asiento con fastidio.

—Ya, ya. Por eso hay rejas en las ventanas y el instituto parece más bien un reformatorio. Deberías llevar navaja. O, al menos, una pluma afilada para poder clavársela a alguien en caso de emergencia.

Reggie echa la cabeza hacia atrás y una carcajada gutural brota de lo más profundo de su pecho. Me estremezco y me descubro mirándolo con ojos lánguidos.

La camarera se da cuenta de mi reacción y eso hace que me ruborice y baje de inmediato la mirada hacia mi copa.

Me aclaro la voz por lo bajo y tomo un sorbo de vino para estabilizar mis emociones.

—Entonces, el matrimonio bien y el trabajo bien, ¿no?

Sus ojos se posan sobre mí otra vez y noto un extraño hormigueo en el estómago. A veces siento que nadie aparte de él me ha mirado nunca de verdad.

—¿Por qué no hablamos mejor sobre ti? —me pide, con gesto muy serio.

—No se me ocurre nada que decir sobre mí —respondo, arrepintiéndome de inmediato de lo temblorosa que ha brotado la sonrisa que le acabo de dedicar.

—¿Ningún nuevo romance a la vista?

Sus ojos se pasean con languidez sobre mi rostro, poniéndome aún más nerviosa.

—No.

—Vaya. ¿Y qué me dices del trabajo? ¿Has encontrado algo que te guste?

Esbozo una sonrisa muy débil, agridulce. Su voz es tan cálida, tan suave, tan malditamente comprometida que, por mucho que intento poner barreras entre nosotros, acaba abriéndose paso a través de mí.

—Pues no —respondo en un murmullo. No quiero que perciba mi tristeza. No quiero que sea capaz de interpretar el anhelo que nubla mi mirada.

—Estoy seguro de que lo harás.

—Oh, sí. Una chica de veintisiete años, sin estudios ni experiencia previa —me burlo—. Se empujarán por contratarme. De hecho, creo que ya están haciendo cola.

Reggie me coge la mano por encima de la mesa y atrae mi mirada hacia la suya. Mi pulso se ha vuelto de pronto irregular y siento que estoy absorbiendo aire de forma cada vez más pausada.

Seguro que la camarera piensa que soy patética.

—Rosie, eres fantástica. Si alguien lo pone en duda, es que es idiota.

Me sumerjo en su mirada y, durante unos momentos, todo desaparece.

El silencio que lo paraliza todo. Aquí está otra vez.

—Ojalá todo el mundo pudiera verme a través de tus ojos —susurro con pesar.

Una sonrisa triste estira los perfectos labios de Reggie y el silencio entre nosotros se vuelve denso y embriagador.

—Solo quienes importan te ven tal y como eres realmente. Y, créeme, les gustas. Les gustas mucho.

Una onda de calor me barre el pecho y noto que mis labios se mueven, esbozando una pequeña sonrisa.

Reggie se inclina sobre la mesa y me da un beso en la mejilla.

Cierro los ojos y me recreo en su tacto y en el aroma que me inunda y me rompe por dentro. Ser su amiga resulta cada día más difícil.

—Tengo que marcharme —susurra, tan cerca de mí que podría besarle con solo mover un poco la cabeza—. Eleonor detesta que llegue tarde a la cena.

Se vuelve a sentar en su silla y yo tenso los labios en un gesto que ni de lejos es una sonrisa.

—Por supuesto.

Sonríe, me da una palmadita en la mano que tengo apoyada sobre la mesa y se saca la cartera del bolsillo trasero de los vaqueros.

—¿Qué le debo?

—No, a esto invito yo —intento detenerle.

Reggie esboza una sonrisa tierna y dice que no con un gesto.

—De eso nada. Aquí el adulto soy yo.

—Tengo veintisiete años —rezongo, molesta por su expresión burlona.

Traslada sus preciosos ojos azules hacia los míos, ladea una sonrisa y me susurra:

—¿Y qué? Para mí siempre serás esa niña con pijama de *Bugs Bunny*.

Por motivos así nunca le he dicho que estoy enamorada de él. Primero necesitaba que dejara de verme como a una hermanita pequeña de la que cuidar. Quería que me viera como a una adulta.

Pero eso nunca sucedió y luego él conoció a la infame Eleonor y yo no pude destrozar eso porque soy una romántica, y una gilipollas, y una acojonada que prefiere perder antes que correr un puto riesgo.

Y así es como acabé en la *friendzone*, un purgatorio *millennial* en el que estamos atrapados todos aquellos cuyos sentimientos nunca han sido correspondidos.

Y lo peor de todo es que creo que, en el fondo, me merezco este castigo divino.

Reggie paga la consumición, le deja una buena propina a la camarera y se vuelve de cara a mí.

—¿Qué haces el sábado?

Morirme del asco y mirar fotos tuyas en Instagram.

Fotos tuyas con Eleonor.

Ugh.

—Supongo que nada interesante.

—¿Por qué no te pasas por casa? Tengo la impresión de que tú y Eleonor no habéis congeniado muy bien hasta ahora, noté cierta tirantez en la boda, sobre todo cuando se negó a hacerse una foto contigo y tú dijiste que te daba igual, porque de todas formas no necesitabas para nada una foto con Eleonor, pero estoy seguro de que en cuanto os conozcáis un poco mejor, seréis grandes amigas.

Qué iluso. Eleonor y yo jamás podríamos ser amigas. ¿Por qué? A ver cómo lo explico.

A) Eleonor me quitó al hombre de mis sueños, mi alma gemela, el padre de los tres hijitos que había planeado tener.

B) Eleonor es mala de narices y no la aguanto cerca de mí.

C) Eleonor me odia y le encanta humillarme, lo cual quedó claro el día de su boda.

Todavía recuerdo su tono melindroso y cómo me propuso ser su dama de honor.

Que al menos dos de los amigos de Reggie participen en esta boda. Así el pobre no se sentirá menospreciado.

Me engañó, lo admito. Por un segundo me tragué su sinceridad.

Y aunque sentí una enorme oleada de pánico cuando me llegó el vestido de *dama de horror*, y una oleada aún más devastadora cuando me lo probé y vi cómo me quedaba, seguí adelante porque realmente quería formar parte de esa mierda de evento.

Pero entonces llegué a la iglesia y fui a buscar a la princesa Eleonor y ella soltó un gritito en cuanto me vio entrar por la puerta.

Por Dios, ¿tan mal estoy?, me dije, un poco descolocada por su reacción.

De acuerdo, el color del vestido no me favorecía nada. Me marcaba unas ojeras amoratadas que daban un aire de lo más demacrado a mi rostro, y mis piernas estaban delgadísimas en comparación con mi torso. Unos palillos, porque llevaba cancán.

Y sí, puede que pareciera una cucaracha parturienta.

Pero tampoco era como para ponerse a chillar, ¿no?

Sin embargo, Eleonor tenía otra opinión al respecto.

—Rosie, ¿por qué vas vestida así?

—¿A qué te refieres? ¡Fuiste tú la que eligió el vestido!

Manda cojones...

—¡Pero lo cambié! Mis damas de honor van vestidas de lila.

Miré a las demás princesitas, que iban, efectivamente, vestidas de lila, con unos vestidos de velo preciosos, cortos por delante y largos por detrás, y empecé a hiperventilar.

—¿Y yo por qué voy vestida de ciruela pocha?

Eleonor puso cara de lástima.

—Rosie, lo siento mucho. Ha debido de haber un problema con el envío del otro vestido y está claro que así no puedes ser mi dama de honor.

Abrí la boca en un gesto de estupor y la miré con auténtica contrariedad.

—¿Qué estás diciendo? —más que gritar, masqué las palabras en un intento por no

estrangular a la novia.

Eleonor se encogió de hombros con aire impotente. Eso sí, me dedicó la más adorable sonrisa de todo su arsenal de sonrisas adorables.

—Lo siento, Rosie, pero vas a tener que ir a sentarte con los demás invitados. No puedes desentonar. Todo el mundo va vestido de lila.

—¿Insinúas que me he puesto este vestido de mierda para nada?!

Eleonor se echó hacia atrás con aire ofendidísimo.

—No sé por qué tienes que insultar el vestido. Al vestido no le pasada nada. Está genial. Es solo que he cambiado de opinión respecto al color.

—¡Sí!, ¡y has vestido a tus amigas de princesitas, mientras que yo parezco la jodida Cenicienta! —proferí, sin poder contenerme más.

A la mierda la compostura. Estaba segura de que la tiparraca esa lo había hecho aposta. En ningún momento había sido su intención que yo fuera una de las damas de honor. Solo quería asegurarse de que llevaría el más espantoso de los vestidos en la boda de Reggie. Me lo decía mi sentido arácnido. Eleonor Banks era malvada, el villano supremo de esta historia, mi profesor Moriarty, pero a mí no iba a engañarme como a todos los demás. Por mucha cara de mosquita muerta que pusiera, yo la había calado.

—Tu acusación me duele mucho, Rosie. No es culpa mía que haya habido un problema con el transporte.

—Sí, claro. Las milongas se las cuentas a otra. O a Reggie, que parece tonto desde que está contigo.

Salí de ahí enfurecida y fue entonces cuando empecé a darle a la petaca.

Así que... ¿cómo le cuento yo esto a Reggie, a ver? Porque claro, él la justificará, porque la quiere y cuando están juntos casi se electrocutan con tanta tensión sexual, y yo solo soy la chica con la que se besó una vez. No soy rival para Eleonor, eso está claro.

De modo que aprieto los labios en un gesto que solo desvela el gran bochorno que siento ahora mismo y accedo a quedar con ellos el sábado.

Sí, ver al chico de mis sueños comerse con la mirada a su querida mujercita es justo el plan que más me apetecía.

Mierda. Puede que me vea obligada a volver a usar la petaca.

[i] Joe Goldberg: protagonista de la serie de libros You, escrita por Caroline Kepnes

[ii] Trad. Inglés: Mi presa de la noche

[iii] Trad. Inglés: Mi deseo frío. Para escuchar el boom, boom, boom de tu corazón. El peligro es que soy peligrosa. Y podría destrozarte. Oh, ah, oh (Gin Wigmore, Kill of the Night, 2011)

[iv] Trad. Inglés: Soy buena en esa mierda del coño. No quiero lo que puedo conseguir (Kehlani, Gangsta, 2016)

[v] Trad. Inglés: Este es un mundo de hombres. Este es un mundo de hombres. Pero no sería nada, nada. Ni una pequeña cosa. Sin una mujer o una niña (James Brown, It's a Man's Man's Man's World, 1966)

[vi] Trad. Inglés: Mirando en cámara lenta. Cuando te giras hacia mí y dices... Déjame sin aire (Berlin, Take my breath away, 1986)

[vii] Trad. Inglés: Y esta tranquilo en las profundidades. Una catedral en la que no puedes respirar (Florence and the Machine, Never let me go, 2011)

[viii] Trad. Inglés: Y se acabó, y me estoy hundiendo. Pero no me rindo, solo me estoy entregando (Florence and the Machine, Never let me go, 2011)

[ix] Trad. Inglés: Es una noche hermosa. Estamos buscando algo tonto para hacer. Hey, cariño. Creo que quiero casarme contigo (Bruno Mars, Marry you, 2010)

[x] Trad. Inglés: Por fin mi amor ha llegado. Mis días solitarios han terminado. Y la vida es como una canción (Etta James, At last, 1960)

[xi] Trad. Inglés: ¿No te gustaría que tu novia estuviera tan buena como yo? ¿No te gustaría que tu novia fuera una rarita como yo? (The Pussycat Dolls, Don't cha, 2005)

[xii] Trad. Inglés: ¿No te gustaría que tu novia fuera divertida como yo? (The Pussycat Dolls, Don't cha, 2005)

[xiii] Trad. Inglés: Diles que era feliz. Y que mi corazón está roto. Todas mis cicatrices están abiertas. Cuéntales que aquello en lo que tenías esperanzas era imposible, imposible, imposible (James Arthur, Impossible, 2010)

[xiv] Trad. Inglés: Decepcióname suavemente (Alec Benjamin, Let me down slowly, 2018)

[xv] Trad. Inglés: Y no puedo parar de caerme (Alec Benjamin, Let me down slowly, 2018)

[xvi] Trad. Inglés: Yo no soy tuya (Angus & Julia Stone, I'm not yours, 2010)

[xvii] Trad. Inglés: Y puedo pensar en mil razones por las que yo no creo en ti (Angus & Julia Stone, I'm not yours, 2010)

[xviii] Trad. Italiano: Perdóname... sí, lo hecho, hecho está, pero te pido disculpas (Tiziano Ferro, Perdono, 2001)

